



Querido
PLAN B

BECCA DEVEREUX

Lectulandia

Querido plan B

Becca Devereux

A todos los románticos empedernidos del mundo, por creer en el amor.

*A ti, que elegiste esta historia y decidiste perderte entre sus páginas. Espero que el cariño con el que la escribí
te llegue al corazón.*

1. Cuando mi plan A se fue al garete

No sé qué pasa cuando cumples los treinta. Es como si de pronto te convirtieras en otra persona y todo el mundo pudiera opinar de tu vida. Como si existiera una especie de reloj biológico universal cuyo lema es: *¿ya has cumplido los treinta? Pues deberías sentar la cabeza. ¿Y para cuándo los niños? ¿Todavía sigues de alquiler? Deberías buscar un buen partido y casarte cuanto antes.* Y la frase que más odio. La que te dice la gente que te quiere —supuestamente—, y que me saca de mis casillas. Porque es oírlo y me entra el bajón. O las ganas de asesinar a alguien, depende del día:

Se te va a pasar el arroz.

Uf, menudo asco de frase. ¡El arroz! Como si a mis treinta me hubiese convertido en una paella insípida que nadie prueba ni regalada. Pero vamos a ver, ¡qué tengo treinta años, no soy Tutankamón!

Aquella mañana me había levantado de malhumor. Y cuando estoy de malhumor me da el bajón. Y si me da el bajón, me da por hacer una lista de las miserias que hay en mi vida. Así que hice un inventario de todo lo que tenía que cambiar para encauzarla. Así, a bote pronto:

1. Perder los cuatro kilos que había cogido en navidad.
2. Aprender a decir no. Dicho así parece fácil, pero tengo un grave problema con intentar agradar a todo el mundo.
3. Que la opinión de los demás deje de importarme. ¡Esta sí que es buena! A mis recién estrenados treinta, me sienta fatal que todo el mundo me menosprecie. Ojalá fuese como mi amiga Nati, a la que le importa un pepino lo que la gente opine de ella.
4. Declararme a Javi.

Ala, ¡ya está! Tampoco ha sido para tanto, ¿no? Fruncí el ceño al contemplar la lista. Vale, lo de Javi llevaba diciéndomelo a mí misma unos diez años. Sí, diez años. Nos conocemos desde el instituto porque es el hermano de Nati, mi mejor amiga y compañera de piso. Y llevaba colada de él desde los dieciocho, incapaz de dar el paso porque pensaba que él

solo me veía como una amiga. Hasta que sucedió algo que lo cambió todo.

—¡Tessa, qué llegamos tarde! —me gritó Nati desde el vestíbulo.

Suspiré mientras me miraba al espejo. Llevaba horas cambiándome de ropa. Si me ponía demasiado sexy, parecería que iba a saco. Si iba como siempre, parecería... pues eso, como siempre. El pelo castaño y rizado me lo había atado en un moño sobre la coronilla, pues aquella mañana era indomable. Me había calzado unas sandalias metalizadas con un poco de cuña y puesto un vestido floreado y vaporoso que me llegaba hasta los muslos. Me delineé los ojos y me pinté los labios en un tono coral que me favorecía. Sabía de sobra que no era un pibón, pero sí una chica mona que ganaba bastante cuando se arreglaba.

Cuando Nati me vio, puso los ojos en blanco y señaló el reloj de su muñeca con impaciencia.

—¿No le estás dando demasiada importancia? —preguntó, al ver como iba vestida.

Me encogí de hombros, pues no quería llegar a la misma discusión de siempre. Sabía lo que pensaba mi amiga sobre mis sentimientos por su hermano. Decía que lo tenía idealizado, y que me encantaba torturarme a mí misma con un hombre que pasaba de mí. Pero ella no tenía ni idea de nada, vamos. Javi y yo estábamos hechos el uno para el otro, lo que pasa es que él no lo sabía.

Abrió la puerta del apartamento minúsculo y coqueto que compartíamos, y por el que pagábamos un alquiler medianamente razonable.

—Yo lo único que digo es que no deberías hacerte ilusiones, ¿vale? Que luego pasa lo que pasa —insinuó preocupada.

—¿Y qué es lo que pasa?

Ella resopló.

—Pues que va a pasar, Tessa. Que seguís igual que siempre. Él tratándote como una amiga de la que se puede aprovechar, y tú lloriqueando por las esquinas. En serio, pasa de él. A los tíos no les pone que las mujeres vayamos detrás.

Lo decía ella, que del sexo contrario sabía bastante. En serio, mi amiga era una depredadora sexual con más apetito que una ninfómana. Y

en cierto modo la envidiaba, ¿por qué no decirlo? Nati tenía una figura atlética a la que le quedaba bien cualquier cosa, un carácter despreocupado y una lengua afilada. No se cortaba un pelo y vivía la vida loca. Ojalá yo fuera así.

—No se aprovecha de mí... —musité, sintiéndome como una tonta. Ella soltó una risilla incrédula.

—No, qué va. Por eso vamos a recogerlo al aeropuerto, cuando podría pedir un taxi.

—Desde luego, cualquiera que te escuche va a pensar que no es tu hermano.

—Precisamente por eso, ¡porque yo lo veo como es! Ay... de verdad que no sé lo que le ves.

—Pues yo y la mitad del instituto, qué quieres que te diga. Como es tu hermano, eres ajena a sus encantos —me defendí irritada.

Y tenía razón. Javi había sido el chico popular por el que todas las estudiantes del instituto estaban coladas.

—Sus encantos —repitió incrédula—. ¿Ves lo engatusada que te tiene? Digo yo que si fuera recíproco ya habría pasado algo, ¿No? Nos conocemos desde los dieciséis, ¡tiempo ha tenido de declararse!

—Bueno, pero es que sí que sucedió algo. Hace un mes...

Puso las manos en alto.

—Ah... eso. Habíais bebido. El alcohol desinhibe a la gente, parece mentira que te tenga que decir yo esto.

—Qué mala eres. Todas las rubias sois iguales —dije irritada.

Nati no tenía ni idea de lo especial que había sido aquello. Rememoré la escena y suspiré ensoñada. Allí estábamos Javi y yo, cobijados bajo un estrecho portal porque había empezado a llover a mares. Nos tuvimos que pegar bastante para no mojarnos, y sonreímos incómodos al notar el cuerpo húmedo del otro. Noté que me miraba diferente aquella noche. Los ojos azules se le habían oscurecido y no me quitaba la vista de encima. Si se me acercaba algún hombre en la discoteca, él venía hacia mí con alguna excusa barata. Se iba de viaje al día siguiente, y pasaría tres meses en Nueva York. Nunca habíamos estado tanto tiempo separados, pues los tres hacíamos planes constantemente. Pero ese día lo percibí

distinto. Nuestra amistad siempre había estado plagada de cierta tensión sexual no resuelta, pero ni yo daba el primer paso ni Javi parecía aclararse.

—Deberíamos haber venido en coche. Con lo guapa que te has puesto, te vas a poner perdida —me dijo.

Me ruboricé por el cumplido, pues él solía tomarme el pelo, pero nunca hacerme un halago de ese tipo. Nati decía que era porque estaba tan acostumbrado a tenerme en su vida que no se fijaba en lo guapa que era. Nati exagera porque es mi amiga, evidentemente.

—Da igual, hace calor.

—De todos modos, pediré un taxi para que no se te estropee el peinado.

Alargó una mano y la enredó en uno de mis rizos. Noté que se me enrojecía la cara.

—Me gusta tu pelo, es muy bonito —arrastró las sílabas. Se había pasado un poco con la bebida.

Pero, como dice el dicho: los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, ¿no?

Me fijé —por millonésima vez—, en lo guapo que era. Tenía el pelo rubio de Nati, y unos ojos turquesa y risueños que desprendían alegría. Cuando sonreía se le formaban unas arrugas adorables en la comisura de la boca. Una boca que deseé besar.

—Gracias —respondí con timidez.

Él sonrió y se inclinó hacia mí. Se me aceleró el corazón y lo miré muy nerviosa.

—Eres muy especial para mí, Tessa. ¿Lo sabes? —preguntó con voz ronca.

—Pues... supongo. Soy tu mejor amiga.

Él se mordió el labio y sacudió la cabeza. Parecía divertido por mi respuesta.

—Sí, lo eres. Pero no era eso lo que quería decir.

Tragué con dificultad.

—¿Ah, no?

Puso las manos contra la pared, a ambos lados de mi cuerpo. Me dedicó una mirada arrebatadora e intensa y sentí que el calor me subía por

el cuerpo. Su respiración me acarició la boca. *Ay... Dios... mío...*

—Lo que quiero decir es...

Me acarició la mejilla con la boca y sentí que me moría de placer. ¡Por fin! Por fin iba a suceder lo que llevaba tanto tiempo esperando.

—... que soy muy afortunado de tenerte en mi vida.

Asentí como una boba, sin saber qué decir. Sus manos ascendieron por mis brazos hasta aferrar mi rostro con ternura. Contuve la respiración.

—Muchísimo, pequeñaja.

Pequeñaja era el apelativo con el que solía llamarme. Cuando lo hacía, a mí se me ponían las orejas coloradas.

—Yo... supongo que es mutuo —musité ilusionada.

—Te voy a echar mucho de menos cuando me vaya a Nueva York, pequeñaja. En serio, muchísimo.

Se acercó peligrosamente a mí mientras se me aceleraba el pulso. Entonces me dedicó una mirada seductora.

—Me quiero ir con un buen recuerdo. Y hay algo que me apetece por encima de todo en este momento —me dijo.

—¿El qué? —mi voz tembló.

Javi me besó, ¡me besó! Y me pilló tan de sorpresa que apenas logré reaccionar. Me estrechó en sus brazos, murmuró mi nombre con voz grave y a mí me pareció que era el sueño más bonito del mundo. Cuando abrí los ojos para mirarlo anonada, él me guiñó un ojo y murmuró:

—Tenía muchas ganas de hacer esto.

Le había contado aquello a Nati unas cien veces, y siempre ponía la misma expresión escéptica. Es cierto que desde entonces, Javi y yo no habíamos hablado del tema. Pero todo tenía una explicación: él estaba a más de cinco mil kilómetros de distancia. Así que hablaríamos de ello cuando nos viéramos las caras. O sea, hoy.

Tenía muchas ganas de ver su reacción cuando le dijese lo que sentía por él. Era lo justo. Si él había dado el primer paso, yo tenía que dar el segundo. Entonces estaríamos empatados y Javi admitiría de una vez por todas que estaba enamorado de mí.

¡Ay, qué bonito es el amor!

—Uy, ¿y estas maletas? —Nati señaló el equipaje que había delante de la puerta de al lado de nuestro apartamento.

—Nuevo inquilino, supongo. Espero que no sea de los que dan fiestas.

Nati cruzó los dedos.

—Y yo espero que esté buenísimo.

Puse los ojos en blanco.

—Pero vamos a ver, ¿tú no estabas medio saliendo con Manu?

Ella torció el gesto.

—No, para nada. Yo no soy mujer de un solo hombre. Soy demasiado joven para malgastar mi tiempo con idiotas inmaduros.

En fin, ella es así.

Cuando cruzamos la entrada del portal, un tipo cargado de bolsas nos sostuvo la puerta con el pie. Apenas me dio tiempo a mirarlo, pero Nati le echó un vistazo de arriba abajo y me hizo un gesto. Pasé de él. Yo solo tenía ojos para Javi, que estaba como un queso.

—Buenos días —lo saludó ella.

—Buenos días —respondió él con amabilidad.

Cuando nos dirigimos al coche, Nati me zarandeo con expresión alucinada. No sé qué mosca le había picado.

—¡Tessa, tú lo has visto! Madre mía, debe ser el nuevo vecino. ¡Está como un tren!

—Pues la verdad que no me he fijado.

Puso tal cara de indignación que tuve que reírme.

—En serio, tienes *javitis*. A ver si se te cura ya, hija mía...

Fue hacia el asiento del copiloto y se sentó con los brazos cruzados. Me había repetido constantemente que no le hacía gracia acompañarme a recoger a su hermano. Que tenía la cara muy dura y que nos había estropeado los planes del fin de semana, que eran ir a la playa. Quería ponerse morena porque el verano estaba a la vuelta de la esquina, y odiaba sus piernas pálidas. Nati tiene una seria obsesión con el bronceado, por cierto. Pero yo hice oídos sordos y le supliqué que viniese conmigo, pues estaba atacada por el reencuentro. Y si recordaba el mensaje que Javi me había enviado ayer, se me caía la baba:

¡Hola, pequeña! ¿Me has echado de menos? Tengo muchas ganas de verte. Ah, ¡y tengo una sorpresa para ti!

Ay... ¡me encantan las sorpresas!

Aferré el volante con fuerza y pisé el acelerador. El amor de mi vida me estaba esperando y yo no veía el momento de reencontrarme con él.

Me cago en el amor, en Cupido y en los cuentos de Disney. Pero, ¿quién era esa rubia alta y despampanante que iba colgada del brazo de Javi? La fulminé con la mirada desde la distancia, como si tuvieras rayos láser en los ojos y pudiese pulverizarla.

Arrrgh, ¡quítale las manos de encima!

Nati se quedó tan de piedra como yo, todo hay que decirlo. Observó a su hermano como quien veía un fantasma y señaló a la jirafa que llevaba a su lado. Lo sé, soy lo peor cuando estoy celosa.

—¿Quién es la barbie esa? —preguntó mosqueada.

—Será una amiga —musité, mientras el alma se me caía a los pies.

Obviamente tenía que haber una explicación. Seguro que era una turista despistada a la que él se había ofrecido a ayudar de manera desinteresada. Busqué una explicación razonable, hasta que Claudia Schiffer enredó sus manazas en el cuello de Javi y le plantó un beso.

Apreté el brazo de Nati con tanta fuerza que ella gritó.

—¡Ay!

La solté, pero la amargura fue haciendo mella en mí a pasos agigantados. ¿Esa era la sorpresa que Javi quería darme? Pues tenía toda la razón, ¡era un sorpresón! Porque eso sí que no me lo había visto venir, vaya.

—¿Estás bien? —susurró a mi oído Nati.

Asentí con las lágrimas atenazándome la garganta. Me quería morir. Pero, ¿quién era aquella extraña? Me sentí tan estúpida que apenas moví un músculo cuando Javi llegó hacia nosotras con una sonrisa de oreja a

oreja.

—¿Quién es esa? —gruñó Nati, señalando con un dedo a la guiri.

Nati tenía la misma diplomacia que un pitbull. Y el mismo sentido sobreprotector que una madre primeriza.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —respondió Javi.

Se acercó a mí y me abrazó hasta dejarme sin respiración. Me quedé rígida e intenté que no se me notaran las ganas que tenía de morirme. Cuando se separó de mí, Javi me sostuvo por los hombros y frunció el ceño.

—Qué guapa te has puesto hoy, pequeñaja.

Para ti, so memo.

Forcé una sonrisa, pese a que lo que menos me apetecía en aquel momento era sonreír. Quería esconderme en casa, inflarme a chocolate y hundirme en lamentaciones por ser tan ingenua. Nati tenía razón, como siempre.

—Gracias por venir a buscarme hoy, Tessa. Te debo una —luego desvió los ojos hacia su hermana con desdén—. Imagino que a ti te habrá obligado a venir.

—Ni lo dudes —respondió orgullosa su hermana.

Los dejé discutir mientras observaba con curiosidad —y unos celos desmedidos—, a la mujer rubia y guapísima que había venido con él. Normalmente, uno trae de recuerdo la típica baratija comprada en una tienda de souvenirs. Una bola de nieve, un llavero... ¡pero no! Javi se había tenido que traer a una modelo de Victoria's Secret. Señor, llévame pronto.

—Bueno, ¿nos presentas o qué? —exigió irritada Nati.

Javi asintió, y de nuevo aquella sonrisa plena y radiante se plantó en su rostro. Odié a aquella mujer sin conocerla de nada. Porque sí. Porque estaba con él y porque era más despampanante que yo. Qué injusto es el mundo y qué mala es la envidia.

—Tessa, Nati, os presento a Stella, mi novia.

¿Su qué?

Me quedé tan ojiplática como mi amiga, a la que le entró un ataque de tos.

Su novia. No su amiga con derecho. O un *nos estamos conociendo*. No, ¡su puñetera novia!

—¿Tu novia? ¿Y desde cuándo os conocéis? —preguntó incrédula su hermana.

Javi la estrechó por la cintura y Stella nos sonrió con inocencia. Me quería morir. En serio, podían definir la palabra *patética* con mi nombre en el diccionario.

—Cuando llegué a Nueva York, me perdí para llegar al hotel y Stella me indicó el camino. Fue muy amable y... qué puedo decir —la miró embelesado y ella le devolvió una mirada entusiasta—. Fue amor a primera vista.

Amor a primera vista. No, en serio, ahora sí que quería morirme. Llevaba catorce años esperando que él sintiera algo remotamente parecido por mí, y ahora resultaba que una guiri lo conseguía en tres meses. ¿Dónde estaba la cámara oculta?

—Lo que no entiendo es que hace aquí —dijo Nati, tan alucinada como yo.

—Nati... —la censuró su hermano—. O se venía ella o me quedaba yo en Nueva York. Y como Stella quiere perfeccionar el español, ha decidido quedarse hasta que le salga trabajo.

—¡Me encanto España! Paella, toros y siesto. ¡Olé! —exclamó ilusionada la americana.

—Uy, el español fatal, eh... —murmure por lo bajini.

Stella se acercó a mí. Me sacaba dos cabezas, y de cerca era tan guapa que dolía mirarla. Tenía unos ojazos azules, un cuerpazo de infarto y un estilo innato para la moda. Pero claro, con ese cuerpo hasta yo habría estado bien con una bolsa de basura.

Cuando me agarró las manos, contuve el instinto de apartarme.

—*Tasa*, tú y yo ser buenas amigas. Javi haber hablado mucho de ti, ¡fiesta y paella para las dos!

Fiesta y paella para tu madre, pensé irritada.

—Tessa, je je —la corregí molesta.

Conque Javi le había hablado mucho de mí. La parte en la que nos habíamos besado antes de que él se fuera de viaje se le había olvidado, por

cierto.

—Seguro que hacéis buenas migas. Además, Stella está buscando trabajo y le vendría genial currar con vosotras. ¿No os hacía falta alguien en la cafetería? —dejó caer Javi.

¡Lo que me faltaba, tenerla de compañera de trabajo! Nati y yo nos miramos alternativamente, pero fue ella quien habló.

—Qué va, hermanito. Necesitamos a alguien que hable bien español. Imagínate la que se podría liar si en vez de azúcar le da sal a un cliente —comentó con malicia.

Su hermano la miró con cara de pocos amigos.

—Venga ya, no seas así. Seguro que a Tessa no le importa, ¿a qué no? —me dedicó una mirada suplicante.

Bajé la vista al suelo y recordé el segundo propósito de mi lista: *aprender a decir no*. Nati me contempló expectante y su hermano esperanzado. Barbie Malibu no parecía enterarse de nada.

—Pues... veras... —me retorcí las manos con nerviosismo—. Estábamos buscando a alguien con experiencia.

—¡Yo tener experiencio! Trabajar de camarero en New York —intervino Stella.

—Y a alguien que hable español. Además, el puesto ya está ocupado —zanjó Nati.

Su hermano la fulminó con la mirada, pero lo dejó estar. Y Stella dejó escapar un *oh* dramático y penoso que me sacó de mis casillas.

Conduje todo el camino de vuelta en silencio mientras que Nati me miraba de reojo y Javi y Stella se deshacían en carantoñas. Casi estuve a punto de parar el coche y echarlos de una patada, pero logré contenerme.

—Déjanos en mi casa, pequeñaja. Tenemos ganas de descansar después del viaje tan largo.

Pequeñaja.

Noté como se me crispaban los pelos de la nuca.

—Lo que se la quiere es tirar... —susurró Nati.

Aparqué frente a su portal y ni siquiera me molesté en despedirme cuando se bajaron del coche. No obstante, Stella se deshizo en abrazos y besos y nos dio las “gracias” un millón de veces. Entonces, Javi dio un

golpecito en mi ventanilla que me sobresaltó. No debió notar mi expresión de instinto asesino, porque me sonrió y dijo.

—¡Casi se me olvidaba tu sorpresa!

Sacó algo de su bolsillo y me lo puso delante de la cara. Era un llavero de la Estatua de la libertad que me dio muy orgulloso. Mi cara de póquer fue digna de fotografiar.

—¿No creerías que me había olvidado de ti? —me guiñó un ojo y me dio un beso en la mejilla.

Cuando se fue, seguí con el coche aparcado mientras Nati me contemplaba sin saber qué decir. Sostuve el llaverito de los cojones en la palma de la mano, como si fuese una broma de mal gusto. Javi tenía que volver a darme la sorpresa de verdad. A ver... esto tenía que ser un chiste.

—¿Estás bien? —preguntó asustada mi amiga.

Y entonces rompí a llorar.

2. Mi vecino Héctor

Era finales de mayo y en Cádiz empezaba a asomar el verano. Hacía un tiempo estupendo en la calle, la gente tomaba los primeros rayos de sol en la playa y yo... ¡yo quería quedarme encerrada en casa y llorar por las equinas!

El lunes era nuestro día de descanso. Cerrábamos la cafetería que regentamos a medias, esa que tanto nos costó montar a base de ahorros y esfuerzo, y que sobrevivía a la crisis gracias a mi repostería casera y el desparpajo de Nati. Solíamos ir a pasear por la playa con Trufa, un perro al que habíamos adoptado de la perrera, tomábamos el sol (sigo diciendo que Nati tiene tanorexia), y nos tomábamos algunas cañas en alguna terraza del paseo marítimo. Pero tras aquella bofetada de realidad no estaba de ánimo para nada, por mucho que Nati insistiera.

—Pero, Tessa, ¿qué es nuestro día libre! ¿En serio vas a dejar que Javi te amargue la vida?

Asentí con expresión funesta mientras me tumbaba en el sofá. Trufa me puso la patita encima del muslo y me miró con cara de pena. Le acaricié la cabeza y suspiré con pesadez. No podía creer que Javi hubiese regresado con aquella barbie de Nueva York. En serio, ¿qué mosca le había picado? Él era un hombre sensato y que se pensaba mucho las cosas. No era la clase de tipo que se encaprichaba de buenas a primeras de una neoyorkina despampanante.

—Entonces me quedo contigo. Verte así de deprimida me provoca cargo de conciencia —se sentó a mi lado y me dio una palmadita en la rodilla—. No quiero decir que ya te lo dije, pero sabía yo que un beso estando borracho no significaba nada. Conozco a mi hermano.

—Vete, en serio. Prefiero estar sola.

Ella sacudió la cabeza, aunque se notaba que lo último que le apetecía era quedarse allí conmigo. Nati era el alma de la fiesta, y parte del éxito de la cafetería se debía a su carácter. Quien la conocía volvía para charlar con aquella camarera alegre y mona que siempre te sacaba una sonrisa. Ahora era uno de esos momentos en los que deseaba cambiarme por ella. En los que quería ser como Nati, un espíritu libre que no necesitaba atarse sentimentalmente, y a la que las preguntas de su familia tipo:

¿y tú para cuando te vas a echar novio? Le resbalaban, literalmente.

—¡Oh, ya sé lo que vamos a hacer para animarnos! —exclamó ilusionada.

La miré de reojo. Nati era la clase de persona que tenía unas ideas absurdas y peligrosas.

—¡Vamos a espiar al vecino buenorro!

—En serio, no estoy tan desesperada.

—¡Anda ya! ¡Para alegrarnos la vista! —tiró de mí para intentar sacarme del sofá.

—No quiero saber nada de los hombres. Me voy a hacer monja —bufé.

—Hazte lesbiana, que seguro que es más divertido —se burló ella—. Pero espera a ver a este maromo tan empotrable, porque seguro que te devuelve a la heterosexualidad. De verdad que tienes que verlo. ¡Qué te levantes!

—Uff... —me puse de pie con tal de no escucharla—. ¿Y qué vamos a hacer, pedirle sal? Nos va a tomar por un par de petardas.

—Qué nooooo, que se ve lo suficiente desde el balcón. Antes me he asomado al muro y lo he visto haciendo abdominales en el salón.

Ba, seguro que era uno de esos tipos obsesionados con el gimnasio. La acompañé de mala gana.

—Impresionante —dije con frialdad.

—Impresionante la tableta de chocolate que tiene por barriga.

—¿En serio lo has estado espiando desde el balcón? Estás fatal.

—Hasta donde yo sé, mirar no es un pecado. Y si no quiere que lo espíen, que ponga unas cortinas.

La lógica de Nati es así. La culpa no la tiene ella por mirar, sino el otro por no poner cortinas en las ventanas. Ver para creer.

Nati colocó una silla en el suelo, se subió encima y vi como se le caía la baba. Literalmente. Soltó una risilla incrédula, se tapó la boca con las manos y abrió los ojos de par en par. Vamos, pero si solo era un hombre. Qué exagerada.

—¡Madre del amor hermoso!

—¿Qué?

—¡Esto tienes que verlo! —dijo, pero no se bajó de la silla.

Se quedó allí durante un buen rato, mientras yo me cruzaba de brazos y me apoyaba en el muro que separaba los balcones. Nati soltó un par de lindezas por la boca, se abanicó teatralmente y se bajó de la silla.

—Súbete y disfruta, hermana.

Puse los ojos en blanco.

—No creo que sea para tanto, sinceramente...

Me subí a la silla y me dispuse a observar a la clase de vigorético que le gustaba a mi amiga. Y entonces se me desencajó la mandíbula. Oí que Nati se reía mientras yo no podía apartar los ojos de él. O mejor dicho de ellos. Porque mi vecino estaba dándole lo suyo a una atractiva mujer que se agarraba a su espalda y gemía:

—¡Más, más, más! —le exigía ella.

Pensé que como le hiciera caso la partiría por la mitad, pero allá ella. Reconozco que aquella tórrida imagen me subió los colores. No solo porque mi vecino era atractivo, que lo era, sino porque al parecer sabía muy bien lo que hacía. Experimenté cierta envidia. ¿Cuánto hacía que yo no echaba un polvo? Probablemente desde que lo había dejado con mi último novio, hacía cosa de un siglo. Al final iba a ser verdad que iba para monja.

Mi vecino enterró la cabeza en los pechos de aquella mujer y ella le rodeó la cintura con las piernas. Atisbé una espalda morena y un cuerpo en forma. No era un cachas de gimnasio, sino un tipo que parecía cuidarse. Se me secó la boca con aquellos músculos duros. Y tuve que darle la razón a mi amiga, pues en aquel estómago se podrían partir piedras. Vaya con el vecinito...

La mujer enterró las manos en el cabello oscuro de él, que emitió un gruñido. La penetró más fuerte y ella gritó su nombre: ¡Héctor! Escruté un tatuaje de tinta negra en su omoplato, pero no llegué a ver qué era. Porque de repente levantó la vista y clavó unos ojos verdes y curiosos en mí. Estuve a punto de caerme de la silla por la impresión. Él, lejos de sentirse molesto o avergonzado, me dedicó una sonrisa ladina.

—¿Te apetece un trío? —preguntó con descaro.

—¡No!... yo.... esto... —comencé a balbucear.

Nati tiró de mi vestido, pero le di una patada con disimulo.

—¡A mí sí! —respondió la muy cerda.

—Yo... yo... estaba uhm... regando las plantas —me disculpé avergonzada, y agarré un geranio chuchurrado.

A Héctor le brillaron los ojos de diversión, y puso cara de no creer nada de lo que dije. Dios, era la peor excusa de la historia. ¡Me había pillado espiándolo! Me quería morir.

—¡Héctor, no pares! —exigió la mujer.

Me puse tan colorada que me podría haber confundido con la maceta de amapolas que tenía al lado. Lo miré como pude a la cara, donde su expresión entre divertida y descarada chocaba con la mía.

—Te daría la mano, pero estoy ocupado.

—¡Hasta luego! —respondí con rapidez, y me bajé de un salto.

Cuando el muro volvió a separarnos, me llevé la mano al pecho y traté de tranquilizarme. Se me había disparado el pulso y estaba tan sonrojada que parecía que acababa de correr una maratón. A mi lado, Nati estaba llorando de la risa.

—¿Te ha dado tiempo a ver como la tiene?

La fulminé con la mirada.

—En serio, no sé para qué te hago caso. ¡Podrías haber avisado de que estaba... ya sabes... haciendo eso! —le recriminé, más abochornada de lo que había estado en toda mi vida.

¿Qué iba a pensar de mí aquel hombre? Supongo que acababa de formarse la idea de que era una perversa.

—Quería que te llevases una buena impresión. Hija, te hace falta una alegría —se disculpó Nati.

—No ha sido una alegría, ¡por poco me da un infarto!

—Pues haberte apartado antes, que bien que lo mirabas pasmada... —me acusó con tonillo.

—Porque estaba petrificada por la impresión —me defendí indignada.

Nati se dejó caer sobre una de las hamacas del balcón con un suspiro lánguido.

—Lo mismo un día de estos sí que le pido sal —murmuró con picardía.

Mi amiga no tenía remedio. ¿Y me vecino? Bueno, todavía estaba tratando de formarme una opinión de él. Pero seguro que el tal Héctor ya tenía una sobre mí.

Aquella noche me apetecía la comida del despecho. Es decir, cantidades ingentes de helado, pizza y un montón de guarradas. Tuve que bajar al super a comprar, pero antes de hacerlo estuve un buen rato observando por la mirilla. No quería encontrarme por sorpresa a mi nuevo vecino, o de lo contrario volvería a sonrojarme y a balbucear como una tonta. Me daba corte volver a encontrármelo, cosa que sabía que era inevitable. No tenía ni idea de cómo iba a mirarlo a la cara. Y todo por culpa de la perversa de Nati.

Cuando estuve convencida de que no había moros en la costa, bajé corriendo por las escaleras por si me lo encontraba en el ascensor. Compré helado como para un regimiento de espartanos hambrientos, pizza y tantas calorías que ya tendría tiempo de arrepentirme al día siguiente. Para eso tenía la bicicleta estática del salón (aparte de para colgar la ropa, claro).

Regresé cargada del supermercado, así que fui directa al ascensor. Entré deprisa cuando las puertas se abrieron y pulsé el botón varias veces. Suspiré aliviada cuando comenzaron a cerrarse, hasta que un brazo moreno se metió dentro y mi vecino pasó al interior.

Mierda.

—Por poco —dijo.

Le sonreí por educación y clavé la mirada en el suelo. Noté que al darse cuenta de quién era, me observaba de reojo mientras una sonrisilla traviesa se le plantaba en la cara. No supe qué decir, así que me quedé callada. ¡Qué lento se podía pasar un viaje en ascensor!

—No quiero que te lleves una impresión equivocada de mí —me salió de pronto—. Estaba regando las plantas, y no me di cuenta de que tú estabas... ya sabes...

Me miró y sonrió. Por alguna inexplicable razón, la situación le hacía bastante gracia. Se apoyó con despreocupación contra la pared y se cruzó de brazos.

—Tranquila, mujer. Así te alegras la vista.

Di un respingo. ¿Cómo? ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué yo era una pringada a la que le hacía falta espiarlo?

—Para lo que hay que ver... —murmuré irritada, sin poder contenerme.

—Pues bien que mirabas con ganas —respondió con chulería.

Levanté la vista de mis pies y lo miré perpleja. Ahora entendía por qué no estaba enfadado. Aquel tipo estaba encantado de conocerse a sí mismo. ¡Pues no sería yo quien le acrecentara el ego!

—No te miraba así. Estaba... un poco perturbada por la situación —repuse, haciéndome la digna.

Soltó una carcajada atónita. Tenía unos ojazos verdes, todo hay que decirlo. Y cuando sonreía, se le veía una hilera de dientes blancos y perfectos que resaltaban en un rostro moreno. Más que guapo, a diferencia de Javi, aquel tipo era peligrosamente atractivo. Y un cretino de proporciones épicas, me dije a mí misma.

—¿Por qué? ¿Tan poco acostumbrada estás a eso? —me provocó.

Menudo insolente. Decidí que no le dedicaría ni un minuto más y esperé a que el ascensor se detuviera para perderlo de vista. Entonces, dio una sacudida que me lanzó contra el pecho de Héctor. Él me sujetó de manera instintiva. Noté un calorillo agradable bajo sus manos y el olor del gel de baño. Me quedé medio segundo sin reaccionar, y comprobé que tenía el pecho tan duro como Nati había adivinado. Hasta que me topé con aquella sonrisa fanfarrona y me aparté molesta.

—Parece que se ha estropeado —dije, comprobando que el panel no funcionaba.

Pulsé un par de veces la campanilla, y deseé que Nati no se hubiera metido en la ducha. Era un bloque de pisos de gente bastante mayor, así que quizás tardaran un tiempo en oírnos. Aquello me puso nerviosa, pues odio los espacios cerrados.

—¿Sucede con frecuencia? —preguntó él.

—No, de hecho es la primera vez que pasa.

Y me tenía que pasar contigo, maldije para mis adentros.

—Bueno, ya nos encontrará alguien... —repuso, y se sentó en el suelo con las

rodillas pegadas al pecho para darme espacio.

Noté que empezaban a sudarme las manos.

—Quizá tu novia te eche en falta y se dé cuenta —comenté esperanzada.

—No tengo novia.

Uhm... así que era un mujeriego, me dije a mí misma. Aquello le iba a encantar a mi amiga, que estaba deseando catarlo. Incluso si lo pensaba, estaba convencida de que harían buena pareja. Parecía que ninguno de los dos tenía mucho pudor.

—Tranquilízate y siéntate —me pidió, al ver que me ponía cada vez más pálida—. ¿No serás claustrofóbica? —se temió

Sacudí la cabeza con vehemencia, pegué la espalda contra la pared y me deslicé hacia abajo muy lentamente.

—Es que... no me gusta estar aquí encerrada.

—Comida llevas. De hambre no te vas a morir —dijo, y señaló la bolsa.

Cubrí la bolsa con mis piernas, irritada de que él viera el contenido. No quería que pensara que era una de esas cursis que pagaba sus problemas amorosos con helado de chocolate. Pero por la cara que puso, estuve segura de que era la idea que acababa de formarse.

—¿Quieres que te dé conversación? Para que así dejes de estar tan atacada.

—¡No estoy atacada! —grité.

Al ver que estaba dando la impresión equivocada, me callé de golpe. Intenté no mirar a aquel hombre tan atractivo como intimidante. Tenía algo, no sé muy bien el qué, que me hacía sentir incómoda. No solo eran sus ojazos verdes, sino la forma descarada que tenía de mirarme. Y no lo disimulaba.

A pesar de que se había encogido para dejarme hueco, estábamos demasiado cerca porque el ascensor era muy pequeño y él muy grande. Cuando me rozó la pierna sin querer, me aparté turbada y apreté los dientes. Quería salir de allí cuanto antes.

—Uhm... déjame adivinar: acabas de cortar con tu novio.

Me sobresalté y lo miré enfurecida. ¿De qué iba aquel tío?

—Si esa es toda la conversación que me vas a dar, será mejor que te calles — le advertí furiosa.

Ignoró mi respuesta y me estudió con una curiosidad que rallaba lo maleducado. De acuerdo que yo lo había espiado mientras follaba, ¡pero cuando él no miraba!

—Vale... no era tu novio. ¿Un rollo, tal vez? Tú te hiciste ilusiones y él no quería nada serio... —se aventuró él.

Lo fulminé con la mirada. Hasta ahí podíamos llegar. Fui a ponerme de pie porque no soportaba tenerlo tan cerca, pero al hacerlo me apoyé sin querer en su muslo y él me dio una palmadita en la mano. La aparté azorada y él volvió a reírse. Sabía que me ponía incómoda y estaba disfrutando de lo lindo.

Opté por quedarme sentada, muy rígida y lo más alejada posible. Volvió a clavar los ojos en mí y sonrió sin disimulo.

—¿De qué te ríes? —le espeté, cada vez más enfadada.

Se rascó la barbilla, en la que una incipiente barba le otorgaba un aspecto feroz y sexy. Era la clase de hombre que sabía el efecto que producía en las mujeres.

—He estado a punto de dar en el clavo, eh —adivinó satisfecho—. No es ni tu novio ni tu rollo, pero si alguien muy cercano. ¿Un amigo?

Apreté la mandíbula. Además de chulo y sinvergüenza, era un fanfarrón. Me molestó ser tan predecible para todo el mundo, incluso para aquel extraño que me estaba haciendo un análisis a partir de mi expresión furibunda y la bolsa de la compra.

—Un amigo —dijo convencido—. Te hiciste ilusiones, o él te hizo ilusiones. Y ahora estás furiosa porque te ha roto el corazón. ¿Hay otra persona?

Bufé. Lo que faltaba, ¡había dado en el clavo!

—Oye, basta ya —le ordené indignada—. No tienes ningún derecho a analizarme, o lo que sea que estés haciendo.

—Solo hago conjeturas. No es mi culpa que haya acertado.

—No has acertado.

—Lo que tú digas —respondió, ampliamente divertido.

—¿Te digo yo lo que pienso de ti?

—Adelante, no estaría mal saberlo —comentó con despreocupación.

—Te crees que sabes mucho de mujeres por follártelas —le solté, y al instante me arrepentí de haber dicho aquella burrada. ¿Qué sabía yo de las mujeres que se tiraba? ¿Qué sabía yo de aquel tipo?

Parpadeó alucinado, hasta que se echó a reír. Tenía una risa amplia y ronca, y los ojos verdes le brillaban con una diversión muy sincera.

—Dime una cosa, ¿por qué en vez de pagar tu frustración con la comida no lo llamas? —sugirió, con aquella media sonrisa tan desconcertante como atractiva.

—¿Eh?

—Que llames a ese hombre y le digas lo que le tengas que decir. A lo mejor no has sido clara con él y por eso ha buscado otra opción.

Sí, y la opción se llamaba Stella, tenía dos melones por tetas y medía un metro ochenta. ¡Ja!

—Él es quien no ha sido claro conmigo. No puedes ir por ahí besando a la gente... haciéndole ilusiones y luego... —me corté al ver que acababa de entrar en su juego.

¡Pero para qué abría la boca! Era tocar el tema de Javi y daba rienda suelta a lo que sentía. Para colmo con aquel extraño, que se estaba divirtiendo a mi costa.

—¿Pero hablasteis luego de lo que sucedió? —quiso saber.

Intenté no contestarle, pero las ganas de contar con una opinión masculina y ajena me pudieron.

—Pues no. Habíamos bebido un poco, luego se fue de viaje... —inspiré pesadamente—. Ni siquiera sé por qué te cuento esto, la verdad.

—Ah... bebisteis, mala señal.

—¿Y eso por qué? —pregunté atónita.

—Porque dirá que no se acuerda. Es lo más lógico.

—Tú ni siquiera lo conoces —dije, sintiendo la repentina necesidad de defender a Javi.

—Pregúntaselo y luego me cuentas. A ver si me equivoco o no —respondió

muy seguro.

Menudo chulo.

—¡A ti qué te voy a contar! —exclamé indignada.

Él volvió a reírse.

—También es verdad.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron como por arte de magia, me levanté como un resorte y salí de allí antes de que volvieran a cerrarse. Respiré aliviada. A mi espalda, el tal Héctor parecía disfrutar de lo lindo. Parpadeé confundida al ver que me tendía una mano.

—No nos hemos presentado, me llamo Héctor.

Le devolví el apretón, y Héctor me acarició los nudillos con descaro. Incómoda, retiré la mano y le dediqué una mirada airada. Se notaba que intentaba vacilarme.

—Teresa, pero todos me llaman Tessa.

—Teresa —dijo mi nombre de una manera ronca y grave que me estremeció.

Me dirigí hacia mi apartamento con ganas de perderlo de vista. Noté que me seguía mirando, pero yo me esforcé en meter la llave en la cerradura. Antes de que abriera la puerta, me soltó:

—Teresa, si necesitas salir o que te quite esa cara tan mustia, solo tienes que llamar a mi puerta. Así no tendrás que espiarme por el balcón.

Abrí la boca, indignadísima y perpleja. Lo último que vi fueron aquellos ojos verdes y su sonrisa fanfarrona antes de dar un portazo.

Ya tenía una opinión sobre mi vecino: ¡era un capullo!

3. Pared con pared

—Tampoco creo que sea para tanto —dijo mi amiga.

—¡Qué no! —exclamé ofendida—. Porque tú no has estado encerrada en el ascensor con él, que si no pensarías lo mismo. Es un listillo.

—¿Y dices que no tiene novia? —se interesó.

Suspiré. Al parecer esa era la parte de la historia que más le interesaba.

—Eso dice él.

—Pues yo que tú habría aceptado su invitación. ¿No sabes que un clavo saca otro clavo?

—Parecía que me estuviera haciendo un favor —respondí irritada.

—Hombre, es que un favor te estaría haciendo. Te quitas de la cabeza a mi hermano y te tiras a ese maromazo de ojos verdes.

Para qué quiero enemigas teniéndola a ella...

Me fui directa a mi habitación sin tocar la bolsa de la compra. Se me había quitado el apetito, y he de reconocer que el hecho de que el tal Héctor me hubiera analizado tan bien me dejaba entre perpleja e indignada. Me fastidiaba muchísimo ser tan transparente para el resto del mundo.

Como soy de las que les gusta torturarse, abrí Facebook y me puse a cotillear el perfil de Javi. Solté un suspiro al verlo en las fotos. En muchas de ellas aparecíamos los dos posando para la cámara. Se notaba la complicidad entre ambos, fruto de todos los años de amistad. Y no, no me montaba películas. Sabía de sobra que Javi sentía algo por mí, ¡tenía que ser así! Lo del beso en el portal había sido la definitiva, pero antes de eso habíamos compartido otros momentos más íntimos. Instantes en los que Javi había estado a punto de besarme, me tocaba de manera descarada o me quitaba de encima a algún pesado en la discoteca. Y lo hacía por algo.

Me puse de malhumor al leer su estado. Era una foto de él y Stella en la que salían abrazados y ella dándole un beso. Intenté sacarle algún defecto, pero me fue imposible. Era un bombón, qué se le iba a hacer.

Reprimí el impulso de llamarlo para salir de dudas. De encarar la situación, tal y como me había aconsejado Héctor. A ver, ¿qué sabía aquel tipo del amor? Era evidente que era un mujeriego al que le encantaba tener a las mujeres en la palma de su mano. Como si me estuviera leyendo la mente, Javi me envió un mensaje. Lo leí con una ilusión desmedida, así soy yo.

Javi: *Hola, pequeñaja. Hoy te he notado un poco rara, ¿todo bien?*

Uhm... ¿qué le contestaba a eso?

Yo: *pues claro que no, pedazo de animal. Me hiciste ilusiones y has vuelto con esa americana que no sabe pronunciar mi nombre. ¿Cómo quieres que esté, eh?*

Antes de enviarlo lo borré. Contemplé indecisa la pantalla del móvil y conté hasta tres antes de responderle. No quería parecer herida, pero tampoco ponerle las cosas en bandeja. Lo ideal era que él sacara el tema. O al menos que yo lo sacara a colación como si nada.

Yo: *Claro que estoy bien. Un poco sorprendida por tu repentino noviazgo, pero me alegro por ti si eres feliz.*

Bua, ¡menuda falsa!

Y añadí:

Yo: *Pero creí que cuando regresaras hablaríamos de lo que sucedió. Ya sabes, de lo que pasó en el portal la noche antes de que te fueras a Nueva York.*

Crucé los dedos y esperé su respuesta. El corazón me palpitaba deprisa mientras él estaba *en línea*, sin responder. ¡Venga ya, Javi! Merecía una explicación, aunque esta fuera: me he arrepentido, lo siento, no volverá a pasar, a lo rey Juan Carlos.

Su mensaje tardó quince minutos, pero me dejó tan desconcertada que tuve que leerlo varias veces.

Javi: *¿Qué pasó esa noche? Reconozco que tengo la memoria bastante nublada. Bebí demasiado, ¡mea culpa! ¿No te diría cualquier burrada? Si es así lo siento.*

No... puede... ser...

Me quedé de piedra mientras contemplaba la pantalla. ¿Sería verdad que no se acordaba de nada, o Héctor tenía razón y acababa de poner la excusa más fácil?

Me mordí el labio, sin saber qué creer. Conocía lo suficiente a Javi para creer que él no me mentiría, pero...

Yo: *No pasa nada. Pensé que te acordabas.*

Respondió al instante.

Javi: *¿Pero hice alguna tontería?*

Yo: *Claro que no. Buenas noches.*

Inspiré y dejé el teléfono sobre la mesita de noche. Si Javi no se acordaba de nada, significaba que aún tenía una pequeña oportunidad, ¿no? Porque él sí que sentía algo por mí, pero como ninguno de los dos había dado el paso se había fijado en otra. O me estaba mintiendo, cosa que no me explicaba.

—¡Ah!

Me volví hacia la pared, el lugar del que provenía aquel grito. Al principio pensé que algo terrible estaba sucediendo en casa de Héctor, hasta que escuché la voz femenina.

—¡Oh... sí... sí!

Puse los ojos en blanco. Cómo no. Mi habitación tenía que dar pared con pared con la suya. Me tapé la cara con la almohada. ¿Pero es que aquel hombre no descansaba ni un momento?

—¡Sigue, Héctor, sigue!

Golpe de cabecero contra la pared. Apreté los dientes. Si aquella era la noche que me esperaba, ya me podía ir a dormir al sofá. Me levanté irritada y fui hacia el salón para ver un rato la tele. Nati ya se había dormido y eran más de las dos de la mañana. Esperé un tiempo prudencial para que hubieran acabado antes de volver. Reinaba el silencio en mi habitación, menos mal.

Me metí dentro de la cama, cerré los ojos y pensé en cosas bonitas. Cosas que no fueran Javi y Stella dándose un morreo delante de mis narices, por ejemplo. Mi cabecero tembló un poco con otra sacudida de la pared. Otro gemido.

—¡Oh, síiiiiiiiiii!

Me levanté al borde de un infarto. ¿Estaban follando o era un terremoto? ¿Cómo se suponía que iba a dormir así? Algunos madrugábamos para trabajar.

—¡Madre mía, Héctor, madre mía! ¡Ohhhh!

Me froté el rostro con las manos. Aquello no estaba pasando. ¿En serio? Irritada, traté de conciliar el sueño, pero me fue imposible. La pared temblaba y aquella estridente voz de mujer se me colaba en el cerebro. Al final no pude soportarlo más, me calcé las zapatillas y fui directa hacia la puerta. Nati salió de su habitación con cara de sueño y me miró desconcertada.

—Se escucha desde aquí —murmuró, más fascinada que molesta.

La ignoré y abrí la puerta de la entrada. Ella me miró boquiabierta.

—¡Eh, se puede saber a dónde vas!

Pero no le respondí. Llamé a la puerta de mi vecino con tanta fuerza que me dolió la palma de la mano. Podía acostarse con todas las mujeres del planeta, ¡pero que lo hiciera en voz baja!

Escuché unos pasos y algunas voces. Me arrepentí de inmediato por aquel ataque de impulsividad. Ay, ¿qué iba a decirle cuando abriera la puerta? ¿Y si se pensaba que era una amargada?

Héctor abrió la puerta vestido con unos bóxers. Me miró entre irritado y sorprendido, ladeó la cabeza y me observó con un brillo perverso en los ojos. Su desnudez me intimidó, cosa que a él le daba bastante igual. De hecho, parecía encantado de la vida con aquel cuerpo serrano y lleno de músculos. Normal. Sentí la boca seca y traté de mirarlo a la cara, a pesar de que me costó trabajo apartar la vista de aquel cuerpo moreno y espectacular.

—Eh... hola.

—¿Qué quieres? —me espetó. Esa vez parecía más molesto que divertido.

Se apoyó contra la puerta y me miró a la espera de una respuesta.

—Mira, sé que creerás que no tengo ningún derecho a venir y decirte esto, pero no me dejáis dormir. Y mañana trabajo. ¿Podrías hacer menos ruido? —le pregunté con toda la educación que pude.

Héctor puso mala cara.

—Pues no, no tienes ningún derecho.

Cuando fue a cerrar la puerta, no pude evitarlo y metí el pie dentro. Pero

bueno, ¡qué se había creído! Ni que yo disfrutara escuchándolos gemir. ¿Era mucho pedir que lo hicieran más bajito?

—Oye, que a mí no me gusta llamar a la puerta de mis vecinos. Pero me estáis molestando —le dije.

Héctor se apoyó en el quicio de la puerta y me miró de la cabeza a los pies. Me di cuenta de que llevaba puesta una camiseta ancha sin sujetador, así que me crucé de brazos y me ruboricé. Pero él me miraba a la cara, no a los pechos. Y para mi consternación, aquella vez sí que parecía divertido.

—¿Me estás pidiendo que folle más bajo? —me preguntó alucinado.

Visto así parecía ridículo. De todos modos, me hice la digna.

—Pues sí. Porque mañana trabajo. Y además, digo yo que no hace falta que nos hagas partícipes a todos de tu gran obra, eh machote.

Al escuchar aquella palabra, Héctor se tensó un poco.

—A ti lo que te pasa es que estás muy sola. ¿Por qué no entras y te unes al club? —me provocó.

Me puse más colorada que un tomate y comencé a balbucear, así que él soltó una carcajada. Le brillaron los ojos verdes y se le formaron algunas arruguitas alrededor de ellos.

—Porque tres son multitud, ¿no lo sabías?

—Depende de para qué. En la cama, cuantos más mejor, ¿no lo sabías? —insinuó, y me pareció que me miraba la boca.

Retrocedí abochornada. Aquel hombre era un impresentable.

—¿Has hablado ya con tu amigo? —preguntó de pronto con curiosidad.

Sí, vamos, lo que me faltaba. No respondí. Me limité a ir hacia mi apartamento mientras él me seguía con la mirada.

—Seguro que te ha dicho que no se acuerda de nada, ¿verdad?

¡Pero cómo podía saberlo! ¿Lo veía en mi cara?

Le dediqué la mirada más neutral posible.

—Cuando quieras un consejo masculino, aquí me tienes. O cualquier otra cosa —me guiñó un ojo.

Fingí que me daba una arcada y él se echó a reír. Cuando cerré la puerta, Nati me estaba mirando muy alucinada.

—¿De verdad le has pedido al vecino que folle haciendo menos ruido? —preguntó, y comenzó a llorar de la risa.

Mi conversación con Héctor no sirvió de nada, pues los gemidos y las sacudidas de la pared siguieron durante toda la noche. Y cuando digo toda la noche lo hago en sentido literal. ¿Pero qué comía aquel hombre? ¿Pilas Duracell?

Me levanté con ojeras de panda y expresión cansada, así que me maquillé un poco para tener mejor aspecto. No quería asustar a los clientes con mi cara de mala hostia. Nati y yo trabajábamos en la cafetería que había justo debajo de nuestro bloque de pisos. Habíamos elegido el local precisamente por eso. El alquiler era de lo más económico que habíamos encontrado y estar tan cerca de casa era toda una ventaja a la hora de evitar desplazamientos. Llevábamos un año y medio trabajando juntas tras haber ahorrado durante dos años para montar aquel proyecto común. A veces nos costaba llegar a fin de mes o las cuentas no cuadraban, pero éramos felices siendo nuestras propias jefas. Y con la llegada del verano, necesitábamos a alguien que nos echara una mano por las tardes.

—Hay que meter a alguien —le dije por enésima vez aquel día—. Nos vendría bien que nos ayudara a fregar cuando el lavavajillas está a tope o esto se desborda.

No me alcanzaba la vida para poner cafés mientras Nati servía las mesas. Con la llegada de los primeros rayos de sol, nuestra clientela se había multiplicado.

—¿No queda más carrot cake? —me preguntó, al asomarse a la vitrina.

—No, se ha vendido el último trozo.

—¡Uy, pero si no queda casi nada! —exclamó Nati, que a veces parecía que vivía en otro mundo.

—Ya te lo he dicho. Apenas tengo tiempo de cocinar. Necesitamos que alguien nos eche un cable.

—Qué sí, pesada. Esta tarde nos ponemos a revisar los curriculums de los candidatos —respondió, dirigiéndose hacia una mesa de universitarios que le miraban descaradamente las piernas.

Estaba convencida de que aquella era la cuarta vez en la semana que volvían porque intentaban ligar con Nati. No es que ella se sintiera muy incómoda, por cierto. A mi amiga le encantaba ser el centro de atención, y mientras su descaro nos trajera clientes...

—¿Entonces sigue haciéndoos falta personal? —quiso saber Javi, que estaba sentado en una mesa cercana a la barra con barbie morritos.

Fingí que no lo había escuchado y seguí fregando. Encima tenía que restregármela delante de las narices. Llevaban un par de horas allí, compartiendo un trozo de tarta de chocolate que no se les acababa nunca. Normal, si no paraban de besarse. Estuve a punto de gritarle que la cafetería no era un lugar donde pelar la pava.

—No seas pesado, Javi. Necesitamos a alguien que tenga experiencia —respondió Nati al pasar por su lado.

—¡Yo tener mucho experiencia! —insistió Stella, con su particular dominio del español—. Saber poner coffees con dibujos en la nata.

—Ya bonita, pero nosotros necesitamos a alguien español. Yo ser racista —le soltó mi amiga.

—¡Nati! —la censuré.

Su hermano la fulminó con la mirada, pero al menos lo dejó estar. Nati dejó la bandeja sobre la barra con tanta fuerza que me sobresaltó. Luego se acercó a mí para hablarme con un tono susurrante y tenso.

—¿Tú qué pasa, que vas a seguir dejando que te mangonee? La próxima vez que no te muestres tajante con él, te juro que le digo que la contratamos —me advirtió molesta.

En el fondo tenía razón. Nati estaba dando la cara por mí mientras yo me comportaba como una pusilánime.

—Vale —musité con la cabeza gacha.

Nati suspiró con pesadez.

—Ay, que no te estoy echando la bronca. Simplemente me pone de mala leche que no te hagas valer. Como si el panoli de mi hermano fuese a quererte más por contratar a su novia de plástico.

Fui a responderle que eso era asunto mío, pero de repente Nati abrió los ojos de par en par y me dio un codazo. Cuando vi hacia donde miraba, resoplé con desgana. Era Héctor, nuestro vecino. Se había sentado en una mesa de la terraza, junto a la mesa de un grupo de chicas que no le quitaban la vista de encima. Todas susurraban y se reían mientras lo señalaban con desdén. Y él estaba encantado, por supuesto. Parecía acostumbrado al revuelo femenino que se armaba a su alrededor.

Nati cogió la libreta y me la tendió.

—¡Atiéndelo tú! —me animó.

—Paso, no me cae bien. Es un creído.

—Ay... ¡encima que soy buena amiga y te lo dejo para ti! —se lamentó, a pesar de que estaba encantada de la vida de ser ella la gran afortunada. Nótese la ironía.

Cuando Nati se fue, Javi echó una mirada curiosa hacia la terraza. Frunció el ceño y sacudió la cabeza al ver como se pavoneaba su hermana.

—¿Quién es ese? —me preguntó, con un falso tono indiferente.

—Nuestro vecino —le dije.

Lo siguió mirando durante un buen rato con cara rara. Incluso yo también los observé. Nati le colocó una mano en el hombro y comenzó a reírse cuando él le dijo algo. Luego se sentó a su lado y se pasó al menos diez minutos charlando con él. Eso, ¡encima me despistaba a la camarera!

Le silbé para que atendiera a las dos mesas que habían llegado, y Nati se levantó de mala gana. Cuando llegó hacia mí, me dijo con un entusiasmo desmedido.

—Es super simpático. En serio, deberías conocerlo mejor.

Me tendió su comanda. Había pedido un café con leche y un trozo de tarta de pistacho y chocolate.

—No quería comer nada, pero cuando le he dicho que nuestros pasteles son caseros y que los haces tú, ha cambiado de opinión —me hizo saber, y me guiñó un ojo.

—Qué halagada me siento —dije secamente.

Nati me ignoró.

—Por lo visto trabaja como programador informático, y se ha mudado a Cádiz porque le salió trabajo en una empresa de aquí. Tiene treinta y seis años, está soltero y no tiene hijos.

La Wikipedia se quedaba corta con ella.

—Gracias por la información.

—Me parece que te cae tan mal porque en el fondo te hace tilín —insinuó.

Me reí tanto que se me saltaron las lágrimas. Por favor, los hombres como Héctor no eran mi tipo. Mujeriegos y con un ego que no cabía por la puerta. Ni de coña.

—Tilín, talán, la campanas de San Juan... —canté yo.

—Pues vale, intentaba ser buena amiga y dejártelo a ti. Así te alegrabas un poco, nena. Lo mismo la próxima vez es a mí a la que escuchas contra la pared...

—Serás guarra.

Sonrió como si le hubiera hecho un cumplido y se fue con la bandeja para servirle. De nuevo, estuvo más de diez minutos hablando con él, mientras a mí me tocaba hacer todo el trabajo. Por el rabillo del ojo, comprobé que Héctor se zampaba la tarta y me sentí muy orgullosa. No es que me importara lo que aquel hombre pensara de mí, pero me gustaba saber que los clientes se iban satisfechos.

En un momento de calma, paré para descansar y me apoyé en la barra. Sin poder evitarlo, observé a la parejita de enamorados y se me revolviéron las tripas. Stella le ponía ojitos y Javi le acariciaba la mejilla. Uf, ¿por qué no se largaban ya?

—Así que ese es tu amigo... —la voz de Héctor me sacó del trance.

Me puse tan colorada como un tomate y me volví a mirarlo. Estaba con un codo sobre la barra mientras me observaba con una media sonrisa. Sus ojos pícaros encontraron los míos con aquella diversión que tanto me sacaba de quicio.

¡Me había pillado espiando a Javi! ¿Se podía caer más bajo?

—Mal gusto el de tu amigo. A mí me van las morenas, no las rubias —me soltó con tono provocador.

Casi estuve a punto de llevarme las manos al pelo de manera inconsciente. Menuda indirecta más directa, y menudo tío más atrevido. Lo peor era que me sentía

tan avergonzada por su comentario que él lo notó. Volvió a sonreír como un lobo, como si disfrutara intimidándome.

—¿Te falta algo? —pregunté con frialdad.

—Nada, ya tengo todo lo que quiero —respondió de manera enigmática—. Solo venía a felicitar a la cocinera. La tarta estaba riquísima.

Asentí con una sonrisa de compromiso. Me ponía nerviosa y no lo quería cerca. No estaba acostumbrada a que ligaran conmigo, o se burlaran, aun no lo tenía claro, de aquella forma tan descarada.

—Volveré. Qué bien tenerte tan cerca. Ahora que conozco tus habilidades me da que no voy a poder vivir sin tus dulces —hubo algo oscuro en sus palabras. Un doble sentido que me resultó tan sexual como desconcertante.

Me estremecí.

—Pues... gracias.

—Adiós, Teresa.

Dijo mi nombre de una manera ronca que me dejó descolocada. Nadie me llamaba Teresa. Y oírlo en sus labios... de aquella voz grave y áspera, me resultó delicioso.

Un momento, ¿acababa de pensar yo eso?

¡Deliciosamente asqueroso!, me dije.

4. Si la montaña no va a Teresa, Teresa irá a la montaña

Gemido. Golpe contra la pared. Gemido. Gemido. Golpe.

No, no era un mensaje encriptado. Era Héctor, tirándose a su nueva conquista como si el día del juicio final fuera a pillarlo desprevenido. Llevaba una semana amargándome la vida, y no estoy exagerando. Todas las noches follaba con una mujer diferente como si estuvieran enchufados a un altavoz. A la de hoy le iba que le dijese guarradas, pero las había para todos los gustos. Incluso había creado una lista:

1. Las de las palabrotas.
2. Las santas, que se encomendaban a Dios.
3. Las del sexo duro.
4. Las que lo llamaban *papi*.

Y la lista se iba engrosando. Crecía y crecía cada día con nuevas conquistas. A mí estaban a punto de explotarme los tímpanos, y los tapones para los oídos no me servían de nada. Una cosa debía reconocerle: el tío debía ser una máquina, porque a todas las dejaba satisfechas.

Me sobresalté un poco cuando recibí un mensaje de Javi. Normalmente hablábamos casi todos los días, pero desde que se había echado novia no se despegaba de ella.

Javi: *ey, pequeñaja. He visto esto y me he acordado de ti. ¿Te acuerdas de aquella vez que no pudiste ir al Circo del sol porque te pusiste mala? Quería darte una sorpresa y he comprado dos entradas para el sábado de la semana que viene. ¿Te apuntas?*

Vi la foto y sentí que el corazón me daba un vuelco. Pues claro que me acordaba de mi último cumpleaños. Javi me había regalado una entrada para ir juntos al Circo del sol, pero me puse mala en el último momento. Al final lo acompañó Nati.

Un momento, ¿por qué no llevaba a su novia? ¿Significaba aquello algo? No quise hacerme ilusiones, pero no pude evitarlo. Mi mente ya buscaba posibilidades, aunque no las hubiera.

Yo: *¿Stella no se molestará?*

Crucé los dedos. Por favor, que no me dijera que ella también venía. Por favor, por favor, por favor...

Javi: *para nada. He pensado que ella y Nati podrían irse a tomar algo, así se conocen mejor. Te echo de menos, peque. Y creo que estás un poco enfadada conmigo, te conozco lo suficiente para saber cuándo estás rara.*

Noté un cosquilleo en el estómago. ¿Eso era una indirecta? Porque tenía novia, ¿no se suponía que debería hacerle más ilusión llevarla a ella a un espectáculo tan caro? ¿Por qué me elegía a mí?

Javi: *te echo de menos. Sabes que eres muy importante para mí, ¿no?*

Releí aquel mensaje cuatro veces. Ay, ¡Dios! Ay, ¡Dios mío! Esa frase otra vez. Que era muy importante para él... lo mismo que me había dicho antes de besarme. Obviamente significaba algo. ¡Tenía que significar algo!

Dejé el móvil encima de la mesita de noche y no supe qué hacer. Necesitaba la opinión de alguien, pero no podía pedírsela a Nati. Me diría lo de siempre: que Javi estaba jugando conmigo y que debía ignorarlo. Pero ni podía ni quería.

Me fijé en algo. Hacía un buen rato que no se escuchaban gemidos ni golpes de pared. Una idea descabellada cruzó mi mente. ¿Y si se lo preguntaba a Héctor? ¿No me había dicho que le pidiese opinión? Y era una opinión masculina, así que contaba el doble...

¡No!, me dije. Ni hablar.

No iba a fiarme de aquel tipo, ni mucho menos a contarle mis problemas sentimentales. Era obvio que disfrutaba con ello. No, en absoluto. Él sería la última persona en el mundo a la que recurriría.

Inquieta, salí a fumar al balcón con la necesidad de despejarme. Apenas fumaba. De hecho, intentaba dejarlo, pero mis ganas de un cigarrillo se multiplicaban cuando me entraba la ansiedad. Como en ese momento.

Me apoyé contra la barandilla y di una larga calada. Cuando expulsé el humo, vi a Héctor por el rabillo del ojo. También estaba inclinado sobre la barandilla, pero estaba absorto en su mundo. Tenía un perfil de rasgos duros y muy masculinos. Una mandíbula ancha y una nariz recta. La barba le sentaba bien. Le daba un toque más

desenfadado y sexy, cosa que no le hacía falta. Era muy atractivo.

—¿Te firmo un autógrafo?

Expulsé una bocanada de humo. Pero lo perdía todo en cuanto abría la boca.

—¿Por qué, tienes muchas fans? —me burlé.

Sonrió de lado. Había que reconocer que era muy guapo cuando sonreía. Se le iluminaban aquellos ojazos verdes que eran el mayor atractivo de un rostro que no carecía de ellos.

—¿Ya has despachado a la última? Dime que esta noche tendré un poco de paz. Me vendría bien dormir —le dije con aspereza.

—Eso depende de lo que tengas pensado hacer esta noche.

Lo dijo como si nada, pero sentí que me subía el color a las mejillas. Carraspeé incómoda y él se echó a reír. Probablemente estaba muy satisfecho de comprobar lo fácil que era intimidarme.

—Tranquila, nos separa un muro. Ni que te fuera a comer.

—¡Ni que yo te fuera a dejar! —le ladré indignada.

Volvió a sonreír.

—¿Y tu amigo? ¿Te sigue desconcertando? —se interesó.

No respondas, Teresa. Métete dentro y olvídate de ese hombre. Pero en lugar de obedecer a la parte sabia de mi cerebro, me vi contándoselo todos con pelos y señales. Fue como si me hubieran dado cuerda. Empecé a largar por aquella boca que tenía, mientras Héctor me escuchaba con atención y sin parpadear. Y terminé diciendo:

—Y ahora me invita al Circo del sol, y me suelta que soy una persona muy importante para él. ¿Qué se supone que tengo que pensar, eh? ¡Tú eres un hombre! ¡Dímelo tú! —le pedí agobiada.

—Uhm... —se rascó la barbilla con aire pensativo.

Esperé durante un buen rato. Tenía los ojos entrecerrados con aquel aire meditativo, como si le hubiese preguntando que cuál era el sentido de la vida. Perdí la paciencia.

—¿Uhm? ¡Qué se supone que significa eso!

—Significa que hay varias posibilidades.

—No me digas...

—La primera, que tu amigo no se acuerde de nada. Pero me da que ha optado por esa mentira porque es la más fácil. Así no te tiene que dar explicaciones. ¿Cómo te va a explicar que ha regresado con novia después de haberte besado?

No, no podía ser. ¡Javi no era así!

—¿Y la segunda? —pregunté enfurruñada.

—Que se acuerde de todo, pero tenga miedo de cruzar la línea que separa la amistad de algo más. Porque si lo hace, teme perderte como amiga. Son muchos años de amistad, por lo que dices. Y...

Se me iluminó la expresión.

—¡Tienes razón! —lo corté ilusionada—. Quizá ha regresado con Stella porque teme que entre nosotros pase algo más. Y en cuanto he empezado a distanciarme de él, ¡le ha entrado el pánico!

Aquello cuadraba. Oh, sí que lo hacía. Javi estaba tan colado por mí que se había empeñado en buscarse una novia postiza. Éramos amigos desde hacía muchos años, ¿cuántas veces me había dicho lo importante que era para él? ¡Muchas! Tenía miedo de perderme, eso era todo. Ahora sí que tenía sentido.

—Yo no he dicho... —Héctor frunció el ceño—. Oye, no creo que debas hacerte ilusiones, ¿vale? Lo digo por tu bien.

Di un respingo.

—¿Cómo dices?

—Que puede que tu amigo solo te vea como una amiga.

—¿Y entonces por qué me besó? —lo puse en duda.

—Y yo que sé.

Pues vaya una opinión masculina más inútil.

—Tal vez deberías rechazar su invitación —dijo de pronto.

Enarqué una ceja.

—Pero... me apetece ir al Circo del sol. Y quiero estar con él, ¿qué clase de

consejo es ese?

—Mira, si de verdad está tan interesado en ti como tú crees, empieza a pasar de él. Pónselo difícil.

¿Qué se lo pusiera difícil? Vaya... eso sí que no lo había pensado. Puede que Héctor tuviera razón. Como Javi me tenía a sus pies, no me valoraba lo suficiente. Pero si empezaba a pasar de él, puede que se asustara. ¡Era un plan perfecto!

—¡Ahora vengo! —le dije, y salí corriendo hacia mi habitación.

Cogí el móvil, regresé al balcón y vi que Héctor, para mi sorpresa, seguía allí. Me miró confundido y con evidente interés.

—¿Vas a enviarle un mensaje? —adivinó.

—Quiero probar si tu teoría es cierta.

—Dile que no te apetece —me aconsejó.

Levanté la mirada del teléfono con incertidumbre.

—Pero, ¿no queda un poco feo?

—Hazme caso —insistió, como si fuera un gurú de las relaciones—. Si te tiene en la palma de su mano, jamás te valorará. Que empiece a pensar que puede perderte.

Me mordí el labio, indecisa. Podía jugarme mi amistad con Javi, o apostar por aquella idea y ver si acertaba. Héctor parecía saber mucho de como conquistar a alguien, ¿por qué no probar su consejo?

Yo: *no me apetece.*

Pulsé enviar y solté el aire que llevaba conteniendo.

—Si le gustas, funcionará. Insistiré, ya verás —me dijo muy convencido.

La respuesta de Javi no se hizo de rogar.

Javi: *¿en serio? Me ha costado mucho conseguir esas entradas. Me encantaría ir contigo, ¿por qué no te apetece?*

Aplaudí emocionada, y Héctor se echó a reír. Le enseñé el teléfono y él asintió muy complacido.

—¡Eres como el Dr. Hitch! —exclamé alucinada—. Ya sabes, como esa

película de Will Smith en la que ayuda a la gente a conseguir al amor de su vida y...

—Ya se cuál es.

—Ah.

Casi se me cayó el móvil de las manos cuando recibí un nuevo mensaje.

Javi: *¿puedo ir a tu casa para que hablemos? Peque, a mí no me engañas. Estás muy rara, ¿se puede saber por qué no quieres venir conmigo? Pero si te quedaste con muchas ganas la última vez...*

—Ay... ¿qué le digo? —busqué la opinión de Héctor antes de pifiarla.

—Dile que no te pasa nada.

Obedecí como un manso corderito.

Yo: *no me pasa nada.*

Javi respondió en menos de medio segundo.

Javi: *¿en serio? ¡Venga ya! Te voy a llamar, cógeme el teléfono.*

—Ni se te ocurra descolgar —me ordenó Héctor—. Cuélgale.

Con todo el dolor de mi corazón, hice lo que él me decía. Me descojoné al ver que Javi volvía a escribir, aquella vez desesperado.

Javi: *¿acabas de colgarme?*

Javi: *no me lo puedo creer.*

Javi: *¿Qué es lo que te pasa?*

Javi: *eooooooooo*

Abrí la boca de par en par, mientras Héctor soltaba una carcajada. Nunca en mi vida había recibido tanta atención por parte de Javi. Está fatal que lo diga, pero estaba disfrutando de lo lindo.

—Y ahora dile que no puedes cogerle el teléfono. Que estás con alguien —me dijo Héctor.

Apenas lo pensé cuando escribí:

Yo: *no te lo puedo coger. Estoy con alguien.*

Javi: *¿con quién?*

Uy, uy, uy... alguien parecía un poco celoso.

—¿Qué le digo?

—Dile que mañana le cuentas, y despídete de él. No vuelvas a hablarle aunque te mande cien mensajes.

Yo: *mañana te cuento. Ahora no puedo hablar, ¡chao!*

Apagué el teléfono para no caer en la tentación y me lo metí en el bolsillo. Me sudaban las palmas de las manos y estaba al borde de la taquicardia. Cualquiera diría que en vez de usar Whatsapp acababa de robar un banco.

—Lo reconozco, acabas de dejarme impresionada —lo halagué.

Héctor me miró muy orgulloso.

—Lógica masculina.

—¿Y con quién le digo que estaba cuando me pregunte?

—Con tu novio.

Aquello me arranco una risa floja. Sí, con mi novio. Uno invisible y que solo vivía en mis sueños.

—¿Ah, sí? ¿Y ese quién es?

—Yo.

Me quedé de piedra. Los ojos de Héctor me miraron fijamente y por un instante pensé que se echaría a reír diciendo: *es una broma*, pero me mantuvo la mirada. Tragué con dificultad y parpadeé desconcertada.

—¿Cómo? —pregunté con un hilo de voz.

Ladeó la sonrisa más atractiva y provocadora del mundo.

—De ahora en adelante seré tu novio postizo. Ese tal Javi se va a morir de celos. Es lo que quieres, ¿no?

Fui a decir algo, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—Vente mañana a mi casa y empezaremos con los preparativos.

—Eh... pero... yo.... —logré balbucear.

Héctor se dio la vuelta.

—Buenas noches, Teresa —dijo, antes de meterse dentro de su apartamento.

Sentí que se me caían las bragas al suelo. *Teresa*. No era solo que nadie me llamaba así, sino la forma oscura y provocadora que tenía de decirlo.

5. Un inesperado y excitante plan B

No lograba conciliar el sueño. Mi mente bullía con ideas rocambolescas y la mar de excitantes. Javi llevaba toda la noche escribiéndome mensajes, para mi satisfacción. Y qué decir de lo otro: ¡ahora resultaba que Héctor y yo éramos novios!

Cálmate, me dije. Lo más seguro es que te haya tomado el pelo.

¿No lo hacía siempre? Burlarse de mí para dejarme en evidencia. Al parecer, disfrutaba poniéndome muy nerviosa. Sí, sería eso. Al fin y al cabo, ¿qué ganaba Héctor haciéndose pasar por mi novio? Él era un triunfador entre las mujeres. Lo que menos necesitaba era estar fuera del mercado.

Sí, debe de haber sido una broma.

Pero tuve que reconocer que su estrategia había dado sus frutos. Javi parecía más celoso de lo que había estado nunca. Llevaba catorce años buscando su atención, y ahora resultaba que mi nuevo vecino tenía la solución. Vaya, vaya...

Cuando creí que Javi había vuelto a escribirme, descubrí con decepción que era mi hermana. Aitana siempre recurría a mí cuando se metía en algún lío. Era mi medio hermana y nos llevábamos once años. Estaba muy consentida, y decir que era una malcriada era quedarse corta.

Cuando mi madre se separó de mi padre, al cabo de un par de meses se enamoró de Adolfo, y al año tuvieron a Aitana. No era de extrañar que me sintiera un poco desubicada en mi nueva familia. Adolfo era un hombre de buena posición y les concedía todos los caprichos del mundo. No me malinterpretéis, conmigo siempre había ejercido de padre y nos trataba a ambas por igual. De hecho, era más padre de lo que había sido el mío conmigo. Pero yo siempre me había empeñado en sentirme diferente. Cuando rechacé la ayuda de mi padrastro para abrir el negocio de la cafetería, Nati puso el grito en el cielo. Decía que era una tonta orgullosa. Bueno, a lo mejor tenía un poco de razón.

Tana: *hermanita, necesito tu ayuda. He discutido con papá y me ha liado una muy gorda. ¿te lo puedes creer?*

Uf, lo último que necesitaba eran los mensajitos quejumbrosos de mi hermana. Ya tenía suficiente con el lío de Javi/Héctor como para solucionar sus problemas, fueran los que fueran. Seguramente su “gran problema” era que Adolfo no quería pagarle la manicura. Ya ves tú.

Puse el móvil en silencio y traté de conciliar el sueño.

El día se me pasó volando en la cafetería. Teníamos más clientela de la habitual, así que lo de contratar a alguien se hacía cada vez más inevitable. Cuando vi que Javi aparecía por la puerta, aquella vez sin su novia, el corazón me dio un vuelco. Todavía no había respondido a sus mensajes porque no sabía qué decirle. Vale, también porque era incapaz de hacerlo sin la ayuda de Héctor. De ser por mí, ya me habría arrojado a sus brazos gritando: *¡te quiero, hazme tuya!* Lo sé, soy penosa.

—Hombre, pero si es la mujer más ocupada del mundo... —dijo, con tono molesto—. Espero no pillarte muy liada. ¿Podemos hablar, o concederme cinco minutos de tu tiempo sería demasiado para ti?

Sonreí para mis adentros, ¡estaba celoso! Nunca lo había visto así. Héctor era una joya. En cuanto lo viera, me lo comería a besos. O mejor, le prepararía una tarta de pistachos y chocolate para él solo.

—No te pongas así, ya te dije que no podía hablarte. Y con el ajetreo de la cafetería, no he tenido tiempo de parar... —respondí calmada, mientras fregaba los platos.

Nati nos espió desde la distancia. Estábamos cerrando y ella intentaba poner la oreja. A ver cómo le explicaba mis planes a mi amiga.

—No me habías dicho que estás saliendo con alguien —dijo con resquemor.

Tuve que contener las ganas de saltar de alegría. No estaba celoso, estaba *súpermegahiper* celoso.

Me encogí de hombros para hacerme la indiferente.

—Es que estamos empezando. Ya sabes, prefiero ir despacio.

Se quedó de piedra.

—Ah... ¿pero vais muy en serio? Quiero decir, ¿te gusta?

—Sí, muchísimo —le mentí, y vi como se ponía pálido—. Estoy deseando presentártelo.

—Claro... sería genial —forzó una sonrisa.

Me sentí como en una nube. Javi se metió las manos en los bolsillos y puso cara rara. Jamás lo había visto así de descolocado.

—Me tengo que ir, ya hablamos —se despidió de manera cortante.

Lo vi marchar mientras la emoción se apoderaba de mí. Sin pensarlo, fui hacia la vitrina y cogí un trozo de tarta de pistacho. Luego recogí mis cosas a toda prisa y corrí hacia la puerta. No podía perder esta oportunidad. Cuando pasé por el lado de Nati, grité:

—¡Cierra tú, tengo un asunto urgente entre manos!

Nati, con la fregona en las manos, me miró alucinada.

—¿Pero a dónde vas? ¡Tessa!

La ignoré porque sabía de sobra lo que me diría sobre aquello. Ni siquiera utilicé el ascensor. Estaba tan ansiosa por llegar que subí las escaleras de dos en dos con el corazón a punto de salirse por la boca. Héctor me abrió la puerta y estuve a punto de tirarle la tarta encima.

—¡Dime que lo de ser mi novio postizo iba en serio! —le pedí exaltada.

Me miró unos segundos que se me hicieron eternos, luego bajó los ojos al pastel y se apoyó despreocupadamente sobre la puerta.

—Eso depende, ¿esa tarta es para mí?

Asentí ansiosamente y él sonrió.

—Esta y todas las que quieras —le diría cualquier cosa para tenerlo en el bote.

Me quitó el plato de las manos y se metió dentro de su apartamento. ¿Significaba eso que podía pasar? Me lo tomé como un sí y lo seguí. Tenía un piso moderno, lleno de colores neutros y pocos detalles que me dijeran algo de él. *Poco acogedor* hubieran sido las palabras exactas para definirlo. Creo que me leyó la mente, pues dijo:

—Todavía me estoy instalando.

—No te estaba juzgando —mentí.

Dejó la tarta sobre la barra americana de la cocina, cogió un tenedor y se sentó a comer. Lo observé perpleja. Pues vaya, sí que le había gustado. Un deje de orgullo se apoderó de mí. Era una tontería, por supuesto, pero me agradó que Héctor fuese tan fan de mi repostería.

—Por favor, siéntate —me pidió, antes de llevarse un trozo de pastel a la boca—. ¿Quieres tomar algo?

Sacudí la cabeza y tomé asiento frente a él. Quería ir al grano de una puñetera vez, así que contemplé con ansiedad que se terminaba la tarta como si tuviera todo el tiempo del mundo. Al ver que no iba a darse prisa, lo observé con atención. Cada vez que se llevaba un trozo a la boca entrecerraba los ojos y suspiraba. Me divirtió verlo disfrutar de aquella manera. ¿Qué cara pondría cuando llegara al orgasmo?

¡Stop! ¿Acababa de pensar yo eso? Claro, la culpa la tenía su apetito sexual insaciable y el hecho de que vivíamos pared con pared. La falta de sueño empezaba a hacer mella en mí. Tenía que ser eso.

Héctor se terminó el pastel, asintió con aprobación y puso la palma de la mano delante de mi cara. Al ver lo que quería, le choqué los cinco y sonreí.

—Enhorabuena, acabas de convertirme en un adicto.

Me encogí de hombros y sonreí con timidez.

—¿Lo de ser mi novio postizo iba en serio? —quise saber, y noté que me ruborizaba al decir la palabra *novio*. Madre mía, qué patética era—. ¿O te estabas burlando de mí? Porque he de decirte que nunca en mi vida había visto tan celoso a Javi. Y si existe la posibilidad de convencerte de alguna manera, ya sea a base de pasteles o...

—Yo siempre voy en serio —pero lo dijo con un brillo travieso en los ojos.

—Ah —fue todo lo que pude decir.

El resto de palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Estaba sentada frente al hombre más atractivo que había conocido en toda mi vida. Javi tenía otra clase de atractivo, para que nos entendamos. Javi era guapo a rabiar y me aceleraba el corazón. Héctor tenía un cartel en la frente que decía *¡peligro!* Vamos, que estaba más bueno que comer con los dedos.

—Mañana empezaremos con los preparativos —me dijo.

Lo miré sin entender. Aquel destello burlón no había abandonado sus ojos verdes.

—¿Qué preparativos? —pregunté intrigada.

—Ya sabes, lo de parecer una pareja de verdad.

Me estremecí cuando lo dijo. ¿De qué preparativos hablaba? Yo solo quería que me ayudase a poner celoso a Javi. No teníamos por qué comportarnos como una pareja de verdad. ¡Ni siquiera soportaba tenerlo tan cerca! ¿Cómo iba a no sentirme intimidada si nos comportábamos como un par de tortolitos?

—¡Ni se te ocurra besarme! —le exigí, entre asustada y furiosa

—Ya te gustaría a ti —dejo caer el muy fanfarrón.

Se me encendió todo el cuerpo cuando me miró la boca un breve segundo que me dejó sin respiración, como si se lo estuviera pensando. Luego me miró a los ojos muy serio.

—Aunque si la situación lo requiere, no me quedará más remedio —repuso con tono práctico.

Se me desencajó la mandíbula. Pero bueno, ¿tan desagradable le resultaba? O sea, no es que me importara la opinión que produjese en aquel tipo, ¡pero tendría morro!

—Qué no te quedará más remedio —repetí alucinada—. ¡Ni que yo estuviese suplicando un beso tuyo! De hecho, es lo que menos me apetece en el mundo.

Me miró muy divertido. Se lo estaba pasando en grande sacándome de quicio.

—Solo digo que si nos vemos obligados a besarnos, habrá que hacerlo. Para que tu amigo no sospeche de nosotros —luego me lanzó una mirada intensa y murmuró—: pero espero que no te enamores de mí. Resulto irresistible.

Inspiré para tranquilizarme. Venga, solo me estaba tomando el pelo. Yo podía con esto.

—Ya... lo que tú digas.

—Bien, pues empezamos mañana. Hazme una lista de todas las cosas que debería saber de ti.

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas? —repliqué a la defensiva.

Una cosa era que fingiéramos ser pareja, y otra muy distinta que fuera a contarle qué marca de tampones usaba.

—Ya sabes; qué estudiaste, cómo se llaman tus padres, cuáles son tus aficiones... lo típico. No querrás que la cague, ¿no?

Me sentí como una ingenua. Evidentemente se refería a eso. No sentía el menor interés por mí.

De repente caí en la cuenta de algo y lo miré con recelo.

—Un momento, ¿qué ganas tú con esto? ¿Te ha poseído el espíritu de la solidaridad y vas a ayudarme por nada? —exigí saber.

Me daba que allí había gato encerrado.

—Gano dos cosas —respondió muy tranquilo.

—Te escucho.

—La primera: quiero ser un cliente vip de tu cafetería. Tener la mejor mesa en la que trabajar desde mi portátil, que me agasajes con esos deliciosos dulces que preparas...

—Vamos, que no quieres pagar —dije sonriendo. Si era eso, tampoco era para tanto.

—Eso estaría bien —respondió, también sonriendo—. Y la segunda: que me acompañes a la boda de mi hermana.

Lo observé sin pestañear, tratando de discernir si estaba bromeando. Al comprobar que lo decía totalmente en serio, solté una risilla.

—¿Te da miedo que piensen que a tus treinta y seis sigues soltero? Y yo que pensaba que las mujeres éramos las únicas con esa presión social...

Apretó la mandíbula. Vaya, nunca lo había visto así de irritado. Era evidente que el tema de su familia estaba vedado. Ya me encargaría de escarbar cuando tuviéramos más confianza.

Me tendió una mano.

—¿Trato hecho?

—¿Cuándo es la boda de tu hermana?

—Dentro de un mes.

—¿Y por qué no llevas a una de tus amantes? —pregunté sin poder evitarlo.

—No es asunto tuyo —me espetó.

Eso me pasaba por preguntar. Estreché su mano y sentí una corriente de electricidad que me dejó sin aliento. Cuando la aparté, Héctor me observaba como un lobo hambriento. Mirada oscura, media sonrisa provocativa... todo en él me resultó tan tentador como prohibido. Nota mental para Teresa: mantener las manos lejos de aquel hombre.

—Bueno... me voy. Mañana nos ponemos al día —me despedí, poniéndome de pie.

—Hasta mañana, Teresa.

Dijo mi nombre *de esa manera*. Con esa voz ronca y grave que me estremecía.

—Nadie me llama así.

—Me gusta tu nombre.

—Ya... pero nadie me llama así —insistí molesta.

Héctor me puso una mano en la espalda y me acompañó hacia la puerta. Sentí calor bajo las yemas de sus dedos, a pesar de que nos separaba la tela.

—Entonces yo seré el primero, Teresa —volvió a pronunciar mi nombre con esa oscuridad que me dejaba casi drogada.

Cuando me cerró la puerta en la cara, noté que las piernas me temblaban. Ay... madre. Ay... madre. De una cosa estaba segura, por mucho que fuese mi novio postizo, nunca había salido con nadie como él.

Querido plan B, no me pongas las cosas más difíciles de lo que ya son.

6. Una visita inesperada y un desayuno sorpresa.

Al menos aquella noche no hubo gemidos. Ni golpes de pared. Ni nada que pudiera perturbar mi sueño. ¡Aleluya! Aquel hombre tenía que descansar de vez en

cuando, pensé con una sonrisa. Debía ser agotador hacer ejercicio físico intenso todas las noches, ¿no?

No tuve tiempo para contarle a mi amiga mi repentino noviazgo ficticio con el vecino. Vale, sí que tuve tiempo. Pero sabía que Nati pondría el grito en el cielo y me repetiría como un millón de veces que aquello era una muy mala idea. Y no es que yo no hubiera pensado en los puntos flojos de mi plan, por cierto. Pero sabía que Héctor era la clase de hombre que pondría a Javi más celoso de lo que estaba. Lo necesitaba a él, y no a otro. A mi vecino, que parecía sacado de un catálogo de modelos de Calvin Klein.

¡Qué se le iba a hacer! Me sacrificaría por la causa. La vida es dura y todo eso...

Llamaron a la puerta a las siete y media de la mañana y temí que fuese Héctor. Así que me apresuré a abrir antes de que lo hiciera Nati y comenzara con su interrogatorio digno de un espía del KGB.

Y me encontré a Aitana, con el rímel corrido por las lágrimas y una mueca pesarosa. Mi hermana me abrazó hasta dejarme sin respiración y rompió a llorar en mis brazos. Me quedé tan confundida que le di varias palmaditas en la espalda, gesto que ella se tomó como una invitación. Nos arrastró al interior, y con ello a las maletas que llevaba consigo. Un momento, ¿maletas? ¿Por qué traía maletas?

La observé muy rígida. Llevaba el cabello negro por encima de la barbilla, en un favorecedor corte que le sentaba genial a sus rasgos de muñeca. Una boca pintada de un rojo chillón resaltaba en un rostro pálido, y los enormes ojos azules me miraban angustiados. Aitana es una monada, y cuando te mira como un cachorrito perdido en mitad de una autopista, consigue que bajes tus defensas.

Hasta que salió aquella rata de su bolso. Gucci me enseñó los dientes, solo para demostrarme quién estaba al mando. Volvió a meterse dentro de su bolso de cuatrocientos euros y me enseñó el culo. Mi hermana no se separaba de aquel chihuahua con más mala leche que un león hambriento.

—¡Ay, pupu, menos mal que me has abierto la puerta! —exclamó con dramatismo, y se dejó caer en el sofá—. Creí que me iba a quedar en la calle, ¡y ni siquiera ha amanecido! Quién sabe si podría haberme raptado un violador desalmado... o algo peor...

Apenas me dejé impresionar por su actuación, pues estaba acostumbrada a sus delirios. La culpa la tenían mamá y Adolfo, que le daban todo lo que pedía por la boca. Escuché unos pasos a mi espalda y noté que Nati nos observaba alternativamente, transformando su expresión somnolienta en la viva imagen de la ira. Señaló a Aitana con cara de pocos amigos.

—¿Esa que hace aquí?

Decir que no se soportaban era quedarse corta. Aitana y Nati eran como el agua y el aceite. Una muy refinada y malcriada, la otra una treintañera que no soportaba a las pijas como mi hermana.

—Disculpa, tengo todo el derecho del mundo a hacerle una visita a mi hermana. Y si no te importa, esto es una conversación privada —le hizo un gesto con las manos para que se fuera—. ¿Te importaría dejarnos a solas?

Nati se puso roja de rabia.

—¡Pues claro que me importa, esta es mi casa!

Aitana suspiró resignada.

—Qué poca clase tiene tu amiga. Nunca sabe cuándo sobra —murmuró mi hermana, lo suficiente alto para que Nati la oyera.

—Tana... —la reprendí.

—La que no sabe nada de educación eres tú. Estaba durmiendo, niñata insufrible. ¿Qué clase de persona llama a una casa a las siete de madrugada sin avisar antes? —le recriminó Nati.

—¡Una muy desesperada! —exclamó mi hermana, y se echó a llorar.

Nati puso los ojos en blanco, y yo me senté al lado de mi hermana. Le acaricié la espalda mientras temblaba con unos sollozos suaves. Le costó más de diez minutos tranquilizarse. Nati la observó con desconfianza y los brazos en jarras, y yo me limité a tener paciencia. Sus ojillos azules se clavaron en mí con pena.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté al fin.

Suspiró con pesar.

—Papá se ha comportado como un tirano conmigo. Me ha dicho que, o me pongo a trabajar, o me corta el grifo. ¡Pero qué se ha creído! Estoy estudiando, no

puedo hacer las dos cosas a la vez —chilló con su vocecilla aguda—. Pupu, tú me entiendes, ¿a qué sí? ¿A qué es un ogro? ¡Qué mosca le ha picado!

—Uy, menudo dramón. ¡Ponerte a trabajar! ¡Cómo se atreve! ¿Qué quiere, que te rompas una uña? —comentó irónicamente Nati.

Mi hermana dejó de llorar y la fulminó con la mirada.

—¡Estoy estudiando! ¡Mis estudios son lo primero! Y mi padre es rico, ¿para qué quiere que arrime el hombro? —se defendió.

—Supongo que para que hagas algo de provecho con tu vida —le respondió con tirantez Nati.

Aitana decidió ignorarla y me lanzó una mirada suplicante. Deseé estar en cualquier otro lugar donde no tuviera que echarle la bronca a mi hermana, que tenía diecinueve años y un genio de mil demonios.

—Tana... —comencé, y ella pestañeó con inocencia—. Llevas dos años matriculada en ese módulo de estética y no has aprobado ninguna asignatura. ¿Cuántas veces has ido a clase?

Se irguió como si la hubiera insultado. Nati soltó una risilla maliciosa. La expresión llorosa de mi hermana se transformó en una máscara de indignación.

—¡Me tomé un año sabático porque estaba muy estresada! ¿Qué pasa, qué tú lo haces todo bien? —me gritó.

—Lo que quiero decir es que Adolfo ya se ha hartado de pagarte todos tus caprichos. ¿Por qué no buscas trabajo y le demuestras que no eres una niña mimada? —le aconsejé.

Tana torció el gesto. Para ella, trabajar era algo así como la esclavitud del proletariado. Estaba demasiado ocupada yéndose de compras, viajando a lugares prohibitivos para la mayoría de los mortales o saliendo de fiesta hasta fundir la tarjeta de crédito de mi padrastro.

—¡Sí, vamos! ¡No le pienso poner las cosas tan fáciles! Hasta que no me pida perdón, no me muevo de aquí —refunfuñó, como una niña pequeña. Luego observó el apartamento con gesto disgustado y preguntó—: Qué pequeño es esto, ¿dónde dejo mis maletas?

A mí me costó reaccionar, pero Nati soltó un grito de espanto y gruñó:

—¿Cómo que tus maletas? ¿No tendrás pensado quedarte aquí?

Tana elevó la barbilla, como la desafiante mocosa impertinente de diecinueve años que era.

—Pues claro que sí. ¿Dónde me voy a quedar si no? Tessa es mi hermana mayor, está obligada a cuidar de mí —lo dijo con tanta convicción que hasta me lo creí. Luego me miró como para que la rebatiera—. ¿O vas a dejar que duerma en la calle?

Nati y Tana me contemplaron a la vez. Nati furiosa, y mi hermana esperanzada.

—En la calle no, pero...

Tana aplaudió satisfecha.

—¡Estupendo! ¿Dónde me instalo?

—¡Será una broma! —gritó alucinada Nati.

Deseé que lo fuera. Que el día no hubiera empezado de aquella manera y todo fuese una pesadilla. ¡*Despierta!*, me ordené mentalmente. Cerré los ojos, pero cuando los volví a abrir allí seguían aquellas dos. Discutiendo a voz en grito mientras Gucci, el chihuahua poseído por el demonio, ladraba como si tuviera la rabia.

—¡Aaaaaaaaah! —chilló Nati—. ¡Me ha mordido! ¡Esa rata asquerosa me ha mordido!

Gucci tenía los dientes de piraña clavados en el tobillo de mi amiga, que aullaba de dolor. Trufa, que le triplicaba el tamaño, se limitó a esconderse bajo el sofá. Aquel pequeñín daba mucho miedo. Nati lo zarandó con la pierna y mi hermana lo recogió en brazos, acunándolo como si fuera un bebé. Gucci pasó de ser la reencarnación del demonio a un angelito que le lamió la cara, y Tana lo miró con ternura.

—Se pone un poco nervioso cuando oye discutir a su mamá. Solo quería protegerme —lo defendió mi hermana.

Nati salió corriendo detrás de ella, y montaron una especie de persecución alrededor del sofá. Mi amiga la perseguía furiosa mientras Tana, con el perro en brazos, intentaba escapar de su ira. Trufa ladraba asustada. Yo me quedé a cuadros.

—¡Llévame a urgencias, Tessa! ¡Quiero que me pongan la antitetánica!

—¡Gucci está vacunado, lagarta!

Cuando oí el timbre, sentí que mi salvación estaba detrás de la puerta. Fui a abrir mientras rezaba para que aquellas dos se calmaran. No sabía cómo iba a manejar la situación. Si echaba a Tana de mi casa, jamás me lo perdonaría. Y si dejaba que se quedase, Nati no me dirigiría la palabra.

Héctor pasó dentro sin que lo invitara. Lo miré sin dar crédito cuando se dirigió hacia el salón. Aquellas dos dejaron de dar vueltas y lo observaron patidifusas. Se cogieron las manos, como si fuese una especie de aparición divina. Héctor echó un vistazo curioso al desorden que habían armado y me dijo:

—Buenos días, cariño. Te he traído el desayuno —me ofreció una bolsa con chocolate y churros.

La acepté por inercia y lo miré como quien ve un fantasma. ¿Mi novio postizo acababa de traerme el desayuno? Pero, ¿de qué iba todo aquello?

Si hubiese una competición entre Nati y yo para ver quién estaba más sorprendida, creo que ella la hubiera ganado. Su cara de estupor era digna de un premio. Nos miró alternativamente mientras se le desencajaba la mandíbula.

Entonces Héctor me acarició la mejilla con delicadeza. Se me encendió todo el cuerpo y comencé a temblar como un pajarillo asustado. Luego me guiñó un ojo y dijo:

—Me tengo que ir a trabajar, pero me apetecía mucho pasar a saludarte. Nos vemos luego, acuérdate de lo que te dije.

Me besó en la mejilla y se me escapó un suspiro trémulo. El contacto de su boca sobre mi piel fue tan... delicioso. Cuando se apartó, me toqué la mejilla sin poder evitarlo. A él le brillaron los ojos, así que aparté la mano, irritada conmigo misma por ser tan débil.

—Buenos días, chicas. Qué tengáis un buen día —se despidió de Nati y mi hermana.

Las dos lo saludaron con la mano y sendas caras de póquer. Cuando se fue, Tana se dejó caer en el sofá con una mano sobre la frente.

—¿Dónde lo has encontrado? ¡Quiero uno para mí! ¡Dime que tiene un amigo!
Pero yo solo podía prestarle atención a Nati, que me lanzó una mirada

incrédula desde donde estaba.

—Tana, tenemos que hablar —me exigió enfadada.

Nos habíamos encerrado en su habitación para que mi hermana no nos escuchara. Nati se puso hecha un basilisco. Buah, menuda dramática. No digo yo que mi reciente noviazgo ficticio con Héctor no fuera una de esas cosas que se le cuentan a una amiga, ¿pero no estaba exagerando demasiado?

—¡Tu novio postizo! —repitió atónita, cuando terminé de contarle toda la historia.

Me senté en el borde de la cama y clavé la vista en el suelo. Estaba más avergonzada que aquella vez que mi madre me pilló dándome un beso con mi primer novio en la puerta de mi casa. Nati era capaz de imponer verdadero respeto cuando se cabreaba.

—Pero, ¡a ti se te va la pinza! En serio, Tessa. No es la clase de hombre con el que una finge salir, sino el tipo que dejas que te ate al cabecero de la cama y te haga un montón de cosas sucias —sacudió la cabeza con los ojos abiertos de par en par—. No puedes fingir una relación para darle celos a mi hermano. Es ruin y cobarde.

Me tensé por aquellas dos palabras.

—¿Por qué no? Tú misma me has dicho un montón de veces que lleva toda la vida teniéndome en el bote. Lo justo es que las tornas se cambien, ¿no?

—Una cosa es que pases de él, y otra muy distinta que intentes darle celos. ¿Por qué te rebajas tanto? —me recriminó. Sabía que estaba mirando por mí, pero me sentí muy insultada.

—¡Porque llevo toda la vida enamorada de Javi!

Nati se tumbó bocarriba en la cama. Cerró los ojos, como si le doliera la cabeza. O quizá pensaba que yo era un caso perdido.

—Ten cuidado con ese hombre, ¿vale? —me dijo con suavidad—. No hace falta que te diga que es un mujeriego, ¿no? No quiero que te vuelvan a hacer daño.

Me eché a reír.

—Tú misma me dijiste que estaba como un tren.

—¡Sí, pero no que fingieras una relación! Una cosa es aconsejarte que te lo tires, y otra muy distinta que hagáis manitas. Conozco a los hombres como él, Tessa. Te embaucan, te crean ilusiones... y luego ¡pam! —dijo una fuerte palmada que me hizo botar sobre el colchón—. Te rompen el corazón y tiene que ser tu amiga la que recoja los pedacitos.

—Olvidas que a mí el que me gusta es tu hermano.

—Sí, ya. Ése —musitó con desgana—. No sé qué es peor.

—No se lo digas a nadie, ¿vale? Ni a mi hermana, ni muchísimo menos a Javi. Se supone que tiene que parecer real.

Nati pareció pensárselo durante un buen rato, así que uní las palmas de mis manos y la contemplé con gesto suplicante.

—Por fa, por fa, por fa...

Suspiró.

—¡Está bien! Espero que sepas lo que haces —respondió con aspereza.

Chillé de alegría y comencé a dar saltos sobre el colchón. Cuando regresamos al salón. Tana estaba zampándose los churros y tenía la boca manchada de chocolate. Nati, que parecía haberse olvidado de su presencia tras la sorpresa de mi noviazgo, clavó los pies en el suelo y me miró de reojo.

—¿La vas a echar, no? —no fue una sugerencia, sino una orden entre dientes.

—¿Y si solo se queda unos días? —insinué—. La conozco, este es otro de sus berrinches. En cuanto empiece a notar la ausencia del dinero huirá despavorida.

Antes de que Nati pudiera replicar, le dije a mi hermana:

—Te quedas con una condición.

A ella se le iluminó la expresión.

—¡La que sea! —exclamó encantada.

—Nos vas a ayudar gratis en la cafetería.

Se le descompuso la expresión.

—¿Gratis? —repitió aquella palabra como si no diera crédito a lo que acababa

de oír.

—Sí, gratis. Solo serán unas horas. Así pagarás parte de la comida y el alquiler. ¿O quieres volver con Adolfo y mamá?

Tana me miró con resentimiento, pero no se atrevió a contradecirme. Era una orgullosa de mucho cuidado, y para ella regresar a casa sería como darle la razón a su padre.

—¿Qué nos va a ayudar? ¡Nos espantará a los clientes! —se temió Nati.

—¡Oye, que servir cafés no puede ser tan difícil! —replicó ofendida Tana.

—Eres una mocosa que no sabe hacer ni la o con un canuto.

—¡A que le digo a Gucci que te muerda!

Y así comenzó nuestra convivencia. Trufa me miró compungida y yo le rasqué la cabeza. Pobre de nosotras. Esperaba que aquel par de locas no se lanzaran los trastos a la cabeza.

7. Confesiones de una pringada

Aquel había sido un día de locos. Todo empezó cuando se me ocurrió la fantástica idea de que mi hermana nos ayudara en la cafetería. Para mí eran todo ventajas: nos ahorrábamos un sueldo y encima le daba una lección de humildad a aquella niña mimada. Hasta que a Tana se le fue la cabeza —normalmente no tiene mucha—, y se encaró con una de nuestras clientas más antiguas.

Trabajar de cara al público implica aguantar algunos desplantes. Nati y yo ya estábamos acostumbradas, y en vez de estrangular al maleducado de turno, esbozábamos nuestra sonrisa más falsa y lo poníamos a parir en cuanto se largaba. Pero Tana, acostumbrada a que todo el mundo le bailara el agua, no pudo contenerse cuando aquella mujer la llamó chasqueando los dedos y le soltó con tono prepotente:

—¡Eh, esta cuchara tiene una huella dactilar! Menuda ordinariez, cámbiamela por otra —le tendió la cuchara de forma altanera mientras seguía cotorreando con sus amigas.

Noté que Tana se ponía roja de rabia y se le hinchaba la vena del cuello, pero no me dio tiempo a intervenir.

—Oiga, vieja rancia y maleducada, ¡a mí no me hable con esos aires de grandeza! Porque, para empezar, ese bolso de Loewe es falso, hasta un ciego se daría cuenta —le respondió fuera de sí.

A mí se me cayó la bandeja al suelo. La mujer se quedó blanca y Tana le lanzó una sonrisa de suficiencia. Entonces soltó un gemido de indignación y se levantó.

—¿Cómo dices, niñaata maleducada?

—¿Niñata? ¡Ya te gustaría tener mi edad, momia decrepita! —le escupió mi hermana, que no sabía cuándo tenía que cerrar el pico.

Tuvimos que invitar a toda la mesa y nuestras disculpas consiguieron que no nos pusieran una hoja de reclamaciones. Nati y yo mantuvimos una fuerte discusión. A ella le encanta decir *te lo dije* un millón de veces cuando yo me equivoco. Y eso me saca de mis casillas, porque no veo la necesidad de que me restriegue todos mis errores a la cara. ¡Ni que yo me hubiera imaginado que Tana iba a montar ese espectáculo!

—Ahora sí que tenemos que contratar a alguien —repuso Nati, soltando con hastío el paño de cocina—. A poder ser alguien que no insulte a los clientes, ni los llame *momia decrepita*.

No tuve nada que objetar. Coincidimos en que al día siguiente nos pondríamos a seleccionar a un candidato entre los numerosos currículums que nos habían llegado. Para mi devastación, Tana se hizo la digna y se largó a dar un paseo con Gucci, objetando que estaba muy alterada ante aquella falta de respeto. *Y que no me hayas defendido me deja a la altura del betún, por cierto*, añadió muy ufana.

Eran las diez y media de la noche y no daba señales de vida. Tenía el móvil apagado y yo, que no estaba acostumbrada a hacer de niñera, estaba que me subía por las paredes. Cuando mi madre me llamó por teléfono, me masajeeé las sienes y sentí que mi mundo aburrido y ordenado se desmoronaba. Seguro que me llamaba para echarme la bronca, como siempre.

—¡Pero si es la hermanita de la caridad! —exclamó con ironía, en cuanto descolgué el teléfono.

—Yo también me alegro de escucharte, mamá... —respondí cansada.

—Ni mamá ni leches, ¿se puede saber por qué has dejado que tu hermana se quede a vivir contigo? Desde luego, Tessa...

—No, si ahora es culpa mía que la tengáis así de malcriada —me quejé irritada.

—¡Si tú no la hubieras acogido, ahora ya estaría en casa! —me recliné.

—¿Insinúas que esto es culpa mía? —repliqué alucinada.

—A lo hecho pecho. Quédatela una temporadita —me dijo, como si Tana fuese una mascota—. A ver si el sufrimiento de la clase obrera la hace recapacitar. ¡Hijos, siempre dándote problemas!

Miré el teléfono con resentimiento. Por esa clase de cosas apenas pasaba tiempo con mi familia. Desde que mamá disfrutaba de los lujos que le ofrecía el dinero de Adolfo, se había convertido en una pija insufrible.

—Por cierto, el domingo tenemos comida familiar. Como vengas con ese vestido de Inditex me provocarás un infarto, te lo advierto. Estoy fatal de los nervios por vuestra culpa —soltó con voz quejumbrosa.

Argh, comida familiar. Eso implicaba volver a reunirme con mi *medio familia*, como yo los llamaba. Los hermanos de Adolfo, su estirada madre y toda la plebe de clasistas que siempre me miraban por encima del hombro. Ya me estaba entrando urticaria.

—No sé si podré ir, estoy muy liada... —me excusé.

—¡Teresa De la Rosa! —me chilló con ese tono de histérica que le salía cuando la sacaba de sus casillas—, cómo no vengas a la reunión familiar, te arrastraré de las orejas yo misma, ¿me has entendido?

Uf, ¿qué podía decir para escaquearme?

—Además, la abuela Cayetana está deseando verte —añadió, como si eso pudiera ablandarme.

Cayetana era la madre de Adolfo, y me tenía terminantemente prohibido llamarla abuela. No me soportaba, lo que se había empeñado en demostrarme durante toda mi infancia.

—No es mi abuela —dije con voz fría.

—¡Cómo te empeñas en hacerme sufrir! ¡Pero si ella te adora! Y otra cosa te digo, quiero que traigas a ese novio tuyo para que pueda darle el visto bueno.

Mierda, ¿cómo se había enterado de eso? Imaginé que Tana se había ido de la lengua. Era una cotilla de mucho cuidado, qué se le iba a hacer.

—No sé yo si...

—¡Exijo verlo con mis propios ojos! —me ordenó—. ¿No me digas que ya has roto con él? A este paso te quedarás para vestir santos, ¿es que nunca piensas hacerme abuela? Que te fueses a vivir a ese pisucho compartido lo toleraré porque te quiero, pero como me sigas dándome disgustos...

Bla, bla, bla...

Siguió ladrando durante más de quince minutos en los que yo la escuché sin decir nada. Reconozco que dejé el móvil encima de la cama y aproveché para pintarme las uñas. Al final, tuve que decirle que sí bajo riesgo de que sufriera una apoplejía. No me hacía ninguna gracia que Héctor conociera a mi familia, pero ¿qué otra opción tenía! Si no obedecía, estaba convencida de que mi madre se presentaría sin avisar y lo diseccionaría. Mejor estar preparados ante la inminente adversidad.

Seguía sin tener noticias de Tana, y Nati estaba que trinaba por todo lo sucedido en la cafetería. Así que recordé las palabras de Héctor y me dispuse a crear una lista sobre los datos más importantes de mi vida. No quería que la cagara por no saber las cosas más básicas de mí, pero tampoco estaba dispuesta a contarle todos los detalles. Me quedó así:

1. Nombre completo: Teresa De la Rosa Martín. Todos me llaman Tessa, y tú también deberías hacerlo.
2. Mis padres están divorciados. Mi madre (Pilar) se divorció de mi padre (Fermín) cuando yo tenía once años. **NUNCA SACARLE EL TEMA DE PAPÁ O SE PONDRÁ HECHA UNA FURIA.** Fermín vive en el extranjero y apenas hablamos. En serio, **NO SAQUES EL TEMA DELANTE DE MAMÁ SI QUIERES SEGUIR CON VIDA.** Poco después se casó con Adolfo y tuvieron a Aitana, más conocida como Tana, la niña más mimada del mundo. (Síguele la corriente si quieres llevarte bien con ella. Y jamás llames rata a su perro, aunque lo

parezca).

3. Mis aficiones son la repostería (siempre supe que quería dedicarme a ello), leer, pasear por la playa y me encantan los animales. Si no te gustan te aguantas, porque a mi novio deberían gustarle. Trufa es adoptada y es la perrita más adorable del mundo.

4. Soy zurda. Me encanta el rock (Los Rolling, ACDC, Guns&Rose...), las novelas románticas, las películas Disney... y soy alérgica al marisco (te puedes comer mi plato en la boda de tu hermana).

5. No soporto a la gente mandona, a los que dicen que son muy sinceros y siempre van con la verdad por delante (cuando en realidad todos sabemos que son unos maleducados), a las personas que odian a los animales, a los que van andando por el carril bici y a los niños malcriados (mi hermana no cuenta porque lleva mi sangre)

6. He tenido tres novios: Manu (del instituto), Carlos (lo conocí cuando trabajaba de Au Pair en Reino Unido) y Pedro (un idiota redomado). Probablemente a mamá no le gustarás. Nunca le ha gustado ninguno de mis novios.

7. Como ya sabes, mi mejor amiga es Nati (jamás la llares Natividad si quieres seguir viviendo). Nos conocemos desde que teníamos dieciséis años, y es un poco sobreprotectora conmigo. Será mejor que siempre le des la razón si quieres sobrevivir. Nati y Javi son hermanos (de esos que se llevan fatal, pero en el fondo se adoran).

Observé orgullosa el resultado. Con eso bastaría para que Héctor no metiera la pata. La verdad era que me moría de ganas de ver la suya, ¿qué es lo que pondría? ¿El nombre de sus padres? ¿Su película favorita? ¿Sus preferencias sexuales en la cama?

Un segundo, ¿acababa de pensar yo eso?

Sacudí la cabeza y respiré profundamente. La abstinencia me estaba llevando por el mal camino. ¿Cuánto hacía que no echaba un polvo? Supe la respuesta al instante: demasiado tiempo.

Cuando Héctor abrió la puerta me sobresalté. Llevaba puesto solo unos vaqueros ceñidos que alguien parecía haberle cosido encima de los músculos. No existía justicia en el mundo si a un hombre le sentaban tan bien unos

pantalones. Tenía los oblicuos marcados, y una hilera de vello oscuro se perdía bajo la cinturilla de los vaqueros. *El sendero al pecado*. Se me secó la boca. Por un segundo me imaginé recorriendo su torso moreno con los dedos, hasta que me obligué a apartar la vista y observé que él me miraba con aquella sonrisa fanfarrona y tan característica suya. Me sentí como una imbécil. ¡Acababa de pillarme babeando!

—¿Por qué no te pones algo? —le dije con frialdad.

—Porque estoy en mi casa, y a ti te gusta lo que ves —me respondió convencido.

Argh, ¡cretino integral!

Lo aparté con el hombro y pasé dentro sin esperar invitación. Entonces me crucé de brazos y comencé a hablar atropelladamente. Estaba exaltada y creo que se debía al cúmulo de los acontecimientos de aquel día: el numerito de Tana, mi discusión con Nati, la llamada de mi madre... Verlo a él sin camiseta no tenía nada que ver en ello, por cierto.

—Vas a tener que acompañarme este domingo a una comida familiar, ¡y ni se te ocurra decir que no! Me has metido en un lío muy gordo apareciendo por sorpresa en mi casa, y ahora no me queda más remedio que llevarte conmigo. ¡Tú no conoces a mamá! Ya puedes poner la mejor excusa de la historia, que no va a colar...

—Vale —respondió muy tranquilo.

Me quedé con cara de póquer. ¿Ya está? ¿Así de fácil? Héctor se metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza. Su calma contrastaba con mi excitación.

—Te veo un poco inquieta, ¿va todo bien? —preguntó.

—¡Pues no, no va todo bien! Se suponía que esto era solo para darle celos a Javi, no para que toda mi familia se lo creyera también. Y ahora resulta que voy a tener que presentarte... y todos me harán preguntas, y mamá te juzgará, ¡tú no la conoces! ¡Nos van a pillar! Y cuando Javi se entere, me moriré de la vergüenza —me dejé caer en el sofá con un suspiro angustioso. Vaya, qué cómodo era. Entonces clavé la mirada en él con acritud—. ¡Se van a dar cuenta! Tú no conoces a mamá... es muy incisiva.

—Encontraremos la manera de que funcione.

Lo dijo de tal forma que llegué a creerlo. Pero conocía de sobra a mi

madre, que lo bombardearía a preguntas. Nadie podría soportar un interrogatorio como aquel, ni siquiera un espía ruso entrenado para las peores torturas. Ni siquiera Héctor, con su metro noventa, los ojazos verdes y aquella tableta de chocolate.

—¿Por qué has tenido que llevarme el desayuno? —le recriminé.

Parpadeó descolocado. La pregunta lo había dejado fuera de juego.

—¿Es lo que hacen los novios, no? —preguntó con inocencia.

Oh... esto era peor de lo que imaginaba. ¡Era una tragedia! Héctor no tenía absolutamente ni idea de relaciones. ¿Qué los novios te llevaban el desayuno? ¡Ja! Lo más romántico que hizo mi último novio fue llevarme al Mcauto por nuestro aniversario.

—Dime una cosa, ¿alguna vez has salido en serio con alguien? —quise saber.

—¿Eso es importante para que ejerza bien el papel de tu novio? —arrugó la frente. Parecía frustrado—. No debe ser tan difícil. ¡Me estoy esforzando!

Me llevé las manos a la cara.

—Ay... Dios... nunca has tenido ninguna relación de verdad, eh.

—No, ¿qué problema hay?

—¡Deja de comportarte como el novio romántico, perfecto y detallista, o todos se darán cuenta de que esto es una farsa!

Se puso ceñudo. Estaba completamente desconcertado por lo que acababa de decirle.

—Pero...

—Hazme caso. Nadie se va a creer que me tratas así —intenté hacerle entender.

—¿Quieres decir que nadie te ha tratado como te mereces?

Sus palabras despertaron una oleada de frustración que tenía encerrada en lo más profundo de mi alma. Siempre me había esforzado en creer que las relaciones idílicas que veía en las películas románticas eran cosa de la ficción. Que no existían los hombres detallistas y que te mimaban. ¿Y si él tenía razón? ¿Y si así era como se comportaba un hombre que merecía la pena?

—No vayas por ahí —le advertí irritada—. Eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón, no lo es —respondió con dureza.

Ay... esto estaba siendo más difícil de lo que me imaginaba. No quería que empezáramos a discutir por una discrepancia de opiniones. Sobre todo cuando ni siquiera era una relación de verdad. Además, el pobre se lo había currado.

—¿Sabes? Actúa como creas más conveniente. Discúlpame por haberte echado en cara que me trajeses el desayuno. Es evidente que te estás esforzando —me disculpé de corazón.

Héctor asintió con expresión indescifrable. Creo que estaba dolido por mis palabras. Por haberle arrojado a la cara, y sin delicadeza alguna, que jamás había tenido una relación seria con una mujer.

Al final iba a resultar que tenía sentimientos después de todo...

De repente el rostro se le iluminó y dijo:

—¿Quieres que te bese delante de tu familia para dejarlos impresionados? Estoy dispuesto a sacrificarme por la causa.

Puse los ojos en blanco. No, seguía siendo el mismo engreído de siempre. No tenía remedio.

—Menos lobos, Caperucita. Antes preferiría besar el culo de una mofeta —me hice la digna.

Mi respuesta alimentó al seductor que llevaba dentro. Le brillaron los ojos y aquella sonrisa canalla volvió a su cara.

—Te encanta hacerte la dura, pero en el fondo te derrites por mis huesos...

—Si con eso alimentas tu ego... —murmuré divertida. Reconozco que estaba empezando a pillarle el punto a esas batallas dialécticas.

Señaló con curiosidad el papel que llevaba en las manos.

—¿Y eso?

—Ah, la lista que me pediste. Ya sabes, para saber todas esas cosas básicas de mí que podrían ponernos en un aprieto si alguien nos pregunta —la apreté contra mi pecho, y de pronto sospeché que no era buena idea.

¿No me había dejado llevar demasiado? Ahora me daba vergüenza que él

leyera todas esas verdades sobre mí. Me la arrebató sin que pudiera hacer nada por evitarlo y comenzó a leer. Sus ojos se clavaron con interés en el papel, y pasó de la sorpresa inicial a un súbito ataque de risa. Abochornada, intenté quitársela mientras él se partía de risa y la sostenía en alto.

—¡Qué me la des! —exigí furiosa.

—Conque las películas Disney, eh... —se burló, doblándose por la mitad para soltar otra carcajada—. Eres más previsible de lo que imaginé.

—¡Te vas a enterar!

Salté del sofá a su espalda y lo agarré del cuello. ¡Lo mataba! Me había tomado muy en serio aquella lista para que él se riera de mí. Hundí mis dedos en sus costillas y él se encorvó con un gruñido. Ah, ¡ya no era tan duro! Aproveché aquel momento de flaqueza para alcanzar el papel, pero él comenzó a hacerme cosquillas y yo a temblar de risa.

—¡Ay! —me quejé—, ¡Para!

Le tiré del pelo y Héctor soltó un juramento.

—¡Para tú! ¡Estás loca!

—¿Qué yo estoy loca? ¡Te vas a enterar! —lo agarré de lo primero que tuve delante, que fue la oreja.

Héctor soltó un alarido. Esbocé una sonrisa maligna y le mordí el brazo. Rocé el papel con los dedos, pero él se lo cambió de mano. Me rodeó la cintura con el brazo libre y consiguió dominarme. Lo miré con odio, ¡qué rabia me daba que fuese más fuerte que yo! Me devolvió una mirada cargada de chulería y enarcó las cejas, como retándome a hacer algo más.

—Te advierto que soy cinturón negro de kárate —farfullé jadeando.

—Eso se te ha olvidado incluirlo en la lista —me vaciló.

Cuando intenté revolverme, Héctor me apretó más contra él. Cada vez que me movía, conseguía el efecto contrario. Me pegaba a su pecho duro como la roca y me sonreía con suficiencia. ¡Uf, qué coraje me daba! Y que calentita estaba pegada a él. Noté que se me erizaba el vello de la nuca y que mi respiración se aceleraba. Sentí que la mano que tenía colocada en mi espalda me traspasaba la piel. Y olía... de vicio. Como si acabara de ducharse y se hubiera puesto unos pantalones para abrir la

puerta. Imaginé las gotas de agua resbalando por aquel torso moreno y me puse cardiaca.

—En el fondo estás disfrutando —murmuró con voz ronca.

Mis ojos chocaron con los suyos, que de repente se habían oscurecido. Fui consciente de lo pegados que estábamos, y de toda la intimidad que acababa de formarse entre nosotros.

—Ya te gustaría a ti. Esta es una relación mutuamente beneficiosa, pero insulsa para mí en lo que a ti respecta —le espeté.

Héctor me soltó de golpe. Perdí el equilibrio, lo agarré del brazo y los dos nos caímos en el sofá. El peso de su cuerpo me aplastó las costillas y su boca me besó la barbilla. Apartamos las caras irritados, y cuando miré hacia abajo, me di cuenta de que tenía las manos en mis tetas. Me puse tan colorada que temí que me confundiera con el sofá. Él puso cara de circunstancia y se levantó de un salto. Para mayor bochorno, noté que se me habían endurecido los pezones y que estaba lo suficiente acalorada para necesitar una ducha de agua fría.

—El papel —me puse de pie y extendí una mano.

—¿Te das cuenta de que ya lo he leído? ¿Para qué haces una lista si no querías que la viera?

Me sentí como la tonta del año. Tenía razón, ¿por qué me comportaba como una cría?

—De acuerdo —inspiré y puse los brazos en jarra—. ¿Dónde está la tuya?

Bien, si leía la suya ya no me sentiría tan expuesta. Estaríamos en igualdad de condiciones. Noté que se le escapaba una risilla, así que lo fulminé con la mirada.

—No he hecho ninguna lista. Cuando te dije que debíamos saber ciertas cosas el uno del otro, no imaginé que te lo tomarías al pie de la letra —se disculpó, pero volvió a descojonarse.

—¡Lo sabía! ¡Eres lo peor!

Le arrebaté el papel e hice ademán de marcharme, ¡aquello era el colmo! ¡Se había burlado de mí!

—¿A dónde vas? —preguntó divertido.

—A mi casa, ¡no te soporto!

Me agarró de la mano para detenerme. Me acarició los nudillos con el pulgar y suspiré irritada. Para colmo, volví a notar aquella corriente eléctrica tan inoportuna.

—Quédate a cenar —me pidió, para mi sorpresa.

Turbada por el contacto, aparté la mano.

—Ni de coña.

—Déjame invitarte a cenar, y luego responderé a todas tus preguntas. Así estaremos a la par, ¿trato hecho? —dijo con suavidad.

Recordé la comida del domingo y cavilé mis opciones. Ojalá tuviese un novio postizo horroroso, feo o con halitosis. Pero no, allí estaba mi vecino, con aquella sonrisita canalla y su metro noventa de atractivo salvaje. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Grrr...

8. Una cena cuasi romántica y algunas confesiones

Ver para creer, allí estábamos los dos, en una improvisada cena en su apartamento. Cualquiera que no estuviera al tanto de la verdadera naturaleza de nuestra relación habría pensado que éramos un par de tortolitos. Pero no, ni por asomo. Lo que teníamos era una relación mutuamente beneficiosa en la que ambos sacábamos algún provecho. El mío el de poner celoso a Javi, y el de Héctor ir acompañado a la boda de su hermana. Aún no sabía por qué no quería ir solo, pero pretendía averiguarlo tarde o temprano. Me intrigaba que alguien como él, seguro de sí mismo y tremendamente atractivo, me necesitara para ir a la boda de su hermana. Allí había gato encerrado y en algún momento descubriría el motivo que se ocultaba tras ello.

—¿Te ayudo? —me ofrecí.

Héctor se había empeñado en preparar la cena él solo. Reconozco que verlo moverse entre fogones con aquella destreza me tenía asombrada. Y tenía que admitir que seguía estando buenísimo con aquel delantal atado a la cintura. Qué injusta es la vida.

—No. Eres mi invitada, de la cena me encargo yo. ¿Te apetece una copa de vino? —me preguntó.

Acepté una copa de vino blanco afrutado y me senté frente a la barra de la cocina. Estaba picando verduras y la salsa que estaba preparando olía de maravilla. El cordoncillo del delantal se ceñía a su estrecha cintura, y gracias a Dios se había puesto una camiseta. Lo que no evitó que se me fueran los ojos. Cuando me di cuenta de que le estaba mirando el culo, apretado en aquellos vaqueros, me bebí la copa de vino de un trago y traté de clavar los ojos en otra parte. Me fijé en todos los dibujos infantiles que había pegados en el frigorífico y me pregunté si tendría hijos. En realidad no sabía nada de él.

—Son de mis sobrinos, Álvaro y Cleo. Tienen seis años y son unos artistas, ¿a qué sí? —me dijo, al ver que miraba los dibujos.

Qué mono, si hasta tenía su corazoncillo después de todo.

—¿Son los hijos de tu hermana? La que va a casarse, quiero decir. ¿O tienes

más hermanos?

—No, solo Julia. Se va a casar con su pareja, que no es el padre de los niños. Y ahora que caigo, ese sí que es un tema vedado en la boda. Nunca le saques el tema del padre de los niños.

—Vale —respondí, y cogí una servilleta y un bolígrafo que había en la barra. Héctor enarcó las cejas.

—¿Qué haces?

—Apuntarlo, para que no se me olvide.

Héctor sacudió la cabeza, sin dar crédito. Así que añadí:

—Como tú no has hecho tus deberes, será mejor que sea yo quien los escriba por ti. No quiero meter la pata en la boda de tu hermana —y casi estuve a punto de decirle que esa era mi especialidad: ser una bocazas.

—¿Te refieres a esa lista tan absurda?

—¡Mi lista no es absurda! —me defendí indignada—. Es práctica. Contiene los preceptos más básicos de mi vida. Son las cosas que mi novio debería saber.

Héctor meneó la sartén, se limpió las manos en el delantal y se volvió hacia mí con expresión indescifrable.

—Esa no eres tú, Teresa. Cuando te conozca de verdad, yo te escribiré una sobre quién creo que es la verdadera Teresa. Mientras tanto, no esperes que me la aprenda de memoria.

Me quedé perpleja. Pero bueno, ¿qué se creía? Confeccionar aquella lista me había llevado casi una hora. Había incluido los aspectos más destacados de mi vida. Y él se quedaba allí, tan pancho, mirándome con aquella sonrisa ladina mientras se llevaba un trozo de queso a la boca. Le lancé un trozo de pan y lo esquivó sin esfuerzo.

—En primer lugar, esa soy yo. Y en segundo lugar, sigo sin saber nada de ti —le dije con acritud—. Y en tercer y último lugar: si la hubieses memorizado, sabrías que no debes llamar Teresa. Nadie me llama así.

—Yo sí.

Lo dijo con tanta calma que ni siquiera tuve fuerzas para contradecirlo. Héctor

tomó un sorbo de vino y sus ojos verdes encontraron los míos. Fue una mirada cargada de oscuridad. Imposible desentrañar lo que había tras esos ojos verdes cuando me miraba de esa forma tan... penetrante.

—Tessa para los demás, y Teresa para mí —dijo con voz grave.

Me mordí el labio, dándolo por un caso perdido. En realidad no sonaba tan mal. De hecho, mi nombre poseía un cariz erótico en sus labios. Lo pronunciaba con aquella voz ronca y cálida y cuando lo hacía se me erizaba la piel.

—Uhm... esa sí que es una cuestión interesante —meditó, y volvió a beber más vino—. ¿Por qué te llaman Tessa?

Nadie me lo había preguntado nunca. Todo el mundo asimilaba que era la clase de diminutivo gracioso que a una le ponen de pequeña, así que la curiosidad de Héctor me sorprendió.

—Cuando era una niña me costaba pronunciar mi nombre. Decía Tessa a todas horas, y a mis padres les hizo tanta gracia que al final me quedé con ese mote. Desde entonces todo el mundo me llama así.

—¿Y te gusta?

Me encogí de hombros.

—No pienso en ello, estoy acostumbrada.

—A mí me gusta Teresa, ¿o prefieres que te llame cariño? —bromeó.

Solté una carcajada. Él también se rio.

—No, por favor. Ahora que lo pienso, Teresa está genial. Creo que no soy de las que le van los apelativos cariñosos.

Los ojos de él brillaron de diversión. Me rellenó la copa de vino y noté que empezaba a estar un poco achispada por culpa del alcohol. Bien, era el momento de contenerse. Porque cuando bebía, mi lengua cobraba vida propia. Y no quería contarle hasta mi talla de ropa interior, ¿no?

—¿Qué hay de tus padres? —quiso saber.

—Uf... —aunque me molestaba hablar del tema, sabía que no podía obviarlo sin más. No quería que él metiese la pata con mamá —. Mis padres se divorciaron cuando yo era una niña. Tenía once años cuando se casó con Adolfo, mi padrastro y

el padre de Tana. Y bueno... desde entonces no sé mucho de mi padre. No es un mal hombre... solo que trabaja como periodista corresponsal y siempre está viajando por el mundo.

Héctor asintió, para mi agrado muy interesado en lo que le contaba. Me prestaba atención de verdad, y no porque tuviera que memorizar todo lo que le estaba contando.

—¿Y qué hay de tus padres? —quise saber.

—Mi madre es una mujer estupenda, y mi padre murió.

Me puse pálida.

—No pasa nada, fue hace mucho tiempo —le restó importancia.

—Lo siento, Héctor.

Hubo un rastro de amargura en su expresión, y se volvió para seguir cocinando. Era evidente que no quería seguir hablando del tema, así que decidí dejarlo estar. Me contó que había estudiado ingeniería informática en Sevilla y que era programador informático. Hacía poco lo habían ascendido a un puesto de mayor envergadura, por lo que se había tenido que mudar a Cádiz. Se notaba que echaba de menos a su familia por como hablaba de ellos. Bebía los vientos por su madre, su hermana y sus sobrinos. Era un tipo familiar, cosa que jamás me habría imaginado. Quizá por eso quería ir acompañado a la boda: para cubrir las expectativas de su familia.

—¿Por qué dices que a tu madre nunca le gustan tus novios? —me preguntó de repente.

Vaya... ¿en serio teníamos que hablar de eso? No le iba a narrar con pelos y señales mi patético currículum amoroso. Así que me limité a ofrecerle una versión abreviada.

—Porque elijo fatal.

Me vino a la mente la pregunta que me había hecho un par de horas antes: *¿nunca te han tratado como te mereces?* Pues no, a no ser que me mereciera compartir mi vida con tipos egoístas y que siempre me hacían daño.

—¿Y estás segura de que tu amigo no es una mala elección? —preguntó con suavidad.

Me fastidió que se creyera con derecho a juzgar aquella elección. Javi era lo único de lo que estaba segura en la vida. Éramos amigos desde los dieciséis años. Sabía todo lo que tenía que saber de él.

—Vale, no hace falta que respondas —puso las manos en alto a modo de disculpa—. Mea culpa, no es asunto mío.

Volví a relajarme.

—¿Esperas que me crea que nunca has tenido una relación? —le pregunté yo.

—Nada lo suficiente serio que merezca llamarse así —respondió él.

Entrecerré los ojos y lo estudié intentando descifrar si me estaba mintiendo. Pero en ocasiones como aquella me costaba llegar hasta él. Notaba que había mucho más tras esa fachada de hombre despreocupado y mujeriego, ¿le habrían roto el corazón alguna vez? Me costaba creer que existiese esa posibilidad. Por el contrario, seguro que él se lo había roto a muchas mujeres.

—Eres una romántica —comprobó fascinado.

—¿Y eso es malo?

—Tiendes a idealizar la realidad. Te pareces a mi hermana —tuve la impresión de que lo decía como si fuese algo malo.

—No te hace mucha gracia esa boda, ¿o me equivoco? —adiviné.

Arrugó la frente. Vaya, había dado en el clavo. Creí que no me respondería, pero se limitó a servir los platos mientras hablaba con el tono más neutral posible. Aunque por mucho que intentara enmascarar sus emociones, era evidente que aquel tema le escocía.

—Ya le hicieron daño una vez. El padre de sus hijos es un canalla que nunca estuvo a la altura. No veo por qué arriesgarse de nuevo —noté la rabia en sus palabras al hablar de aquel hombre.

—¿Te parece mal que vuelva a casarse?

—No. Lo que me da miedo es que vuelvan a hacerle daño. Lo veo innecesario.

El hermano sobreprotector. Interesante giro de los acontecimientos.

—Las segundas oportunidades existen. Si todo el mundo pensara como tú,

nos perderíamos a personas maravillosas por el camino —le dije.

—Ves demasiadas películas Disney —se burló de mí.

—Y tú eres un cínico.

Pensé que se enfadaría por mi comentario, pero no lo hizo.

—Puede ser —admitió con voz queda—, pero yo prefiero definirme como alguien realista.

—Si tú lo dices...

Cuando probé la comida, suspiré de placer. Le di una palmadita en la espalda y él sonrió agradecido. Era un asado bañado en una deliciosa salsa casera.

—¡Está riquísimo! No sabía que te gustara cocinar.

—Me encanta, pero la repostería se me da fatal. ¿Me enseñaras? —preguntó ilusionado.

—Pues claro. En la cocina puedes improvisar, pero la repostería se basa en seguir la receta al pie de la letra. No es tan difícil.

—¿Por qué te quitas mérito? Eres una gran repostera. La cafetería está llena gracias a ti.

Su halago me dejó sin palabras. Me ruboricé porque no estaba acostumbrada a los cumplidos ni sabía cómo reaccionar a ellos. Héctor me miró de reojo, pero no dijo nada. Durante unos minutos cenamos en silencio, hasta que él lo rompió.

—¿En qué crees que se basan tus malas decisiones?

Estaba preparada para cualquier pregunta menos para aquella. Y no es que no me la hubiera formulado montones de veces, sino que nunca encontraba una respuesta convincente.

—Pues... no sé. El ser humano es el único que tropieza con la misma piedra dos veces y todo eso, ¿no? —bromeé sonrojada.

Héctor se apoyó despreocupadamente en la silla. Volvió a estudiarme, con aquella mirada profunda que hacía que me temblaran las piernas. Era un hombre seguro de sí mismo que siempre te miraba a la cara, y a mí me costaba asimilar toda la confianza que desprendía. Y el magnetismo feroz, el atractivo y todo lo demás. Qué se le va a ser.

—¿Qué? —titubeé.

—Nada... solo te miraba —sonrió de manera enigmática y volvió a desconcertarme.

—Eso ya lo veo.

—Te miraba mientras trataba de desentrañar todos tus secretos.

Solté una risilla. El vino se me había subido a la cabeza. Comencé a tener calor.

—Créeme, no hay muchos. Lo que ves es lo que hay.

Se inclinó hacia delante y su respiración cálida me acarició la nariz. Tragué con dificultad y me eché hacia atrás, con la espalda pegada a la silla. No me gustaba tenerlo tan cerca. O quizá me gustaba demasiado.

—Hay mucho más, de eso estoy seguro. Pero tengo que averiguar qué escondes. Y lo haré —me prometió. Y fue una promesa oscura y seductora.

Menos mal que estaba sentada, porque si no me habría caído al suelo. *Cálmate, me pedí. ¡Cálmate, Teresa! Solo es un hombre que está jugando contigo. Habéis bebido... el ambiente se ha caldeado y oh... menudos bíceps que tiene ahora que me fijo...*

Tapé mi copa de vino cuando él fue a rellenarla. Le dediqué una sonrisa prudente.

—Creo que ya he bebido suficiente.

—¿Por qué? ¿Temes hacer algo de lo que mañana te arrepientas? —me provocó.

Ah, allí estaba, el seductor nato. El arrogante encantado de conocerse a sí mismo que necesitaba tener a todas las mujeres a sus pies. Contra ese sí que podía.

—Mañana trabajo —me excusé—. Odio tener resaca.

—Podemos ver una película si quieres —sugirió con amabilidad.

Fui a levantarme con la intención de regresar a la seguridad de mi apartamento, donde puede que lo oyera gemir en compañía de otras mujeres, pero donde no podía intimidarme con su comportamiento.

—Creo que voy a irme ya a la cama —bostecé.

Estiró una mano y la colocó sobre la mía. Sentí el impulso de apartarla, pero supe que eso me habría delatado. No quería ser tan transparente.

—¿Tanto te incomoda? Porque si eso es lo que sucede, creo que esto no va a funcionar —hablaba en serio.

Que hablara en serio fue lo que me dejó a cuadros. No, no era el Héctor provocador nato. Era el hombre que se preocupa de... ¿de qué se preocupa exactamente? ¿De que fuera a pillarme por él? Madre mía, ¡me sentía muy humillada!

Mis emociones tuvieron que traslucirse en mi cara, pues apartó la mano y me miró confundido.

—¿En qué estás pensando?

—¿En qué estás pensando tú? —repliqué a la defensiva.

—Pienso que desconfías de mí, a eso me refería. Y si vamos a fingir ser pareja, deberíamos tener cierta complicidad. Porque si sigues rehuyéndome de esa forma, todo el mundo va a pensar que aquí hay gato encerrado.

Me desinflé de inmediato. Dios, había estado a punto de gritarle algo horrible. Así que era eso a lo que se refería, y no al hecho de que yo era una desesperada que se arrojaría a sus brazos a la menor oportunidad. Solté una carcajada y me contempló desconcertado.

—¿Es una buena señal? —preguntó sin entender.

—Significa que me parece bien ver una película.

Mmm... qué cómoda estaba. En mayo todavía refrescaba por las noches, así que me acurruqué contra el calorcito que emanaba de aquel cuerpo serrano y solté un suspiro placentero. Olía de maravilla. A gel de baño y loción de afeitar, mezcladas con un perfume cítrico que me dejó atontada. La mitad de mi cara estaba apoyada sobre algo blando y cálido. Podría pasarme toda la vida allí, porque se estaba de maravilla. La costura de la camiseta me hizo cosquillas en la mejilla, y de pronto caí en la cuenta de algo: ¿dónde demonios estaba? ¿Por qué mi cama olía tan bien? ¿De dónde venía aquel calor tan reconfortante?

Abrí los ojos de par en par y asimilé lo que tenía delante: piel morena. Mi

boca acarició algo suave y mi colchón se movió. ¿Por qué se movía mi cama? Me apoyé sobre algo velludo y me sobresalté, hasta que comprendí dónde me encontraba.

¡Aaaaaaah! ¡Me había quedado dormida encima de Héctor! ¡Alerta! ¡Alerta!

Me preparé para enfrentarme a su sonrisa fanfarrona cuando elevé la cabeza, pero me lo encontré dormido. Su expresión era relajada y tenía la boca entreabierta. No sabía en qué momento nos habíamos quedado dormidos viendo la película. Ni cómo había llegado a apoyarme sobre su hombro. Agradecía que él estuviese grogui para no tener que dar explicaciones. En lugar de ello, traté de levantarme del sofá sin despertarlo. La mitad de mi cuerpo estaba reclinado sobre su brazo izquierdo, y su mano me rozaba la cadera. Contuve la respiración y me incorporé lentamente. Héctor arrugó la frente y murmuró algo en sueños, así que me quedé paralizada por el miedo.

No te despiertes, supliqué nerviosa.

Me iba a costar mucho salir de allí sin llamar su atención, así que me moví con extremo cuidado. Apoyé una mano en el borde del sofá y rocé el suelo con la puntera del pie. Rocé la frente de Héctor con la boca, y él suspiró por el contacto. Verlo tan de cerca me impactó. Había algo diferente en él... no sabría decir el qué. Una emoción poderosa que se me escurría de entre los dedos. Sin toda esa fachada, comprendí que había algo más que él se empeñaba en ocultar. Un misterio que notaba en sus rasgos, que ahora lucían más relajados que de costumbre.

—Déjala en paz... —gruñó, y estuve a punto de caerme por la impresión.

Me tranquilicé al comprender que estaba soñando. Su rostro se contrajo de dolor y tensó la mandíbula. Parecía estar teniendo una pesadilla. Me había quedado a medio camino entre su cuerpo y el suelo, sentada a horcajadas encima suya. Si se despertaba en aquel momento, me iba a morir de la vergüenza. Ya podía intuir el brillo pícaro de sus ojos mientras decía: ¿estás intentado violarme?

Me quedé completamente inmóvil, a la espera de que él dejase de sacudirse. Estaba luchando contra alguien o contra algo. Por un instante, contuve el irrefrenable deseo de tranquilizarlo diciendo que solo era una pesadilla.

—Por favor... basta... basta... —suplicó angustiado.

Lo que lo estaba atormentado me conmovió. Podía ser un sueño, pero Héctor estaba sufriendo de verdad. A sabiendas de que era una mala idea, le acaricié el cabello y musité:

—Sssssshhh... no es real. Estás soñando...

Héctor se revolvió afligido y estuve a punto de perder el equilibrio. Me sujeté a sus hombros y me mordí el labio.

—Socorro... —gimió. Estaba temblando—, que alguien la ayude...

—Es un sueño, no hay nada que temer —lo tranquilicé con voz suave.

Héctor suspiró aliviado. Yo también, para mi sorpresa. No me gustaba ver sufrir a los demás, y mientras lo había contemplado luchar contra su pesadilla había tenido el corazón en un puño. Lo que estuviera imaginando para él era real.

¿Podía ser algún recuerdo que lo inquietaba? Con aquella sospecha, me separé por completo de él y conseguí ponerme en pie. Respiré más calmada y me dirigí hacia la puerta, pero antes de irme, sentí una punzada de compasión y lo tapé con la manta que había en el extremo del sofá. Héctor se acurrucó como si fuera un bebé, y me di cuenta de que no solo era atractivo: cuando se relajaba era guapísimo.

Deseé luchar contra sus demonios personales. Ayudarlo a escapar de aquella pesadilla que lo aterrorizaba. Como no podía hacerlo, me limité a besarlo en la frente. Él dejó escapar el aire. Al ser consciente de lo que acababa de hacer, y de lo fuera de lugar que estaba, me alejé ruborizada y corrí hacia la puerta.

¿Se puede saber qué te pasa, Tessa?, me reprimí irritada.

No iba a convertir a Héctor en la clase de protagonista torturado y oscuro de novela romántica gótica que tanto me gustaba. ¡Cómo se notaba que estaba falta de cariño! Uf, eso me pasaba por leer a Edgar Allan Poe.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, me encontré con la mirada inquisitiva de Nati. Tenía los brazos en jarra y las cejas enarcadas.

—¿Has estado en casa del vecino? —exigió saber.

Hubo una reprimenda en su tono que no me pasó desapercibida. Por supuesto que mi amiga estaba cabreada. De hecho, sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Es su novio, ¿de dónde quieres que venga? —intervino extrañada Tana.

Al parecer había regresado de su teatral escapada. Nati y yo nos miramos tensamente. No podía decir lo que pensaba, porque entonces me habría dejado en evidencia delante de mi hermana. Así que se limitó a dirigirse hacia su habitación y

encerrarse dentro de un portazo. Tana soltó una risilla.

—Está celosa. Normal, con ese novio macizo que te has echado... —se jactó, y me guiñó un ojo—. Y yo que pensé que nunca superarías lo de Javi. ¡Menos mal que has visto la luz!

No la saqué de su error. No le dije que Nati no estaba celosa, sino ejerciendo su papel de amiga sobreprotectora. Porque, ¿y si tenía razón? ¿Y si Héctor era más peligroso para mí que Javi?

9. Lo que pudo ser y no fue

A veces tenía *uno de esos días*. Y ni todo el chocolate del mundo, la música triste o las comedias de Jennifer Aniston podían animarme. Me veía a mí misma como debían hacerlo los demás: una treintañera solitaria, perdida y amargada que no tenía suerte en el amor.

Creo que la culpa de que me sintiera tan desdichada la tenían las novelas románticas que me hacían fantasear con un Sr. Darcy que viniera a rescatarme. Porque sí, yo era una romántica empedernida. A diferencia de Nati, seguía buscando a mi príncipe azul porque creía con los ojos cerrados en el amor. Y mi príncipe azul era Javi, el amigo por el que suspiraba en secreto y que siempre había estado a mi lado en mis peores momentos.

¿Y qué si no era tan moderna e independiente como mi amiga? No estaba hecha para las relaciones sin compromiso, eso lo tenía claro. Yo buscaba a un hombre con el que compartir mi vida, tener hijos y envejecer a su lado. Y mis tres ex habían sido a cada cual peor. Desde luego, tenía una gran habilidad para elegir hombres que no merecían la pena.

Mi novio de secundaria, con el que perdí la virginidad de la manera más desastrosa posible, era el prototipo de chulito celoso que ahora está tan de moda. A los diecisiete años a mí eso me parecía lo más romántico del mundo. A los dieciocho fue Javi quien me consoló cuando lo vi pegándose el lote con otra. Aún recuerdo el abrazo de mi amigo mientras me decía:

—¿Por qué lloras? ¿No ves que no es lo suficiente bueno para ti? —me consoló, limpiándome las lágrimas.

Hice un puchero mientras trataba de contener otro sollozo. Ah, ¡la adolescencia! Menudo drama me pareció aquello a mis recién cumplidos dieciocho. Ahora sé que perder a Manu fue lo mejor que me pudo pasar en la vida, pero cuéntaselo tú a la cría de dieciocho años que creía que los pantalones piratas y las botas blancas eran el sùmmum de la elegancia.

—¿Por qué me ha hecho eso? —exigí saber. Estaba desconsolada y cualquier explicación no me habría servido de nada. Pero yo buscaba una razón para que Manu me hubiese dejado por otra—. ¿Porque es más guapa? ¿Porque yo no valgo la pena?

De repente la expresión de mi amigo enrojeció de rabia. Me sostuvo por los hombros y me miró a los ojos con intensidad.

—Ni se te ocurra volver a decir eso. Claro que mereces la pena, Tessa. Ese pobre idiota sí que no merece la pena. Pero tú... —clavó los ojos en mi boca por una fracción de segundo y lo vi dudar—. Tú eres estupenda.

Creo que ese fue el momento exacto en el que me enamoré de él. Vi a Javi con distintos ojos por primera vez en mi vida. Noté la tensión sexual entre nosotros, que antes no estaba allí, y deseé que diera el primer paso. No lo hizo, y yo tampoco me atreví.

Javi siempre había estado a mi lado en los momentos clave. Cuando me gradué en el curso de cocina, cuando creí que me había quedado embarazada (y corrió a comprarme una prueba de embarazo, ¿qué clase de amigo haría eso por ti?).

Cuando lloré aliviada al ver que aquel idiota no me había dejado preñada y él lloró conmigo, el día que me despidieron de mi primer empleo, sujetándome el pelo cuando ese cubata me sentó tan mal... en definitiva, que no concebía mi vida sin él.

Entonces, ¿por qué los dos éramos tan cobardes? A mí me gustaba pensar que Javi sentía lo mismo que yo. Que le daba tanto miedo perderme como amiga que no se atrevía a cruzar la línea. Tenía que ser así, porque a lo largo de nuestros años de amistad habíamos tenido nuestros momentos de tensa intimidad.

Estuvo a mi lado el día que Carlos, el novio que conocí en Londres mientras trabajaba como au pair, me confesó que era gay. Días después lo pillé con Andrew, un universitario pelirrojo y desgarbado que resultó ser el amor de su vida. Sé lo que estás pensando. ¿Hay algo peor que el hecho de que te sean infiel con una mujer? Pues sí, que se cambien de acera por tu culpa.

Un par de semanas después de aquello regresé a España, donde mi amigo fue a recogerme al aeropuerto con un enorme oso de peluche. Me arrojé a sus brazos con tanta teatralidad que me merecí un Oscar a la protagonista de la tragicomedia del año.

—¿Cómo va a ser culpa tuya? —me preguntó alucinado Javi, en cuanto le confié mis sospechas.

Agaché la cabeza avergonzada, pero él me sostuvo la barbilla con firmeza.

—Pues... porque soy lo peor, ¿no? Ha descubierto que le gustan los hombres después de estar conmigo —me lamenté.

Aquel día Javi me llevó al parque de atracciones, y volví a sentirme como una cría que no sabía lo que eran los problemas del corazón. Luego paseamos cogidos de la mano mientras compartíamos un algodón de azúcar, y volví a sentir las mariposas. Él me apartó el pelo de la cara bajo aquel cielo cuajado de estrellas.

—Te he echado de menos. Todos estos meses sin ti han sido un coñazo.

—Has estado con Cristina —le dije, y por primera vez sentí el escozor de los celos.

Cristina era su novia de por aquel entonces, pero sabía de sobra que las cosas no iban bien entre ellos. Javi era la clase de hombre que una no dejaba escapar. Atento, cariñoso, leal... ¡un gran partido!

—Cristina no eres tú —respondió, y me miró a los ojos de tal forma que

contuve el aliento—. Lo nuestro es especial, ¿a qué sí?

Asentí como una boba y cerré los ojos cuando creí que me besaría. En lugar de ello, Javi me rodeó los hombros con su brazo y me besó la cabeza. Me sentía tan desconcertada como desilusionada. Días después rompió con Cristina porque decía que no sentía lo mismo que ella, y yo lo vi como una señal. Pero de nuevo, volvimos a ser esos amigos que se lo contaban todo, excepto la única verdad que se interponía entre ellos: que se gustaban.

Años después llegó Pedro, el que me rompió el corazón definitivamente. Con él creí que olvidaría definitivamente a Javi, pero me dejó tan deshecha que todavía no sé si lo he superado. Mi fobia a los hombres, me refiero. Lo nuestro lo superé hace tiempo porque me quité de encima al tipo más egoísta, embustero y miserable del planeta tierra.

Pedro llegó a mi vida en mi mayor momento de flaqueza. Javi había vuelto con Cristina y se habían comprometido. A mí la noticia me sentó como si me hubiera subido en una montaña rusa sin abrocharme el cinturón. No me lo esperaba, lo reconozco. Estábamos más unidos que nunca y creía que el que diera el paso era cuestión de días. Entonces Javi me dio la gran noticia y mi mundo se derrumbó.

Debe ser una broma, pensé.

Y ahora que lo pienso, me doy cuenta de que Cristina es como Stella. Es como si él se empeñara en interponerlas entre nosotros cuando nuestra relación está a punto de pasar a otro nivel. Como si tuviera tanto miedo que debiese buscar una excusa para mantenerse alejado de mí. La emoción y las dudas me pueden tras esa revelación. ¿Eso es Stella para él? Porque si es así... tengo más posibilidades de las que creía.

Volviendo al tema de Pedro... se aprovechó de mí en un momento en el que estaba falta de cariño. Veía que Cristina y Javi iban a casarse y me sentía muy desanimada. Pedro, con su cara bonita y sus halagos baratos, me dijo lo que quería oír y me dio lo que creía que necesitaba. Para cuando quise darme cuenta, le había prestado dinero para un negocio y bebía los vientos por él. Primero se acostó con otra y luego se marchó con mi dinero. Y si te he visto no me acuerdo. Me sentí tan tonta... tan utilizada... y allí estuvo de nuevo Javi, para recoger mis pedacitos y volver a unirlos. Para decirme que aquel tipejo no merecía la pena.

Javi y Cristina no se casaron, obviamente. Y ambos seguimos solteros, coqueteando, sin dar el primer paso...

No, no voy a permitir que vuelvan a hacerme daño. Con tres veces tuve suficiente, y Pedro me dejó claro que fiarse de la gente no merece la pena. Por eso voy a mantenerme alerta con Héctor. Porque es atractivo, mujeriego y peligroso. Porque se le ve venir de lejos, y todas mis alarmas saltan cuando lo tengo cerca. Hasta Nati cree que esto es una locura.

—Te vas a pillar de él —me advirtió el otro día.

Más que enojada, mi amiga estaba preocupada por mí. Sabe que soy como uno de esos perritos abandonados que se acercan con mirada lastimera al primer extraño que les ofrece un poco de cariño. Una comparación patética y muy acertada, qué le vamos a hacer.

—¿De Héctor? —repliqué, y me dio por reír—. No es mi estilo. No es lo que quiero para mí.

—Con un hombre como ese da igual lo que quieras, cielo. Da igual lo claro que tengas las cosas y lo fuerte que creas que eres. He visto a muchas mujeres perder la cabeza con tipos como él. Y no quiero que te hagan daño, Tessa. Prométemelo —insistió.

Asentí con gesto esquivo. Creo que debía llevar el cartel de *necesitada* en la frente para que todo el mundo me viera así.

Javi y yo apenas discutíamos. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las discusiones que habíamos tenido desde que nos conocíamos. Así que lo de aquella tarde me pilló desprevenida. Se presentó sin avisar en la cafetería y contempló lo evidente: que estábamos desbordadas de trabajo. No obstante, pensé que venía a verme porque me echaba de menos. Cuando me invitó a cenar lo vi como una oportunidad, y me sentí aliviada de que Stella no nos acompañara. Para mí era evidente que buscaba mi atención desde que se había enterado de que estaba saliendo con alguien. Imaginé que quería sonsacarme información sobre mi novio y lo acompañé emocionada. Hasta que abrió la boca.

—Stella está un poco deprimida desde hace unos días —me contó con pesar.

Por mí como si se vuelve a Nueva York, pensé irritada. ¿A qué venía aquello? ¿De verdad creía que a mí me interesaba el estado de ánimo de su novia? ¡Cállate y bésame!

—Ah... vaya... —murmuré, con el mismo interés que habría mostrado por un documental de ballenas.

—Sé que no debería ponerte en un compromiso, pero significaría mucho para mí que le dierais una oportunidad en la cafetería. Tú podrías convencer a mi hermana y Stella os aliviaría parte del trabajo. Yo la arrastré hacia España y me siento culpable de que no encuentre empleo. Detesto verla así de hundida...

¡Maldita sea! ¿De verdad me había invitado a cenar para hacerme chantaje emocional?

—Creí que te habíamos dejado muy claro que no vamos a contratarla —le respondí con dureza.

Javi me miró extrañado. No estaba acostumbrado a que le hablara de esa forma.

—Y yo creí que somos amigos. Te estoy pidiendo un favor, Tessa. No creo que sea nada desorbitado. A vosotras os hace falta un empleado, y mi novia necesita un trabajo. ¿Por qué eres así? —me recriminó dolido.

Su novia. Aquella palabra me escoció tanto que apreté los puños y contuve la tentación de gritarle que era así porque estaba enamorada de él. Porque creía que los sentimientos eran mutuos y porque no entendía por qué coño se había traído a aquella barbie de Nueva York.

—Eres un caradura, ¡tendrás morro! Me has invitado a cenar porque quieres salirte con la tuya... es lo que haces siempre —siseé furiosa.

Javi me observó atónito.

—Te he invitado a cenar porque te echo de menos. Porque desde que volví de Nueva York te comportas de una forma extraña conmigo —respondió con cautela—. Y me gustaría saber qué pasa, si no es mucho preguntar.

Me levanté completamente fuera de mí y saqué la cartera para pagar la cuenta. Hasta ahí podíamos llegar. Javi me apretó la mano con delicadeza y sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios te pasa? —quiso saber.

—¿Qué te pasa a ti? ¡Me invitas a cenar para mendigarme un trabajo! ¿Cómo se supone que me lo tengo que tomar? Como si el hecho de que te hayas traído a Stella fuese mi responsabilidad... o la de tu hermana. Madura de una puñetera vez —le eché en cara.

Javi me miró como si no me viera. Estaba desolado por mis palabras.

—Madura tú —me espetó irritado—. Y llámame cuando te calmes, joder.

Estaba echando chispas cuando llegué al portal de mi casa. No me podía creer que las cosas hubieran llegado a aquel extremo. Yo quería a Javi. Incluso si él no me veía de la misma forma —lo que empezaba a dudar después de ver lo poco que le interesaba—, seguía siendo mi amigo. Pero me dolía que él solo quisiese verme para buscarle un trabajo a su novia. Me dolía en el alma.

Quizá sí que estaba enamorado de Stella. Quizá ella era la mujer definitiva y a mí sí que me veía como una amiga. Quizá llevaba haciéndome ilusiones toda la vida y era el momento de asimilar que para él solo era una amiga.

Noté que las lágrimas resbalaban por mis mejillas y me las sequé irritada cuando un coche se detuvo delante del portal. Rebusqué las llaves en el interior del bolso y maldije para mis adentros. Al escuchar una voz conocida, me giré el tiempo suficiente para descubrir que Héctor se despedía de una atractiva mujer que estaba sentada a su lado. Ella enroscó las manos alrededor de su cuello y lo besó en la mejilla. Pegaban. Esa era la clase de mujer que le gustaría a él, supuse. Probablemente habían mantenido sexo salvaje y sin compromiso en algún hotel para no levantar las sospechas de mi hermana, y ahora él regresaba a su casa aliviado y sin ataduras. Daba igual. A mí no me importaba lo más mínimo.

—¡Hola! —me saludó, en cuanto salió del taxi.

Le dediqué una sonrisa lacónica y metí la llave en la cerradura. Cuando abrí la puerta la sostuve para que él entrara. Fuimos juntos hacia el ascensor y noté que me miraba de reojo. No esperaba ninguna explicación, por supuesto. Lo que él hiciera con su vida privada no era asunto mío. Y si mantenía algún tipo de relación con aquella exuberante pelirroja no era de mi incumbencia.

Él tampoco pareció muy dispuesto a dárme las, todo sea dicho.

—¿Te pasa algo? —me preguntó, en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

—Nada.

Asintió sin añadir nada más. No estaba dispuesta a contarle que había tenido una discusión con Javi y que quería estar sola. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, fui hacia mi apartamento con ganas de sumergirme en la bañera y olvidarme de todo. Me serviría una copa de vino y tomaría un baño de espuma.

—¿Te apetece hablar de algo? —me sorprendió.

Héctor era una persona bastante observadora, de eso no cabía la menor duda. No me volví para mirarlo porque no quería que apreciara mis ojos vidriosos.

—No. La verdad es que he tenido un mal día, Héctor. Buenas noches —me despedí de él.

—Buenas noches, Teresa. Sea lo que sea, seguro que tiene solución —me animó.

Le hice un gesto con la cabeza para agradecerle sus palabras y me metí dentro de mi apartamento. Tana y Gucci se habían quedado dormidos en el sofá. En cuanto puse un pie en el salón, el perro abrió los ojos de par en par y me enseñó los dientes. Lo señalé con un dedo.

—Ni se te ocurra armar jaleo, rata —le advertí malhumorada—. Ni mucho menos morderme.

No me quitó la vista de encima hasta que me metí en el cuarto de baño. Aquel perro me sacaba de mis casillas. Era desconfiado, huraño y actuaba como si fuese el dueño de la casa desde que había llegado. La última vez había intentado morderme cuando me senté en el sofá porque había decidido que le pertenecía. Había que reconocer que tenía el mismo carácter caprichoso que Tana. Al final va a ser verdad eso de que los perros se parecen a sus dueños.

Tana se negaba a volver a casa de mamá y Adolfo, y que nos ayudara en la cafetería quedaba descartado tras su desastroso numerito. Así que tenía que buscarle algún quehacer si no quería tenerla todo el día metida en casa.

Tras mi relajante baño de espuma, comprobé que me habían llegado varios mensajes al teléfono. Estuvo a punto de caérseme dentro de la bañera cuando vi que

era de Javi. Era un mensaje bastante largo que releí varias veces con lágrimas en los ojos.

Javi: Peque, dime que no estás enfadada por lo de esta noche. Sabes que detesto que discutamos y que te quiero con toda mi alma. ¿De verdad crees que quedé esta noche contigo para pedirte que contrataras a Stella? No voy a negar que me harías un gran favor si lo hicieras, pero la verdad es que nada me haría más feliz que saber que todo está bien entre nosotros. Si te invité a cenar esta noche fue porque te echaba de menos y me moría de ganas de volver a verte. Hacía mucho tiempo que no hacíamos nada juntos. Y sinceramente, si lo de contratar a Stella va a suponer un problema en nuestra relación, quiero que lo olvides. Para mí lo más importante es nuestra amistad. Está por encima de todo. Por nada del mundo querría perderte. Lo sabes, ¿no?

Fui hacia mi habitación, cogí el paquete de tabaco y salí a fumar al balcón. Gucci me observó con recelo, y no apartó los ojos de mí hasta que desaparecí de su campo de visión. Maldito perro y maldito Javi, que me enviaba mensajes tan desconcertantes como aquel. ¿Qué se suponía que tenía que pensar después de eso?

Que te ve como una amiga, ¡pringada!

Noté que estaba llorando cuando ya llevaba un buen rato haciéndolo. Expulsé una larga bocanada de humo y me sentí la persona más patética del mundo. Me abracé a mí misma buscando un poco de consuelo. Como si aquel gesto pudiera protegerme de mis propios sentimientos.

—Teresa, ¿estás llorando?

La voz de Héctor, al otro lado de la valla que separaba los balcones, me sobresaltó. Fue como si me hubiera pillado haciendo algo malo y de mi garganta escapó un débil:

—No.

En vez de dejarlo estar, se encaramó al muro y asomó la cabeza por encima de la tapia. Observó mis ojos hinchados y torció el gesto.

—Estás llorando.

—Pues sí. ¿Por qué no me dejas en paz, Héctor? —le pedí sin acritud.

Pareció pensárselo durante un buen rato, hasta que al final apoyó los brazos

sobre el muro y dijo:

—Porque me sentiría muy culpable si hago como si no te hubiera escuchado. ¿Qué te pasa?

—Nada, cosas mías... —respondí desganada.

—Cosas tuyas... cosas mías... creo que es lo mismo. Ahora somos novios, ¿no? —lo dijo de tal forma que me provocó el amago de una sonrisa—. Todo lo que te pase me interesa. Adelante, desembucha.

—¿Te das cuenta de que esto no tiene ningún sentido? No somos una pareja de verdad.

—Entonces te escucharé como un amigo —decidió.

—Es que tampoco somos amigos.

—¡Qué difíciles sois las mujeres! —se quejó desesperado.

Me eché a reír. Él sonrió y algunas arrugas bastante adorables se le formaron alrededor de los ojos. No fue una sonrisa como las demás: provocadora y ladina, sino una sonrisa completa y sincera. Una que me gustó mucho más que las otras.

—¿Lo ves? No soy tan malo. Ya te he hecho reír —me dijo satisfecho—. Y ahora, ¿vas a contarme qué es lo que te pasa? Te advierto que si no lo haces me iré bastante disgustado a la cama. Por si no te has dado cuenta, llevo la vena cotilla de mi abuela corriendo por mis venas. Me pegaré toda la noche dando vueltas en el colchón y preguntándome el motivo por el que lloras. Y no rendiré al día siguiente en el trabajo. Será culpa tuya, ¿podrás vivir con eso?

Lo estaba haciendo a propósito para hacerme reír, y he de admitir que lo consiguió. Cuando quise darme cuenta, le expliqué lo que me había sucedido con Javi mientras él me escuchaba sin parpadear. Dios, Teresa, ¿por qué no podías mantener la boca cerrada delante de aquel hombre?

—Entiendo...

—¿Qué es lo que entiendes? —repliqué yo.

—Que la novia de tu amigo necesita un empleo.

—Eres un lince —dije con ironía.

—Deberías contratarla.

—¡Estarás de broma! —exclamé alucinada—. Lo que me faltaba, ¡trabajar junto a Stella!

—Cálmate y escucha antes de que montes en cólera —me pidió muy tranquilo—. Tal y como yo lo veo, estarías ayudando a un amigo y desconcertando a alguien que según tú quiere ser más que tu amigo.

—Ya no lo tengo tan claro... —musité con voz apagada.

—Pero si tienes razón, mostrará más interés en ti al ver que no tienes reparos en contratar a su novia. Se lo tomará como una amenaza, créeme.

Lo vi tan convencido que vacilé. ¿Y si Héctor tenía razón? ¿Y si contratar a Stella me acercaba más a Javi? Además, nos hacía falta alguien en la cafetería. Alguien que no llamara *momia decrepita* a los clientes.

—Quizá tengas razón... —comencé a meditarlo.

—¿Quieres otro consejo?

—Creo que hoy ya he rellenado el cupo.

—Deberías dejar de fumar. No creas que me preocupo por tu salud, no te hagas ilusiones —dijo, y consiguió que pusiera los ojos en blanco—. Lo estoy dejando, y tú lo conviertes en una tentación de lo más atractiva...

Llevó sus ojos a mi boca, que sostenía el cigarrillo. Se le oscureció la mirada y por un segundo creí que sus palabras tenían un doble sentido. Se me encendió todo el cuerpo y me quité el cigarro de la boca.

—Yo también quiero dejarlo, pero no puedo. Me ayuda a relajarme cuando estoy nerviosa —le expliqué, intentando cambiar de tema.

Héctor alargó la mano para que compartiese el cigarrillo con él.

—¿No estás intentando dejarlo? —lo contradije.

—Me llevas por el mal camino, Teresa —se lamentó, y rozó el cigarrillo con los dedos.

Lo dijo de tal forma que solté una carcajada. Al final le di el cigarro y dio una larga calada. Entrecerró los ojos y me lo devolvió con cara de pena.

—Sabe a ti —murmuró juguetón.

Mis mejillas se tiñeron de rojo y lo fulminé con la mirada. Ya estaba otra vez.

—Qué encantadora te pones cuando haces eso.

—¿Hacer qué? —protesté turbada.

Me acarició la mejilla con los dedos y se me aceleró la respiración. No fui capaz de apartarme, porque estaba demasiado alterada por el contacto. Hasta que me pellizcó la piel y soltó una carcajada.

—Sonrojarte por mis provocaciones. Es tan fácil...

Me aparté entre avergonzada y molesta. ¡Si es que se lo ponía en bandeja! Uf... cretino insoportable...

—Eres tonto.

—Será que a ti no te gusta... —murmuró con chulería.

Arrojé el cigarro al suelo con ademán indignado y lo pisé con rabia, imaginándome que era la cara de aquel egocéntrico. Volvió a reírse, encantado de sacarme de mis casillas. Me lo tenía merecido por caer en su juego.

—¿Ya te vas? —preguntó con fingida pena.

Me rozó el brazo con los dedos y volví a estremecerme. Respiré hondo, erguí la espalda y dije con tono indiferente:

—Buenas noches, Héctor. Que sepas que no te soporto.

—¡Pero si lo estábamos pasando bien!

Lo último que escuché fue su risa grave antes de cerrar la puerta del balcón. Cuando me tumbé en la cama, con el corazón acelerado y las mejillas ardiendo, comprendí que ya no pensaba en Javi. Había dejado de estar triste y ahora me sentía entre furiosa y excitada. Argh, maldito Héctor.

Me volvió a sonar el teléfono y el corazón me dio un vuelco al creer que era Javi. Entonces leí aquel mensaje y fruncí el ceño.

Héctor: *según un estudio que leí en alguna parte, las mujeres se sienten más atraídas por los hombres que fuman.*

Héctor: *dejaré de fumar para no ser tan irresistible para ti. Atte; tu vecino y novio postizo.*

No supe si reír o echarme a llorar. Había que reconocer que tenía sentido del humor. Me devané los sesos para escribirle algo ingenioso, pues quería estar a la

altura.

Yo: *según un estudio que leí en alguna parte: el tabaco es malo para la salud. Fuma todo lo que quieras y desaparece de mi vida.*

Héctor: *auch, eso me ha dolido. ¿Estás segura? ¿Qué harías sin mí?*

Sonreí como una quinceañera.

Yo: *sobreviviría. Seguro que en Milanuncios encuentro a alguien que ofrezca tus servicios.*

Yo: *y que no viva pared con pared.*

Escuché los golpes en la pared y me partí de risa. Era lo peor.

Héctor: *ten cuidado con las imitaciones. Lo barato sale caro.*

Yo: *me arriesgaré.*

Héctor: *no lo harás. Has empezado a cogerme cariño, el domingo tienes una comida familiar y pienso caerle bien a tu madre. ¿Puedes resistirte a eso?*

¡Ja! Cómo se notaba que Héctor no conocía a mi madre...

Yo: *va a detestarte.*

Héctor: *ya veremos, Teresa. Si gano yo, dejas de fumar y me invitas a cenar a algún sitio que te guste.*

Me lo pensé durante unos segundos. Estaba convencida de que mi madre no lo soportaría por el simple hecho de que le encantaba llevarme la contraria.

Yo: *de acuerdo. Y si pierdes, me invitas al cine y dejas de fumar. Te advierto de que elegiré la película más romántica y pastelosa de la cartelera.*

Héctor: *no voy a perder. Me pregunto cómo le explicarás a tu madre dentro de un tiempo que me has dejado por Javi. ¡Le partirás el corazón! Seré el yerno de sus sueños...*

Yo: *egocéntrico.*

Héctor: *Buenas noches, Teresa.*

Yo: *Buenas noches, Héctor.*

Cuando me di cuenta de que sonreía de oreja a oreja, dejé el móvil sobre la mesita de noche bastante desconcertada. Para bien o para mal, Héctor acababa de

llevarse toda mi tristeza de un plumazo.

10. La patrulla canina

—¡Ni de coña! —se negó rotundamente Nati.

Uní las palmas de mis manos y le lancé una mirada suplicante. Cada vez lo tenía más claro: si le demostraba a Javi que no me importaba contratar a su novia, él lo vería como una amenaza. Sospecharía que lo de mi noviazgo iba en serio y temería perderme. ¡Era una idea estupenda!

—Pero... necesitamos a alguien. Y es la novia de tu hermano, así todo queda en familia —intenté convencerla.

Nati entrecerró los ojos y me estudió como si fuera Sherlock Holmes. Sabía que allí había gato encerrado.

—¿Qué estás planeando? —sospechó—. ¿Por qué de repente te parece buena idea contratar a Stella? Se supone que es la novia del hombre por el que estás pillada. Dime la verdad ahora mismo.

—Simplemente he pensado que les hacemos un favor... —respondí esquiva—. Además, dice que tiene experiencia y...

—¿Te das cuenta de que mi hermano te tiene comiendo de la palma de su mano? Siempre consigue salirse con la suya —dijo desesperada.

Nunca se lo había dicho, pero creía que Nati tenía celos de nuestra relación. De que tuviese que compartir a su mejor amiga con su hermano y ésta sintiera algo más que amistad por él. Temía que alguna vez diéramos el primer paso y ella se

quedara fuera de la ecuación. ¡Con lo que yo la quería, menuda boba!

—No te enfades, por fa —le supliqué angustiada.

Enarcó las cejas.

—¿Enfadarme por qué?

—Porque la he llamado esta mañana. Hoy empieza de prueba.

Nati soltó un alarido digno de Hulk. Corrí a esconderme detrás del sofá para escapar de su furia, así que me arrojó un cojín a la cara.

—¿Qué has hecho qué? ¡Y sin consultarme! ¡Primero metiste a la mocosa de tu hermana y ahora a esa guiri! ¡Eres lo peor! ¡Sal de ahí para que pueda estrangularte con mis propias manos! —chilló como una posesa.

Tana, que venía de la cocina con un cola cao, dejó escapar un grito de espanto y me miró dolida. Ay, madre, la que faltaba. Me señaló con una uña pintada de rosa mientras Gucci clavaba sus ojillos saltones en mí.

—¿Me has cambiado por una guiri? —me recriminó indignada—. ¡Traidora! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Parpadeé confundida, mientras miraba alternativamente a Nati y Tana tratando de buscar una salida. De esa no me sacaba ni mi ángel de la guarda.

—Creí que detestabas trabajar en la cafetería. Además, después de la que armaste la última vez... —le recordé.

El rostro pálido de Tana se encendió de ira. Comenzó a lloriquear como la niña de diecinueve años que era y Gucci, intuyendo que era mi culpa, me ladró mientras me enseñaba los dientes. Lo aparté disimuladamente de una patada cuando se abalanzó hacia mí mostrándome aquellos dientes de piraña.

—¡No fue culpa mía! ¡Esa horrible momia decrepita me insultó! ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Agachar la cabeza? —me recriminó dolida.

—Comportarte como una adulta, por ejemplo... —insinuó con malicia Nati.

Tana infló las mejillas, la fulminó con la mirada y comenzó a berrear. Cuando fui a acercarme a ella para tranquilizarla, la rata se lo tomó como una amenaza. Gucci me saltó encima y me mordió el tobillo.

—¡Ah, serás hijo de...! —aullé de dolor.

El chihuahua tembló como si estuviera poseído por el demonio y comenzó a ladrar como si fuera un pitbull hambriento. Me acaricié la herida mientras imaginaba cómo deshacerme de aquel chihuahua asesino. Tana cogió al perro en brazos, que de pronto se convirtió en una especie de angelito inocente. Lo acurrucó contra su pecho y comenzó a sollozar como una niña.

—Gucci es el único que me quiere, ¡eres tan horrible como mamá y papá! ¡Nadie me valora! ¡Pero os voy a demostrar a todos que soy más fuerte de lo imagináis! —me chilló como una histérica.

Llorando a mares y con su bolita de pelo endemoniada, Tana se encerró en el cuarto de baño de un sonoro portazo. Suspiré agotada y noté que Nati seguía a mi lado, tan cabreada que me dio miedo moverme.

—Como esa guiri nos hunda el negocio, seré yo quien te muerda el otro tobillo —me advirtió.

Salió de allí y escuché otro portazo. Trufa se acercó hacia mí con el rabo entre las piernas. Le acaricié la coronilla y ella me dio un lametazo.

—Menos mal que te tengo a ti —musité.

Y entonces se tiró un pedo que estuvo a punto de tirarme de espaldas. Me tapé la nariz y me sobrevino una arcada. ¿Qué comía aquel perro? ¿Las sobras de la basura? ¡Vaya manera de empezar el día!

En efecto, Héctor tenía razón. Mi cambio de parecer había dejado tan perplejo a Javi que aquella mañana se mostró muy cauteloso conmigo. Me dio las gracias y me repitió que aquello no era necesario, pues por encima de todo estaba nuestra amistad.

—Para eso están los amigos, ¿no? —le resté importancia.

Él se quedó muy desconcertado.

—Sí, es solo que... ¿seguro que no te importa?

Asentí con la sonrisa más falsa del mundo mientras servía varios cafés.

—Para nada. Tenías razón. Stella es tu novia, y tú eres mi mejor amigo. ¿Por

qué no iba a hacer esto por ti? ¡Seguro que nos llevamos genial! Se la ve muy maja.

Y muy guapa. Y demasiado rubia. Y la detesto con toda mi alma, se me olvidó añadir.

Javi se rascó la coronilla y tensó la boca. ¡Ja, lo sabía! Se pensaba que no iba a darle una oportunidad a Stella porque estaba coladita por él. Su expresión angustiada lo delató, pese a que la enmascaró bajo una sonrisa superficial.

—Gracias, peque. No sé cómo agradecerte esto... eres estupenda.

—No me des las gracias a mí. Héctor tiene razón, no debería haber sido tan dura contigo —dije con inocencia, mientras le daba la espalda para servir un café.

Noté que Javi se sobresaltó y sonreí para mis adentros. Acababa de conseguir el efecto deseado. Sus dedos tamborilearon sobre la barra y se puso a jugar con nerviosismo con el servilletero que tenía delante.

—¿Quién es Héctor? —preguntó como si nada, pero no pudo disimular su tono suspicaz.

—Ah... creí que ya os conocíais. Mi vecino, ¿no te acuerdas?

A Javi se le descompuso la expresión. Aja, ¡sabía que Héctor era el hombre perfecto para darle celos! Ya me había fijado en la miradita recelosa que le había dedicado la última vez.

—Eh... sí. No sabía que fuerais tan amigos —dijo con desapego.

—Bueno, al principio no quise decírtelo... pero supongo que ya no tengo que seguir disimulando, porque vamos muy en serio. Es mi novio.

Estudí su reacción. Mi amigo asintió con la boca apretada y dejó de toquetear el servilletero. Parecía descompuesto. Cuando fue a decir algo, Stella apareció de golpe y corrió hacia mí. Me abrazó entusiasmada y me plantó dos efusivos besos en las mejillas.

—¡Mi querida Tiza, gracias por *el* gran oportunidad! —me cogió las manos con una sonrisa radiante—. ¡Vamos a ser las *best friends*! ¡Voy a trabajar *very hard*!

Un diccionario para Barbie Malibú, por favor. Le devolví una sonrisa tirante.

—Eh... de nada, bonita.

—Os dejo solas, que seguro que tienes que explicarle cómo funciona todo —

se despidió Javi, que parecía apagado.

Stella se lanzó a sus brazos y lo besó en la boca. Aparté la mirada y tragué con dificultad, mientras contenía el instinto asesino de agarrarla de los pelos y apartarla de mi hombre. Cuando Javi se marchó, respiré aliviada y comencé a explicarle a Stella los pormenores del trabajo. Cómo funcionaba la caja registradora, la máquina del café, el lavavajillas... para mayor inri, tuve que admitir que Stella era más espabilada de lo que imaginaba. Lo pilló todo a la primera e incluso tuvo la iniciativa de atender a una mesa sin que yo se lo dijera.

—Pues no parece tan cortita... —murmuró impresionada Nati—. Quizá tengas razón después de todo.

Sentí que se me llevaban los demonios. *Cálmate*, me dije. Esto formaba parte del plan, ¿no? Entonces, ¿por qué había esperado que Stella fuese torpe y estúpida? Era evidente que aquella rubia despampanante era más que una cara bonita.

—Two carrots cake, un cake de manzana y dos coffes —me entregó la comanda—. ¡Ole España y el jamón de pata negra!

Algunos clientes la miraron bastante divertidos. Apreté los dientes. Vaya, encima tenía hasta arte. Lo que faltaba.

—La próxima vez en español —siseé.

Nati me miró de reojo, pero no dijo nada.

Varias horas después, comprobé que Stella se movía por la cafetería como pez en el agua. Era servicial, simpática y tenía encandilado a todo el mundo. Con su spanglish tan cómico, la gente se partía de risa con aquella guiri americana que además de ser un bombón era todo un encanto. Hasta Nati la observó alucinada y corrió a decirme que habíamos hecho bien en contratarla, porque además de quitarnos trabajo los clientes estaban encantados con ella.

Mi gozo en un pozo, mascullé para mis adentros.

¿Cómo iba a competir contra aquel pibonazo tan perfecto?

Héctor llegó a las ocho de la tarde y se sentó en una de las mesas del fondo, saludándome con la mano. Le devolví el saludo y noté que un grupito de adolescentes no le quitaban la vista de encima. Normal. Aquel día parecía más guapo de lo habitual. Llevaba un traje que le sentaba de fábula, y el cabello negro le caía

desordenado sobre la frente. No solía verlo tan arreglado, así que supuse que aquel día habría tenido una reunión importante.

Stella llegó hacia donde me encontraba con la bandeja bajo el brazo y señaló a Héctor con expresión aprobadora.

—¿Típico latin lover spanish? —me preguntó fascinada.

Me entró la risa ante aquella pregunta. ¿Qué sería para ella un latin lover? Comprendí que tenía que fingir delante de ella que Héctor y yo éramos pareja si quería que mi plan funcionase, así que le respondí.

—Es mi novio, se llama Héctor.

—¡Oh, you are very lucky! —exclamó sorprendida—. ¿Lo atiendo?

—No, déjalo. Ya lo atiendo yo. Tómate un descanso, hoy has trabajado duro.

De repente, la idea de que Stella también me arrebatase a mi novio postizo afloró en mí cierto aire de posesividad. Héctor era mío, o al menos por el momento. Que aquella guiri mantuviera sus manazas apartadas de él. Un segundo, ¿acababa de pensar yo eso?

—Gracias, *Tiza*. ¡Eres tan buena conmigo que lloro de lo happy que soy! —me dijo, abrazándome hasta dejarme sin aliento.

Le di una palmadita en la espalda.

—Tessa —la corregí irritada.

—Tiiiiissaaaaaa —repitió.

Uf, casi parecía que lo hacía aposta.

—Te- ssa.

—Teeeee... siiiii —me imitó muy despacio.

Apreté la mandíbula.

—Ya le irás cogiendo el tranquillo —le dije, y me quité el delantal.

Fui hacia donde se encontraba Héctor con un trozo de tarta de queso y chocolate blanco. En cuanto me vio, levantó la vista del portátil y hundió la cuchara en el pastel. Me guiñó un ojo y me dio una palmadita cariñosa en el muslo. Me tensé por el contacto, lo cual era una tontería.

—¿No estarás intentando conquistarme por el estómago? —insinuó el muy fanfarrón.

—¿No entraba la repostería dentro del trato? —lo contradije de buen humor—. Qué elegante vas hoy. ¿No te habrás vestido así para impresionarme?

Le brillaron los ojos al ver que entraba en su juego. Se recostó en la silla y sonrió de lado. Ay... qué asquerosamente atractivo era el condenado. Lo peor era lo consciente que era de ello, y la seguridad que eso le granjeaba.

—¿Por qué, te gusta lo que ves? —sugirió, dedicándome una mirada cargada de intenciones.

—¿No tienes suficientes mujeres que te adulen ya? ¿O es que tu ego se viene abajo cuando te das cuenta de que a mí no me impresionas?

Se inclinó hacia mí y su respiración me acarició la boca. Guau, era increíblemente sexy de cerca. Noté el pequeño lunar que tenía en la punta de su barbilla. Desde esa distancia, vi las motitas doradas de sus ojos, que bailaban entre el verde más espectacular y el tono pardo del borde del iris.

—Las mujeres difíciles son mi especialidad, no me pongas a prueba —me advirtió con voz ronca.

¿Qué no lo pusiera a prueba? Me perdí en el verde de sus ojos y el corazón me dio un vuelco al ser consciente de que tenía su mano apoyada en mi rodilla. Se me calentó la piel y el contacto fue tan intenso que me aparté muy turbada. Él se dio cuenta.

—Quien juega con fuego se quema —me dijo.

Pero no había diversión en sus palabras, sino el rastro de algo más oscuro y tentador. Tragué con dificultad e intenté mostrar tanta indiferencia como me fue posible.

—¿Te traigo algo más?

—¿Qué tienes para mí?

Me sobresalté por aquella pregunta, a pesar de que se estaba refiriendo a la carta.

—¿Café? —propuse con un hilo de voz.

—Café con leche, gracias.

Asentí como la tonta que era y me largué de allí a paso veloz. No entendía por qué le otorgaba a Héctor tanto poder sobre mí. Al fin y al cabo, lo nuestro era una farsa. Cuando todo acabara me olvidaría de él y viviría felizmente junto a Javi, el amor de mi vida. Perdida en mis pensamientos, no me di cuenta de que Nati estaba a mi lado hasta que me dio un codazo.

—¿Haciendo manitas con tu amorcito? Se os ve muy acaramelados.

—¡Oh, cállate! —recogí el café y salí de la barra—. No significa nada para mí.

Caminé haciéndome la digna hacia Héctor, pero tuve que hacer malabares cuando un niño pasó corriendo con una pelota. Entonces perdí el equilibrio, me precipité hacia delante y el café salió volando por los aires. Me tropecé con mis propios pies y me estampé la cara contra algo blando. Cuando me di cuenta de lo que era, estuve a punto de morirme de un infarto. ¡Acababa de ponerle la cara a Héctor en toda la entrepierna! Me levanté abochornada y lo vi que hacía un gran esfuerzo por no reírse.

—¿No estás yendo un poco rápido? No sé si estoy preparado para esto, serás descarada...

¡Aaaaaaaaah! Mátame, Señor. Llévame lejos...

Me sorprendió ver a tanta gente saliendo del portal con sus mascotas, pero había tenido un día tan surrealista que nada me podía resultar raro. Nati estuvo hasta el cierre recordándome *el incidente de las pelotas*, como lo había bautizado. De pronto le entraba la risa floja y me preguntaba si había sido capaz de comprobar el tamaño de su miembro viril. Nati es lo peor.

—Qué asquerosa eres...

—¿Pero la tiene grande o no? —insistió, llorando de la risa.

—¡Y a mí qué más me da!

Cuando abrí la puerta, algo enorme y peludo me saltó encima y comenzó a lamirme la cara. Solté un alarido y miré confundida a aquel san Bernardo del tamaño

de un caballo. Y no solo estaba él; también había un husky, una pareja de pomeranias, un yorkshire y un perro de agua que dormía sobre la alfombra. Y en medio de toda aquella fauna estaba Gucci, tumbado en el brazo del sofá como si fuese el rey de la manada.

—¿Qué... es... esto? —respiró con dificultad Nati. Le temblaban las aletillas de la nariz y estaba a punto de convertirse en la Hulka.

Entré tambaleándome en el apartamento, que de pronto se había convertido en la sala de espera de un veterinario. Tana estaba haciéndole carantoñas a un Pomerania y nos miró con inocencia.

—¿¡Se puede saber en qué has convertido mi casa!?! —inquirió furiosa Nati.

—Ahora que vivo aquí también es mi casa —respondió muy tranquila. Entonces aplaudió emocionada y exclamó—: ¡Bienvenidos a la residencia canina *Perrilandia!*

—¿Quéeeeeeeeeeeeeee? —chilló Nati, y estuvo a punto de desmayarse de la impresión.

La pobre Trufa estaba temblando agazapada en un rincón, asimilando la fauna animal que había invadido su espacio. Yo estaba buscando la cámara oculta, todo sea dicho.

—Perrilandia es el paraíso de las mascotas —Tana se enjugó la voz y habló con un tono más propio de un anunciante de la teletienda—: ¿pasas muchas horas fuera de casa y te sientes culpable de tener abandonada a tu mascota? ¡Tu respuesta es Perrilandia! ¿Te vas de vacaciones y en el hotel no admiten a tu perro? ¡Tráelo a Perrilandia! ¿Tu precioso perrito necesita unos días de relax? ¡Peeeeeeeeerrriiiiiiiiiilaaaaaaaaaadiaaaaaaa!

Nati y yo la miramos con cara de póquer. A mi hermana se le había ido la cabeza. ¿Es que todavía no había superado la edad del pavo?

—¡Tú eres mongola! —le gritó fuera de sí Nati—. ¿Pretendes convertir mi casa en una residencia canina?

Tana apenas se inmutó.

—Solo será algo temporal, hasta que gane lo suficiente para alquilar algún local —le explicó, y se dirigió a mí con mirada suplicante—. ¿No querías que me

convirtiera en alguien de provecho? ¡Ya tengo seis clientes! ¿A qué es fabuloso?

—Fabulosa guantada la que te voy a dar —la amenazó Nati, con el puño apretado.

—¡Atrévete y conocerás la ira de Gucci! ¡Ataca, ataca! —le azuzó al perro.

Gucci saltó del sofá y comenzó a gruñir a Nati, que se escondió detrás de mí.

—Tana, será mejor que llames a los dueños de estas mascotas. No podemos convivir con tantos animales, nuestro casero se pondrá hecho una furia —le expliqué muy seria.

A mi hermana se le descompuso la expresión. Parecía que se había tomado muy en serio lo de montar aquel negocio tan disparatado. Madre mía, nunca se le ocurría nada normal. Menuda cabeza hueca.

—Pero... pero... —balbuceó.

—Pero nada —respiré para controlarme—. Los quiero fuera de aquí en menos de una hora.

Abrazó a Gucci con teatralidad y rompió a llorar. Nati me susurró al oído que debíamos encerrarla en algún manicomio. Intenté acercarme a mi hermana, pero se revolvió furiosa y Gucci me miró en plan amenazante. Un kilo y medio de perro guardián, lo que hay que ver.

—Tana... ya sé que lo has hecho con buena intención, pero...

—¡Te odio! —chilló, llorando a moco tendido—. ¡Quieres cortar mis alas porque te da miedo que triunfe! Quizá debería volver con papá y mamá...

Vi que Nati cruzaba los dedos y rogaba en voz baja.

—... pero no pienso darles ese gusto, ¡ni hablar! ¡A Dios pongo por testigo que nunca más volveré a pisar esa casa! —se subió encima del sofá y los perros comenzaron a aullar, como si la estuvieran coreando—. ¡A Dios pongo por testigo que no podrán derribarme! Sobreviviré, y cuando todo haya pasado, nunca volveré a vestir de mercadillo o a suspirar por unos Jimmy Choo. Aunque tenga que trabajar, utilizar el transporte público o vender mi colección de Manolos, ¡A Dios pongo por testigo que voy a ser millonaria!

Nati y yo nos miramos perplejas. Cuando noté un olor sospechoso a mis pies, comprobé que el yorkshire se me había cagado encima de los zapatos. ¡A Dios pongo

por testigo que algún día estrangularía a mi hermana!

11. Un chihuahua asesino y un vecino buenorro

Los gemidos y los golpes de pared habían cesado de manera repentina. Incluso me descubrí más de una vez pegando la oreja a la pared, esperando escuchar algo. Quizá Héctor había decidido tirarse a sus conquistas en otra parte para que Tana no sospechara de nosotros. Eso explicaría lo de la pelirroja del taxi y su sorprendente sequía sexual al otro lado de la pared. Tuve la tentación de preguntarle, pero al final

me resistí. Lo que me faltaba era que aquel pretencioso creyera que estaba interesada en él.

¿Yo y Héctor? ¡Ja! ¡Para nada! No era mi estilo. A mí el que me gustaba era Javi, y por eso había aceptado formar parte de aquel plan tan disparatado. Aunque en ocasiones como aquella me sorprendía ser consciente de que pensaba menos en él. Lo achaqué a mi noviazgo ficticio con Héctor, pues me daba tanto miedo que nos pillaran que pasaba bastante tiempo con él. Y no voy a negar que fuese atractivo a rabiar, que tuviese demasiada labia o que fuese completamente inmune a sus comentarios subidos de tono (ninguna mujer lo habría sido del todo, para ser justa). Pero si una cosa tenía clara en la vida era que a los hombres como él los venía venir de lejos. Y a mí ya me habían sido infiel tres veces, ¡y una con un hombre! No, gracias. No quería más sorpresas dolorosas, sino la seguridad que me ofrecía salir con alguien como Javi. Mi amigo, por el que llevaba suspirando en silencio muchos años. Mi amigo, un hombre de fiar, noble, y leal que jamás me la jugaría. Y al que quería con toda mi alma.

Tras el numerito de la patrulla canina, mi hermana decidió hacer voto de silencio y optó por no dirigirme la palabra. No es que echase de menos sus... elocuentes comentarios, para ser sincera, pero que se hubiera encerrado en mi dormitorio alegando una depresión severa comenzaba a sacarme de mis casillas. ¡Qué morro tenía! Primero invadía mi casa y luego me arrebató mi habitación. Decidí que al día siguiente le pondría las cosas claras, pues no me atrevía a hacerlo esa noche después de su numerito de Scarlett O'hara. Sí, mañana le pondría los puntos sobre las íes.

De hecho, mi hermana estaba tan indignada que se había dejado a Gucci en el salón. Cuando fui a tumbarme en el sofá para dormir, el perro, apoltronado en un cojín, me enseñó los dientes en plan amenazante. Lo que me faltaba, tener que dormir en el suelo por culpa de aquella rata agresiva.

—¡Oh, venga ya! —me quejé agotada.

No me atreví a llamar a la puerta de Nati, pues sabía que me diría que era hora de enfrentarme a la situación y echar a Tana de casa. Así que suspiré y agarré el cojín donde dormía Gucci para dejarlo en el suelo. El chihuahua comenzó a ladrar como si estuviera poseído y yo di un respingo.

—¡Ssssssh, cállate! ¡Los vecinos me van a llamar la atención! —le ordené

malhumorada.

Intenté cogerlo, pero aparté las manos, temerosa de que volviera a mordirme. Tenía unos dientecillos afilados y que hacían bastante daño. Sus ojos saltones me observaron con desconfianza hasta que me alejé varios metros. Tracé un plan: esperaría a que se durmiera, y entonces me acercaría con sigilo y lo depositaría en el suelo.

Gucci se hizo un ovillo y comenzó a cerrar los ojos. Cuando lo oí roncar, caminé de puntillas hacia él y rocé el cojín con los dedos. Me pilló en el acto y se abalanzó hacia mí. Era como un mini lucifer en su máximo apogeo. ¿Cómo algo tan pequeño podía tener tan mala leche? Se enganchó a mi jersey con las uñas mientras yo trataba de quitármelo de encima, aterrorizada. Le di tal manotazo que Gucci salió volando por los aires y aterrizó en el suelo del balcón.

¡Teesa 1, rata demoniaca o!

Cuando vi que no se movía, se me descompuso la expresión. ¿Y si me lo había cargado de un mal golpe? ¡Dios mío, mi hermana me iba a matar! ¿Cuántos años me podían caer por haber asesinado a un animal del tamaño de una lata de coca cola?

—Pequeñín... —musité acongojada, y me acerqué hacia él.

Gucci no reaccionó. Comencé a asustarme y di otro paso más.

—Bonito...

Me agaché para observarlo de cerca y contuve un sollozo. ¡Cómo le iba a explicar a Tana que me había cargado a su chihuahua de un mal golpe! ¡Había sido un accidente! ¡Defensa propia! ¿No era eso un atenuante?

Fui a tocarlo con un dedo, pero entonces el bribón se puso en pie y me mordió el índice.

—¡Aaaaaaaaah, pequeño mamón, te has hecho el muerto! —chillé, mientras lo tenía enganchado del dedo.

Zarandeeé la mano con la intención de que me soltara, pero el perro me mordió con más fuerza. Hasta que salió volando por encima de la valla que separaba mi balcón del de Héctor y escuché un aullido. Joder, ahora sí que me lo había cargado.

—¿Gucci? —susurré, en el silencio de la noche.

El perro no respondió. Muerta de miedo, me encaramé al muro y asomé la cabeza por encima. No había ni rastro del chihuahua por ninguna parte. Me fijé en que la puerta de la terraza de Héctor estaba abierta y me temí lo peor. ¿Y si se levantaba y lo pisaba sin querer? Gucci moriría espachurrado por unos ochenta kilos de peso y mi hermana montaría en cólera.

A pesar de que sabía que era una idea horrible, salté la valla y aterricé en el balcón de Héctor. Genial. Ahora también estaba cometiendo allanamiento de morada. Pero Héctor no tenía por qué pillarme, ¿no? Encontraría a Gucci, regresaría a mi apartamento y le gritaría a mi hermana que adiestrara a aquel perro mimado y agresivo.

—Gucciiiiii... —susurré, sin atreverme a poner un pie en el salón de Héctor.

Vi unos ojillos brillar en mitad del salón y le hice señas para que viniera hacia mí. El perro retrocedió. Estupendo, no se fiaba de mí.

—Ven aquí, bonito. Tengo salchichas, ¿te gustan las salchichas?

Escuché a sus patitas alejarse y maldije para mis adentros. Uf, qué asco le tenía a aquel perro. Sin más remedio, me adentré en la oscuridad mientras tanteaba el espacio con los brazos extendidos. Dios, cuando lo pillara se iba a enterar. Avancé a tientas e hice el menor ruido posible. A mi izquierda, noté que algo se movía y me agaché para atraparlo. Agarré algo velludo, y de repente una cosa dura se estampó contra mi cabeza. Experimenté un profundo dolor y chillé despavorida, tambaleándome hacia atrás.

—¡Aaaaaaaaaaaaaah!

—¡Aaaaaaaah! —gritó a su vez otra voz.

Me llevé las manos a la frente mientras lloraba desconsolada. Me dolía hasta el alma y noté el rastro de algo líquido y caliente en mis manos. ¡Estaba sangrando! ¡Me iba a desangrar en la casa de mi vecino!

La luz se encendió y Héctor me observó horrorizado. Grité de la impresión al ver que estaba desnudo. Completamente desnudo. Contemplé maravillada su cuerpo escultural, su torso moreno, la tableta de chocolate y las piernas torneadas. Luego bajé la vista sin poder evitarlo hacia su pene y abrí los ojos de par en par. Me tapé la cara y gemí avergonzada.

—¡Estás desnudo!

Entreabrí los dedos para echar otro vistazo y lo miré a la cara. Él se miró a sí mismo y frunció el ceño, como si acabara de darse cuenta de ese pequeño detalle.

—¡Tápate! —le pedí escandalizada.

Soltando un gruñido, desapareció por el pasillo y regresó al cabo de unos segundos con los pantalones del pijama. Yo seguía en el suelo, mareada por el golpe y por la impresión de haberlo visto como Dios lo trajo al mundo. Madre mía, ¡qué cuerpo! Y qué... bien dotado estaba. Volví a sonrojarme mientras él me tendía una mano. Pero en vez de aceptarla, observé los vidrios esparcidos por el suelo y le recriminé con voz de histérica:

—¡Me has partido una botella de cristal en la cabeza!

Él puso cara de circunstancia, hasta que me miró confundido y volvió a arrugar la frente.

—¡No sabía que eras tú! —se defendió alterado—. ¿Qué haces aquí?

—¡Estaba buscando al perro de mi hermana! Se ha colado en tu casa, ha sido sin querer. Pensé que estaba malherido y que lo pisarías sin darte cuenta y que... —hablé de manera atropellada.

Él volvió a ofrecerme su ayuda, pero le di un manotazo. Estaba aturdida, cabreada y avergonzada a partes iguales. De pronto comencé a llorar. Héctor resopló y se arrodilló para estar a mi altura.

—¿Por qué lloras?

—¡Porque me duele! —me quejé, sorbiéndome las lágrimas—. ¡Eres un bruto!

—No... no sabía que eras tú. Pensé que habían entrado a robar y cogí lo primero que tenía a mano, que era una botella de vino. Joder, podría haberte matado —se lamentó, y pareció tan aterrorizado como yo—. ¿Estás bien?

Asentí con los ojos vidriosos.

—¿No habría sido más fácil llamar? —me reprendió, aunque lo hizo con voz tan suave que fue evidente que no estaba enfadado.

Hice un puchero.

—No quería molestarte, y ni siquiera lo pensé. Supuse que podía coger a ese bribón y regresar a mi apartamento antes de que te dieras cuenta. Lo siento —me disculpé abochornada.

—No pasa nada. Yo también siento... lo del botellazo.

Asentí con cara de pena. Héctor me sostuvo el rostro con firmeza y me examinó de cerca. Sus ojos verdes me escrutaron la herida y su respiración me hizo cosquillas en la nariz. Le miré la boca de manera involuntaria y sentí calor en las mejillas, justo donde sus manos me sujetaban.

—Voy a por el botiquín, no te muevas de aquí —me ordenó.

—Pero el perro...

—Ahora lo encontraremos. No puede haber ido muy lejos —me tranquilizó.

Regresó al cabo de medio minuto con un arsenal de gasas, antiséptico y tiritas. Al verlo lo observé con recelo.

—¿Me has desfigurado la cara? —me temí, y volví a llorar.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse la risa.

—No, sigues siendo bastante mona.

Me ruboricé por el pequeño cumplido. Él empapó una gasa con agua oxigenada y me limpió la herida. Estaba muy cerca de mí, con su muslo rozando mi rodilla. Su calor era contagioso y su perfume embriagador. Algún día reuniría el valor para preguntarle qué marca usaba, aunque tuve la sensación de que solo olía así en su piel. Terminó la cura colocándome una minúscula tiritita en el borde de la sien. Entonces me dio un beso en la frente y me quedé sin palabras. Su boca suave se aplastó contra mi piel y la dejó allí varios segundos. Me quedé paralizada y cerré los ojos. Aspiré su olor y una oleada de emociones me apretaron el vientre. Ay... Dios... mío...

Cuando se apartó, entorné los ojos y lo eché de menos, algo totalmente absurdo.

—¿Por qué has hecho eso? —musité.

—Es lo que hacía mi madre cuando era pequeño —dijo, como si fuera lo más normal del mundo.

Como si no acabara de besarme en la frente y yo hubiese visto fuegos artificiales. Rompió aquella intimidad que nos embargaba al levantarse y tenderme una mano. Cuando la aferré y traté de ponerme en pie, me sobrevino un mareo y Héctor me agarró de la cintura con fuerza.

—¿Estás bien? —se preocupó—. Deberías sentarte.

Me llevó hasta el sofá y obedecí como un corderito manso.

—Debería buscar a Gucci —dije.

Cuando fui a ponerme en pie, Héctor me empujó con suavidad y caí de nuevo sobre el sofá.

—Voy a buscarlo, tú quédate aquí.

Escuché que abría las puertas de todas las habitaciones y lo llamaba con voz autoritaria. No iba a colar. El perro de mi hermana hacía lo que le daba la gana y no toleraba órdenes de nadie. Vamos, que se parecía mucho a ella. Al cabo de varios minutos, para mi sorpresa, regresó con el chihuahua en brazos. Abrí los ojos de par en par al ver que Gucci le lamía la cara y lo miraba embelesado. Héctor fue a acercármelo, pero me aparté despavorida. Ya había tenido una mordedura y un botellazo aquella noche. Mi cupo de accidentes estaba cubierto.

—¿Una relación de amor- odio? —adivinó.

—Más bien de odio. Ese perro no me soporta —le expliqué malhumorada—. Ni yo a él tampoco. Ten cuidado, es un traidor. En cuanto te descuides, te clavará sus dientes afilados.

—¿Esta cosita tan inofensiva? —se burló Héctor, y le hizo una carantoña.

Para mi consternación, Gucci cerró los ojos y ronroneó de placer. Argh, Héctor, mi novio postizo, buenorro y el encantador de perros.

Se sentó a mi lado y dejó a Gucci en el suelo, que se tumbó sobre sus pies. Por primera vez desde que lo conocía, Héctor no me miró con su característica y provocadora sonrisa, sino que me miró con... una desconcertante ternura.

—¿Estás bien?

Asentí con expresión compungida.

—Físicamente sí, pero mi orgullo no está del todo intacto.

—No eres tú al que han visto desnudo —me animó.

Al recordarlo, volví a ruborizarme. Él lo notó, pero no dijo nada. Se limitó a mirarme de aquella manera enigmática y silenciosa que me hacía preguntarme qué había detrás de sus ojos verdes.

—Tampoco estás tan mal —bromeé.

—¿Te ha gustado lo que has visto? —me provocó. Ya estábamos otra vez.

—Ni siquiera he mirado, te lo juro —mentí como una bellaca.

Sonrió de medio lado.

—Y no sabía que dormías desnudo, por cierto. De haberlo sabido, habría llamado a la puerta —le aseguré, para herir su vanidad.

No se podía ir por la vida con aquel cuerpazo, aquella seguridad aplastante y apabullar a las vecinas.

—Siempre duermo desnudo —me contó.

—No es asunto mío —lo corté irritada.

—Es bueno para la salud, deberías probarlo.

Claro, cuando tenías un cuerpo como ese era lo normal. Decidí no compartir con él mi opinión y traté de ponerme en pie, pero Héctor me puso una mano en el brazo.

—No hagas movimientos bruscos, podrías marearte.

Su mano siguió sobre mi brazo. Comencé a inquietarme.

—¿Y entonces me quedo toda la noche en tu sofá? —me burlé.

—O en mi cama, que es más cómoda.

Lo fulminé con la mirada, pero él puso las manos en alto.

—Yo dormiría en el sofá, por supuesto.

Sentí una punzada de decepción. Absurda, por cierto. Ni él quería dormir conmigo ni yo quería que lo hiciera.

—Me voy a casa, Héctor. Pero gracias por uhm... no por el botellazo, por supuesto, sino por haberme curado. Has sido muy amable.

Pareció confundido.

—Era lo mínimo que podía hacer.

Fui a incorporarme, pero él me agarró la mano otra vez.

—Por favor, quédate. No soportaría que sufrieras uno de esos traumatismos raros. Puedes dormir en mi cama, y te levantaré cada dos horas para cerciorarme de que estás bien —me dijo, y parecía preocupado de verdad.

—¡Eso es una tontería! Me encuentro perfectamente.

No iba a permitir que se tomara la molestia de poner el despertador cada dos horas. Era mi novio ficticio, no mi padre. De hecho, dudaba que mi padre hubiese hecho algo así por mí, dadas las circunstancias.

—Es eso o te llevo al hospital, tú decides —habló con una calma poderosa y que no daba opción a réplica.

—Me encuentro perfectamente —insistí, sintiéndome bastante culpable por la que había formado. Primero me colaba en su casa, luego lo obligaba a cuidar de mí, le robaba la cama... no, no iba a permitirlo—. En serio, Héctor, no es más que un rasguño. Me niego a dormir en tu cama y causarte tantas molestias.

Me quedé sin respiración cuando él me cogió en brazos y me llevó hacia su habitación. Me agarré a su cuello, a pesar de que me tenía bien apretada. Me sostuvo contra su pecho y ahugué un suspiro de placer: era la primera vez en mi vida que alguien me llevaba en brazos. Me soltó en un remolino de sábanas de seda y noté que se me había acelerado el corazón.

—No te preocupes por Gucci, hemos hecho buenas migas. Te despertaré dentro de una hora, y luego cada dos. Si te encuentras mal llámame, estaré durmiendo en el sofá —me dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Lo observé alucinada.

—Pero...

—Buenas noches, Teresa.

Me quedé completamente quieta, hasta que el calor de las sábanas me atrajo poderosamente y comencé a acurrucarme. La cama olía a él, y cuando quise darme cuenta, pegué la mejilla a la almohada y babeé como una quinceañera. ¿Qué sería lo próximo, forrar mis carpetas con su cara? Ay... en qué lío me estaba metiendo.

12. Javi, Héctor y una guiri llamada Stella

Lo de la noche improvisada en casa de Héctor me dejó tan desconcertada que intenté no pensar en ello. Y lo conseguí durante quince minutos, toda una proeza. Porque en cuanto salí de su casa y llegué a la mía, Nati me vio aparecer con Gucci y comenzó un interrogatorio digno de un agente del CNI.

¿Dónde has estado? ¿Vienes de casa del vecino, a qué sí? ¿Por qué vienes con el perro? ¿Habéis follado?

Le dije que no tenía por qué contestar a sus preguntas y me encerré en el baño. Dentro de la ducha, me froté todo el cuerpo para quitarme el olor de Héctor. Dormir en su cama había sido un grave error. Las sábanas tenían su perfume y el colchón la forma de su cuerpo. Y para colmo, se había comportado como todo un caballero. Había cumplido a rajatabla lo de despertarme cada dos horas y por la mañana me preparó café antes de que me marchara. No estaba acostumbrada a que cuidaran de mí, así que la atención que recibí por su parte me dejó... abrumada.

Solo quiere que sobrevivas para la boda de su hermana, me dije.

Obviamente ese debía ser el motivo por el que me había tratado tan bien. No me explicaba que hubiese sido tan amable conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que tenía un amplio catálogo de mujeres a las que recurrir. De hecho, al abrir la puerta de su casa me tropecé con aquella pelirroja despampanante que me miró con desconfianza.

—Buenos días —la saludé por educación.

Ella me estudió de arriba abajo, y al final esbozó una sonrisa fría. Tuvo que pensar que no era rival para ella, por lo que me devolvió el saludo.

—Buenos días —me respondió.

Me aparté de la puerta para que pasara, y antes de que pudiera decir algo más, me la cerró en las narices. Vaya, al parecer a la nueva conquista de Héctor no le gustaba la competencia. En fin, tampoco tenía de qué preocuparse, pues estaba claro que lo nuestro no iba a ninguna parte. Él estaba demasiado ocupado con mujeres como aquella, y yo estaba liada tratando de conquistar a Javi. Nos iba bien así, siempre y cuando él dejase de comportarse de manera extraña y me cediera su cama. Eso había estado fuera de lugar y no volvería a repetirse.

Al final me vi narrándole a Nati mi surrealista incursión en casa del vecino con pelos y señales. Ella me escuchó sin pestañear, y observó con los ojos abiertos como platos la tiritita que tenía en la frente.

—¿Qué? —quise saber su opinión, al ver que no decía ni mu.

—Uhm... nada —pareció pensárselo durante un buen rato, algo inusual en ella—. ¿No os traéis una relación un poco rara vosotros dos?

—Supongo que se sentía culpable y estaba tratando de ser amable —le resté importancia.

—Ya... pero se tomó muchas molestias, teniendo en cuenta que fuiste tú quien entró a hurtadillas en su casa —me contradijo, tan desconcertada como yo. Entonces me cogió las manos y su rostro se iluminó—. ¿Y si está interesado en ti?

Solté una risilla incrédula.

—Lo dudo muchísimo, Nati. He visto las mujeres con las que se codea. Créeme, no soy su estilo. Ni quiero serlo, por cierto.

—Cielo, eres más atractiva de lo que piensas. ¿Cuánto haces que no te miras en un espejo?

Me miraba todos los días, y lo que veía no me decía ni fu ni fa. Era una treintañera mona y del montón. Con unos enormes ojos castaños y un pelo oscuro y ensortijado. Ni flaca ni rellenita, con una talla noventa de sujetador y un metro sesenta de estatura. Lo normal.

—Ay... Nati, que a mí el que me gusta es Javi —le recordé, para que dejara de hacerse ilusiones respecto a Héctor y a mí—. Además, me he cruzado en la puerta con una pelirroja despampanante. Es la segunda vez que los veo juntos. Es evidente que Héctor me ve... como una amiga, supongo.

Nati asintió con la boca apretada. Allí estaba otra vez, su instinto sobreprotector aflorando desde lo más hondo de su alma para alejarme de los hombres que podían partirme el corazón.

—Sí... se me olvidaba que es un mujeriego empedernido. Nena, he conocido a varios como él. Pero me lo has pintado tan bien con lo que contabas de la otra noche que por un momento me has hecho dudar. Ya sé que bebes los vientos por mi hermano, pero tú mantente alerta, ¿vale? —me pidió preocupada.

—¿Tan ingenua me ves? —repliqué indignada.

Estaba harta de que todos me vieran de aquella manera. Tessa, la enamoradiza por naturaleza a la que todos sus novios se la jugaban. A la que había que proteger de sí misma para que no se lanzara en los brazos del primer extraño que le diera un poco de cariño. Era humillante.

—Ay... —Nati se mordió el labio, como si yo no entendiera a dónde quería ir a parar—. No es eso, cielo. Héctor está buenísimo, es encantador y te está diciendo lo que quieres oír. No se trata de que seas ingenua, sino de que cualquier mujer caería en sus redes. Si yo estuviera en tu lugar ya me lo habría tirado.

—Porque eres una golfa —bromeé.

Nati sonrió como si le hubiera hecho un cumplido, y yo enterré el tema de Héctor en lo más profundo de mi cabeza. Ya tenía suficiente con Javi para hacerme pájaras mentales con mi vecino. Qué sí, que estaba como un queso y resultaba tan enigmático como cautivador, pero no nos engañemos: llevaba la palabra PROBLEMAS tatuada en la frente.

—¡Ole la tostada de jamón y la paella! —canturreó Stella, que siempre estaba de buen humor. Se dirigió hacia un cliente, que era la tercera vez que venía desde que ella había empezado a trabajar en la cafetería—. ¿Qué te pongo, honey?

—¿Qué me recomiendas, preciosa? —preguntó el cliente, al que se le iban los ojos hacia la anatomía de la rubia.

—¡Para ti lo más dulce de la carta, baby! ¡Una pumpkin pie!

El hombre la miró embelesado. Si Stella coqueteaba descaradamente o no con los clientes era algo que no tenía del todo claro. Una parte de mí me gritaba que era una lagarta, pero la parte más sensata —y menos envidiosa—, me decía que ella era así. Excesivamente cariñosa con todo el mundo porque era extrovertida y alegre.

—Ah... tarta de calabaza, quieres decir.

—¡Calabaza para el rey de la casa! —le guiñó ella un ojo.

Algunas personas se partieron de risa al escucharla. Yo la observé con cara de seta, y creo que Nati se dio cuenta, a pesar de que tuvo la inteligencia de no abrir la boca.

—Una pumpkin pie, dos coffes con leche y una tarta de manzana —me pidió Stella.

Luego se dirigió hacia Javi, que estaba charlando conmigo en la barra, y le plantó un efusivo beso en la boca.

—¿A qué tengo el novio más follable del mundo? —soltó Stella emocionada.

Estuve a punto de atragantarme con el café. Javi puso cara de circunstancia y Stella nos miró con inocencia.

—¿He dicho algo malo? —se temió.

—Depende de lo que quisieras decir —respondí de mala gana.

—Follable es lovely, ¿no? —preguntó ella, temiendo haber metido la pata.

—Casi —me reí, al ver la expresión avergonzada de Javi.

Stella se cubrió el rostro con las manos.

—Oh my good! Mi español es *una* poco malo... What a shame! —se lamentó avergonzada.

—Siempre te puedes apuntar a una academio —bromeé, y reconozco que disfruté con mi pequeño acto de maldad.

Javi me miró con severidad y trató de consolar a su novia.

—Se dice encantador, cariño. Ya lo sabes para la próxima vez, no pasa nada —le explicó él.

Bah, qué dramática era la americana.

—¡Encantador! —se golpeó la frente y se echó a reír—. El novio de Tiza también es encantador, ¡y muy guapo! —me guiñó un ojo en plan cómplice.

Javi apretó la mandíbula. ¿Estaba celoso por la apreciación de Stella o porque sentía celos de mi noviazgo con Héctor? Aquello me produjo una idea disparatada. Al fin y al cabo, ¿de qué me servía salir con Héctor si no podía restregárselo por la cara?

—Podríamos salir un día de estos los cuatro... —sugerí como si nada—. Me encantaría que os conocierais.

A Javi se le descompuso la expresión, y Stella aplaudió entusiasmo.

—¡Oh, wonderfull! Nuestra primera cena en parejas, ¡qué bien! —exclamó encantada.

—¿Quedamos en esta semana? —intervine.

—Pues... —mi amigo se rascó el cuello con incomodidad—. Ya lo vamos viendo.

—Héctor está deseando conocerte —mentí, como si eso hubiera sido idea suya.

Esperaba que no le pareciera mal aquella idea. Al fin y al cabo, estábamos juntos para hacernos un favor mutuo.

—Seguro que es muy majo —masculló él.

—¡Entonces decidido! —determiné yo.

A lo lejos, vi que Nati sacudía la cabeza y ponía los ojos en blanco. Pero a mí me daba igual. Era tan evidente que a Javi lo carcomían los celos que no veía el momento de que quedáramos los cuatro. Mi plan B estaba funcionando a la

perfección.

13. Mi medio familia

Odio los domingos. Básicamente porque un domingo al mes tenemos reunión familiar en Dinastía, como había bautizado a la mansión en la que vivían Adolfo y mi madre. Casi siempre me escaqueaba, pero aquel domingo me había resultado imposible porque se había corrido la voz de que estaba saliendo con Héctor y mi madre quería darle su aprobación. Esperaba que el pobre Héctor no saliera huyendo despavorido en cuanto pusiera un pie en aquel nido de víboras.

Decir que nunca me había sentido querida en esa familia era quedarme corta. Mamá hacía lo que podía para integrarme, pero estaba tan ocupada fingiendo ser quien no era que apenas tenía tiempo para obligar a los demás a aceptarme. Adolfo era un buen hombre, pero su hija de verdad era Tana. Yo solo era la maleta que había llevado Pilar, rebautizada como Piluka, cuando él se enamoró perdidamente de ella.

La matriarca de la familia, y a la que era mejor tener de tu parte, era Cayetana, la madre de Adolfo. Todos la temían y respetaban a partes iguales, y a mí me había cogido especial manía desde que me conoció. Para ella no era más que la chiquilla que había llegado de la mano de aquella vulgar mujer que había engatusado a su queridísimo hijo. Aunque era evidente que Cayetana sentía una animadversión palpable por mi madre, ella no hacía otra cosa que hacerle la pelota. Yo me negaba, por supuesto, razón por la que me había granjeado sus comentarios venenosos y su desprecio insalvable. Y en cuanto me independicé a los dieciocho, corté con mi medio familia y mi único lazo fueron las comidas de domingo a las que me obligaba a asistir por no disgustar a mi madre.

Quería con locura a mamá, respetaba a Adolfo y adoraba a Tana —pese a lo caprichosa que era—, pero todos los demás me traían sin cuidado. Y me hacían sentir fuera de lugar, para qué engañarme. Así que ese domingo estaba más nerviosa que de costumbre.

Héctor lo notó mientras conducía y no dejó de mirarme de reojo. En el asiento de atrás, Tana se quejó por verse arrastrada a la comida mientras gruñía que aquello era un atentado contra su dignidad.

—Si voy es por no perderme la cara de papá cuando se dé cuenta de que me he emancipado y no pienso volver —dijo con orgullo—. Por eso, y porque tú me has obligado.

—Si yo voy tú también —respondí exasperada.

—Solo es una comida familiar, no será para tanto —nos tranquilizó Héctor.

Tana soltó una risilla sarcástica, se apoyó en el hueco de los asientos delanteros y comenzó a largar por esa boca que tenía.

—Eso díselo a tu novia, que siempre se escaquea. Esta vez no le ha quedado más remedio porque mamá la ha obligado, pero de ser por ella no habría venido. No soporta a nuestra familia y se empeña en demostrarlo siempre que puede.

—Cállate —le ordené furiosa.

Héctor la escuchó con atención y a mí se me llevaron los demonios. Tana no podía empatizar con mi sufrimiento porque no estábamos en igualdad de condiciones. Ella era la hija biológica y deseada. La mimada y a la que todo el mundo adoraba.

—No me da la gana. Papá te adora, y le partes el corazón cada vez que faltas a sus comidas. Eres una desagradecida —me recriminó.

Me revolví furiosa y fui a tirarle del pelo, pero Héctor nos separó como pudo. Tana me miró con odio y se apartó de mí. Por mi parte, me crucé de brazos y expulsé el aire lentamente.

—Ni es mi padre ni soy una desagradecida —respondí con voz afilada—. Aquí la única desagradecida que hay eres tú, que te has metido en mi casa sin ni siquiera dar las gracias.

—¡Eres mi hermana, la genética te obliga a cuidar de mí! —me ladró.

Solté una carcajada atónita. Se iba a enterar. Llevaba tiempo controlándome

por no herir sus sentimientos, pero esto era el colmo. Primero ocupaba mi espacio y luego me ponía a parir delante de Héctor.

—La genética es una mierda y tú una niñaata. O te pones a trabajar y pagas tu parte del alquiler, o te vuelves lloriqueando a los brazos de Adolfo —le espeté con voz temblorosa.

Tana abrió los ojos de par en par y su rostro se tiñó de ira. No estaba acostumbrada a que le hablara así. Yo era su hermana mayor, la que perdonaba todos sus errores y la protegía si sus padres le echaban la bronca. No se esperaba mi salida de tiesto, y admito que yo tampoco. De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas y me sentí muy culpable. Reprimí el impulso de consolarla porque sabía que necesitaba una lección. Entonces mi hermana abrió la puerta del coche y forcejeó con el cinturón. La muy loca intentaba arrojarse a la carretera.

—¡Te odio! ¡Eres una bruja! ¡Voy a saltar! —chilló completamente histérica, en plan kamikaze.

Héctor frenó de golpe y algunos coches le pitaron. A mí estuvo a punto de salirse el corazón por la boca. Tana se quedó congelada. Héctor apretó las manos entorno al volante y maldijo entre dientes. Ni mi hermana ni yo nos atrevimos a hablar, conscientes del numerito que habíamos montado. Me sentía profundamente avergonzada al haber permitido que me sacara de mis casillas. ¡Y encima delante de Héctor!

—Os tranquilizáis o doy media vuelta —nos dijo muy serio.

Asentimos al unísono. Apoyé el codo sobre la ventanilla y miré hacia otra parte.

—Es una comida familiar, no el fin del mundo. Y vosotras sois hermanas, deberías pedirnos perdón por haberos faltado el respeto mutuamente —nos observó alternativamente y suspiró con pesadez al ver que ninguna de las dos daba su brazo a torcer—. Pues vaya con las dos adultas.

Me sobresalté por el comentario. Quise decirle que él no tenía ni idea de nada, pero me contuve. No era momento para volver a discutir.

—Mantengamos la calma y seguro que todo irá bien —decidió, y volvió a poner el coche en marcha.

Qué equivocado estaba, pensé para mis adentros. Cómo se notaba que no conocía a mi familia...

Solo llevábamos treinta minutos allí y ya tenía ganas de tirarme por un puente. Alguien pasó por delante de mí con una bandeja de canapés y me llevé un puñado de mini croquetas a la boca. Mi cara de angustia casi podía competir con la expresión impresionada de Héctor, que miraba aquel despliegue de ostentación con los ojos abiertos como platos.

—Podrías haberme dicho que eres rica —me susurró al oído.

Su aliento me hizo cosquillas en el lóbulo de su oreja.

—No soy rica. Si lo fuera no trabajaría doce horas diarias seis días a la semana—le expliqué con tono cortante—. Nada de lo que ves es mío.

Fue a decir algo, pero cerró la boca en cuanto una mujer que podría haber sido la versión veinte años mayor de Paris Hilton se acercó a nosotros soltando un gritito que nos perforó los tímpanos. Cabello oxigenado, piel anaranjada cortesía de los rayos uva y un vestido ajustado con estampado de leopardo. Mi madre, la antítesis del buen gusto.

—¡Cariñito, por fin te dejas ver! —apenas rozó mi mejilla con su boca y centró su atención en Héctor, que le ofreció una sonrisa educada.

Clavé mis uñas en su brazo, completamente aterrorizada por la impresión que le pudiera causar. Seguro que mamá empezaba con sus comentarios mordaces o sus preguntas tipo: ¿cuánto ganas al año? ¿Tienes pensado tener hijos?

—Mamá, te presento a Héctor. Héctor, ella es Pilar, mi madre —hice las presentaciones oportunas.

—Piluca —me corrigió, y le hizo una radiografía a Héctor.

El pobre aguantó el tipo como pudo mientras mi madre lo escaneaba sin pudor de arriba abajo. Entonces él le tendió la mano y dijo:

—Encantado de conocerla, Piluca. Teresa me ha hablado mucho de usted y estaba deseando ponerle cara a la madre de mi preciosa novia —me estrechó por la cintura y me acercó a él.

Se me encendió todo el cuerpo y crucé los dedos. Ya estaba, mamá iba a

ponerlo a parir. No soportaba las adulaciones baratas y Héctor acababa de ponérselo en bandeja.

Tres, dos, uno...

—¡Oh, qué mono, pero si te ha llamado Teresa! —exclamó complacida—. Cariño, no me habías dicho que tenías un novio tan... guapo.

Me quedé de piedra. ¿En serio se la había ganado con un par de frases hechas?

—Fue amor a primera vista —le contó el muy teatrero.

Comenzaron a sudarme las palmas de las manos mientras mamá lo observaba entusiasmada narrar nuestro romántico y novelesco encuentro. No iba a colar, mi madre no era tan ingenua.

—... y allí estaba ella, ofreciéndose a llevarme al trabajo porque se me había averiado el coche y era mi primer día. Nos despedimos aceleradamente y lamenté no haber reunido el valor para pedirle su número de teléfono —lo observé ojiplática mientras él le mentía sin despeinarse—. Al día siguiente descubrí que era mi vecina y supe que estábamos destinados a encontrarnos. Desde entonces no nos hemos separado.

Qué... cara... más... dura.

Creo que mi madre estuvo a punto de desmayarse de la impresión.

—¡Qué romántico! —chilló, como si fuera una colegiala—. Por fin me traes a un hombre como Dios manda, cielo. Ya casi había perdido la esperanza...

Puse los ojos en blanco. Héctor sonrió de lado y mamá lo cogió del brazo, dispuesta a presentar en sociedad al novio de su hija. Asintió con aprobación cuando él le contó a qué se dedicaba, y luego le preguntó a bocajarro:

—¿Cómo de en serio vais?

—¡Mamá! —la censuré.

—Teresa es la mujer de mi vida —le respondió él.

Le di un codazo. Pero bueno, ¿de qué iba?

—¿Y te gustan los niños, Héctor? Porque ya he perdido la esperanza de que me dé un nieto. Como la pobre lo ha pasado tan mal con sus anteriores relaciones...

—le contó.

—No hace falta entrar en detalles —mascullé irritada.

Adolfo se acercó a nosotros, así que Héctor se escaqueó del tema niños. Por el momento. Mi padrastro me abrazó con cariño y me puse rígida. Sabía que el buen hombre lo intentaba con todas sus fuerzas, pero yo me había esforzado en construir un muro entre nosotros. Porque sabía que no encajaba allí. Luego estreché la mano de Héctor con firmeza.

—Encantado de conocerte, soy Adolfo, el padre de Tessa. Déjame decirte que estás saliendo con una mujer maravillosa y única —le dijo.

Sentí una algarabía de sentimientos que me apretó el vientre. ¿Por qué decía que era mi padre? Ambos sabíamos de sobra que él solo tenía una hija. Tana, su ojito derecho. Yo era la que venía en el pack, para qué engañarnos.

—Lo sé, Adolfo. Soy muy afortunado —respondió Héctor, que parecía saber lo que tenía que decir en cada momento.

Nati tenía razón: era un adulator. Te decía lo que querías oír y encantaba a todo el mundo con su parla. Mejor no fiarse de él. Nota mental para mí misma: romper con mi novio postizo cuanto antes.

—¿De qué vas? —le recriminé, en cuanto nos quedamos a solas.

Él parpadeó con inocencia, y me agarró de la cintura para atraerme a él. Todo el mundo nos estaba mirando, como si fuésemos la gran novedad. Me dedicó una sonrisa arrebatadora y me besó en la mejilla. Sentí que un calor abrasador me subía por el cuerpo.

—Disimula, querida. No querrás que todos nos vean discutir... —dijo con voz queda.

—Es que te estás pasando —puse las manos sobre su pecho para separarnos, pero él me mantuvo sujeta con firmeza—. Te estás pasando tres pueblos. ¿Para qué dices que soy la mujer de tu vida?

—Porque a lo mejor es verdad, nos estamos conociendo.

Al ver la diversión de sus ojos y su sonrisa felina, contuve el impulso de estrangularlo. ¡Era lo peor!

—Y porque tenemos una apuesta, ¿no te acuerdas?

Ah, sí... la dichosa apuesta. Parecía que yo tenía todas las de perder... pero aún quedaba mucho día por delante.

—No te vengas arriba, machote. Aún no has conocido a la ogra.

—¿La ogra? —preguntó confundido.

—Sí, la madre de Adolfo. Y a su tribu de lameculos estirados. Te queda lo peor.

Héctor no pareció preocupado.

—Sobreviviré —dijo con seguridad.

—Eso está por verse.

Héctor me atrajo hacia él y me besó en la boca. Ay... Dios... ay... Dios... No me lo esperaba. No me aparté. Fue un beso breve, apenas un roce de labios que me dejó aturdida y temblando. Un beso tremendamente agradable y excitante, que me dejó con ganas de más. Que arrojó un tsunami de sensaciones por todo mi cuerpo del que no fui capaz de recuperarme. Se me encendieron las mejillas y comencé a balbucear, hasta que la ira fue apoderándose de mí.

—¿Por qué has hecho eso? —le recliné en voz bajita.

—Porque lo estaba deseando —respondió muy tranquilo.

—Héctor... —le advertí, y me alejé de él fulminándolo con la mirada—. Como me vuelvas a besar, te arranco la cabeza.

—Trataba de causar buena impresión —me dijo, como si no hubiese aplastado su boca contra la mía y... y... a mí se me hubieran caído las bragas al suelo. Como si fuese lo más normal del mundo. Como si a él no le hubiese afectado. Noté que mamá y Adolfo nos miraban muy contentos por su muestra de afecto. El gesto de Héctor se volvió angelical—. Tus padres están encantados, la vida sigue y no ha sido para tanto. ¿O sí que lo ha sido?

Me erguí con toda la dignidad que pude hallar dentro de mí.

—Para nada. Un beso soso e indiferente —mentí.

Cuando me miró con esos ojos verdes y profundos, me di cuenta de que no me creía. Sospeché que diría otra de las suyas, pero sorprendentemente se calló y metió las manos en los bolsillos. Hubiese dado una moneda por sus pensamientos,

porque en ese momento me resultó el hombre más inaccesible del mundo.

14. Mi medio familia, II parte. Jesulín y los mellizos diabólicos.

El cuñado de Adolfo, que estaba casado con Cruella de Vill, la hermana mayor de mi padrastro, se parecía sospechosamente a Jesulín de Ubrique. Fiel defensor de la tauromaquia y de la moral cristiana. Tenían mellizos, a cada cual más repelente: Lucas y Borja, a los que yo había bautizado como Zipi y Zape.

En aquel momento había acaparado toda mi atención con sus comentarios mezquinos. El pobre se creía muy gracioso, pero tenía el mismo ingenio que una ameba, para que te hagas una idea.

—Menos mal que te has echado novio, chiquilla. Ya nos pensábamos que te quedabas para vestir santos jajajaja —se dobló por la mitad y comenzó a reírse.

Le dediqué una sonrisa fría como el hielo.

—¿Y el niño para cuándo? ¡Qué a estas alturas se te va a pasar el arroz! Lo mejor es que te vengan dos a la vez, como Lucas y Borja. En una familia decente hay que darles hermanos a los hijos, para que no se sientan solos. Nosotros estamos buscando ahora la niña. Como le digo a Diana, donde pongo el ojo pongo la bala —le hizo un guiño a Héctor, que se limitó a mirarlo de manera impasible.

Puagh, ¿acababa de hablar de la velocidad de sus espermatozoides?

—Imagino que dejarás de poner cafés cuando os comprometáis. Sinceramente es lo mejor. Cuando se empieza con el tema de los niños, lo ideal es que la mujer se dedique a su crianza. Algunos dirán que soy un machista...

Nooooo, qué va... pensé para mis adentros. Tú eres tonto, pero no lo sabes.

—... pero soy práctico, que es diferente. Como una madre cría a sus hijos no lo hace otra persona. Mira lo educados que son Lucas y Borja —los señaló con un gesto de orgullo.

El pequeño Borja me enseñó el dedo corazón y yo lo saludé con la mano. Su padre palideció y corrió a reprenderlos. Héctor y yo cruzamos una mirada burlona.

—¿Qué? —supuse lo que estaba pensando.

—Un tipo curioso el cuñado de tu padre.

Fui a corregirlo respecto al detalle de que Adolfo era mi padrastro, pero entonces llegaron Diana y Bruno hacia nosotros, los hermanos de Adolfo. Diana era la abnegada madre perfecta de familia, mientras que Bruno era el hijo menor de Cayetana y el soltero de oro. De oro del que cagó el moro, porque el pobre se pensaba que era todo un partido. Si ser un gran partido implicaba ser un viejo baboso y machista, él lo bordaba con sobresaliente.

—¡Pero si es nuestra queridísima sobrina! —Bruno me revolvió el cabello.

Qué par de hipócritas, pensé para mis adentros. Nunca me habían soportado y siempre se habían esforzado en demostrármelo.

—¡Qué bien te sientan los treinta y cinco! —exclamó Diana con malicia.

—Tengo treinta —la fulminé con la mirada.

—Ay... —ella hizo un mohín ridículo con la boca—. Cielo, qué despistada soy.

Lo que eres es un mal bicho.

Efectué las presentaciones pertinentes, y para mi consternación Diana y Bruno estuvieron de lo más simpáticos con Héctor. Era como si hubieran decidido ser encantadores con él para demostrarme que la que fallaba era yo.

—¿Todavía sigues de alquiler? —me preguntó con petulancia Diana.

—Pues sí... pero eso ya me lo preguntaste el mes pasado —respondí irritada.

—Ay... hija... es que como nos vemos tan poco... pero bueno, ¡ahora que estás saliendo con Héctor podréis compraros algo! Es el momento perfecto. La burbuja inmobiliaria ha caído y ahora toca comprar. En mi opinión, el alquiler es tirar el dinero. Ya vas teniendo una edad en la que lo lógico es asentarse, formar una familia...

¡Y dale con la edad! ¡Pero si solo tenía treinta años!

—A mí me gusta que Teresa sea una mujer emprendedora —intervino Héctor, y agradecí que me echara un cable ante aquella petarda—. Lo importante es que ella se sienta realizada como persona. Todo lo demás ya vendrá con el tiempo si tiene que

venir.

Diana se quedó algo cortada, así que Bruno le cogió el relevo.

—¡Y qué puede haber más bonito para una mujer que ser madre!

—¿Lo dices por tus ovarios? Porque yo no te los veo por ninguna parte —le solté sin poder contenerme.

Diana estuvo a punto de atragantarse con su copa de vino, y Bruno comenzó a teñirse de rojo. A mi lado, Héctor aflojó una sonrisa y vi que estaba haciendo un gran esfuerzo para no reírse. Lo agarré del brazo para alejarnos de allí.

—Voy a enseñarle a Héctor el resto de la casa, ¡ha sido un placer volver a veros! —me despedí de ellos.

En cuanto nos alejamos, suspiré aliviada y Héctor me dio una palmadita en la espalda. Lo miré consternada.

—¿Me he pasado? —me temí.

Él sacudió la cabeza y un brillo pícaro acudió a sus ojos.

—Para nada. Se lo ha merecido.

—Gracias por defenderme.

—No te estaba defendiendo, estaba dando mi opinión —se sinceró.

Casi estuve a punto de abrazarlo, pero me contuve porque aún seguía un poco mosqueada con él por haberme robado un beso. Aunque debía reconocer que el haber hablado de mí en esos términos me había hecho crecerme delante de Bruno y Diana. Normalmente enfrentaba sus comentarios maliciosos con la cabeza gacha y me limitaba a guardar silencio.

Hasta que la vi a ella. A simple vista, habría pasado por una inofensiva y dulce ancianita que iba en silla de ruedas. Deseé que pasara de largo, pero manejó la silla de ruedas eléctrica en nuestra dirección. Y me atropelló los pies. Solté un alarido, pero Cayetana ni siquiera se disculpó.

—Este cacharro es un incordio —masculló malhumorada—. Menos mal que por fin te dejas ver. Creía que la próxima vez que nos encontráramos yo ya estaría bajo tierra.

—Eh... estuve bastante liada abu... —me corregí de inmediato al ver la

mirada tensa que me dedicaba. A veces se me escapaba. No tenía abuelos, y Cayetana era lo más cercano a ellos que yo había conocido—. La cafetería me tiene absorbida, Cayetana.

—Ah... tu trabajo —pronunció con desprecio—. Qué pena que no estudiases, ¡cómo desaprovechaste la oportunidad de ir a una buena universidad! Y ahora estás partiéndote la espalda... trabajando de sol a sol, ¡menudo despropósito!

La humillación recorrió mis venas en cuestión de segundos. Allí estaba, la vieja rancia poniéndome a parir a la menor oportunidad. Y para más inri delante de Héctor, que permanecía en silencio sin atreverse a decir nada.

—Me gusta mi trabajo, Cayetana. Si quieres un día te traigo una de mis tartas, para que las pruebes —le dije de manera conciliadora.

—Soy diabética —me respondió con frialdad—. ¿Qué quieres, matarme?

—¡No! Yo... —titubeé nerviosa, sin saber cómo salir de esa.

Cayetana señaló con la cabeza a Héctor.

—¿Y este quién es? —exigió saber, con su autoridad habitual.

—Es Héctor, mi... novio.

Esperé su reacción, pero ella se limitó a observarlo detenidamente mientras él aguantaba el tipo. Al final apretó la boca, y cuando creí que le diría algo horrible, se limitó a decir:

—Me gusta.

Movió su silla de ruedas y volvió a atropellarme los pies. Estuve convencida de que aquella vez lo hizo a propósito. Se alejó de allí con la cabeza bien alta y yo la observé desconcertada. Héctor le había gustado a Cayetana, ¡sería posible!

El almuerzo transcurrió con una tensa calma hasta que Marcos, alias Jesulín, sacó a colación el tema de las corridas de toro. Me mantuve al margen porque siempre me pinchaba para que saltase y así poder dejarme en evidencia. Estaba convencida de que estaba compinchado con Diana para sacarme de quicio, pero me prometí que aquel día no lo iban a conseguir. Me terminaría mi plato, pondría alguna excusa y me marcharía con Héctor. Tessa 1, medio familia 0. ¡Así se sobrevive a un domingo familiar!

—Pobres animalitos —lamentó Tana—. Si Dios los puso en este mundo no creo que lo hiciera con la idea de que sufrieran.

Jesulín torció el gesto.

—No sufren, querida sobrina. Su anatomía está preparada para que no experimenten dolor —respondió con su habitual tono sabiondo.

¡Sí, lo que tú digas! Que te clavasen un estoque de acero de más de medio metro debía hacer cosquillas. Apreté los dientes y me dije que no entraría al trapo.

—Me sigue pareciendo un espectáculo muy desagradable —insistió Tana—. Son seres vivos, como mi pequeño Gucci. De solo imaginar que alguien pudiera hacerle algo así se me ponen los vellos de punta...

—Gucci es un chihuahua, pero los toros nacen con un destino y se crían como reyes. Es ley de vida —le explicó Carlos, que al parecer tenía un máster en psicología animal.

Tana no pareció muy convencida y me lanzó una mirada en busca de ayuda. Ah, no, ni hablar. Todos eran muy blandos y permisivos con ella, pero si yo me metía en la conversación ardería Troya. La ignoré deliberadamente, así que ella me dio una patada por debajo de la mesa. Cuando la fulminé con la mirada, dijo en voz alta:

—¿Y tú qué opinas, Tessa? ¿Crees que es justo? ¿Crees que los toros no sufren?

Todos los ojos se clavaron en mí. Agarré el tenedor con fuerza y suspiré. Si respondía con diplomacia quedaría como una falsa. Si decía lo que pensaba todos se me tirarían al cuello. Así que opté por quedarme en silencio.

—Todos sabemos lo que opina la animalista de la familia... —bromeó Diana, pero lo hizo con un tono acusador que no me pasó desapercibido.

—¿Y qué crees que es lo que opino? —repliqué irritada.

Héctor me puso una mano en el muslo para calmarme, pero no sirvió de nada. La mecha ya estaba encendida.

—Ay... —Diana se mordió el labio, como si no quisiera soltarlo—. Pues... ya sabes... que los animales...

—Que si por ti fuera los animales tendrían más derechos que las personas —la cortó su marido, animado por el alcohol—. ¡Lo que hay que oír!

—Más derechos no, solo los mismos —respondí, y me empezó a hervir la sangre.

Contrólate, es lo que quieren...

—¡Los mismos derechos! —repitió alucinado Carlos—. ¿Y qué será lo próximo, que vayan a votar?

La mesa estalló en risas, y yo me sentí tan humillada que los observé con resentimiento. Hasta mi madre soltó una carcajada. Los únicos que se quedaron serios fueron Tana, Héctor y Adolfo.

—Ay... esta juventud... —murmuró disgustado Bruno—. Tan liberales y modernos... preocupándose más por los animales que por formar su propia familia, ¡así les va!

Dios, eso iba por mí. Ahora sí que se iba a formar. Fui a abrir la boca, pero Carlos secundó a su cuñado.

—Los toros dan de comer a mucha gente, y es una tradición española. Empezamos quitando eso, ¿y luego qué será lo próximo? ¿Abolir el matrimonio? ¿Vivir la vida loca? Menudo despropósito.

—Antiguamente la inquisición y la quema de brujas también eran tradiciones, pero por suerte las personas evolucionan —le expliqué con frialdad—. O al menos casi todos...

—Qué moderna te crees que eres, querida —respondió ofendido Carlos—. Puede que yo te parezca un carca, pero al menos tengo una familia como Dios manda y una vida decente.

—¿Qué la mía no lo es? —repliqué furiosa.

Carlos se quedó callado cuando su mujer le tocó el hombro. Así que fue Bruno quien me respondió.

—¡Pero si nosotros solo nos preocupamos por ti! No querrás ser una de esas mujeres que cuando deciden ser madres tienen que recurrir a la inseminación artificial, y se convierten en unas frustradas... tanto votar a **PACMA** y compartir piso con una perroflautas te está sorbiendo el cerebro. Hay que madurar, Tessa.

Pegué tal puñetazo en la mesa que los cubiertos rebotaron y todo el mundo me miró boquiabierto. Mi madre me lanzó una mirada suplicante y se llevó un dedo a los labios, para que no saltara. Adolfo suspiró. Cayetana me contempló con su habitual expresión avinagrada. Y yo di rienda suelta a todo lo que llevaba conteniendo.

—¡Me vas a decir tú a mí cuando formar una familia, cuando eres un cincuentón al que nadie soporta! ¿Qué pasa, que por ser mujer tengo que tener hijos sí o sí o cumplir con vuestras expectativas de mierda? —me temblaron las aletillas de la nariz cuando centré mi atención en Carlos—. Y tú no tienes ni idea de si el toro sufre o no, porque la única verdad que sale de tu boca son tonterías, Jesulín.

Diana soltó un grito de espanto. Bruno balbuceó algo muy bajito. A Carlos se le descompuso la expresión.

—¿Me acabas de llamar Jesulín? —preguntó indignado.

Mierda, ¿lo había dicho en voz alta?

—¡Ja, ja, ja! —lloró de la risa mi hermana—. Y tanto que lo ha hecho, ¡encima te pega!

—Teresa —la voz de Cayetana se impuso a las risas de mi hermana. Me quedé blanca, a sabiendas de que solo me llamaba así cuando iba a echarme la bronca. Las manos comenzaron a sudarme mientras me escurría en la silla—. ¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo? Se suponía que esto iba a ser una agradable comida familiar. Lamento que hayas venido.

Me levanté de tal forma que arrastré la silla.

—Mamá... —la censuró Adolfo.

—¡No, tiene razón! —le dije, sintiendo como me picaban los ojos. No iba a llorar delante de aquella gente tan mezquina. Ni hablar—. No debería haber venido, porque vosotros no sois mi familia. Es evidente que sobro.

—¡Teresa! —me llamó horrorizado Adolfo.

Pero no escuché lo siguiente que dijo, pues corrí hacia el cuarto de baño y me encerré dentro. Odiaba profundamente aquella casa y detestaba con toda mi alma a esos hipócritas. Era lo última vez que ponía un pie allí dentro. Encima mi madre les había reído las gracias y ni siquiera me había defendido. Me sentía tan humillada y fuera de lugar que necesité varios minutos para calmarme. Agradecí que Héctor no

hubiera ido a buscarme, porque de lo contrario me habría visto berreando como un bebé. Al darme cuenta de que lo había dejado allí solo, comprendí que el pobre debía estar pasándolo fatal. Me armé de valor, inspiré profundamente y agarré el pomo. La puerta no se abrió. Escuché unas risas infantiles y resoplé. Lo que faltaba.

—A ver, esto no tiene ninguna gracia. Abridme ahora mismo —ordené, a sabiendas de quienes se encontraban al otro lado.

—¡Contraseña! —exigió uno de los mellizos.

Qué encanto de niños. El mejor anticonceptivo del mundo era conocerlos para que se me quitaran las ganas de ser madre. Así se me borraba el instinto maternal de un plumazo.

—¡Abrid la puerta ya! —les ordené, perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

—¡Contraseña! —insistieron al unísono.

—¿Y cómo queréis que sepa cuál es la contraseña? —repliqué furiosa.

—¡La sabrás si aciertas una pregunta!

¿Qué otra opción tenía?

—De acuerdo —claudiqué con desgana.

—¿Cómo es el caballo blanco de Santiago? —preguntó Lucas.

—Blanco.

—¡No, es marrón! —se partieron de risa—. ¡Toooooonta, toooooonta!

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué me pasaba todo eso a mí?

—¡Es blanco! —le chillé a la puerta—. ¡El caballo blanco de Santiago es blanco!

—¿Quieres otra oportunidad?

Pff... en cuanto saliera de allí se iban a enterar.

—¡Pero no hagáis trampa!

—Adivina, adivinanza... empieza por la letra z y solo lo pueden beber los adultos... ¿qué es?

¿Por la letra z? ¿Qué bebida empezaba por la letra z? Me devané los sesos

tratando de buscar una respuesta. Joder, malditos críos repelentes.

—¿Te rindes?

—¡No, un momento! —respondí desesperada.

—¡Zerveza! —gritaron al unísono.

Estuve a punto de pegarle un cabezazo a la puerta.

—¡Cerveza es con c! —me quejé, cada vez más fuera de mí.

—¡No, es con z! Cómo no has ido a la escuela, no sabes escribir —respondió el pequeño Borja.

Grrrr...

Zarandeeé la puerta con todas mis fuerzas y los oí reírse. ¡Cuánta maldad había comprimida en medio metro!

—¿Quieres otra oportunidad?

—¡No, quiero que me saquéis de aquí! —bramé encolerizada.

Oí unos pasos acercarse y a una voz masculina hablar con los niños. Al cabo de unos segundos, se alejaron corriendo. Cuando creí que me dejarían allí encerrada, la puerta se abrió y me encontré con el gesto adusto de Héctor.

—No digas nada —le pedí con voz queda.

Pero rompí a llorar sin poder evitarlo. La tensión acumulada de aquel día me sobrevino de golpe. Fue como si el vaso acabara de llenarse y se estuviera derramando sin remedio. Me tapé el rostro con las manos, avergonzada y a la vez incapaz de dejar de llorar. De repente, unos brazos fuertes me abrazaron contra un pecho duro. Héctor no dijo nada. Se limitó a consolarme sin palabras mientras yo temblaba como un pajarillo y me acurrucaba en su calor. Fue desconcertantemente agradable. Enterré la cabeza en su jersey y quise quedarme allí toda la vida. Tampoco se estaba tan mal abrazada a aquel mujeriego empedernido. Era calentito, olía genial y sus brazos eran muy acogedores.

—Anda, vámonos —me dijo con suavidad.

Asentí con los ojos llorosos.

—¿No debería ir a despedirme? Aunque no quiero. Lo que menos me apetece en este momento es verles las caras —musité con la voz amortiguada porque tenía el

rostro apretado contra su pecho.

—Me he despedido yo por ti.

Levanté el rostro, aliviada y a la vez profundamente agradecida. Hubo una emoción violenta en el semblante de él. Supuse que se debía a lo mal que lo había pasado por mi culpa.

—Lo siento mucho —me disculpé abochornada.

Enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Por haberte traído aquí. No deberías haber presenciado ese espectáculo.

Asintió con la mandíbula apretada.

—No eres tú la que debería disculparse. Ver como te trataban ha sido bastante desagradable.

—Sí... bueno... será mejor que nos vayamos —le dije con voz apagada, y me dirigí hacia la puerta.

Para mi sorpresa, allí nos estaba esperando Adolfo. Mi padrastro parecía visiblemente consternado por lo sucedido, pero lo que me dolió fue no ver a mi madre a su lado. Seguro que estaba disculpándose en la mesa por el comportamiento inapropiado de su hija, mientras *La vinagres* murmuraba que mi educación brillaba por su ausencia. Adolfo estrechó la mano de Héctor y a mí me contempló apenado. Aparté la mirada, demasiado herida para hacer otra cosa.

—Hija... no me gusta que te vayas así. Deja que hable con tus tíos para que hagáis las paces. Me sabe tan mal que para una vez que vienes las cosas acaben así...

Mis tíos. ¿Por qué seguíamos con esa farsa? Ellos no eran mis tíos. Él no era mi padre. Esa no era mi familia. Cuanto antes lo admitiéramos, antes dejaría de importarme. Y cuando me hiciera a la idea, nunca volvería a poner un pie en esa casa.

—No pasa nada, Adolfo. Nosotros nos vamos ya, despídete de mamá por mí.

Mi padrastro estrechó la mano de Héctor y me percaté de que le decía algo al oído. Fruncí el ceño. Ya tendría tiempo de preguntarle a qué había venido eso. Cuando nos montamos en el coche, me acordé de que Tana se había quedado allí.

—Mi hermana... voy a llamarla —hice el amago de sacar el teléfono.

—Sabe que quieres estar sola. Me ha dicho que pediría un taxi —se pensó durante un buen rato lo que iba a decir—. Porque... ¿quieres estar sola? He pensado que podríamos ir a un sitio, si a ti te apetece.

Miré aquella enorme casa y suspiré apesadumbrada. Cualquier sitio sería mejor que el que dejaba atrás.

—No sé si soy la compañía más agradable en este momento, Héctor.

Él suavizó una sonrisa.

—A mí me vales.

Me sorprendió el sitio elegido por Héctor. Lo tenía por el típico tío que te llevaba a un restaurante caro y exclusivo, pero allí estábamos, en la playa de Corradura. Una playa virgen y casi desértica a esas horas de la tarde. Mi playa favorita de Cádiz cuando podía escaparme del trabajo para dar largos paseos por la orilla y poner la mente en blanco. A la entrada de la ciudad, una Cádiz con la península y es conocida por sus dunas salvajes en las que nacen plantas como el barrón, la oruga de mar o la azucena. Caminamos por la arena fina y dorada y observamos maravillados la puesta de sol. Un cielo anaranjado se difuminaba en el mar turquesa. Era un paisaje precioso, y comprendí que hacía tiempo que no me paraba a disfrutar de mi ciudad. De los rincones tan preciosos como aquel y de la paz que ofrecía sentarse a orillas de la playa y respirar el salitre.

Enterré los pies en la arena húmeda, tal y como solía hacer cuando era una niña. Entrecerré los ojos para otear el horizonte y contuve el aliento cuando nuestras manos se rozaron sin querer. Me gustaba estar allí. Me gustaba estar allí con él.

—¿Te gusta Cádiz? —le pregunté, por decir algo.

Los últimos rayos de sol se reflejaban en su rostro. De perfil, pensativo y algo melancólico, volvió a parecerme el hombre enigmático al que apenas conocía. El que debía tener muchos secretos.

—Siempre soñé con vivir cerca del mar, pero echo de menos mi ciudad y a mi gente. Es una tontería, está apenas a una hora y media. Soy afortunado de tener a mi familia tan cerca —me explicó.

Él se sentía afortunado, ¡qué cosas! Y yo, que prácticamente los tenía al lado,

apenas soportaba compartir un domingo al mes con ellos. De repente me sentí mezquina. Era una inadaptada, qué se le iba a hacer. Llevaba tiempo pensando que no se podía luchar contra los sentimientos, y los míos me decían que allí no era querida. ¿Cómo es esa frase tan recurrente? *De donde no me quieren me voy*. Pero yo siempre me empeñaba en volver, quizá porque una parte de mí reclamaba aquel cariño. Porque en el fondo necesitaba sentirme aceptada.

—De pequeño sufrí acoso escolar en el colegio —me confesó de repente.

Me lo quedé mirando boquiabierto. Me habría esperado cualquier cosa menos aquella. Lo veía como un hombre imponente y seductor que debía haber sido un niño popular en el colegio.

—Héctor...

—Ahora lo llaman bullying, pero en su momento no existían ni los protocolos de actuación ni los maestros estaban tan pendientes. Jamás me atreví a contárselo a mi madre, ella tenía sus propios problemas y me pareció... egoísta —arrugó la frente. Era evidente que aquel tema le dolía. Lo escuché sin pestañear y con la respiración contenida, por miedo a hacer algo que pudiera retraerlo—. Hasta que un día se excedieron más de lo normal. De los insultos pasaron a los golpes, y cuando llegué a mi casa lo hice con un ojo morado y varias costillas rotas. Tenía trece años y el orgullo herido, te puedes imaginar cómo me sentí.

—¿Y qué fue lo que pasó?

Cogió un puñado de arena y dejó que se escurriera entre sus dedos. De pronto me resultó muy vulnerable. Atisé el rastro del niño atemorizado antes de que volviera a esconderlo. Su cara se tornó inexpresiva.

—Mi madre se enteró, obviamente. Durante muchos días estuvo bastante dolida conmigo por no habérselo contado. A mis compañeros los expulsaron y yo me cambié de instituto porque me daba pánico enfrentarme a ellos cuando regresaran. Tuve pesadillas un par de meses, hasta que un día mi madre me despertó en mitad de la noche y me llevó hasta el jardín. Escogió la piedra más pesada y me obligó a enterrarla, como si fuera un recuerdo. Y me dijo que vivir con miedo no servía de nada. Que a partir de ese momento, debía ser fuerte si no quería ser la clase de persona que en un futuro estaría llena de rabia y rencor.

—¿Y funcionó?

—Sorprendentemente sí. Nunca volví a pensar en ello, ni a mirar detrás de mí cuando iba andando por la calle. Me adapté al nuevo instituto y pasé página.

Recordé la pesadilla que había tenido en el sofá. ¿Me estaba siendo sincero del todo? Delante de mí tenía a un hombre muy seguro de sí mismo, pero quizás en el fondo arrastraba un pasado que yo desconocía.

Héctor desenterró un guijarro y me lo ofreció. Sonreí de lado, pero no lo cogí.

—Necesitaría varias piedras para olvidar todo lo que siento —le dije.

—No se trata de olvidar, sino de enterrar el dolor. De prometerte a ti misma que no vas a permitir que los demás te hagan daño. Ellos saben que tienen ese poder, pero tú puedes quitárselo en cualquier momento. Solo tienes que ser fuerte.

—Pues no lo soy. Me importa, qué se le va a hacer. No puedo evitarlo —admití de mala gana.

Héctor abrió la palma de mi mano y depositó la piedra. El contacto con sus dedos prendió una chispa en mi cuerpo.

—Llamas a Adolfo por su nombre, pero él te trata como una hija. ¿Por qué te quitas lo que te pertenece? ¿Porque otros te han dicho que no te lo mereces? Qué más da lo que digan los demás, Teresa. Ese hombre te adora, y mientras tú no entierres esa piedra cargada de dudas y miedo, no vas a ser capaz de aceptar su cariño.

Tragué con dificultad y aparté la mirada.

—No es mi padre, y punto. Tengo uno que pasa de mí, no hay nada malo en ser sincera —pero dolía decirlo, joder. Dolía muchísimo.

—No hay nada malo en aceptar el cariño de los demás —murmuró él con voz queda.

—Héctor, tú no lo entiendes —repliqué con aspereza—. Adolfo lo hace por mi madre, pero... él ya tiene una hija. Mira, da igual. Por cierto, ¿qué te dijo al oído?

—Nada importante, que cuidara de ti.

Me dio la impresión de que había algo que no me decía.

—¿Solo eso?

Asintió muy serio, así que lo dejé estar.

—No te quieres demasiado a ti misma —me sorprendió de pronto.

Quise negárselo, pero no pude. Mi complejo de autoestima era demasiado evidente para todo el que mirara un poco más allá.

—Pues deberías empezar a hacerlo —me aconsejó—. Nadie va a quererte si tú no lo haces. Es tu obligación, Teresa. No se la impongas a los demás si tú no eres capaz de tratarte como te mereces.

—Para ti es fácil decirlo —mascullé irritada—. ¡Estás demasiado bueno!

Ay... mi... madre... ¿acababa de decirle que estaba muy bueno?

Clavé la vista en el suelo. Esperé a que él dijese algo burlón, pero en lugar de eso me agarró la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Qué pena que no te veas como lo hago yo.

Se me aceleró la respiración. ¿Y él como me veía, eh?

—Y gracias por el cumplido.

Me ruboricé.

—De nada.

—Entiéralo. Aunque creas que es una tontería, te sentirás mejor. Y si no es así, no habrás perdido nada por intentarlo.

Hice un agujero bastante profundo en la arena, a sabiendas de que aquello era algo que una madre había inventado para consolar a su hijo. No quería herir sus sentimientos después de haberme confesado aquella parte de su vida, así que decidí aceptar su consejo. Deposité la piedra en el hueco.

—¿Ahora qué? —quise saber.

—Este recuerdo se queda aquí enterrado. No permitas que el daño que te hagan los demás forje a la persona que serás en un futuro. Aquí enterramos el dolor, la frustración y la rabia. Cuando lo cubras de arena, no volverás a mirar atrás.

El corazón me palpitó dolorosamente contra el pecho. *Bobadas*, me dije. Pero cuando enterré la piedra, sentí que acababa de quitarme un peso de encima. La emoción del momento, supuse.

—Me siento mejor —me sinceré, para mi sorpresa. Él sonrió de oreja a oreja, y el brillo pícaro regresó a sus ojos—. Y me ha entrado hambre. Vaya, ahora que lo pienso te debo una cena.

—Y tienes que dejar de fumar —me recordó.

Me mordí el labio.

—Eso es más difícil, me ayuda a relajarme.

—Busca otras alternativas. El chocolate libera endorfinas.

—Me pondría gorda.

—El sexo alivia el estrés.

Le dediqué una mirada suspicaz.

—En serio, lo leí en algún sitio. Tener sexo asiduamente reduce la hormona cortisol, que es la que produce el estrés —cuando lo dijo creo que me puso ojitos.

Se me encendieron las orejas.

—Así que ya conozco tu secreto —bromeé.

Él soltó una carcajada, y yo me uní a su causa.

—Te voy a estar vigilando, lo digo en serio. Vivo en la casa de al lado. Si sales a fumar al balcón te pillaré —me advirtió, medio riéndose—. Así dejaremos de fumar los dos. Estaremos más estresados, pero seremos más saludables. Habrá que buscar una alternativa.

Me dedicó una mirada cargada de intenciones. Alucinada por el poco descaro de aquel hombre, le di un empujón que apenas lo movió del sitio.

—Creo que me decantaré por el chocolate y los chicles de nicotina. Ya sabes lo que dicen: no mezcles los negocios con el placer —respondí.

—¿Tenemos un negocio?

—Uhm... —me lo pensé durante un largo minuto—. Supongo, somos socios o algo así.

—Prefiero pensar que somos amigos.

Lo miré sorprendida.

—Suená bien —dije sonriendo.

Excepto por la parte en la que me lo imaginaba bañado en nata y yo relamiéndome de placer. Uf, un amigo que estaba demasiado bueno.

—¿A dónde me vas a llevar? —me preguntó de pronto—. Soy de gustos

caros, te lo advierto. Y mis expectativas son muy altas. Imagino que me abrirás la puerta y le dirás al camarero que descorche la mejor botella de vino para celebrar nuestra recién estrenada amistad.

—¡Tú flipas! —me partí de risa.

Él me tiró arena, y yo le manché los zapatos. Parecíamos unos críos.

—Sería bonito. Teresa y Héctor, novios ficticios y amigos con una causa en común: dejar de fumar. Esto se merece celebrarlo como es debido.

—Te voy a llevar al McDonald.

—Eres una roñosa.

Y así seguimos, medio discutiendo medio bromeando hasta que la noche nos cayó encima. Héctor tenía razón: enterrar aquella piedra había sido una gran idea. Lo de nuestra amistad, por el contrario, todavía tenía que digerirlo.

15. New Look

Lo peor de tener a alguien entre ceja y ceja es cuando ese alguien no es consciente de tu animadversión, y encima hace todo lo posible por llevarse bien contigo. Eso mismo me sucedía con Stella, que se esforzaba en caermee bien y era muy amable, hasta el punto de empezar a hacerme sentir culpable. Al principio la había visto como la rival a batir. El daño colateral de conquistar a Javi, y la guiri neoyorquina que tenía pocas neuronas. Pero debía admitir que además de trabajadora, la pobre ponía todo su empeño para que nos llevásemos bien. Así que ahora me hallaba en una encrucijada, debatiéndome entre mis sentimientos y el repentino ataque de conciencia.

Cuando cerramos la cafetería, Nati se largó con un chico al que había atendido y con el que llevaba coqueteando toda la tarde. Me alegré por ella y por su estilo de viva la vida, y deseé tener la mitad de confianza en mí misma que desprendía mi amiga. Cuando me miré en el minúsculo espejo del cuarto de baño, observé mis rasgos y puse mala cara. Tenía los ojos grandes y oscuros y una piel tostada por el sol, pero no me veía nada especial. Un pelo enmarañado y unos rasgos bastante corrientes. ¿Cómo iba a competir contra aquella barbie de melena sedosa y dorada, metro ochenta y ojazos azules? ¡Era imposible!

—Estarías muy guapa con un *new look* —me sorprendió Stella.

—Solo... me estaba mirando... —murmuré, sintiéndome poca cosa al lado de aquella diosa de Victoria's Secrets.

—¡Yo trabajé de *hairdresser* hace unos años! Déjame que te haga un... —buscó la palabra adecuada durante un buen rato, hasta que se le iluminó la expresión—. ¡*makeover*!

—¿Un cambio de imagen? —me eché a reír—. ¡A este pelo no lo doma ni Llongueras!

—¡Qué sí, yo hacer magia! —insistió entusiasmada.

Desapareció camino del almacén, donde había guardado su bolso, y regresó con un maletín de color fucsia. Cuando lo abrió, me mostró todo un arsenal de

peluquería: unas tijeras, una plancha, unas tenacillas, varios tintes, bigudíes... la tía iba bastante preparada.

—¿Por qué llevas todo eso en el bolso? Debe pesarte una barbaridad — comenté extrañada.

Ella sonrió con timidez.

—Me dedicaba a ello hasta que la empresa de mi madre... *how can I say it in spanish?*

—¿Cerró? —sugerí.

—*Yes!* La peluquería de *my mon* cerró, y yo tuve que trabajar como camarera. A veces le cambio el look a la gente, ¡me encanta! Y tu pelo es precioso. Desde que te conocí quise cambiarte el look, pero me daba... ah, *It is very shameful!*

Con mi escaso dominio del inglés, intuí que quería decir que le había dado vergüenza pedírmelo. Observé mis mechones enredados y solté una carcajada. ¡Pero si aquella maraña era un despropósito!

—Mi pelo es un asco, Stella. Gracias por intentarlo, pero no hace falta. Cada vez que voy a la peluquería salgo llorando por el resultado.

Esa era una de las razones por las que siempre lo llevaba atado. Para mi asombro, Stella corrió hacia mí y comenzó a soltarme el pelo.

—No te sacas partido, *honey*. Déjame hacer mi magia, *please!*

—Pero...

—El pelo crece. *Whats the problem?* —intentó convencerme.

Me encogí de hombros. Tenía razón. No es que tuviera nada que perder, y ella estaba tan ilusionada sacando utensilios del maletín que la dejé estar. Después de lavarme el cabello como pudo en el lavabo, solté un alarido al ver el largo mechón que caía al suelo. ¡No podría hacerme una coleta si me lo cortaba tanto!

—*Relax... honey*. Sé lo que hago.

Stella le dio la vuelta a la silla y me puso de cara contra la pared. Para que así no viera aquel desastre, supuse. Noté que el pelo no me tocaba los hombros y comencé a agobiarme. Luego me tiñó algunos mechones y me temí lo peor. Jamás me había atrevido a colorearme el pelo porque lo tenía muy oscuro. Ya podía imaginarme

el resultado horroroso que iba a salir de allí. Aquello me pasaba por confiar en Stella y sus supuestas dotes de peluquera. Cuando me secó el pelo, terminó peinándomelo con los dedos y me dio una palmadita en el hombro.

—*It's done!* —exclamó satisfecha.

Me puse de pie e inspiré para hacerme a la idea de que no iba a gustarme. Hasta que encontré a alguien completamente distinta delante del espejo. Me acaricié el pelo, maravillada por el resultado mientras Stella me guiñaba un ojo. Me había hecho un corte bastante favorecedor por encima de los hombros. Una especie de melena afro que me llegaba hasta la barbilla, potenciaba mis rasgos y me hacía lucir más joven. Las puntas tenían destellos dorados que parecían decolorados por el sol. ¡Me encantaba!

—Está super suave... ¿Qué me has echado? —pregunté fascinada.

Me ofreció un bote redondo que olía de maravilla.

—Es una crema de peinado especial para tu tipo de cabello. Te la echas con el pelo húmedo y... *voilà*, magia! —tiró de uno de mis rizos y soltó una risilla—. Te dije que estaba desaprovechado, ¡ahora te hace justicia!

Di una vuelta sobre mí misma, encantada de la vida con mi nuevo aspecto. Nunca me atrevía a dejarme el pelo suelto porque se me encrespaba, pero las manos de Stella habían obrado un milagro. No solo me veía favorecida, sino que por primera vez en mi vida me sentí... guapa.

—Gracias... —mi voz tembló un poco a causa de la emoción y la culpabilidad. Vaya tela, ¡y yo quería quitarle el novio! Era la persona más horrible del mundo—. No sé qué decir... ¿cuánto te debo?

Hice el amago de sacar mi cartera, pero ella me miró horrorizada.

—¡No, las amigas no pagan! Tú me has dado trabajo, eres buena conmigo... ha sido un favor.

Me mordí el labio, apesadumbrada por una verdad que ella desconocía. Hasta ese momento, la había tratado fatal y había urdido un plan para alejarla de Javi. Lo vi con claridad: no me lo merecía, era lo peor.

—¿Hola? —la voz de Javi me sacó del trance.

Sin esperármelo, Stella me dio un empujón para sacarme del cuarto de baño.

Cuando Javi me vio, abrió mucho los ojos y su boca formó una o. Me contempló embelesado y yo forcé una sonrisa incómoda. Nunca me había mirado como un hombre a una mujer, pero en ese instante sí que vi el deseo en sus ojos. Y contra todo pronóstico, me sentí fatal.

—¿A qué está guapa? —le dijo ilusionada Stella, que estaba detrás de mí.

Javi asintió como un bobo.

—Pues... sí, muy guapa.

Me sonrojé por el cumplido y abracé agradecida a Stella.

—Ha sido gracias a ella, ¡es una artista! —la halagué.

De repente, que Javi me mirase así delante de su novia no me hizo ni pizca de gracia. Yo no era la clase de persona que disfrutaba quitándole el novio a otra mujer. Sobre todo, a una que no tenía un ápice de maldad. Stella desprendía una inocencia y un candor natural, ahora lo veía. ¡Menos mal que estaba a tiempo de recular de aquel plan tan ridículo!

—La que es guapa, es guapa —determinó Javi.

—Yes! Y ahora está bellísima —insistió Stella.

Me sentí tan incómoda que no supe a dónde mirar. Así que me limité a despedirme de ellos mientras me dirigía hacia la puerta. Antes de que pudiera salir, mi amigo me cortó el paso y me tiró de uno de los rizos.

—Estás muy guapa, de verdad.

—Anda ya —le resté importancia.

Javi ladeó la cabeza y me miró de forma extraña, no sabría decir cómo. Comencé a retorcerme las manos, achacando mi nerviosismo al hecho de que su novia estaba detrás nuestra sin ser consciente de la tensión sexual que flotaba entre nosotros.

—Oye, ¿cuándo vas a presentarme a tu novio como es debido? Podríamos quedar este sábado los cuatro —sugirió Javi, al que de pronto aquello le parecía una gran idea.

Dios, no. No podía hacerlo. Si de repente Javi estaba interesado en mí, primero tenía que cortar con su novia. Aquel juego había ido demasiado lejos. No

podía hacerle eso a Stella, porque era caer demasiado bajo. Yo no era así, ¿por qué se me había ido la pinza de aquella manera?

¿Y ahora cómo sales de esta, Tessa?, me recriminé.

—Bueno... ya lo vamos viendo. Esta semana me viene fatal —intenté escaquearme.

Y la semana que viene era la boda de la hermana de Héctor, a la que había prometido acompañarle. Cuando volviera, me inventaría que habíamos cortado y acabaría con aquella locura. Y si Javi estaba tan interesado en mí como aparentaba, que hiciese las cosas bien con Stella. Yo no quería ser la culpable ni jugar sucio.

—¿Este sábado? —insistió él.

—¡Sí, este sábado! ¡Cena de parejitas! —gritó encantada Stella.

—Pues... es que no sé si voy a poder. Héctor está muy liado con el trabajo.

Javi asintió de mala gana.

—¡Hablamos otro día, que tengo prisa! —me despedí, para que así no siguiera perseverando.

Cuando llegué al portal, supe que debía hablar seriamente con Héctor. Sabía que él me entendería, porque no pensaba dejarlo tirado. Fingiríamos durante un par de semanas más hasta que llegase la boda de su hermana, y cuando regresáramos, lo haríamos como dos personas solteras. Él volvería a su vida de libertino, y yo... seguiría hecha un lío, como llevaba toda la vida.

16. Tana la emprendedora, *Guccinator* y Zipi y Zape

Antes de hablar con Héctor, decidí pasar por casa para darme una ducha. En cuanto abrí la puerta, recibí un pelotazo en la frente y la vista se me nubló. Escuché unas carcajadas infantiles y unos pasos correteando por el pasillo.

—¡Salud a la tita Tessa!

—¡No es mi tía!

—¡Papá me ha dicho que no es de la familia!

—¡No digáis tonterías! —los cortó la voz de mi hermana.

Llegué tambaleándome hacia el salón y me la encontré con gesto agotado tirada en el sofá. Trufa y Gucci estaban temblando en una esquina, mientras los mellizos endemoniados jugaban al fútbol y lo destrozaban todo. Observé la escena con tanta incredulidad que ni siquiera reaccioné.

—Uf... ¡qué extenuante es esto de ser canguro! Creo que me buscaré otro trabajo —murmuró con tono dramático mi hermana—. Resulta que papá no ve muy factible el proyecto de Perrilandia, así que se ha negado a financiarme. ¡Te lo puedes creer! Primero me dice que haga algo de provecho, y cuando decido ser una emprendedora va y me corta las alas. Así que me he dicho: ¡no necesitas su dinero, Tana! Si quieres algo, has de ir a por ello. Aunque te cueste sangre, sudor y lágrimas... será mejor que andar debiéndole favores a los demás. ¡Mi éxito me pertenece! Pero claro, no tengo ni un duro desde que ese tirano ha cancelado todas mis tarjetas de crédito, ¡el padre del siglo! Por lo tanto, estaba buscando fuentes de ingreso y he recordado que este par de angelitos necesitaban una canguro. Pero uf... creo que esto no es lo mío. Para los niños hay que tener una paciencia de la que yo no dispongo, ¡qué infravalorada está la profesión de maestro, por cierto! ¡Con lo que tienen que aguantar! En fin, de los errores se aprende...

—Sácalos... de aquí... ya... —dije, respirando con dificultad.

La pelota se estrelló contra una bola de nieve que se hizo añicos contra el

suelo. Mierda, era el recuerdo que había traído Nati de su viaje a París. A ver cómo se lo explicaba ahora. Zipi y Zape me lanzaron una mirada maliciosa. Comencé a hiperventilar.

—Si eso te estaba diciendo, ¡qué no me escuchas! Ay... me duele tanto la cabeza... —se levantó con gran esfuerzo y puso cara de pena—. ¡Ahora entiendo el sufrimiento de la clase obrera! Esto de trabajar es tan agotador que... uy, creo que me ha dado fiebre. Cuidar de este par de angelitos tan traviosos ha podido conmigo. Pupu, ¿te quedas un ratito con ellos hasta que vengan los titos? Necesito echarme un rato o me va a estallar la cabeza...

—¡Sí, vamos, lo que faltaba! —estallé sin dar crédito. ¡Qué morro tenía mi hermana! —. No cuido ni un segundo de ellos. La última vez que los vi me encerraron en el baño.

Al recordarlo, ambos se partieron de risa. Los fulminé con la mirada.

—Ay... no seas así, ¡qué soy tu única hermana! Me encuentro fatal, ¡mira! —me obligó a colocarle una mano en la frente. Vaya, estaba ardiendo.

Resoplé.

—¿Cuándo vienen sus padres? —cedí de mala gana.

—Dentro de treinta minutos.

Me giré hacia los niños con cara de pocos amigos.

—¡Os quiero sentados en el sofá y sin armar jaleo! —luego me volví hacia mi hermana—. Y tú acuéstate. Cómo se nota que no estás acostumbrada a doblar la espalda...

—¡Gracias, pupu! ¡Eres la mejor! —se fue arrastrando hacia el dormitorio—. ¡Y saca a Gucci con Trufa! El pobre no ha salido en todo el día.

Antes de que pudiera negarme, ella se encerró en la habitación. Uf, encima me encasquetaba al perro. Borja y Lucas cuchichearon algo, así que los observé con atención. No iba a permitir que volvieran a liármela otra vez. Encendí la tele y los senté a cada uno en un extremo del sofá.

—A ver la tele. Y como se os ocurra armar jaleo, os prometo que seré yo quien os encierre en el baño —les aseguré.

—Pues se lo digo a mi padre —me dijo Borja, con el mismo tono

impertinente que su progenitor.

—Uy, qué miedo me da Jesulín. ¡Mira cómo tiemblo! —genial, Teresa, poniéndote a la altura de un crío de ocho años.

Borja se puso tan colorado como un tomate.

—¿Cómo has llamado a mi padre?

Juro que se me había escapado. Ya tenía tan interiorizado aquel mote que ni siquiera me acordaba de que se llamaba Carlos.

—¿Yo? No he dicho nada —mentí.

—¡A por ella! —gritó Borja.

Antes de que pudiera verlos venir, los dos se abalanzaron sobre mí. Lucas me tiró del pelo y Borja me pegó una patada en la espinilla. Grité de dolor mientras trataba de quitármelos de encima. Entonces, Gucci comenzó a ladrar como si estuviera poseído y corrió hacia nosotros. Genial, el chihuahua asesino también me atacaría. Pero el pequeño Borja soltó un alarido y vi que Gucci se le había enganchado al brazo. Lo miré alucinada y se lo quité de encima. El perro me dio un lametón y lo dejé en el suelo. Antes de que pudiera asimilar lo sucedido, Borja comenzó a berrear.

—¡Me ha mordido, me duele! ¡Es culpa tuya!

—Sí, claro, ¡encima! A ver, déjame que te vea el brazo —le pedí.

Pero Borja echó a correr hacia la puerta y Lucas lo siguió. Asustada de que pudieran escaparse, los seguí hacia la entradilla del portal. Agarré a Lucas del jersey antes de que bajara las escaleras.

—¡Suelta a mi hermano, abusona! —me gritó furioso Borja.

—¡Estate quieto! —zarandeeé a Lucas—. Y tú, déjame que te vea el brazo.

—¡No me da la gana!

Lucas aprovechó mi momento de distracción para subirme la falda. Cuando intenté bajármela, Borja se agarró a mi pierna derecha como si fuera un mono. Todo sucedió en una fracción de segundo. El pequeño Borja se cayó al suelo, yo perdí el equilibrio y me despatarré. Entonces las puertas del ascensor se abrieron y Héctor nos miró sin dar crédito. La vista se le fue a mis piernas y asintió con aprobación. Cuando

me di cuenta de que se me veían las bragas, me apresuré a bajarme la falda. A él se le oscureció la mirada y a mí se me encendieron las mejillas.

—Eh... hola, ¿qué tal? —lo saludé, poniéndome todo lo seria que pude.

Él sonrió divertido y me tendió una mano. La acepté avergonzada y una corriente eléctrica me sacudió todo el cuerpo cuando nuestros dedos se rozaron.

—Los padres de estos dos angelitos los están esperando en el portal.

—¡Menos mal! —exclamé aliviada —vigílalos un segundo.

Corrí hacia mi apartamento y amarré a los perros. Cuando fui a coger a Gucci, lo miré desconcertada por su reacción. Le puse la correa y el perro se mostró bastante tranquilo. Así no tendría que entablar demasiada conversación con Jesulin y Diana cuando los viera, pues pondría la excusa de pasear a los perros.

Cuando pasé por el lado de Héctor, me susurró al oído:

—Bonitas piernas.

Me estremecí, no sé si por sus palabras o porque su respiración cálida me hizo cosquillas en la oreja.

—¡Qué se besen, qué se besen! —se burlaron los críos.

—Callaos ya —les ordené irritada. Me enjugué la voz y traté de no mirar a Héctor. Madre mía, todavía no me podía creer que me hubiera visto las bragas. Para colmo eran las de Hello Kitty. ¡Por qué no había podido llevar un conjunto de lencería sexy! —. Luego tengo que hablar contigo.

Aquel brillo pícaro le iluminó la mirada.

—Cuando quieras, de lo que quieras.

El pulso se me disparó cuando me monté en el ascensor. ¿Por qué tenía que otorgarle a todo un cariz tan oscuro y erótico? Ay... menos mal que dentro de poco dejaríamos de ser novios, ¡de buena me libraba!

La conversación con mis supuestos tíos, a los que me negaba a llamar así, fue tensa y breve. Creo que Carlos no me perdonaba el haberlo llamado en público Jesulin.

Me llevé a Trufa y Gucci a un parque cercano. Tuve que admitir que el

comportamiento del chihuahua me dejó patidifusa. Había intentado defenderme de los gemelos por alguna inexplicable razón. Quizá en su corazoncito, del tamaño de un quico, sentía cierto cariño por mí. Me agaché para hacerle una carantoña, y al ver que no me enseñaba los dientes, lo acaricié. Entrecerró los ojos de placer y se tumbó bocarriba para que le rascara la barriga. Ahora entendía por qué mi hermana adoraba a aquel bribón, ¡pero si era una monada!

—Al final nos vamos a hacer amigos... —le dije encantada. El perro me dio un lametazo—. ¡Eres un pequeño perro guardián! Como Terminator, pero en pequeñito. Te voy a llamar... ¡Guccinator!

Me reí por aquella ocurrencia.

Trufa correteaba a sus anchas por el parque, pero no me atrevía a soltar a Gucci por si no me obedecía. El chihuahua puso cara de pena, y de nuevo sentí que se parecía mucho a mi hermana. Con sus ojillos saltones, comenzó a lloriquear y suspiré.

—¡Vale, pero no te vayas muy lejos! —le desabroché la correa y me dio un lametazo en la mano.

No le quité la vista de encima. Me senté en un banco cercano, pero tuve que levantarme para recoger una caca de Trufa. Antes de agacharme, vigilé a Gucci, que estaba olfateando una farola. Me tapé la nariz con una mano mientras con la otra limpiaba la acera.

—¡Vas a tener que cambiar de pienso! —le dije a Trufa.

Tiré la bolsa a la papelera y le puse la correa. Entonces levanté la vista y no vi a Gucci por ninguna parte. *Tranquila*, me dije. No había pasado ni medio segundo, así que no había podido ir muy lejos.

—¡Gucciiiiiiiiiii! —lo llamé, recorriendo todo el parque.

Al ver que no venía, comencé a impacientarme.

—Bonito... no me asustes —supliqué, cada vez más pálida.

Lo busqué hasta debajo de las piedras. Ay... Dios... mío....

—¡Guuuuuuuucciiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! —chillé como una histérica.

El corazón me dio un vuelco.

No, no, no... eso no podía estar pasando. Estuve más de media hora buscándolo como una loca. ¿Dónde se podía haber metido? ¿Y si me lo habían robado en un descuido?

Cuando comprendí el alcance de la situación, comencé a marearme. ¡Había perdido a Gucci! Joder, mi hermana me iba a matar.

Regresé a mi apartamento con el corazón en un puño y la correa de Gucci en la mano. Estaba temblando y no me atreví a decírselo a Tana, así que acudí a la única persona que me pillaba cerca en ese momento: Héctor.

En cuanto me abrió la puerta, me lancé a sus brazos y lloré desconsolada. Él me miró sin entender y me pidió que me calmara. Intenté tranquilizarme mientras le contaba a trompicones lo que había sucedido. De repente, la puerta de al lado se abrió y mi hermana, en pijama y con los ojos inyectados en sangre, comenzó a chillar como una posesa.

—¿Has perdido a Gucci? ¿A mi bebé? —estuvo a punto de desmayarse, de no ser porque Héctor la cogió en brazos. Comenzó a berrear—. ¡Mi pobre Gucci! ¿Qué va a ser de él! ¿Y si venden sus organitos en el mercado negro? ¿Y si algún desalmado lo utiliza para ganar dinero? ¿Y si jamás vuelvo a verlo?

—Lo siento... —me disculpé compungida—. Lo he soltado un momento y cuando he querido darme cuenta...

Mi hermana se zafó de los brazos de Héctor y se abalanzó hacia mí, pero él la detuvo.

—¿Lo has soltado? ¡Cómo se te ha ocurrido! ¡Eres lo peor! No me extraña que no tengas hijos si no sabes cuidar de mi pobre perrito, ¡Porque eres un desastre! ¡Inconsciente! —me chilló fuera de sí.

Fue como si me golpearan. Tana se quedó callada de golpe. Yo me limité a meter a Trufa dentro y bajé las escaleras de dos en dos. Tenía razón, ni siquiera había sido capaz de proteger a Gucci. Era un completo desastre. Mi noviazgo para darle celos a Javi, mi incapacidad para contener a dos niños, todas mis relaciones... mi vida entera era un puñetero caos.

—¡Teresa, espera!

Héctor me alcanzó antes de que la puerta del portal se cerrara.

—Voy a buscar a Gucci... espero que no ande muy lejos... —musité, con voz temblorosa.

—Tranquila, lo encontraremos. Nos dividiremos para buscarlo.

Lo miré agradecida. Cuando mi hermana salió a la calle en pijama, apartamos las miradas. Ella pasó por delante de mí y comenzó a gritar el nombre del chihuahua. Yo hice lo mismo.

Lo busqué por todas partes. Regresé al parque y le pregunté a la gente con la que me cruzaba. Si Gucci desaparecía, no importaba la reacción de mi hermana, porque yo no me lo perdonaría. Había sido culpa mía, por ser una inconsciente. Todo lo hacía igual. Actuaba sin medir las consecuencias. Así me iba.

—¡Teresa! —me llamó Héctor a lo lejos.

Cuando vi que llevaba un bulto en los brazos, corrí hacia él llorando de alegría. ¡Gucci estaba sano y salvo!

—¡Gracias, gracias, gracias! —lo abracé aliviada.

Me embriagué de su olor y de aquel calor que siempre desprendía. Entre medio de nosotros, Gucci ladró incómodo. Al ver que el abrazo duraba más de lo normal, me separé algo turbada.

—Estaba debajo de un coche, temblando y asustado —me explicó.

—Eres un bribón, por poco me da algo —le dije al perro.

Pero no pude enfadarme con él. Estaba tan contenta de que no le hubiera pasado nada que la tensión que llevaba acumulada comenzó a evaporarse. De pronto, Héctor me miró a la cara de una manera extraña.

—Te has cortado el pelo.

—Ah... sí —respondí, y tuve la absurda esperanza de que le gustara.

Alargó una mano, y cuando creí que me tiraría de un rizo, como había hecho Javi, enterró la mano en mi pelo y me quedé sin respiración. Fue una caricia desconcertante... íntima... provocadora.

—Es la primera vez que te veo el pelo suelto. Me gusta cómo te queda. Deberías llevarlo siempre así. Algo tan bonito no debería estar escondido. Eso es

hacer trampa —me dijo con voz grave.

Me estremecí. Por el tacto de su mano contra mi mejilla, por sus palabras... por todo.

—¿Hacer trampa? —musité desconcertada.

—Fingir que eres menos de lo que eres en realidad. Te dije que eras una incógnita, Teresa. ¿Por qué te ocultas?

¿Yo, una incógnita? Era simple y aburrida. Una chica del montón. Él salía con mujeres más espectaculares y que me daban cien vueltas. ¿Por qué me miraba así? Lo peor fue ser consciente de que me gustaba. Que bajo aquella mirada oscura y penetrante me sentía... hermosa.

—¡Gucci! —la voz de Tana nos separó.

Llegó hasta nosotros y le arrebató el perro a Héctor de los brazos. Lo estrujó contra su pecho y lloriqueó de felicidad.

—¡Ay, menos mal! ¡Pensé que nunca más volvería a verte! Mi adorable bolita de pelo, ¡no lo habría soportado!

Caminamos en silencio hacia el portal. Cuando Tana entró, Héctor y yo nos quedamos rezagados y ella nos sujetó la puerta.

—¿Entráis?

—Ahora vamos —le respondió Héctor.

Ella entornó los ojos y supuso que éramos una pareja que buscaba un momento de intimidad. En cuanto nos quedamos a solas, Héctor fue el primero en hablar.

—Sabes que lo que ha dicho tu hermana era fruto de la desesperación, ¿no?

No quería hablar de ese tema. Las palabras de Tana me habían dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir delante de él.

—Sí... claro, ha sido una tontería. No se lo tengo en cuenta. De verdad, gracias por ayudarme a buscar a Gucci.

—No ha sido nada. Es lo que hacen los amigos... y los novios ficticios —bromeó.

Sonreí con debilidad.

—Sí, es parte del contrato, supongo.

—¿De qué querías hablar seriamente conmigo? —se interesó.

—Pues... mejor lo hablamos mañana, ¿vale? Hoy ha sido un día un poco raro y prefiero dejarlo estar.

—Como quieras.

Nos metimos en el portal y fuimos hacia el ascensor. Noté que me miraba de reojo y sonreía.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Tienes cierto aire a la protagonista de Flashdance.

Arrugué la frente.

—¿Qué pasa? Es uno de mis mitos eróticos de la adolescencia —dijo, al ver mi cara de desconcierto.

Antes de que pudiera asimilar aquella confesión, me tiró de un rizo. Las puertas del ascensor se cerraron y tuve la impresión de que el ambiente se había enrarecido. Conté los segundos que quedaban para salir de allí.

—Prométeme que llevarás el pelo suelto para la boda de mi hermana.

—No sé, ¿qué más te da?

—Porque estás preciosa y deberías dejar que todos lo vieran —respondió con naturalidad.

Cuando las puertas se abrieron, me quedé paralizada por el impacto de sus palabras. Era el mejor cumplido que me habían hecho en la vida. Mi corazón palpitó ilusionado y salí de allí como en una nube.

—Buenas noches, Teresa.

—Buenas noches, Héctor —me despedí de él.

17. Para qué mentir

Después de lo que me dijo mi hermana, me esforcé en evitarla a toda costa. Sus palabras me habían dolido tanto que no era capaz de mirarla a la cara. Cuando se enfadaba, Tana podía llegar a ser muy cruel. Y sabía que el tema de los niños era algo que a mí me escocía bastante. Porque siempre había querido ser madre, encontrar al hombre adecuado y formar una familia. Y a mis treinta años, me veía más perdida que nunca. Si encima la gente de tu entorno se empeña en restregártelo, ahí tienes el quid de la cuestión.

No solo se trataba de la maternidad, sino de los sueños que me había prometido cuando era una niña. Quizá las películas Disney me habían hecho mucho daño, pues era una idealista sin remedio. Quería a mi príncipe, mi casa propia y una familia en la que encajara de verdad. No sentir que iba rogando un cariño que no me pertenecía. No verme obligada a compartir domingos con gente que no me apreciaba de verdad.

Cuando Javi me envió un mensaje, lo leí sin ganas y decidí que le respondería al día siguiente. Insistía en la cena de parejas, no sé qué mosca le había picado. No tenía tiempo para nadie, ni siquiera para él. Quería regocijarme en mi dolor y buscar las respuestas en el fondo de mi alma. Descubrir por qué me dolía tanto no ser lo que los demás esperaban de mí. Buscar lo que fallaba en mí para entender por qué todas mis relaciones habían fracasado.

Era mala en la cama, eso lo tenía muy claro. No había tenido un orgasmo con ninguno de los tres hombres con los que me había acostado. Era frustrante admitirlo para ti misma, pero no me atrevía a hablarlo con Nati, que me contaba sus batallitas sexuales con orgullo. Me veía a mí misma como una inútil y entendía que mis ex habían buscado en otra parte lo que yo no sabía darles.

Dios, qué patético. Pero en fin, esa era la verdad. Cuanto antes la asimilara, antes dejaría de leer testimonios de mujeres a las que les sucedía lo mismo. Incluso Pedro llegó a decirme que era una frígida sin remedio. Y yo lo interioricé tanto que allí estaba, pegando la oreja contra la pared por si escuchaba a Héctor follarse a otra. Quizá un día me atreviera a preguntarle qué tan bueno era prodigando placer.

Sí, vamos, lo que faltaba. Pedirle un orgasmo. Venga, hasta luego.

Tana llamó a la puerta de mi habitación. Me tapé con la manta hasta la cabeza y cerré los ojos. No quería hablar con nadie, y menos con ella.

—Tessa, ¿puedo pasar?

Silencio. Volvió a llamar. No era de las que pillaba las indirectas.

—Tessa, quiero hablar contigo. Lo que dije antes fue... —su voz sonó apagada—. Estaba nerviosa, pero te juro que no pensaba lo que salió de mi boca. Por favor, déjame que te lo explique.

—Déjame en paz, Tana —gruñí malhumorada.

No quería saber nada de ella. Había sido como si me echara alcohol en una herida abierta. La oí resoplar, y cuando pensé que ya se había dado por vencida, abrió la puerta de par en par y entró sin pedir permiso. Le lancé una mirada llameante.

—Te he dicho que me dejes en paz —le espeté.

—Sí, pero yo no puedo irme a la cama con esta sensación... —musitó acongojada, y se sentó en el borde de la cama.

No estaba acostumbrada a ver a mi hermana así de deshecha, pero no permití que me impresionara. Estaba harta de dejarme manipular por ella. Tana siempre conseguía lo que quería, ¿por qué no aprendía de ella?

—Ah, así que yo tengo que tragarme tus disculpas solo porque la señorita no se puede ir a la cama sintiéndose culpable —ironicé, con la voz bullendo de rabia—. Pues sabes qué, me trae sin cuidado. Métete tus disculpas por donde te quepan, porque no las necesito.

—¡Me he equivocado! ¿Vale? —exclamó desesperada, y rompió a llorar—. Me comporté como una histérica porque pensé que no volvería a ver a Gucci. Tú no lo entiendes, ¡es el único que me quiere de manera incondicional! Nunca encontraré un amor como el suyo y no... no sabría qué hacer sin él.

—Oh... por favor... —puse los ojos en blanco—. Eres la niña mimada de Adolfo y mamá. En la familia todos te tienen en un pedestal y nadie se atreve a llevarte la contraria, ¿de qué estás hablando? Eres una teatrera.

Ella me miró desconsolada y comenzó a temblar. Parecía una chiquilla asustada que buscaba comprensión.

—¡Tú no lo entiendes, Tessa! Todos me tratan como si fuera tonta, ¿o te crees que no me doy cuenta? Nadie me lleva la contraria porque mi opinión les resulta ridícula. ¿O acaso no te diste cuenta del tonito sabiondo que utilizó Jesulín conmigo? Uy... Carlos —se disculpó, y ambas sonreímos por el recuerdo—. Puede que no lo sepas porque apenas andas por casa... pero a menudo me siento ninguneada por ellos. Es muy triste darte cuenta de que todos te ven como la cría estúpida a la que hay que sobreproteger porque no sabe hacer nada por sí misma.

La miré sin dar crédito a lo que oía. No tenía ni idea de que mi hermana se sintiera así de frustrada. Para mí era la niña adorada de la familia, pero en el fondo tenía razón. Sus comentarios no eran tenidos en cuenta y todos la veíamos como una niña superficial y boba.

—A veces me das mucha envidia, Tessa —la miré con los ojos abiertos de par en par, y ella asintió muy seria al ver mi expresión desconcertada—. Sí, no pongas esa cara. Tú te fuiste de allí sin aceptar la ayuda de nadie, has montado un negocio con tu mejor amiga y sobrevives sin mendigar el dinero de papá. Yo... yo nunca me ganaré su admiración como lo has hecho tú. Eres su ojito derecho.

—Tana, eso no es...

—¡Es la pura verdad! Deberías haberlo visto hecho una furia cuando Carlos y Bruno se burlaron de ti. Los puso en su lugar y les advirtió que no iba a tolerar más faltas de respeto hacia su hija mayor. ¿Por qué no te das cuenta de que te tiene en un pedestal?

—Porque no es... —balbuceé, sin atreverme a aceptar aquella versión de los hechos.

—Y claro, esa es la razón por la que Diana, Carlos y Bruno te tienen tanta manía. Que en el fondo es envidia, aunque creí que era tan evidente que tú ya lo sabías. Ellos siempre van mendigando el dinero de papá cuando las cosas les salen mal o sus negocios se van a pique. Pero tú no, porque eres demasiado orgullosa para aceptar su ayuda. Así que él siempre me lo echa en cara: “deberías parecerte más a tu hermana, que sabe sacarse ella solita las castañas del fuego. ¡Tessa es fuerte, independiente y blablabla!”

—No... yo no lo veo así... quiero decir... ya sabes... que soy una intrusa en esa familia —musité, con la cabeza gacha.

A Tana se le encendió el rostro. Era la viva imagen de la ira.

—¿Pero tú de qué vas? ¿Acaso no eres mi hermana? ¿Acaso no tenemos la misma madre? ¿Acaso papá no te ha tratado siempre como una hija? —me recriminó disgustada—. Cuando me fui de casa acudí a ti porque eres mi hermana mayor, ¿cómo puedes decir que no eres de la familia? ¿Me estás tomando el pelo?

—Tana... eso no es... —intenté tocarla, pero ella se apartó dolida—. Tú y yo sí que somos familia. Me refiero al resto. A todos esos hipócritas.

—¡Pues son tu familia, te guste o no! Ya sé que la familia no se elige y todo eso... pero tal vez deberías empezar a sopesar la idea de que la abuela y los demás no te ofrecen su cariño porque tú siempre lo andas rechazando. No son perfectos, pero tú tampoco lo eres.

—Cayetana no me soporta, siempre anda criticándome. Y el otro día me atropelló con su silla de ruedas.

—Lo que tú digas —masculló de brazos cruzados—. De todos modos, no voy a cambiar nada de lo que sientes con unas palabras. He venido a pedirte perdón de corazón, ¿lo aceptas o no?

Ya no estaba enfadada con ella. Al menos, no por lo que me había dicho antes. Ahora me sentía demasiado aturdida como para asimilar su opinión. Porque era su opinión, no la mía. Mi cabeza ya estaba tratando de buscar una salida: *no le echas cuenta, ellos no te quieren, tú llevas la razón...*

—Sí, te perdono. Pero no vuelvas a sacar ese tema —le pedí con voz queda—. Me frustra mucho, creí que ya lo sabías.

Ella volvió a sentarse y me cogió la mano.

—Lo dije por decir... en serio. No lo pienso de verdad. ¡Mírate, eres una triunfadora! Tienes un negocio propio, eres independiente, tienes un novio que es guapísimo y te trata fenomenal... —enumeró ilusionada.

Se me escapó una risa vacía. ¿Para qué seguir fingiendo? Decidí ser sincera con ella, pues no soportaba más continuar con aquella mentira.

—Héctor no es mi novio —respondí en un susurro.

—¡No! —se le descompuso la expresión—. ¿Habéis roto? Ay, ¡cuánto lo siento! Pero... ¿cuándo ha sido? ¿Estás bien?

Cuando fue a abrazarme, puse las manos en alto y suspiré. Eso me pasaba por fingir ser quien no era.

—Tana... Héctor no ha sido mi novio. Fingimos ser pareja porque quería poner celoso a Javi. Esperaba que él reaccionara cuando nos viera juntos...

Le hice un breve resumen de la situación, y ella me escuchó sin pestañear. Su expresión fue inescrutable, así que me costó vislumbrar lo que estaba pensando. Probablemente que lo mío era un caso perdido.

—Así que sí, sigo siendo un desastre. He estado saliendo con el vecino de al lado para darle celos a un hombre que pasa de mí. O que pasaba de mí, porque ya no tengo nada claro...

—Vaya... no sé qué decir... —murmuró desconcertada.

—Pues qué vas a decir, que soy un desastre.

—A ver... es que pensaba que lo vuestro era real. No sé... os veía muy compenetrados. Y después de lo que sucedió en casa de papá, él se comportó de una forma tan protectora contigo que... que pensé que estaba loco por ti. Oye, ¿estás segura de que no sientes nada por él?

Me enfrenté a aquella pregunta y para mi consternación no lo tuve del todo claro. Se me aceleraba el corazón cada vez que me tocaba, y admitía que me sentía muy atraída por él. Y luego estaba aquella parte tan desconcertante que él se empeñaba en ocultar.

—Pues... Héctor es muy atractivo... y tengo ojos en la cara... ¡pero cualquier mujer se sentiría tentada con alguien así!

—No te estoy preguntando eso, hermanita. ¿Por qué no admites la verdad? Que te gusta, y punto.

—¡Porque me gusta Javi!

—Te pueden gustar dos personas a la vez —me corrigió.

—¡No! O sea... —murmuré agobiada—. Héctor no es mi tipo, de verdad. Un segundo, ¿qué es lo que pasó cuando me fui al baño? ¿Por qué dices que se comportó de manera muy protectora?

—Porque lo hizo —me explicó emocionada—. Les dijo a Carlos y a Bruno, sin despeinarse, que eres una mujer maravillosa y que no necesitabas cumplir sus

expectativas. Que se metieran en sus asuntos y se ocuparan de sus vidas. Bua, ¡cómo disfruté! Luego estuvo hablando un rato con papá, pero no escuché nada, aunque intenté poner la oreja.

Noté que se me disparaba el pulso. No quise hacerme ilusiones, pero tal vez Tana tenía razón. ¿Y si entre nosotros había surgido la chispa? ¿Y si mi plan B se había convertido de repente en mi plan A?

No, no, no... me dije. Cálmate, no es posible. No puedes tener nada con Héctor. Ya sabes cómo es. ¿De verdad vas a dejar que te vuelvan a partir el corazón? ¿Es que no has tenido suficiente, hija mía?

—Somos amigos, seguro que lo hizo por eso —busqué un motivo.

—O puede que le gustes y no soportó que te menospreciaran. En serio, piensa en esa posibilidad —me alentó Tana—. Puede que te estés perdiendo al hombre correcto por ir detrás del hombre equivocado. ¿Y si él resulta ser el adecuado?

—Tú no lo conoces... es un mujeriego. No tengo ninguna posibilidad, ¡ni quiero tenerla!

Tana se dejó caer en el colchón con los brazos extendidos. Sonrió divertida y me miró de reojo.

—Estás hecha un lío.

—¡Tú me has hecho un lío! —le recriminé sofocada.

Lo que me faltaba, estar pillada por dos hombres a la vez. ¡Aquello era el colmo!

—¿Vas a ir a la boda de su hermana? —quiso saber.

—Por supuesto, se lo prometí.

—Bien... en las bodas todo se magnifica.

—Oh... no... ya sé por dónde vas. ¡Qué yo no quiero nada con él!

—Has puesto esa cara.

—¿Qué cara? —pregunté, y me la palpé por si me había salido un alíen.

—La de *me gusta, pero no soy suficiente buena para él*. Joder, Tessa, que nos conocemos. Siempre te estás haciendo de menos, pero no te has parado a pensar que a lo mejor él también siente lo mismo. Así que ve a la boda, pásatelo bien y olvídate de

tus dudas. Déjate llevar... y lo que deba ser será.

—Y me harán daño, como siempre —lamenté con voz temblorosa.

—Eso no lo sabes. ¿De qué serviría la vida si no corremos riesgos?

18. Nuestra primera discusión de pareja.

¿De que serviría la vida si no corremos riesgos?, me repetí esa pregunta un millón de veces antes de decidirme a llamar a la puerta de Héctor. Sabía que era una locura, pero cada vez lo tenía más claro: no podía ignorar mis sentimientos. Y él me gustaba. Quizá me había hecho ilusiones porque nunca me había visto en una situación así; recibiendo la atención de un hombre atractivo y seductor que me ponía cardiaca.

Pero también estaba Javi. Nuestra amistad, el beso en aquel portal, su reciente y extraño comportamiento... todos nuestros recuerdos.

No podía ser. Cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que aquello no iba a ninguna parte. Me había dejado llevar por los consejos de Tana, pero ¿qué sabía una cría de diecinueve años del amor? Fui a darme la vuelta con la intención de retroceder, pero entonces Héctor abrió la puerta y me pilló en el acto.

Maldición.

—No eres lo que se dice muy silenciosa. Llevo un rato viéndote por la mirilla —me explicó, para mayor bochorno—. ¿Entras o no?

Se apartó en una clara invitación. Observé el interior y dudé. ¿Qué hacía? Consciente de que estaba haciendo el ridículo, dije lo primero que se me ocurrió.

—He recordado que te debo una clase de repostería.

—Ajá, ¿y debo creerme que para eso has venido? —lo puso en duda, apoyado contra la pared.

—Pues... sí, ¿qué esperabas? —respondí nerviosa.

Se encogió de hombros y caminó hacia el salón, convencido de que lo seguiría. Observé su espalda ancha y el contorno de su cintura, que se estrechaba bajo aquella camiseta blanca que le sentaba tan bien. Cerré la puerta y fui tras él, a pesar de que una voz muy sabia me gritaba: ¡lárgate ahora que estás a tiempo!

—Que fueses sincera conmigo de una vez por todas —respondió a mi pregunta.

El pulso se me disparó. Joder, ¿tanto se me notaba? ¿Llevaba un cartel en la frente que decía que me gustaba?

—Esto... yo... —me retorcí las manos, incapaz de enfrentar aquel tema.

Entrecerró los ojos y me miró desconcertado.

—¿No decías que querías hablar conmigo? —me recordó—. El otro día me dijiste que no estabas de humor. Que ya lo hablaríamos hoy.

—¡Ah, sí! —respiré aliviada.

Uf, menos mal que se trataba de eso. Por un momento había temido que Héctor me arrancara la verdad: *estás buenísimo, hazme lo que quieras, soy toda tuya.*

—Sí... para eso he venido.

Sonrió de lado.

—Y para la clase de repostería —añadió con un brillo pícaro en los ojos.

—También.

Creo que estaba jugando conmigo. Otra vez. Notaba mi inquietud y el muy rufián disfrutaba de lo lindo poniéndome de los nervios. Inspiré y traté de tranquilizarme.

—Te escucho —se sentó en el borde de la mesa con los brazos cruzados. Noté como le subía el pecho. *Uhm... vaya bíceps. No, Teresa, ¡concéntrate!*

—Puede... que pienses que soy la persona más voluble del mundo por lo que voy a decir... —empecé.

—Ya lo pienso.

Lo ignoré.

—Pero... las cosas han cambiado, Héctor.

Se tensó.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que me siento muy culpable por intentar darle celos a Javi —le confesé con pudor—. Stella no se lo merece. Ahora la conozco más, y es una chica con muy buen fondo. No sería justo que yo le hiciera eso.

—En todo caso la estaría traicionando su novio, no tú —me corrigió.

—Pues no me siento bien actuando así.

—Era de esperar.

Enarqué las cejas.

—¿Cómo dices?

—Que te echarías atrás. Lo vi venir. Tu ataque de conciencia llegaría tarde o temprano, ¿estás segura? —quiso saber. Hubo un tono oscuro en sus palabras, como si quisiera preguntar algo más pero no se atreviera a formular la pregunta.

—Sí... supongo que sí. Pero lo de acompañarte a la boda de tu hermana sigue en pie, evidentemente. Te lo prometí y soy una persona de palabra.

No movió ni un músculo. Se limitó a mirarme con expresión inescrutable mientras yo me preguntaba qué le estaría pasando por la cabeza.

—Si tú quieres que vaya... claro... —musité.

—Quiero.

Una palabra que lejos de tranquilizarme me inquietó. Dios, en ocasiones podía ser la persona más hermética del mundo. Se levantó y me rozó el hombro cuando pasó por mi lado, en dirección a la cocina.

—Pero no me gustaría que fuese una obligación para ti. Si no te apetece, no hace falta que vengas. No me lo tomaré mal —me dijo.

Ah, conque era eso.

—Lo hago porque quiero —le aclaré.

Asintió con gesto adusto. No tenía ni idea de a qué venía aquel comportamiento tan desconcertante.

—¿Cuáles son tus nociones de repostería? —le pregunté, en un intento por distender la tensión que acababa de formarse entre nosotros.

—Prácticamente nulas. Me gusta cocinar, pero los dulces no son lo mío.

—Uhm... probaremos con algo que te sirva de base para futuras recetas. El típico bizcocho de yogur y una crema pastelera.

Fui trasteando por su cocina mientras sacaba todo lo necesario. Una vez tuve dispuestos los ingredientes y los utensilios, comencé a darle instrucciones. Héctor era bastante hábil y lo pillaba todo a la primera. El buen rollo regresó a nosotros y me complació que él volviera a tratarme como siempre.

—¿Es que ya no sientes nada por Javi? —me preguntó, mientras tamizaba la harina.

La pregunta me pilló desprevenida, ¿a qué había venido aquello? ¿Significaba lo que creía que significaba?

—Pues... es complicado. Una parte de mí sigue decepcionada con él porque regresara de su viaje con Stella, en vez de hablar conmigo sobre el beso que nos dimos. Otra me dice que quizá no se acuerde. Y... hay otra... que lleva imponiéndose desde hace unos días... —lo miré a los ojos en busca de su reacción—, que me dice que no debo forzar las cosas. Que lo que deba ser será. Alguien me dijo que debía quererme más a mí misma.

Sus ojos me traspasaron. Había fuego en ellos... y algo más.

—Un tipo sabio —concluyó.

Me mordí el labio. No había rastro del provocador nato. El seductor y bromista que me traía de cabeza. Era como si se lo hubiera tragado la tierra y en su lugar me hubiesen colocado delante a un hombre frío e inaccesible.

—Lo estás haciendo mal —le dije.

Me coloqué detrás de él y puse mi mano sobre la suya. Intenté ignorar lo que sentí. El calor abrasador, mi cuerpo pegado al suyo y acoplándose a cada uno de sus músculos. Su olor, que me volvía loca. La sensación avasalladora que se coló por los poros de mi piel. Puede que él notase cómo me temblaba la mano.

—Tienes que remover constantemente, pero de manera más suave. Con más... cariño —le expliqué.

Guie su mano en un recorrido circular. Mis pechos se apretaron contra su brazo y contuve un gemido. Él giró el rostro y me rozó la mejilla con la boca. Fue sin querer, pero me estremecí por completo. Sus ojos verdes se posaron un segundo en mi boca antes de mirarme a los ojos.

—¿Lo estoy haciendo bien? —me preguntó, y no supe a qué se refería exactamente.

Asentí y me aparté turbada. La cabeza me daba vueltas.

—¿Y ahora qué?

—Ahora... abres el horno y pinchas el bizcocho para comprobar que no está crudo. Luego dejamos reposar la crema pastelera sobre un bol y la cubrimos con film transparente hasta que se enfríe. El film debe estar en contacto con la crema, y si nos da tiempo te puedo enseñar a...

—Me refería a lo nuestro, Teresa.

El corazón me dio vuelco. ¿Lo nuestro? ¿Y qué era lo nuestro? Me puse a toquetear con nerviosismo la espátula, luego cogí la bayeta y limpié la encimera. Él me agarró la muñeca y me arrebató el trapo. Una calidez embriagadora se apoderó de mi cuerpo. Clavé la vista en los azulejos de la cocina.

—Ya lo limpio después —me dijo.

—Primera regla de la cocina: limpiar y cocinar a la vez. Hay que ser organizado —respondí con energía.

—Primera regla de las relaciones: definir en qué punto están dos personas. Porque si una de ellas siente algo distinto, podrían surgir malentendidos.

Me quedé en shock, sin saber si lo decía por mí o por él. Si iba por mí, mal íbamos. Si me estaba dando esperanzas... ya sentía mis pies despegándose del suelo.

—¿Y... en qué punto estás tú? —balbuceé asustada.

—Tu compañía me resulta más que agradable —dijo muy tranquilo, mirándome a los ojos de aquella forma tan íntima.

—Sí... esto... lo pasamos bien cuando estamos juntos, supongo... —balbuceé inquieta.

Ladeó la cabeza y su expresión se enfrió.

—¿Eso es todo lo que sientes? —exigió saber.

Me mordí el labio. No sabía si ser sincera. Si él simplemente estaba preocupado por mí, o si me estaba lanzando una indirecta. Estaba hecha un lío y me daba pánico meter la pata.

—Héctor... es complicado. Se suponía que iba a darle celos a Javi contigo. No esperaba... que tú y yo...

—¿Qué nosotros qué?

—Que nos hiciésemos tan... —*íntimos, que me gustases tanto, que me volvieses loca*—. Amigos.

—Amigos —repitió con sorna.

—Sí, no sé... amigos, supongo —repuse esquiva.

—Es difícil traspasar tus barreras, Teresa. Te empeñas en ocultarte y no sé qué pensar.

—¡Cómo si tú fueras transparente! —me quejé alucinada.

—La mayor parte del tiempo lo soy.

—No lo estás siendo ahora.

Héctor hundió un dedo en la crema pastelera y se lo llevó a la boca. Observé

el recorrido hasta que se perdió en sus labios y puso cara de placer.

—Eres un cochino, usa una cuchara —lo reprendí, pese a que el gesto me había excitado.

Héctor me machó la barbilla antes de que pudiera reaccionar. Se inclinó hacia mí y me quedé sin respiración, creyendo que me besaría. Entonces su boca se posó sobre mi piel y me lamió la crema. El roce de su lengua fue cálido y sexual. Dejé escapar el aire y noté que todo mi cuerpo palpitaba de emoción.

—Sabe mejor cuando está en tu piel —murmuró con voz ronca.

—¿A qué estás jugando? —repliqué conmocionada.

Sus ojos verdes encontraron los míos y me perdí en ese paraíso de esmeraldas y fuego.

—No lo sé.

—Pues si no lo sabes, estate quieto —le espeté alterada.

Apretó la mandíbula y se apartó de mí.

—Descuida, no volveré a tocarte.

—Como quieras, yo no te lo he pedido.

—Me dio la impresión de que te gustaba —me soltó con petulancia.

—Pues te equivocas. Para nada.

—Qué yo me lo creo... tiembles como un pajarillo cada vez que te toco. Estás deseando que dé el primer paso, pero no pienso hacerlo hasta que me lo supliques. Estoy cansado de que te hagas la digna.

¿Quéeeeeeeee?

Inflé las mejillas y me lo quedé mirando perpleja. La perplejidad dio paso a la ira, y de mi cuerpo se apoderó un temblor de lo más inoportuno, dadas sus palabras.

—¡Ja, qué cretino eres! Te crees que todas las mujeres están loquitas por ti y que se van a arrojar a tus brazos. Pues vas listo conmigo, chaval. No me interesas en absoluto.

—¿Me lo dices a mí, o intentas convencerte a ti misma?

—¡Se lo digo a tu ego, qué lo tienes así de grande! —separé los brazos todo lo

que pude.

Él se echó a reír, pero no fue una risa amigable.

—Voy al baño. Cuando venga, espero que seas más honesta.

—¡Cuándo vengas me habré ido! —le grité a su espalda.

—Seguirás aquí, porque tienes la absurda esperanza de que yo te suba a la encimera y te ponga las manos encima. Pero como ya te he dicho, me lo vas a pedir por favor.

Oí que cerraba la puerta mientras el pulso se me disparaba. Estaba furiosa e indignada. ¿Cómo se atrevía a hablarme así? ¿Es que ese hombre no tenía abuela? En cuanto regresara, haría que se tragara sus palabras. Se las metería por la garganta y le daría tal patada en el culo que el orgullo le saldría por la boca.

Qué tenía la absurda esperanza de que me pusiera las manos encima... buah, menudo creído. Que me lo dijese otra vez a la cara, que se iba a enterar.

Con los brazos en jarras, di vueltas por la cocina mientras vigilaba la puerta. El móvil de Héctor sonó y lo alcancé por pura inercia. Era un número largo, como de una cabina. Consciente de que no era asunto mío, fui a dejarlo donde estaba, pero descolgué sin querer.

—¿Héctor? —era una voz masculina.

Me llevé el teléfono a la oreja.

—No está, ¿le digo que le llame más tarde? —respondí.

—No... dile que volveré a llamarlo mañana. Y por favor, dile que su padre estaría encantado de que esa vez no le colgara. Estoy deseando hablar con mi hijo... hace tanto tiempo que no escuchó su voz...

Me quedé congelada. ¿Héctor no me había dicho que su padre estaba muerto?

—Yo... disculpe, no es asunto mío.

—Tienes razón, no quería ponerte en un compromiso. Mañana volveré a intentarlo, adiós.

Colgué el teléfono justo cuando Héctor apareció por la puerta. Se me quedó mirando extrañado y sentí que acababa de pillarme haciendo algo malo.

—Lo he descolgado sin querer —me disculpé.

Le devolví el teléfono.

—¿Quién era?

Pude decirle que eran los de la compañía de teléfono, que se habían equivocado o cualquier excusa... pero me moría de curiosidad. Y una parte de mí estaba molesta de que él me hubiera mentido. No se podía jugar con algo tan grave como el fallecimiento de un padre. ¿De qué iba?

—Era tu padre.

Se le cambió la expresión. Apretó los dientes y resopló por la nariz. Hubo una mezcla de consternación y rabia en su semblante.

—¿Qué te ha dicho? —exigió saber.

—Nada... que te llamaría mañana.

—No vuelvas a coger mi teléfono —me ordenó enfadado.

—Te he dicho que ha sido sin querer —me excusé molesta—. ¿Por qué me dijiste que tu padre estaba muerto?

—Eso no es asunto tuyo.

—Vale, no lo es. Pero fuiste tú quien me lo contó. Solo me parece... raro.

—Pues métete en tu vida y déjame en paz —me espetó con dureza—. Y si eso es todo lo que tienes que decirme, será mejor que te vayas.

Me quedé de piedra, hasta que mis piernas cobraron voluntad propia y me largué de allí echando chispas. Antes de cerrar la puerta, le grité a pleno pulmón:

—¡Pero me voy para no volver, qué te quede claro! —y cerré de un portazo.

Llegué hecha una furia a casa y todas lo notaron. Tana me miró con interés, y Nati con ese buen color que delataba que había follado. No dije nada; me limité a entrar en la cocina y prepararme un sándwich que me comí con expresión funesta sobre la barra americana.

—Intuyo que tu charla con Héctor no ha ido muy bien —supuso mi hermana.

—Es un creído insoportable. Un egocéntrico que pretende que bese el suelo por el que pisa —bufé—. Pues lo lleva claro, ¡paso de él!

—Te dije que eso no iba a ningún lugar. Sois muy diferentes —apuntó mi amiga, que se unió a la conversación.

—Hacen buena pareja, porque tú lo digas —la contradijo mi hermana.

Nati la miró de reojo y me hizo un gesto, así que asentí.

—Se lo he contado todo —le expliqué.

—¿Y dices que hacen buena pareja después de saber la verdad? Vives en los mundos de Yupi. ¡No! Vives en el mundo de Tana —se burló de ella Nati.

—Mejor vivir en mi mundo que ser como tú, una frívola que no cree en el amor. Tessa, no le hagas ni caso. Estoy convencida de que Héctor siente algo por ti.

—¡No le hagas ilusiones! —le recriminó Nati.

—¿Y por qué no? ¿Es que no merece encontrar a un hombre que la quiera después de todos esos fracasados con los que salió?

—Pues claro, y precisamente por eso no debería fijarse en Héctor. Le va a hacer daño. ¿No te ha contado que colecciona mujeres como si fueran cromos?

Tana no pareció demasiado afectada por esa revelación.

—Está soltero, puede hacer lo que le da la gana. Tú eres igual que él. ¿Qué pasaría si te enamoras de alguien y no te da una oportunidad porque eres una hombreriega?

—No estoy muy segura de que esa palabra exista, pero ¿sabes qué? Me conozco, y probablemente tendría razón. La cabra siempre tira al monte. Así que lo que debería hacer Tessa es pasar de Héctor, y de Javi... y aprender a estar sola, que tampoco es tan malo.

—Lo que tú digas... si estás amargada... se te nota a leguas. Estás soltera porque nadie te aguanta —murmuró por lo bajini Tana.

A Nati se le encendió el rostro.

—¡La que está sola porque nadie la aguanta eres tú! Yo soy soltera por elección.

—Ja, ja, ja.

Me terminé el sándwich de un bocado y arrastré los pies hacia mi habitación. Era como vivir en una casa de locos. Me tumbé bocarriba y deseé sucumbir al sueño

lo antes posible, pero los gritos se escuchaban desde allí y la cabeza me daba vueltas. Me preguntaba por qué Héctor me había mentido sobre un tema tan delicado. Y no podía olvidar que me había echado de su casa como si fuera un perro. No pensaba volver, eso lo tenía claro. Que se buscara a otra acompañante para la boda de su hermana, porque ya no podía contar conmigo. Y encima me había dicho en la cara, sin despeinarse, que sería yo quien le suplicaría que me pusiera las manos encima. Pero bueno, ¡habrase visto un tipo más prepotente!

De menuda me había librado... eso lo tenía bien claro. Puede que durante un tiempo —escaso, eso seguro—, echase de menos su tableta de chocolate, esos brazos acogedores que me habían abrazado más de una vez o su humor contagioso, pero era evidente que éramos incompatibles.

Javi me había escrito de nuevo. Su primer mensaje, en el que me decía que si podíamos quedar mañana, seguía sin contestar.

Javi: *oye, lo de quedar los cuatro sigue en pie. ¿Por qué me das evasivas? ¿No habrás cortado con Héctor? Si es así lo siento...*

Dudé que lo sintiera de verdad. En el fondo, me daba la sensación de que se alegraba cada vez que una de mis relaciones fracasaba. Era como si se sintiese aliviado de tenerme para él sola. Lo cual era absurdo, porque cuando ambos estábamos solteros se empeñaba en mantener las distancias.

Estaba a punto de contestarle cuando recibí un mensaje de Héctor. El móvil estuvo a punto de caérseme de las manos e hice malabarismos. Miré confundida la pantalla, ¿y ahora qué quería? Reconozco que la curiosidad le pudo a la rabia que sentía, y terminé sucumbiendo al interés que me produjo su inesperado mensaje. Y fue sorprendente, porque el suyo me produjo un cosquilleo en el estómago. Una emoción que el de Javi no había obrado en mí.

Héctor: *si lo de “irse para no volver” iba en serio, tengo varias cosas que decir al respecto. La primera es que después de pensarlo mucho (y soy de los que les cuesta reconocer cuando han metido la pata), quiero decirte que lo siento. Y la segunda es que soy lo suficiente sincero para admitir que me dolería perder lo que tenemos, sea lo que sea. Me gusta nuestra amistad, y albergo la esperanza de que sigas en mi vida cuando volvamos de la boda. Si tengo alguna oportunidad, me disculparé en persona como es debido. Sal a fumarte la pipa de la paz conmigo.*

Héctor: *por si no lo has pillado, la pipa de la paz es un cigarrillo (lo sé, he vuelto a recaer). Estoy en el balcón.*

Vale, reconozco que me ablandé un poco. Hasta que recordé lo borde que había sido conmigo y le respondí movida por el rencor.

Yo: *lo de irse para no volver iba en serio. La próxima vez mide mejor tus palabras. Primero te burlas de mí y te comportas como un cretino. Y luego me echas de tu casa de malos modos, cuando te repito que no me estaba metiendo en tus cosas (descolgué el teléfono por accidente). Así que si lo que te preocupa es que no te acompañe a la boda de tu hermana, será mejor que te busques a otra ??*

Héctor: *lo que me preocupa es perderte. Creí que lo había dejado claro en mi anterior mensaje.*

Se me hizo un nudo en el estómago. Por un instante vacilé y estuve a punto de correr hacia el balcón para que me lo dijese a la cara. Para que me repitiese, con aquella voz ronca y sensual, que no quería perderme.

Yo: *me dices lo que quiero oír. No voy a caer.*

Héctor: *te digo lo que siento.*

Men-ti-ro-so.

Vamos, Teresa, no te dejes engañar. ¿Qué no te quiere perder? Si chasquea los dedos tendrá a otra tonta a la que engañar.

Héctor: *y para que lo sepas, no me estaba burlando de ti cuando te dije que no volvería a tocarte a menos que tú me lo suplicaras. Prácticamente me trataste como si te estuviera acosando, ¿qué esperabas de mí?*

¿Esa era la impresión que le había dado? Vaya, se había tomado mi indecisión como un rechazo, nada más lejos de la realidad. Me moría de ganas de que me tocara, para qué engañarnos. De que me hiciera sentir lo mismo que a las mujeres al otro lado de la pared. De que me demostrara que yo también podía sentir placer y que no existía nada malo en mi cuerpo.

Yo: *no lo sé, me pones nerviosa.*

Vale, no debería haberme desnudado de aquella manera, pero ya estaba hecho. Me atuve a las consecuencias y esperé su respuesta, que tardó más de lo normal.

Héctor: *¿por qué?*

¿En serio me iba a obligar de decírselo a la cara? Porque estás como un tren, nunca he conocido a un hombre que me impresione tanto y a tu lado me siento pequeña.

Héctor: *dame tus motivos e intentaré no causarte esa impresión.*

No pensaba dárselos. Ya me había puesto demasiado en evidencia.

Héctor: *¿serviría de algo decirte que prefiero cambiar mi comportamiento antes que perderte? Venga ya, no me lo pongas más difícil.*

Héctor: *joder, Teresa, quiero volver a verte. Haré lo que sea. Si tengo que ir arrastrándome hacia tu puerta lo haré, ¿satisfecha?*

El pulso me palpité en las sienes. Estaba interesado en mí. Puede que no sintiera ni la mínima parte de atracción que yo sentía por él. Puede que solo quisiera llevarse a la cama a la única mujer que le había dicho que no. Pero me daba igual.

Dispuesta a darle mis motivos, me dirigí hacia el balcón. Esa conversación debía ser cara a cara.

19. Cara a cara

Nati y Tana ya habían dejado de discutir, pero me observaron con curiosidad en cuanto salí al balcón. Cerré la puerta para que no escucharan nada y ellas abrieron la boca sin dar crédito. Me miraron a través del cristal y llamaron a la puerta, pero sacudí la cabeza.

Héctor estaba apoyado en la barandilla y fumando. Aunque no me miró, supe que me había visto por la media sonrisa que asomó a sus labios.

—Esto de tener público te enfría bastante —dijo.

—No exhibas esa sonrisita triunfal. Aún no sé si te he perdonado.

Exhaló una larga bocanada de humo. Nati y Tana habían abierto un poco la puerta para escuchar mejor. Puse los ojos en blanco y me encaramé a la tapia. Héctor me miró divertido cuando aterricé en su balcón.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre.

—Cómo se nota que vives solo...

Me acerqué a él y le arrebaté el cigarro de la boca. Puso mala cara, pero no se lo devolví. Le di una larga calada antes de aplastarlo contra el suelo.

—¿Qué haces?

—Mirar por tu salud —respondí.

—¿Tanto te preocupa?

Me encogí de hombros.

—Me encariño rápido de la gente —le resté importancia.

—¿Incluso de los cretinos sin remedio?

—También, qué se le va a hacer.

—¡Hablad más alto! —pidieron al otro lado de la valla.

Héctor frunció el ceño. Suspiré y lo cogí de la mano. Lo llevé hasta el salón y cerré la puerta corredera para evitar que así pudieran oírnos.

—¿Lo he entendido mal, o ahora es la parte en la que me quito la ropa? —me provocó.

—Buscaba un poco de intimidad, ¿o a ti te gusta tener público?

—Depende de para qué.

—¿Lo ves? Haces eso todo el rato... —musité cortada.

Él me miró sin comprender, así que me senté en el sofá y tomé asiento a mi lado. No lo suficiente lejos que a mí me habría gustado. O quizá me gustaba demasiado tenerlo tan cerca, y eso era un peligro en sí.

—¿Hacer qué?

—Las indirectas... las provocaciones... los comentarios sexuales... —enumeré.

—Vaya... —pareció compungido—. Y yo que pensaba que lo que te ponía nerviosa era mi atractivo salvaje.

Solté una carcajada. Era imposible.

—No tienes remedio.

—Pero te he hecho reír —me señaló un hoyito de la barbilla y puso su dedo justo en el hueco—. Me gustan. No sé qué me gusta más, si el sonido de tu risa cuando soy yo quien la provocho o estos agujeritos tan adorables.

—Héctor... —le aparté la mano, confundida y acalorada. No podía mantener una conversación seria con él si se comportaba con ese descarado y me tocaba—. Deja de ser así.

—¿De ser como soy? Es un poco complicado lo que me pides.

—¿Eres así con todo el mundo? —quise saber.

Me miró a los ojos muy tranquilo.

—No, solo contigo.

Las mariposas volvieron a mi estómago. Me perdí en sus ojos verdes y navegué en un mar de confusión y deseo contenido. Fui a agachar la cabeza, pero él me sostuvo la barbilla.

—¿Qué es lo que te molesta de mí? ¿Mis provocaciones? Puedo cambiarlas, te lo prometo. Me costará domar al descarado que llevo dentro, pero por ti estoy

dispuesto a hacerlo.

—Ah, ¿sí? —mi voz tembló.

Asintió con los ojos clavados en mí. Dejó su mano sobre mi piel, y empecé a sentir un cosquilleo que me bajó hasta las piernas.

—Sí es lo que tú quieres, sí.

—¿Y si quisiera... otras cosas? —musité.

—Puede que quieras lo mismo que yo, Teresa —su voz fue envolvente, como una caricia larga.

—¿Y qué quieres tú? —me temí.

—Por el momento, que no salgas corriendo por esa puerta.

Eso era fácil; las piernas no me respondían.

—Luego, que me acompañes a la boda de mi hermana. Pero no por lo que estás pensando, sino porque me apetece ir con alguien que me gusta de verdad.

Que le gusta de verdad. Y ese alguien era yo. La cabeza me dio vueltas.

—¿Algo más? —titubeé.

—Sí, que le digas al idiota de tu amigo que no tiene ninguna oportunidad contigo. Porque tú eres demasiado buena para él, Teresa.

Sus palabras me impactaron tanto que no encontré mi voz para responderle. Héctor me miró muy sereno, a pesar de la emoción con la que había pronunciado aquellas palabras.

—¿Qué es lo que quieres tú de mí, Teresa? —me preguntó.

Lo miré a los ojos. Le miré la boca. Y aquella vez no dudé, porque lo tuve clarísimo.

—Que me beses.

Héctor bajó sus manos hacia mis hombros y me atrajo hacia él. Mi pulso se disparó cuando noté su respiración cálida. Cerré los ojos y deseé con toda mi fuerza aquel beso. Rozó su boca contra la mía y entreabrí los labios, dispuesta a sucumbir a él.

Entonces llamaron a la puerta.

20. Javi y Héctor.

Nos separamos de golpe. Ambos estábamos descolocados por la interrupción. Héctor se dirigió hacia la puerta mientras yo me miraba las manos. Madre mía, ¿en serio le había pedido un beso? Pero bueno, ¿hace unos minutos no me había jurado a mí misma que jamás le dirigiría la palabra? Y allí estaba, cumpliendo sus expectativas, porque Héctor me había soltado que no volvería a tocarme si yo no se lo pedía, y a mí me había faltado suplicar.

¡Argh! ¿Qué me pasaba cuando estaba con él? Necesita buscar mi dignidad, probablemente escondida en alguna parte, y ordenarle que se interpusiera entre Héctor y yo. Que ignorase sus abdominales, su apetitosa boca y sus ojazos verdes.

¿Por qué el tío más buenorro del mundo se había tenido que mudar al piso de al lado?

Escuché la voz de Javi y pensé que estaba soñando. Que lo de pedirle a Héctor un beso solo había sucedido en mi imaginación. Hasta que lo vi entrar acompañado de Stella. Unos pasos por detrás se encontraba Héctor, que parecía tan descolocado como yo por aquella visita.

—Eh... ¡hola! —los saludé.

—Pasábamos por aquí y decidimos hacerte una visita. Espero que no os moleste que nos presentemos sin avisar, pero como fuiste tú quien dijo de quedar, supuse que no te importaría —me dijo Javi.

Héctor me miró de reojo, pero no dijo nada. Supuse lo que debía estar pensando. Si hubiésemos estado a solas, le habría explicado que lo de la cena de parejitas me había parecido una idea fabulosa en un principio, cuando deseaba con toda mi alma darle celos a Javi. Pero ahora me resultaba tan ridículo como aquella visita forzada.

—Ha sido Nati quien me ha dicho que estabas aquí. Pero si os pillamos en mal momento, quedamos otro día... —se excusó mi amigo.

Miré a Héctor sin saber qué decir. Al fin y al cabo, aquella era su casa.

—Para nada, sentíos como en vuestra casa —estrechó la mano de Javi—.

Encantado de conocerte.

—Igualmente. Tessa apenas me ha hablado de ti. Tenía mucha curiosidad por conocerte —le dijo mi amigo.

El comentario sonó un poco ofensivo, pero supuse que Javi solo intentaba velar por mí. Lo había hecho siempre. No había nada raro en sus palabras, ¿o esa vez sí?

—Pues ya me conoces —respondió Héctor de manera inexpresiva, y luego se dirigió a Stella—. ¿Qué tal tu experiencia en España?

—¡Oh, me encanta este país! The sun, el mar... it's beautiful! —exclamó maravillada.

—¿De qué parte de Nueva York eres?

—De Brooklyn.

—Yo viví en Queens una temporada, cuando terminé la carrera y estuve haciendo prácticas con un programa para estudiantes extranjeros.

—¡Me críe en Queens!

—Como se suele decir; el mundo es un pañuelo.

—No entiendo —Stella soltó una risilla—. ¿Un pañuelo?

—Que es muy pequeño —le explicó él.

—Ah, ¡eso! Sí, un pañuelo. En inglés decimos: "It's a small Word!"

—Cuando vaya a la cafetería podrías hablarme un poco en inglés, que lo tengo bastante oxidado de no usarlo.

—Pero te cobrará el doble —ironizó Javi, que parecía molesto por alguna razón.

Lo miré con cara rara, y Héctor se limitó a ignorarlo. ¿A qué había venido aquella salida de tono?

—¿Pedimos algo de cenar? —sugerí, para distender la tensión que acababa de formarse.

—Please! Estoy hambrienta —suplicó Stella.

Mientras ordenaba por teléfono un par de pizzas, Héctor les ofreció algo de

beber. Cuando colgué fui a sentarme junto a Stella, pero Javi tomó asiento entre ambas. Héctor se sentó en la butaca y lo miró con cara de pocos amigos. No era para menos; se había presentado sin avisar y prácticamente se comportaba como si la casa fuera suya. Sabía de sobra que Javi estaba acostumbrado a ser el centro de atención, pero algo no me cuadraba. Él no era así. Por norma general, era amable y encantador. No sabía qué mosca le había picado.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó.

—En el ascensor —me apresuré a decir yo.

—En la mudanza —dijo él.

Javi nos miró alternativamente.

—En el ascensor, mientras yo hacía la mudanza —le explicó muy tranquilo, mientras a mí me sudaban las manos—. Teresa se ofreció a ayudarme, luego estuvimos hablando... y cuando quise darme cuenta ya la había invitado a cenar.

—Vaya, no perdiste el tiempo —comentó con frialdad mi amigo.

Lo miré boquiabierto.

—Cuando quiero algo no. Para qué andarse por las ramas si puedes ir directo al grano —replicó. Vaya, ¿eso había sido una indirecta?

Javi le ofreció una sonrisa vacía.

—Es otra forma de verlo. Algunos somos más cautos porque no nos gusta meter la pata.

—Tengo entendido que lo vuestro fue amor a primera vista —lo contradijo Héctor.

Javi lo fulminó con la mirada. La tensión podía cortarse con un cuchillo, y yo hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Hasta Stella parecía notar el cambio que se había formado en el ambiente.

—Sí. Es solo que... me cuesta imaginar a Tessa yendo tan en serio contigo en tan poco tiempo. No te lo tomes a mal —comentó Javi.

—Descuida —respondió Héctor, cada vez más irritado.

—¿Y eso por qué? —quise saber yo.

—Venga ya... Tessa... te piensas mucho las cosas, no me digas que no —

insinuó él.

—Quizá no la conoces tanto como crees —repuso Héctor.

—Seguro que tú la conoces mejor que yo, ¿cuánto dices que lleváis saliendo?
—la voz de Javi rezumó sarcasmo.

Stella le dio un codazo.

—Javi... —musitó avergonzada.

Llamaron a la puerta, y prácticamente salté del sofá.

—¡Las pizzas! —exclamé, deseando acabar con aquella conversación cuando antes.

Lo que siguió fue una patética escena en la que Javi se cabreó porque quería pagar él. Héctor, al ver que no cedía, se ofreció a pagar a medias. Finalmente lo dejó estar cuando mi amigo corrió hacia la puerta con la cartera en mano. Definitivamente ese día se había levantado con el pie izquierdo.

Stella y yo llevamos el peso de la conversación, puesto que era evidente que Héctor y Javi se habían caído fatal. En un momento dado, escuchó a Héctor llamarme Teresa y me miró con cara rara.

—Creí que te llamabas Tessa. ¡Ahora que por fin aprendí a pronunciarlo! —se lamentó.

Me eché a reír. La pobre parecida horrorizada con el cambio.

—Es que todos la llamamos Tessa —dijo de mala gana mi amigo.

—A mí me gusta que Héctor me llame así —le expliqué, no tanto por defenderlo como por admitir la verdad. Me había acostumbrado a su voz grave pronunciando mi nombre con aquella cadencia ronca.

—¿En serio? No te pega. Quiero decir que para cualquiera que te conozca... es raro.

—Es su nombre —repuso Héctor—. Lo extraño es que le resulte raro.

—Sí, bueno, lo que tú digas —masculló irritado Javi—. Supongo que tú puedes llamarla como te dé la gana.

Stella le dio una palmadita en el muslo.

—Eso haré, siempre que a ella no le importe —respondió Héctor con una

calma peligrosa.

—Puede que a ella le importe, pero sea lo suficiente educada para no decírtelo.

—O puede que tú creas que es más débil de lo que es en realidad. Estoy seguro de que si a Teresa le importara que la llamase así, ya me lo habría hecho saber. No necesita que nadie la defienda —le espetó Héctor.

El silencio se apoderó de la habitación. Observé de reojo a mi amigo, que tenía el rostro empañado por la vergüenza y la rabia. Stella parecía abochornada, y yo no sabía qué hacer para restarle importancia a lo que acababa de suceder.

—¡Uy, qué tarde es! ¿Nos vamos, honey? —Stella se levantó y tiró de Javi—. La próxima en nuestra casa.

Los acompañé a la puerta de entrada, y Héctor se levantó por educación. En cuanto cerré la puerta, suspiré aliviada. No sabía qué había sido aquello, pero no quería que volviera a repetirse. Me volví hacia Héctor con cara de circunstancia.

—No sé qué le pasaba a Javi, pero él no es así —lo disculpé apurada.

—¿Insinúas que no se comporta igual con todos tus novios?

—Tú no eres mi novio.

—Él piensa que sí lo soy —determinó con aspereza—. Te diré lo que ha sido eso; un ataque de celos.

Me sobresalté por la seguridad con la que lo dijo.

—¿Tú crees?

—Sí, así que puedes estar satisfecha, tu plan ha salido a la perfección. ¿Era eso lo que querías, no? —parecía cabreado.

—Pues...

—Pero te agradecería que la próxima vez que invitases a alguien a mi casa, me consultases a mi primero —me reprochó.

—No tenía ni idea de que se iba a presentar sin avisar. Como ya te he dicho, esto no es propio de él —me excusé avergonzada.

—Igualmente, debes de estar muy contenta. Si querías llamar su atención lo has conseguido —agarró las cajas de pizza y las tiró en el cubo de la cocina.

—No estoy contenta, Héctor. Esto... no es lo que yo quería. Javi ha sido...

—Un capullo —concluyó él.

—No hables así de él. Es mi amigo —lo defendí malhumorada.

—Pues tu amigo se comporta como si le pertenecieras.

—Eso no es... —abrí la boca y la cerré de golpe.

—Es la pura verdad. Está tan acostumbrado a tenerte a sus pies, que en cuanto ha notado un poco de peligro casi me salta a la yugular.

El comentario me hirió tanto que me dirigí hacia la puerta. Sí, me había tenido a sus pies durante toda su vida. Primero como la amiga incondicional, y luego como la pringada que rogaba un poco de atención. Pero no hacía falta que Héctor me lo restregara a la cara. Me aparté cuando intentó tocarme.

—Teresa... no pretendía...—farfulló.

—¿Humillarme? Pues lo has conseguido, por segunda vez.

—Simplemente quería que supieras que ese tío no te merece, joder. Perdona si te he ofendido con lo que he dicho. Pero tu amigo tiene un ego como una catedral. Se comporta como si le pertenecieras, ¿por qué no le paras los pies?

—¿Qué es lo que te molesta exactamente, Héctor? —exigí saber bastante alterada—. ¿Qué exista la remota posibilidad de que Javi esté interesado en mí, o el hecho de que hoy tú no eras el protagonista?

Soltó una carcajada atónita.

—¿En serio?

—Totalmente.

—Venga ya... Teresa —masculló mosqueado—. No tiene nada que ver conmigo... es que ese tío...

De repente lo vi muy claro. Contemplé al hombre que se movía con nerviosismo, ponía mala cara y apretaba los dientes. Jamás lo había visto así, por lo que al principio me costó asimilarlo. Pero en cuanto lo sopesé, avancé hacia él con una media sonrisa.

—¿Por qué sonrías?

—Porque estás celoso.

Se le descompuso la expresión.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó con los ojos entornados.

—Tampoco es para tanto, Héctor. Admítelo, no pasa nada —reconozco que disfruté un poquito.

—¡No estoy celoso!

Lo miré con ternura y me mordí el labio. Al ver mi expresión, él soltó una maldición.

—¿De ese tío? ¡Al menos pónmelo un poco más difícil! ¿Celoso? Para nada.

—Lo que tú digas...

Héctor me agarró el rostro y pegó su frente a la mía. Se me aceleró el corazón y tuve que ponerme de puntillas para quedar a su altura. Sus manos me traspasaron la piel.

—¿Recuerdas ese beso que me pediste?

Asentí embobada y le miré la boca. Entrecerré los ojos, dispuesta a sucumbir a él.

—Pues fíjate lo celoso que estoy que no voy a dártelo.

Y me soltó.

Ladeó la cabeza y enarcó las cejas. Contuve las ganas de pegarle. Era... ¡era lo peor! Fulminé con la mirada aquella sonrisa chulesca, y sin decir nada, alcé la cabeza y me dirigí hacia la puerta.

—¡Qué tontos sois los hombres cuando os comen los celos! —le grité, antes de dar un portazo.

Era medianoche cuando Javi me escribió. Todavía me duraba el disgusto de saberme rechazada por Héctor y apenas había asimilado lo sucedido en la cena. De algo estaba segura; la de Javi había sido una salida de tiesto. Me dolía pensar que se había comportado así porque yo llevaba permitiéndoselo todo ese tiempo, pero quizá Héctor tenía razón. Muy a mi pesar, mi amigo estaba acostumbrado a tenerme a sus pies.

Javi: *lamento mucho haberme comportado así esta noche. No sé qué me ha pasado.*

Tres minutos después.

Javi: *joder, sí sé lo que me ha pasado. ¿Podemos quedar un día de estos para hablar seriamente? Necesito decirte algo.*

¿Qué era lo que tenía que decirme? Decidí no hacerlo sufrir más y le respondí.

Yo: *tranquilo, me disculparé con Héctor por ti. Hablamos en estos días. ¡Un beso!*

Estaba a punto de cerrar los ojos y rendirme al sueño cuando mi móvil volvió a sonar. Imaginé que sería Javi, pero me encontré con un mensaje de Héctor. Resoplé. ¿Y ahora qué quería? Todavía estaba lo suficiente alterada por el *no beso* como para hablar con él como si nada.

Héctor: *¿y si te digo que sí estaba celoso?*

Me levanté de la cama con el móvil en las manos. Vale, estaba pasando. Héctor casi me había besado, y ahora aceptaba que estaba celoso. Bien, ¿y ahora qué? Cálmate, me dije. No se lo vuelvas a poner fácil.

Yo: *¿y si te digo que ya es tarde para decírmelo?*

Héctor: *pensaría que estás haciéndote la dura. Pese a lo que digan las revistas, a los hombres no nos gusta eso.*

Puse los ojos en blanco. Lo detestaba. Y me gustaba muchísimo. Demasiado para dejarlo escapar.

Yo: *¿y si te digo que tenía muchas ganas de que me besaras, pero que ahora has perdido tu oportunidad?*

Inspiré profundamente. Vale, a eso se le llama ir al grano. Di que sí, Teresa, con un par.

Héctor: *me quedaría con la parte en la que tenías muchas ganas, y conseguiría otra oportunidad. Cuando quiero algo lo consigo.*

Mi corazón palpitó deprisa.

Yo: *¿eso en un reto?*

Héctor: *no, es una promesa.*

Pegué el móvil contra mi pecho. Dios, Dios, Dios. ¡Estaba pasando! Héctor estaba coqueteando conmigo. Héctor estaba admitiendo que le gustaba. Héctor iba a ir a por todas.

Yo: *de acuerdo, te tomo la palabra.*

Héctor: *eso es todo lo que necesitaba oír.*

Héctor: *buenas noches, Teresa.*

Héctor: *si te tocas pensando en mí, te estaré escuchando al otro lado de la pared ??*

Yo: *¡eres gilipollas!*

Lo oí reírse en la habitación contigua. Pese a que me había ruborizado, solté una carcajada y golpeé la pared. Él me devolvió el golpe.

No sé a qué estábamos jugando, pero de repente mi plan B me gustaba cada vez más. Porque se había convertido en algo imprevisto, divertido y muy excitante...

21. Algo desconcertante y un beso de película.

Los días siguientes fueron bastante raros. El lunes Héctor no dio señales de vida, cosa bastante extraña teniendo en cuenta que vivíamos pared con pared. El martes estuve tan liada de trabajo que vi su mensaje a última hora de la tarde, así que no pude aceptar su invitación a cenar. Y hoy, viajábamos a Sevilla para pasar tres días con su familia antes de la boda.

—¿No os dejo en la estacada? —me sentí culpable por escaquearme varios días.

—Qué nooooo —me repitió por enésima vez Nati—. Me apañaré bien con Stella, y todo volverá a la normalidad el lunes. Tú pásalo bien, que hace demasiado tiempo que no te tomas unas vacaciones.

Asentí algo más tranquila, cogí la maleta y la empujé hacia la puerta.

—Oye... Tessa —me detuvo mi amiga con cara de circunstancia—. Ten cuidado, ¿vale?

—¿Te refieres a que no me lance a los brazos de Héctor a la mínima oportunidad? —me burlé.

Tana puso los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra hacerle caso. Si puedes, ¡tíratelo! —me alentó, guiñándome un ojo.

—No me creo que sea yo quien vaya a decirte esto... —refunfuñó mi amiga—. Pero ve con pies de plomo con Héctor. El lunes vi que una pelirroja lo recogía en coche. No quise decirte nada... pero no puedo soportar la idea de que tú quieras algo más que él.

La confesión me sentó como un jarro de agua fría. Estaba convencida de que se refería a la pelirroja con la que lo había visto un par de veces. Admito que las ilusiones ya me las había hecho, porque Héctor me hacía sentir especial y me lo pasaba genial con él. Vale, no éramos pareja. ¿Pero no podía esperar a que pasase la boda de su hermana antes de follarse a otra? ¿No me había prometido que conseguiría otra oportunidad? ¿Para qué? ¿Para añadirme a su lista de conquistas y pasar página? Pues claro que era por eso. Para Héctor yo era otra más, ¿por qué siempre me fijaba en los tipos equivocados?

Disimulé mi amargura con una sonrisa fría.

—No pasa nada, en serio —las tranquilicé, al ver los gestos preocupados—. Le prometí que lo acompañaría y eso voy a hacer. Y cuando vuelva, si te he visto no te acuerdo.

—De todos modos, si le preguntas quién es... —sugirió Tana.

Agarré el asa de la maleta con fuerza.

—Paso. No es asunto mío. Que haga lo que le dé la gana.

Me despedí de ellas y salí por la puerta. La de Héctor ya estaba abierta, así que entré sin avisar. Tenía su maleta preparada en el pasillo, pero él no estaba por ninguna parte. Lo llamé sin obtener respuesta, así que supuse que se encontraba en el cuarto de baño. Cuando me senté en el sofá, aplasté unos folios que había bajo un cojín. Los recogí para depositarlos sobre la mesa, pero entonces leí el título: *Ser padre soltero en España*.

De la impresión, se me cayó la pila de documentos al suelo. ¿Qué era todo aquello? Me apresuré a recogerlos y volví a esconderlos en el hueco del sofá. Luego me levanté y me quedé en el pasillo, como si no hubiera visto todos esos papeles. No entendía nada; ¿Héctor iba a ser padre? Comencé a barajar las opciones en mi mente. Quizá Héctor había dejado embarazada a la pelirroja y quería quedarse con la custodia del bebé. Ay... Dios... mío...

Claro, de tanto ir de flor en flor pasaba lo que pasaba. Que un día fallaban los métodos y tenías un hijo con una pelirroja despampanante y atractiva. ¿Y ella no quería hacerse cargo del bebé? Todo me pareció tan extraño que tuve que agarrarme a la encimera.

Venga, cálmate, me ordené. ¿Por qué te pones así? ¡Ni que el bebé lo fueras a tener tú!

Vale, quizá me ponía así porque albergaba la esperanza de que Héctor fuera el hombre de mi vida. ¡Ya ves tú qué tontería! Qué después de descubrir que Javi no era tan idílico como yo lo había pintado, las apariencias engañaban. Que puede que Héctor no fuese tan mujeriego y que conmigo sentara la cabeza. Ay... pobre ilusa. Las personas no cambian por amor, ¡eso es una tontería!

—Estaba hablando por teléfono, no te he oído llegar —me saludó Héctor.

—Sí... te he estado llamando... —murmuré.

Me pareció que Héctor dedicaba una mirada inquieta hacia el sofá. Ya está. Fue todo lo que necesité para declararlo culpable.

—Bueno, ¿nos vamos? —pregunté con frialdad.

—Sí, cuando quieras.

Agarré la maleta y me dirigí hacia el ascensor evitando el contacto visual. Me sentía defraudada conmigo misma por ser tan débil. Así era yo. Me arrojaba a los brazos del primer hombre que me ofrecía un poco de cariño. Qué penosa.

—Me hubiese gustado que nos viéramos en estos días, pero el lunes estuve bastante liado.

Sí, tirándote a la pelirroja, repuse para mis adentros.

—Y el martes tú no pudiste. Parece mentira que cuadrar nuestros horarios sea tan complicado viviendo al lado. Pero ahora tenemos varios días para nosotros, Teresa —su voz estaba cargada de intenciones. Se inclinó hacia mí y me acarició los hombros con las manos. Muy a mi pesar, me estremecí por el contacto. Él miró mis labios antes de añadir: —. Y voy a conseguir esa oportunidad, cueste lo que cueste.

Cuando las puertas se abrieron, me aparté con la garganta seca y la mandíbula apretada. Tiré de la maleta en dirección a la salida mientras él me observaba desconcertado.

—Pero que nos den camas separadas —gruñí.

Una vez en el coche, Héctor pasó la mayor parte del trayecto mirándome de reojo. Era lo suficiente inteligente para saber que mi rechazo se debía a algo. No había nacido de la nada, estaba claro. Nuestras miradas furtivas y el sonido de la radio nos acompañaron durante todo el camino, hasta que él no pudo más.

—¿Te pasa algo conmigo? —exigió saber.

Sí, que eres un mentiroso, un embaucador y un traidor.

—¿A mí? Nada, qué me va a pasar —fijé la vista en la ventanilla.

—Pues dímelo tú, que estás muy rara.

Solté un bufido y me crucé de brazos.

—¿De verdad nos vamos a pasar así todo el camino? —preguntó frustrado.

—¿Así como? Yo estoy bien.

—Contigo fingiendo que no te pasa nada, y conmigo tratando de hacer telepatía. No soy adivino, Teresa. Será mejor que lo sueltes.

—Qué no me pasa nada —le espeté.

Héctor apretó el volante.

—Pues vale.

Nos sumimos en otro tenso silencio. Pensé en el lugar que habría elegido para tener los encuentros sexuales con su amiguita. Lo que no entendía era por qué no me dejaba las cosas claras. Que me dijese de una vez que solo quería llevarme a la cama. Puede que yo aceptara, nos acostásemos y pusiese punto final a esa tensión sexual que me revolvía las entrañas.

—¿Quién es la pelirroja? —le pregunté sin poder contenerme.

Mierda, ¿por qué no podía estarme calladita?

Héctor pareció confundido durante unos segundos, hasta que cayó en la cuenta de algo y asintió muy tranquilo.

—Entiendo que te refieres a Miranda.

—No sé, la del lunes. Eso lo sabrás tú, ¿o conoces a muchas pelirrojas? —lo atacé como un pitbull hambriento.

—Miranda es mi compañera de trabajo —me explicó, obviando mi pregunta—. ¿Satisfecha?

—No. ¿Te acuesta con ella?

Di que sí, tú directa al grano, hija mía.

Héctor suspiró y sacudió la cabeza, como si no diera crédito.

—¿Supones que me acuesto con todas las mujeres que conozco?

—No lo sé, ella parece tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo, según tú?

—Despampanante... atractiva...

—Ajá... —asintió con cara de pocos amigos—. Entiendo, para ti soy la clase de hombre que se acuesta con todas las mujeres que conoce, siempre y cuando cumplan esos dos absurdos requisitos. No puedo tener una compañera de trabajo a la que no me haya follado, por lo que veo.

—Pues... —de repente me sentí como una tonta. Quise explicarle lo que había encontrado bajo el cojín, pero era evidente que la tal Miranda no era la madre de su futuro hijo.

—Te escucho, parece que ya tienes toda una teoría al respecto de lo que hice el lunes —rezumó amargura.

Más que enfadado, parecía muy dolido conmigo.

—No tengo ni idea de lo que hiciste el lunes —murmuré muy bajito y de mala gana.

—Estuve trabajando hasta las doce de la noche. Y sí, Miranda me trajo a casa porque tenía el coche en el taller. Es mi jefa. Y para que lo sepas, jamás se me ha pasado por la cabeza acostarme con ella —resultó tan tajante que no tuve duda de que decía la verdad.

Recordé las manos de Miranda alrededor de su cuello, cómo me había cerrado la puerta en las narices...

—Puede que a ella sí se le haya pasado por la cabeza.

—También tendré yo la culpa de eso —masculló irritado.

—No, es solo que...

—Cuando ayer te escribí ese mensaje, no creas que fue fácil para mí. Tuve que dejar de lado mi orgullo, algo a lo que no estoy acostumbrado, para decirte que estaba celoso y que haría todo lo que estuviera en mi mano para que esto... sea lo que sea lo que tenemos... funcione. ¿Y tú me estás diciendo que después de hacerte una promesa yo me estuve follando a otra? Creí que me merecía tu confianza. Al menos, no recuerdo haberte hecho nada que te haga sospechar lo contrario.

Ahora sí que estaba cabreado. Y herido. Me acurruqué en el asiento y deseé mimetizarme con la tapicería. Obviamente, no era el momento de preguntarle sobre un hipotético futuro hijo. Eso mejor lo dejábamos para otro día.

—Vale, me he equivocado.

No respondió. Se limitó a prestar atención a la carretera. Me armé de valor y alargué una mano para rozar la suya, que reposaba sobre la palanca de cambios. Sus nudillos se apretaron, pero no la apartó.

—Es que es difícil para mí... ¿vale? —admití con voz queda—. Volver a confiar en un hombre cuando todos me han traicionado.

—Yo no tengo la culpa de eso.

—¡Lo sé! Pero... entiéndeme —intenté hacerle ver.

Héctor apartó la mano y la devolvió al volante.

—Cómo si para mí fuese fácil. Hasta hace unos días salías conmigo para darle celos a tu mejor amigo —me recriminó él. Y comprendí que tenía razón, porque era irrefutable. No me había parado a pensar en cómo se sentía Héctor.

—Vale, tienes razón...

—¿Lo ves? Ni siquiera me dices que ya no sientes nada por él. Y se supone que eso no debe afectarme exactamente... ¿por qué razón?

—Es complicado —repuse, con la cabeza gacha.

No podía cambiar mis sentimientos por Javi de un día para otro. Pero sabía que lo que sentía por Héctor cada día dejaba menos espacio a lo que sentía por Javi. Porque desde que lo conocía, cada vez pensaba menos en mi amigo.

—Tu respuesta me deja más tranquilo —su voz destiló rabia.

—Es complicado admitir que me siento muy atraída por ti, ¿vale? —me sinceré, sin poder reprimirme—. No me lo esperaba, y he luchado contra esto desde que te vi por primera vez. ¿Qué más quieres que te diga, Héctor?

—Que confías en mí.

Me miré las manos. Podía hacerlo. Podía mentirle. Fui a abrir la boca, pero él frenó en seco y soltó una maldición. Cuando fijé la vista en la carretera, me di cuenta de que estábamos rodeados por un rebaño de ovejas. Ambos soltamos una carcajada. Lo que no nos pasara a nosotros...

—¿No hay otro camino? —pregunté, al ver que el rebaño de ovejas no se terminaba.

—Esta es la única carretera que lleva a casa de mi madre. Está bastante alejada de todo. A ella le gusta la paz y la serenidad que destila este lugar —señaló a las ovejas con la cabeza—. Vete acostumbrado a esto, porque es bastante habitual por aquí.

—¿No te gusta?

—¿Las ovejas o ir a casa de mi madre?

—Las dos cosas.

—Las ovejas son un incordio, y a mi madre la visitaría más si el trabajo no me lo impidiera —lo dijo con tanta naturalidad que fue evidente que sentía devoción por ella.

Lo que me llevó a preguntarme por qué razón no quería ir solo a la boda de su hermana. Quizá su madre era una de esas mujeres que esperaba ver casado a su hijo cuanto antes, y él quería concederle ese gusto. Pero me costaba encuadrar a Héctor en ese perfil teniendo en cuenta la seguridad que destilaba y lo poco que parecía importarle lo que los demás pensaran de él. Allí había gato encerrado, pero pronto lo descubriría.

—Así que ahora eres tú quien está celosa... —murmuró con cierto regocijo.

Di un respingo.

—¿Yo? Para nada.

Ensanchó una sonrisa fanfarrona y sus ojos verdes brillaron de regocijo.

—Ya estamos en igualdad de condiciones. Se han cambiado las tornas. Qué bien sienta no ser el único que ve tambalear su orgullo.

—El tuyo debe estar ahora bastante satisfecho, porque lo tienes enorme.

—Ja, ja, ja —se partió de risa.

Le pegué en el hombro y él se rio más fuerte. Al ver que no paraba, le pellizqué el cuello y él me agarró la mano. Tiró de mí hasta que nuestras bocas se rozaron. La caricia me ablandó como los mimos a un gatito. Su otra mano descendió hacia mi cintura y fue recorriendo mi piel hasta quedarse sobre mi espalda. Me atrajo un poco más y besó mi barbilla. Temblé de excitación y sonreí como una boba. Me besó en la comisura y exhalé un suspiro. Me contuve cuando estuve a punto de suplicarle que me besase de verdad, y no me dejara a medias.

—No sirve de nada que estés celosa, Teresa —me dijo con voz ronca.

—No lo estoy —respondí con debilidad.

Enterró su mano en mi pelo hasta alcanzar mi nuca. Eché la cabeza hacia atrás y su respiración me acarició la punta de la nariz. Entrecerré los ojos cuando acercó su boca a la mía. El pulso se me aceleró mientras me humedecía los labios.

—Claro que lo estás. Muerta de celos. Pero no pasa nada, pequeña. Porque yo solo tengo ojos para ti. Desde que te conocí, eres la única mujer que me hace perder la cabeza. Y desde que soy tu novio ficticio, estoy intentado ser lo suficiente bueno para ser el de verdad.

Aplastó su boca contra la mía durante un breve segundo. Fue como estar en un cuento de hadas. Como ser la protagonista de una de las películas de Jennifer Aniston. Como llevaba deseando toda la vida. Como en mis sueños, solo que mejor.

Lo agarré de las solapas de la camisa y lo atraje hacia mí con determinación.

—Bésame —le exigí excitada.

A él se le oscureció la mirada y sonrió de lado.

—Eso está hecho.

Y me besó. Me besó como llevaba toda la vida queriendo que lo hicieran. Me besó con cariño y urgencia. Como si no tuviéramos todo el tiempo del mundo y fueran a separarnos. Me apretó contra su pecho y me deshice bajo sus manos. Su boca era suave y exigente. Pero el éxtasis llegó cuando su lengua se abrió camino y me arrancó un suspiro. Gemí y me agarré a sus brazos. Nuestras lenguas se enredaron y experimenté un calor abrasador por todo el cuerpo. Un torbellino de emociones que se apoderó de mí y me despojó de toda la cordura. Luego el beso se volvió más primitivo y salvaje. Héctor metió las manos dentro de mi camiseta y se me erizó el vello. Cuando quise darme cuenta, estaba sentada a horcajadas encima suya y respiraba de manera entrecortada. Me sonrojé al ver lo lejos que había ido. Justo allí, en el coche, y a la vista de cualquiera que pasara por allí.

—Hay una fiera dentro de ti... —murmuró con aprobación, y me agarró el culo. Lo presionó contra su erección y apreté los labios, conteniendo un gemido.

—Cómo vuelvas a hacer eso... —musité con voz temblorosa.

Arqueó la pelvis y me apretó contra el bulto de sus pantalones. El roce fue demasiado para mí. Gimoteé y me dejé caer sobre su cuerpo. Mis pechos se aplastaron contra el suyo y mis pezones se endurecieron por el contacto.

—Ya te tengo en mis manos... ahora déjate ir. No te contengas. Me vuelves loco, ¿no lo ves? Podrías hacer conmigo lo que quisieras... —me mordió el lóbulo y clavé las uñas en sus hombros.

Él sí que podía hacer conmigo lo que le diera la gana. Incluso allí, en mitad de aquel camino polvoriento. La idea me resultó tan peligrosa como seductora. Me abalancé hacia él como la supuesta fiera que era y lo besé. Alguien golpeó la ventanilla del conductor y los dos nos sobresaltamos. Un señor mayor, con gorra y el gesto huraño, nos miró con mala cara. Solté un grito de espanto cuando me di cuenta de que llevaba la camiseta levantada y se me veía el sujetador. Regresé a mi asiento mientras recomponía mi ropa a toda prisa.

—¡Qué me vais a pervertir a las ovejas! ¡Sinvergüenzas!

—Yo también me alegro de verte, Pepe —lo saludó Héctor.

—¡Iros a un hotel!

El hombre regresó con sus ovejas mientras yo me tapaba la cara y a Héctor se le escapaba la risa floja. Solo cuando pasó la última oveja, el pastor relajó una media sonrisa. La mano de Héctor fue directa a mi muslo e intentó meterla dentro de mi falda. Apreté las piernas y se la devolví al volante. Puso cara de pena.

—¿No te gusta correr riesgos, fierecilla? —me preguntó con una sonrisa divertida.

El corazón me latía desbocado y tenía las mejillas arreboladas. Señalé a la figura femenina que nos saludaba desde el porche de la casa. Apenas logré atisbar a una mujer que llevaba un pañuelo de flores en la cabeza.

—Eso depende, ¿te importa que tu madre nos mire?

Cuando puso el coche en marcha, comencé a inquietarme. No había sido consciente de lo mucho que temía no gustarle a su madre hasta que comprendí lo mucho que me gustaba él a mí. Ahora sí que tenía un problema.

22. La familia de Héctor

En cuanto aparcó el coche, prácticamente salió corriendo a abrazar a su madre. La estrechó entre sus brazos y apenas pude vislumbrar a la figura pequeña que estaba oculta por el cuerpo de él. Por lo poco que había hablado de su familia, sospechaba que tenían muy buena relación. Pero aquel abrazo afectuoso y espontáneo mostraba mucho más. Era evidente que Héctor sentía devoción por aquella mujer. Sentí una inesperada punzada de envidia, pues no recordaba haber abrazado a mi madre de aquella forma. Al menos no en los últimos quince años. Era como si nuestra relación se hubiera enfriado desde que se había casado con Adolfo y se había convertido en otra persona. En una petarda que tomaba el té, adoptaba los modales cursis de la familia de su marido y se iba de shopping. Pero, ¿y si yo también tenía mi parte de culpa? Porque desde entonces no me había esforzado por mostrar mis sentimientos. Por hacerle saber mis carencias afectivas y lo mucho que la echaba en falta.

—¡Quita, quita! —se quejó una voz, pese a que estaba cargada de un placer inequívoco por el reencuentro—. ¿No estarás intentando ocultármela? Mira, que te conozco... ¡ni se te ocurra darme un abrazo para esconder a la primera novia que me traes a esta casa!

—Anda ya, mamá. Si para eso me ha acompañado, para que os conozcáis —le respondió su hijo.

Cuando aquella mujer se lo quitó de encima, la miré con curiosidad y el alma se me cayó a los pies. Intenté recomponerme al instante y forcé una sonrisa amigable. Esperaba que no hubiese notado mi expresión compungida debida a la sorpresa. Porque el pañuelo con el que se cubría la cabeza delataba algo muy triste.

Si se dio cuenta de mi reacción, la ignoró por completo y abrió los brazos para recibirme con una sonrisa radiante. Era una mujer menuda y que aparentaba con elegancia su edad. En su rostro aún quedaba el rastro de la belleza que debía haber sido. Iba maquillada de una manera favorecedora y natural. Me gustó de inmediato, y me pregunté por qué diantres Héctor no me habría comentado el pequeño detalle de que su madre estaba enferma.

—¡Pero, si eres preciosa! —me abrazó con calidez y yo se lo devolví encantada—. Héctor no me había dicho que eras tan guapa. Bueno, sabía que mi hijo no se iba a fijar en una fea. Que no digo yo que las feas no tengan derecho a enamorarse, oye. Pero sabía que la mujer que conquistara a mi hijo sería toda una belleza, además de poseer otros atributos que ya iré conociendo.

Me guiñó un ojo. Era tan adulatora como su hijo, pero no pasaba nada por recibir halagos de vez en cuando. Aunque la buena mujer exageraba, qué conste, porque yo soy bastante consciente de mi aspecto anodino.

—Encantada de conocerte, Teresa. Me llamo Esther. Mi hijo me ha hablado mucho de ti, pero ya tendremos tiempo para conocernos ahora que vais a pasar unos días aquí.

—Igualmente, Esther. Es un placer.

Desvié la mirada hacia Héctor. ¿Decía su madre la verdad, o simplemente hablaba por hablar? No tenía mucho sentido que Héctor le hubiese hablado de mí, pero... por la cara que puso, más de tranquilidad que de sorpresa, tuve la impresión de que Esther me decía la verdad. Vale, quizá me emocioné un poquito con aquella confesión.

—¿Dónde están los gremlins? —preguntó Héctor.

—¡No los llares así! —su madre fingió estar horrorizada, pero una sonrisa traviesa asomó a su rostro—. Han ido de excursión con Fran. Tu hermana necesitaba un descanso y él ha pillado la indirecta. La pobre está un poco atacada de los nervios por la boda.

—¿Por qué? Es la segunda.

Esther puso los ojos en blanco y me dio un golpecito con el codo cargado de complicidad.

—¡Hombres, el mismo tacto que un león! El día que te cases te tragarás tus palabras —nos lanzó una miradita cargada de intenciones.

Vaya, eso sí que era ir al grano. Desde luego, ya sabía a quién había salido Héctor.

—Solo digo que esto de la boda ha sido... un poco precipitado, ¿no crees? ¿Cuánto tiempo hace que se conocen? ¿Seis meses? —comentó Héctor con gesto avinagrado.

—¡El amor es lo que tiene! Ay... ni siquiera sé para qué te digo esto. Parecías un caso perdido hasta que se obró el milagro y me trajiste a esta preciosidad. Quién sabe si tú eres el siguiente —le guiñó un ojo.

A él le sobrevino un ataque de tos.

—No entiendo la necesidad de firmar un contrato, la verdad. Me parece absurdo. Y más cuando ya tienes dos hijos y una anterior relación que...

—¡Tú sí que eres absurdo! —lo cortó su madre, y me cogió del brazo—. Querida, ¡dónde están mis modales! Voy a enseñarte la casa y vuestra habitación. Seguro que estás cansada del viaje y quieres deshacer la maleta.

—Gracias.

—Luego te presentaré a mis sobrinos, que son un encanto. Pese a lo que diga el bobo de mi hijo, esos niños se ganan el corazón de cualquiera.

—A Teresa le encantan los niños —comentó él con malicia—. Y se le dan genial.

Miré hacia atrás para fulminarlo con la mirada.

—Se hace el duro, pero tiene el frigorífico lleno de sus dibujos —le expliqué, con tal de fastidiarlo.

Héctor nos siguió cargado con las maletas.

—Siempre ha sido así. Se supone que tiene que demostrar que es el tipo más duro. ¡No sé a quién habrá salido! —se lamentó bromeando.

Sonreí, porque aquella mujer cada vez me caía mejor.

—¡Os estoy oyendo! —gruñó Héctor, resoplando por el esfuerzo de subir las maletas por las escaleras.

—Vamos, tipo duro. Demuéstrale a tu novia que esos brazos sirven para algo —lo alentó su madre, mientras yo me partía de risa.

—¿Dónde queda ahora lo de la igualdad y el feminismo? —resolló él.

Se detuvo en mitad de la escalera, jadeando a causa del esfuerzo. Su madre lo miró desde la cúspide como si fuese una emperatriz enervada por la debilidad de su criado.

—Eso se llama caballerosidad, cielo. Deja de quejarte y sube las maletas o vas a saber lo que es bueno —le advirtió.

—Vooooooooooy —masculló, agachando los hombros y arrastrando los pies.

La casa estaba decorada en un estilo campestre y acogedor. Papel de pared en los pasillos, cuadros familiares y otros pintados con la firma de Esther. Abrió la puerta que daba al final del pasillo y me mostró una habitación con una cama de matrimonio.

—La antigua habitación de Héctor la tienen los niños, así que he pensado que esta era la ideal para vosotros. Así tendréis más intimidad.

Observé la cama como quien veía a un fantasma. Una cama, dos personas. Íbamos a dormir juntos. Tragué con dificultad mientras trataba de hacerme a la idea. El cuerpo de Héctor, sábanas, calor... sexo. Mucho sexo.

—Teresa no puede dormir conmigo. Sus padres son unos fervorosos cristianos de férrea moral. La prefieren virgen hasta el matrimonio. Y como bien sabes, yo soy un hombre que se viste por los pies, mamá —le dijo muy serio.

Su madre se lo quedó mirando con expresión dubitativa, hasta que suspiró con pesadez y sacudió la cabeza.

—A veces pienso que eres tonto, hijo mío. ¡Si no te quisiera tanto! —se alejó en dirección a las escaleras.

—¡Pero mamá, qué va en serio! ¿Y yo dónde duermo? Mi espalda sufrirá las consecuencias de dormir en el suelo, te lo advierto.

—¡Si escucho ruidos nocturnos no me escandalizaré! —chilló su madre emocionada—. Quiero más nietos. Por mí podéis empezar cuando queráis.

Me quedé boquiabierta por lo moderna que era aquella mujer. Cuando me giré hacia Héctor, él me observaba con una sonrisa triunfal enmascarada bajo una falsa expresión de resignación.

—En fin, lo he intentado. Pero a mi madre cualquiera le lleva la contraria... —murmuró el muy teatrero.

—Ya... ya...

Abrí mi maleta y comencé a colocar la ropa en el armario.

—Bueno... una cama... cinco noches para nosotros en el mismo colchón. No quiero que te hagas ilusiones, Teresa. No vaya a ser que te lleves un disgusto cuando intentes meterme mano y yo te rechace.

—¡Qué cara más dura tienes! Pero si lo estabas deseando —más que molesta, estaba algo angustiada por la situación.

¿Podría resistirme a él cuando durmiéramos juntos? Teniendo en cuenta la tórrida escenita del coche, me daba a mí que no. Y además, ¿y si yo quería que pasara?

Héctor se señaló con un victimismo estudiado.

—Qué malas sois las mujeres. Tú y mi madre hacéis conmigo lo que queréis... —se dejó caer sobre el colchón con un suspiro ronco. Palmeó el hueco que había libre justo a su lado, en una clara invitación—. Es muy cómodo, ¿te apuntas?

Me perdí en sus ojos verdes. En cómo se estrechaba la camiseta en sus brazos y en lo sexy que estaba tirado en aquella cama. Todavía llevaba el pelo revuelto por culpa de mis manos. Aparté la mirada, consciente de que estábamos en casa de su madre. Consciente de que aquel hombre era muy peligroso para mí.

—Voy a ordenar mi ropa. ¿Por qué no me enseñas los alrededores cuando acabe? —sugerí con tono monótono.

Puso las manos detrás de su cabeza con aire despreocupado.

—Como quieras, por aquí no hay mucho que hacer. Salvo lo evidente... —me ruboricé porque era un canalla—. ¿Dónde está la fierecilla que me metió mano en el coche?

Me enjugué la voz y hablé con toda la indiferencia que pude.

—A buen recaudo.

—Pues dile que salga más a menudo.

—Yo... ya veremos.

—No te lo decía a ti, sino a la leona que tienes oculta en alguna parte. Esa me pone bastante cachondo.

—¡Héctor! —le lancé un cojín, escandalizada por su poca vergüenza.

Se partió de risa. Era lo peor. Yo sofocada por sus comentarios, y él disfrutando de lo lindo. La culpa era mía, por entrar al juego. Por soltarme la melena en aquel coche y suplicarle un beso. Brrr... ¡cretino!

Seguí colocando la ropa mientras él me estudiaba desde su posición. Al final encontré el valor para preguntarle lo que llevaba tiempo rondándome desde que había puesto un pie en aquella casa.

—¿Por qué no me has dicho que tu madre...?

Se enderezó y su gesto se puso a la defensiva. Creí que me soltaría alguna de las suyas, tipo: *no te metas en mis asuntos*, pero se limitó a contestarme con un malestar que trató de disimular como pudo.

—No te lo dije porque a ella le molesta que todo el mundo la compadezca. Lleva peor la lástima de los demás y el hecho de que la traten diferente, que la enfermedad en sí. Pensé que si no te decía que tiene cáncer tú... no estarías todo el tiempo pensando cómo debías comportarte, si decir esto o aquello...

Asentí y fui hacia él. Me senté a su lado y le cogí la mano. Todo rastro de diversión lo había abandonado.

—¿Es grave?

Suspiró.

—Tiene la mitad de probabilidades de salvarse. O sale de esta o... — su voz se quebró.

Le apreté la mano.

—Eso no lo pienses. Parece fuerte, saldrá de esta.

Por primera vez desde que lo conocía, el amago de unas lágrimas empañó sus ojos. Ofuscado por demostrar aquella debilidad, que para mí no lo era, parpadeó varias veces para borrarlas. Héctor era un gran hombre. Lo veía allí, asustado y a la vez tratando de hacerse el fuerte. Comprendí que estaba dispuesto a fingir delante de su madre una relación que no existía porque quería hacerla feliz. Le acaricié los nudillos con ternura.

—Es bonito ver como quieres a tu madre. Por eso me has traído, ¿no? —supuse.

Asintió con gesto esquivo. Fue una revelación que me sacudió. No me llevaba a la boda de su hermana por aparentar, sino por hacer feliz a su madre. Porque temía que el cáncer se la llevara sin ver a su hijo enamorado. Cielo santo, ¡y yo pensando que allí había gato encerrado! ¡Y yo saliendo con él para darle celos a otro hombre!

—No sé si saldrá de esta... pero si no lo hace, sé que para ella es importante verme feliz al lado de una buena persona. Necesita saber que sus hijos tienen amor y gente que los quiere a su lado. No se iría tranquila si mi hermana o yo no tuviéramos la vida resuelta. Lo de los nietos... verme casado... no son más que bromas. Sé que lo que le preocupa es que me quede solo. Quizá soy un estúpido por fingir algo que no es verdad, pero si puede...

—No eres ningún estúpido —lo corté, molesta conmigo misma por haber creído lo peor—. No sé qué decir... no me lo esperaba.

—Gracias por venir, Teresa. No sabes lo mucho que significa esto para mí —me confesó emocionado.

—No me des las gracias. Tú también me ayudaste, Héctor.

Arrugó la frente.

—Sí, pero...

—¿Pero?

—Nada —si iba a decir algo, no se atrevió finalmente. Lo dejó estar y se levantó de un salto, tendiéndome una mano para que me incorporara—. Ven, quiero enseñarte algo que te va a gustar.

Llena de curiosidad, agarré su mano y lo seguí hacia lo desconocido. Ya estaba ilusionada por descubrir qué me depararía aquella nueva aventura.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! —chillé presa del pánico—. ¡Héctor, quítamelos de encima!

—¿Pero a ti no te gustaban los animales? —se burló.

Las botas de agua que me había prestado, tres tallas más grandes, se hundieron en el barro. Intenté levantar la pierna derecha cuando uno de los cerdos se frotó contra mi muslo. Estaban por todas partes y me tenían acorralada contra la pared.

Todo empezó cuando Héctor comenzó a enseñarme la granja de su familia. El terreno era inmenso y nos llevó casi una hora explorarlo en profundidad. Me podía imaginar lo bien que se lo había pasado allí siendo un niño, criado en plena naturaleza y rodeado de animales. Por último, me llevó hacia las gallinas, a las que di de comer por encima de la valla. Cuando bromeó con el hecho de que yo era una chica de ciudad, acepté ponerme las botas y alimentar a los cerdos. Pero había sido entrar al lodazal con el cubo de tubérculos y se habían abalanzado hacia mí. Ahora uno se estaba frotando contra mi muslo y otro se había tumbado encima del pie contrario. No podía moverme rodeada por aquellos mastodontes.

¿Por qué exactamente me había ofrecido a alimentarlos? Ah... sí... para impresionarlo. Muy propio de mí. Hacer el ridículo para conquistar al hombre que me gustaba. Para qué cambiar si podía seguir en mi línea.

—¿Sabes por qué se revuelcan en el barro? —me preguntó, apoyado contra la valla mientras se divertía con mi espectáculo porcino.

—¡Porque son cerdos! ¡Sácame de aquí!

—A diferencia de la mayoría de los animales, los cerdos no disponen de glándulas sudoríparas, así que se revuelcan en el barro para controlar su temperatura —me explicó.

Uno de los cerdos, un enorme ejemplar que debía pesar al menos veinte kilos, se tumbó sobre mis pies y comenzó a hacer la croqueta. Perdí el equilibrio y traté de agarrarme a algo, pero detrás de mí solo tenía la pared. Me caí de culo y me volqué el cubo encima. Los cerdos comenzaron a gruñir y metieron sus hocicos por todo mi cuerpo. Grité despavorida mientras intentaba quitármelos de encima, lo que logró empeorar la situación. Acababa de aprender una valiosa lección: no le quites la comida a un cerdo hambriento.

—¡Héctoooooooooooooooooor! —contuve una arcada por el asco que me daba estar cubierta de barro. Lo tenía en las partes más recónditas de mi cuerpo—. ¡Te voy a matar cuando salga de aquí!

Hizo el amago de encaramarse a la verja, pero entonces se detuvo.

—Pues no te saco.

Al ver mi expresión angustiada, terminó saltando y me tendió una mano. Cuando la agarré, me resbalé por culpa del barro. Héctor me tendió la otra mano, pero tenía los ojos cubiertos de lodo y la palpé a tientas. Cuando apreté algo abultado, él soltó un juramento. ¡Le estaba agarrando el paquete!

—Eso es ser directa y lo demás son tonterías —me dijo.

Aparté la mano de golpe con tanto ímpetu que volví a hundirme en el barro. Los cerdos, creyendo que estaba jugando con ellos, se revolcaron encima de mí.

—¡Pitufo, cascarrabias, Teresa, dejadla en paz! —les ordenó Héctor con voz firme.

Sorprendentemente, los cerdos comenzaron a apartarse. Fui a agarrar su mano para salir de allí, pero entonces caí en la cuenta de algo.

—¿¡Uno de los cerdos se llama como yo!? —grité indignada.

A él se le iluminó la expresión.

—Teresa es la más lista de todos. Deberías estar orgullosa.

Agarré un puñado de barro y se lo tiré a la cara. Lo esquivó como pudo y se echó a reír.

—¿Por qué te pones así? Tampoco es para tanto.

—¡Me acabas de llamar cerda! Lo has hecho a propósito. ¡Todo este tiempo me has estado llamando como a tu cerda favorita!

No lo negó, lo que me sacó de mis casillas. Intenté ponerme de pie por mis propios medios, pero las piernas me fallaron y me quedé a cuatro patas con la cara justo delante de su entrepierna. Héctor agachó la cabeza y me dedicó una mirada traviesa.

—Mujer, no hace falta que me lo pidas así...

Gruñí como si el animal fuera yo y me abalancé sobre él. Lo pillé desprevenido y conseguí derribarlo. Héctor soltó una maldición, momento que aproveché para hundirle la cabeza en el lodo y reír triunfal. Parecía la villana de una película Disney. ¡Se lo tenía merecido!

—¡Ja! ¿Quién se ríe ahora, eh? —me jacté orgullosa.

Cuando me clavó los dedos en las costillas, ahogué una carcajada. Empezó a hacerme cosquillas y todo mi cuerpo tembló. En menos de un minuto consiguió doblegarme, me cargó como un saco de patatas sobre el hombro y me sacó de allí.

—¿Qué te crees que soy? ¡Bájame ahora mismo! —pero me entró la risa floja.

Me azotó el culo.

—Qué cochina eres, mira cómo nos has puesto.

—¡Te lo tenías merecido!

Volvió a darme otra palmadita en el trasero, un poco más fuerte que la anterior. Pateé su espalda como si fuese una niña, lo que solo avivó su risa grave.

—¡Te lo tenías merecido! ¡Bájame para que te dé una paliza! —le exigí, cada vez más floja.

—Lógica de Teresa; pedirme algo completamente surrealista.

Cuando vi hacia dónde se dirigía conmigo en brazos, abrí los ojos de par en par y traté de agarrarme a un árbol. Me partí una uña con la corteza y resoplé. Acto seguido, Héctor saltó al agua y nos zambullimos en el estanque.

23. ¡Te ha picado un bicho!

—¡Cómo te atreves a tirarme al agua! —le recriminé furiosa.

Chapoteé mientras me desprendía de los restos de barro. Héctor era como un crío. ¿Cómo íbamos a explicarle a su madre que nos habíamos tirado al estanque con la ropa puesta?

—Olías muy mal. Soy un tipo con tacto. No se me ocurrió otra forma de decírtelo sin herir tus sentimientos.

Le salpiqué adrede. Al ver que se reía, lo hice con más fuerza y él se zambulló. Miré hacia abajo, pero el agua turbulenta me impidió ver el fondo. Genial, podía coger una infección gracias a aquel baño a todas luces insalubre. Seguro que el agua estaba llena de bacterias y peces de dudosa reputación. ¿Y si uno de ellos me mordía?

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! —chillé aterrorizada, cuando algo me rozó la pierna.

Héctor emergió de un salto y una ola enorme me empapó la cara. Lo fulminé con la mirada. Un puñetero niño, eso es lo que era.

—Idiota —siseé.

—¿Qué te creías que era, un cocodrilo? —se burló.

—Ojalá. Su presencia me resultaría más agradable que la tuya en estos momentos.

—Venga ya —me salpicó—. Imagínate que estamos en Las fiyi. Esto es un paraíso, ¿a qué sí?

Se tumbó flotando bocarriba y con una sonrisa tonta en el rostro.

—¿Un paraíso? El agua está tan sucia que temo contraer alguna enfermedad —me quejé asqueada.

—Qué exagerada eres. Llevo bañándome aquí desde que era un crío y nunca me ha pasado nada. Cómo sois las mujeres de ciudad de melindrosas...

—Mejor ser una melindrosa mujer de ciudad que un tonto que se cree gracioso.

Lo empujé con todas mis fuerzas hasta hundirlo en el agua. Segundos después salió tosiendo y me miró con resentimiento.

—Podrías haberme ahogado —murmuró, con el orgullo herido.

—Uy... qué cobardes sois los hombres de pueblo... —bromeé.

El rostro se le iluminó de diversión.

—¿Cobarde yo?

Asentí con una sonrisa.

—Ahora te vas a enterar...

Nadó hacia mí, así que intenté llegar a la orilla lo más rápido que pude. Me agarró del pie y me arrastró hacia él. Comencé a reírme y le pegué una patada.

—¡Serás! —gruñó.

—¡Ay, auxilio, este bruto intenta ahogarme!

Sus brazos me envolvieron por debajo de los pechos y me atrajeron sin dificultad hacia él. Jadeé a causa del esfuerzo y me revolví todo lo que pude, pero no logré ofrecer la menor resistencia. No era rival para él y lo sabía. Pegó la boca contra mi oreja y un calor abrasador me recorrió todo el cuerpo. No importaba que estuviéramos empapados, porque el simple roce de su piel me ponía cardíaca.

—¿Acabas de llamarme bruto? —murmuró contra mi oreja.

Moví la cabeza en señal afirmativa. Los brazos de Héctor subieron hacia mis pechos, y estuve convencida de que lo hizo a propósito. Se me aceleró el corazón.

—Vigila donde pones tus manos.

—Están bien donde están. ¿O las quieres en otro sitio? —me mordió el lateral del cuello.

Me pegué inconscientemente a él. Su respiración me acarició la coronilla. Sus manos me apretaron las tetas y gemí de placer. Imaginé la sonrisa fanfarrona que acababa de formarse en su boca.

—Eso depende de lo que vayas a hacer con ellas —respondí excitada.

Me volvió hacia él con un movimiento rápido. Bajó sus manos hasta mi cintura y me apretó contra su erección. Su mirada se oscureció y la posó un breve segundo en mi boca antes de devolverla a mis ojos.

—Conque la fierecilla ha vuelto... —comentó con aprobación.

Metió las manos por dentro de mi camiseta y fue acariciándome el vientre. Subió un poco más y estudió mi reacción. Entreabrí los labios y dejé escapar un suspiro trémulo. Él no necesitó más para enterrar las manos dentro de mi sujetador y alcanzar mis tetas. Las ahuecó hasta que los pezones se me endurecieron. Los pellizcó y sentí que enloquecía.

—Héctor... ¿aquí? —titubeé, debatiéndome entre la angustia y la excitación que sentía.

—Aquí o me muero.

—Exagerado.

Me agarró la mano y la llevó con urgencia hasta su entrepierna.

—Tócame... por lo que más quieras.

Y lo toqué. Al principio con timidez por encima del pantalón. Soltó un suspiro ronco y me acarició a su vez los pechos. Su otra mano se enredó en mi pelo y su boca se posó sobre mi barbilla.

—Más... —exigió, con la voz ronca.

Le desabroché el primer botón de la bragueta y rocé con mis dedos su vello. Héctor apretó su boca contra la mía y me besó como si la vida le fuera en ello. Me pegó a él y fuimos piel húmeda contra piel. Dios, se sentía tan bien que mandé mi autocontrol a paseo y fui a meterle la mano dentro de los calzoncillos.

—¡Hola tito Héctor!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó desde la orilla otra voz infantil—. ¿Estáis haciendo un bebé?

—¡No están haciendo nada! —gritó una voz masculina.

Nos quedamos petrificados de la impresión. Madre mía, apenas llevaba unas horas allí y ya era la segunda vez que me pillaban en una situación comprometida. Mi fama de guarrilla correría como la pólvora. ¡Qué vergüenza!

Había dos niños y un adulto. Los niños estaban la mar de emocionados mirándonos, y el hombre que los acompañaba trataba de taparles los ojos.

—¡Bieeeeeeeeen, el tito Héctor nos va a fabricar un primo! —chilló entusiasmada la niña. Esa debía de ser Cleo, su sobrina.

Su hermano aplaudió a su lado.

—¡No estamos haciendo ningún... esto...eh...! —Héctor me miró para que le echara un cable, pero yo ya me había apartado disimuladamente de él. Me quería morir. ¿Y si me ahogaba para evitar la situación? De repente se le iluminó la expresión—. Estaba enseñando a nadar a Teresa.

Los niños no parecieron muy convencidos. El hombre puso los ojos en blanco.

—¿No sabe nadar con lo vieja que es? —inquirió con recelo Álvaro, su otro sobrino.

—¡Oye, que solo tengo treinta y uno! —me quejé.

—Cuando era pequeña estuvo a punto de ahogarse. Tenía que superar el trauma —les explicó muy serio su tío.

Ambos salimos del estanque ante las miradas curiosas de ellos. Cuando estuve en la orilla, vi el considerable bulto que había en los pantalones de Héctor. A él se le descompuso la cara y yo comencé a teñirme de rojo.

—¡Tito, te ha picado un bicho! —le dijo la niña.

Héctor se tapó el bulto con las manos.

—Un trauma es lo que van a coger los niños contigo... —masculló el hombre.

—Hola, Fran —lo saludó sin amabilidad alguna Héctor.

El hombre le tendió la mano, pero Héctor le dedicó un frío gesto de cabeza. Vaya, no parecía llevarse muy bien con aquel hombre.

—Encantado de conocerte... —se dirigió hacia mí.

—Tessa —lo informé.

—¿Tú eres la novia del tito Héctor? —me preguntó la niña.

Antes de que pudiera responder, los críos comenzaron a revolotear a mi alrededor. Dada mi nula capacidad para tratar con niños, comencé a ponerme nerviosa. Al menos, la entrepierna de Héctor ya había vuelto a su tamaño normal. Algo es algo.

—¡El tito Héctor y su novia se estaban dando el lote en el estanque! —le informó Cleo, que parecía llevar la voz cantante, a una mujer que parecía de mi edad.

La mujer, de rasgos atractivos y morenos, fulminó a Héctor con la mirada.

—Tú en tu línea, hermanito.

—Ha sido un malentendido. ¿A qué colegio llevas a estos monstruos? Deberías quejarte. Tienen ocho años y ya dicen “darse el lote”. Es preocupante —respondió Héctor.

—No intentes escaquearte. Y como vuelvas a llamar monstruos a mis hijos, te corto la flauta para que dejes de usarla —le advirtió su hermana.

¿Podría subir las escaleras sin que se diera cuenta?

—Eres mala, Julia. El estrés de la boda te está pasando factura.

—¿Y esta quién es? ¿No me la piensas presentar? —me señaló con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

Héctor me atrajo por la cintura y me pegó a él. Estábamos hechos un cuadro. Su hermana clavó los ojos en mí, y no tuvo que gustarle mucho lo que vio, pues su boca se transformó en una línea tensa y devolvió la vista a su hermano.

—Anda, id a duchaos.

Cuando su hermano pasó por su lado, ella le arreó un sopapo.

—¡Y pórtate bien en mi boda, sinvergüenza!

En cuanto estuvimos dentro de la habitación, fui directa al armario para coger algo de ropa. Necesitaba darme una ducha y mantener a Héctor alejado de mí. Además, no me había gustado nada cómo me había mirado su hermana.

Él se puso detrás de mí y envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo. Mi espalda se pegó contra su pecho duro y noté que encajábamos a la perfección. Recorrió mi cuello con una hilera de besos cortos que me hicieron perder la cordura durante medio minuto, hasta que logré apartarme de él.

—En serio, para —musité con voz débil.

—Anda, no seas mala, no me rechaces. No puedes dejarme así.

—Ni que te fueras a morir —repuse, haciéndome la digna.

Su decepción me resultó hasta cómica.

—¿Qué pasa? No digas que no te ha gustado, porque entonces los dos sabríamos que estás mintiendo. Y yo me esforzaría mucho en dejarte en evidencia. Dime lo que es, Teresa.

Suspiré.

—No le he gustado mucho a tu hermana.

—¿Qué? —sacudió la cabeza, entre desconcertado y aliviado al saber que no lo estaba rechazando—. Es sobreprotectora. Tiene que vigilar a la primera novia que su hermano trae a casa. Se le pasará, ya verás.

—Ay... madre mía... soy la primera que traes y nos pillan haciendo manitas en el estanque —lamenté abochornada.

—No estábamos haciendo manitas. Eso es de críos. Quería hacerte un montón de cosas de adultos cuando esos dos monstruos que tengo por sobrinos nos interrumpieron.

—¡Héctor!

—Teresa.

Puse los ojos en blanco.

—Voy a ducharme.

Pasé por su lado abrazando la ropa, como si así pudiera protegerme de él. Como si así pudiera ser indiferente a los encantos de aquel descarado.

—¿Quieres que te frote la espalda? —ronroneó en mi oído.

—¡No! Mantén las manos lejos de mí —le ordené con una firmeza que ni yo me creía. Y luego añadí en tono débil: — por favor.

—Como quieras.

Salí de allí antes de que terminara sucumbiendo a él. Una vez dentro de la ducha, me enjaboné todo el cuerpo mientras recordaba extasiada dónde me había besado y qué partes de mi cuerpo había tocado. A pesar del agua fría, un súbito calor se apoderó de mí.

Ay... lamenté para mis adentros. En qué lío me he metido al aceptar acompañarlo a la boda de su hermana.

24. Una despedida de soltera

Cuando regresé a la habitación, Héctor no estaba allí. Oí un murmullo de voces en la planta baja, por lo que me asomé a la ventana y lo vi hablando con una mujer muy atractiva en el porche delantero. Era tan alta como él, llevaba un vestido ajustado e imposible para la mayoría de las mortales, y el cabello oscuro le caía hasta la mitad de la espalda. Los observé con curiosidad, hasta que ella le rozó los brazos y luego le acarició la mejilla. Héctor se apartó y le dijo algo que no debió gustarle, por la forma en la que ella torció el gesto. Cuando la mujer intentó tocarlo de nuevo, Héctor se volvió hacia la puerta de entrada. Entonces la mujer miró hacia arriba y clavó sus ojos azules en mí. Al principio con interés, y después con escepticismo. Como si pensara que yo no era rival para ella. Y no lo era, porque en cuanto la contemplé con mayor atención me di cuenta de que era espectacular.

Cerré la ventana con un creciente malestar. No quería montarme películas, algo en lo que era una experta. Además, estaba claro que yo le gustaba a Héctor. Quizá no para algo serio, pero sí para una relación breve y sexual. De todos modos, ¿por qué me importaba tanto lo que hubiera entre él y aquella mujer? Ni era mi novio ni tenía que darme explicaciones. Pero...

Llamaron a la puerta y me sobresalté. Al principio creí que era Héctor, pero luego supuse que él no llamaría.

—Adelante —dije.

Julia, su hermana, se quedó en el umbral con gesto indeciso.

—Hola —la saludé.

Me devolvió el saludo con un gesto de cabeza. Pues sí, no le había caído en gracia. Tuve que contener el impulso de gritarle que no se preocupara, puesto que su hermano no estaba saliendo realmente conmigo.

—Me preguntaba si quieres venir a mi despedida de soltera. Es esta noche y vienen todas mis amigas. Puesto que eres la novia de mi hermano, me parecía correcto invitarte. Si te apetece, claro. No es ninguna obligación —me dijo.

La miré sorprendida. Aquello era lo último que me había imaginado.

—Pues... sí, gracias. Me encantaría ir.

Ella asintió muy seria.

—A las nueve.

Antes de que pudiera decir algo más, se dio la vuelta y dejó la puerta encajada.

Terminé de arreglarme y salí del cuarto de baño. Héctor estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados. No estaba dormido. Parecía pensativo, y había algo inalcanzable en él desde que lo había visto hablando con aquella mujer. O eso quería creer yo, que buscaba cualquier excusa para alejarme de él. Porque me habían hecho tanto daño que confiar en un hombre como Héctor, que era a todas luces un mujeriego, me resultaba imposible.

Me eché un último vistazo en el espejo de pie que había junto al armario. Me había puesto el único vestido arreglado que llevaba en la maleta —a excepción del que había elegido para la boda—. Era un vestido rojo, vaporoso y que se ataba al cuello con un lazo. Sabía que el rojo me sentaba bien porque mi piel estaba bronceada. Me limité a dejarme el pelo suelto y a peinármelo con los dedos con aquel sérum mágico que me había dado Stella. Un poco de colorete, rímel y un pintalabios rojo hicieron el resto.

Cuando me volví, Héctor me estaba observando como si fuese un misterio que debía resolver. Su mirada fue tan intensa que me sentí desnuda.

—Así que te vas a la despedida de soltera... —dijo con una sonrisa enigmática—. Estás preciosa.

No fue lo que dijo, sino el cómo. Porque lo hizo de tal forma que hasta me lo creí. Héctor tenía ese poder. El de otorgarle a las palabras tanto sentido que a mí me acariciaban el alma. Y en ese momento me sentía hermosa y fuerte. Como si pudiera hacer con él o con cualquier hombre lo que me diera la gana.

Se puso de pie y caminó hacia mí. Me apretó los hombros y deslizó sus manos hacia abajo.

—¿Debería preocuparme?

—¿Preocuparte por qué? —pregunté sin entender.

—Por la de hombres que se te acercarán hoy.

Solté una risilla incrédula.

—¿A mí? Lo dudo.

—Ojalá te vieras como lo hago yo.

Sostuvo mi rostro y me besó con dulzura. Temblé como un flan en cuanto su boca tocó la mía. Surgió la magia cuando nuestras lenguas se enredaron. Y fue tan bueno que deseé olvidarme de la despedida y rendirme a él. Aceptar el deseo que llevaba tanto tiempo traspasándome la piel.

—¿Y por qué deberías preocuparte? No eres mi novio —le solté, demasiado afectada por el beso.

—Sabes cómo romper el momento —masculló irritado.

Me encogí de hombros y me aparté de él. Nuestra relación sacaba lo mejor y lo peor de mí. Con él me sentía radiante y plena, pero también vulnerable y pequeña.

—Es uno de mis muchos encantos —murmuré.

—¿Te pasa algo?

—No... es solo que... no sé en qué punto estamos —admití indecisa.

—¿Es tan importante? ¿Definir lo que tenemos te haría sentir mejor?
—no hubo acritud, sino la necesidad de saber lo que se me pasaba por la cabeza.

—Sí —le fui sincera.

El hecho de saber si podía reclamarle que se acostara con otras personas, o si por el contrario no tenía ningún derecho a estar celosa, era algo que me habría ayudado.

—Pues... —se metió las manos en los bolsillos.

Su indecisión me dolió bastante, así que fui a por mi bolso y me dirigí hacia la puerta muy irritada. ¿Por qué me empeñaba en buscar algo que no podía ser? Yo solo era la mujer que había elegido para llevar a la boda de su hermana. Punto. Quizá quería acostarse conmigo, pero no se planteaba nada más serio.

—Déjalo, Héctor. No debería asustarte tanto una pregunta tan sencilla.

Antes de que pudiera responderme, salí de allí muy dolida.

Lorena.

Lorena se llamaba aquella mujer. Era una de las amigas de Julia. Tenía un rostro de quitar el aliento y un cuerpazo de infarto. Y me estaba tratando como si yo fuese la rival a batir, lo que me dejó una cosa muy clara: aquella mujer había tenido algo con Héctor.

—Así que tú eres la novia de Héctor... —murmuró anonada, en cuanto nos quedamos a solas en la barra—. Quién lo hubiera dicho, Héctor amarrado a una mujer.

—¿Qué quieres decir? —repliqué con recelo.

—Ya sabes, Héctor es un poco... —dejó la palabra en el aire durante varios segundos, probablemente para que el efecto fuese mayor—. Mujeriego. No digo que no pueda cambiar, por supuesto. Te ha traído a la boda de su hermana, eso significará algo.

Me bebí la copa de un trago. Sabía lo que pretendía, pero lo peor era que lo estaba consiguiendo. Después de que Héctor no se hubiera atrevido a ir más en serio conmigo, cada vez tenía más claro que era incapaz de comprometerse.

—Supongo que la edad también cambia a la gente. Ya no tiene veinte años, se hace mayor... —se burló con malicia.

—¿Disculpa? —gruñí.

Julia y el resto de sus amigas llegaron hasta nosotras. Al ver la tensión que había, la hermana de Héctor nos miró alternativamente. Creo que sabía a qué se debían nuestras caras.

—Me muero por un cigarrillo. Ni siquiera sé para qué he venido a esta discoteca —se quejó, en un intento por quitarle hierro al asunto.

—Porque estás a punto de despedirte de la soltería —insinuó Lorena.

—Lo dices como si fuera algo malo ¡Pues lo estoy deseando! —exclamó Julia—. ¿Quién se apunta a un cigarrillo?

Me bajé del taburete para acompañarla, pero el resto de sus amigas rehusaron. En cuanto nos quedamos a solas, ella fue directa al grano. No parecía la clase de persona que esquivaba los problemas.

—Así que ya has conocido a Lorena —supuso.

—¿Te refieres a que sé que tuvo algo con Héctor? —insinué.

—No le des tanta importancia. Fue cuando estaban en la universidad, y tampoco es que se les pudiera llamar novios. Iban y venían. Demasiado parecidos para tener algo serio. ¿Lorena te ha estado molestando? —hubo cierto tono sobreprotector en ella que me sorprendió.

—Pues... no. Creo que solo sentía curiosidad.

—No dejes que te imponga. Está un poco celosa de que Héctor tenga novia. Todos pensábamos que ese momento no llegaría nunca. Y creo que a ella en el fondo le aliviaba pensar que lo suyo nunca podría salir bien, porque mi hermano jamás se comprometería con una mujer —me explicó.

Bueno, yo sigo teniendo mis dudas al respecto.

—Creí que... que no te había caído muy bien —admití cortada.

Ella enarcó las cejas.

—¿En serio? Siento haberte dado esa impresión. Simplemente me descolocó que Héctor tuviera pareja. Al principio pensé que todo era una pantomima para agradar a mi madre. No te lo tomes a mal, pero creía que mi hermano era un caso perdido.

Comencé a inquietarme. Si su propia hermana pensaba eso de él, ¿qué clase de esperanza podía tener yo?

—Las personas cambian... —murmuré, en un intento por convencerme a mí misma.

—¡Y tanto! O sea, mi hermano viene a mi boda con su novia. En sí mismo, es casi un acontecimiento. Por eso te tengo que avisar sobre Lorena y algunas de mis amigas. Para ellas Héctor siempre fue... como decirlo con suavidad... el hermano mayor de su amiga con el que fantasear. El tío inalcanzable y buenorro. No te tomes a mal si te hacen algunas preguntas o ciertos comentarios, ¿vale?

Tragué con dificultad. Me estaba imaginando por donde iba, y aunque tenía una impresión de Héctor que se acercaba bastante a la que me decía su hermana, mucho me temía que no iba a soportar salir con el hombre que había destrozado el corazón de tantas mujeres.

¿Hay algo peor que emborracharse en la despedida de soltera de tu cuñada? Sí, descubrir que tu novio, o quien quiera que sea, se ha tirado a todas sus amigas. Porque cuando empezaron las copas, a ellas se les fue soltando la lengua y me acapararon en cuanto tuvieron la menor oportunidad.

Yo que tú no me haría demasiadas ilusiones. No quiero ser yo quien te diga esto... pero Héctor es un fiel por naturaleza. Es bueno en la cama, y punto, me dijo Carla.

No me puedo creer que ese cabrón esté saliendo contigo. Bonita, ten cuidado de dónde te metes. A mí ni siquiera me dio una explicación cuando me dejó, me explicó malhumorada Marta.

Uf... no sé. Yo no podría confiar en alguien así. No digo yo que la gente no pueda cambiar, pero me cuesta imaginarlo de Héctor. Pero si vosotros estáis bien, de verdad que me alegró, comentó con falsedad Pilar.

Allá tú. A mí no me gustaría salir con un hombre que se ha tirado a todas las amigas de su hermana, masculló Lorena.

Estaba mareada, confusa y asustada. Demasiado información y alcohol que asimilar en cuatro horas. Descubrir que Héctor le había roto el corazón a todas las amigas de su hermana me había dejado muy hundida. Porque yo había salido con tres hombres que habían destrozado el mío. ¿De verdad había empezado a ilusionarme por uno que no merecía la pena?

El taxi nos dejó a pocos metros de la casa. A lo lejos divisé un par de siluetas masculinas y borrosas. Julia y yo nos estábamos partiendo de risa. Ella se había emborracho por los nervios de la boda, y yo me había tomado demasiadas copas de más para paliar mi frustración. Llegamos tambaleándonos hacia el porche, donde las siluetas se transformaron en Héctor y Fran, el futuro marido de Julia.

—Hasta mañana, camarada —se despidió de mí Julia.

—¡Chao! —le lancé un besó y ambas soltamos una carcajada.

Héctor estaba sentado en el sillón columpio mientras se fumaba un cigarrillo. Recostado, con el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha. Con ese aire despreocupado de siempre. Emanaba tanta virilidad que entendía por qué todas las amigas de su hermana habían caído rendidas a sus pies. Por qué yo me había convertido en una de ellas. Era difícil resistirse a un hombre como aquel.

—Pillado. Te juro que este es el último —me prometió.

Dio una última calada y apagó el cigarro en el cenicero.

—¡Pero si es Don Juan Tenorio! ¿Qué pasaaaaaaaaa?

Héctor ladeó la cabeza.

—¿Estás borracha? —preguntó divertido.

—¿Yo? Para nadaaaaa. Solo me he bebido un par de copitas. Y tres cervezas. Y cinco chupitos de nada.

Se puso de pie y se acercó hacia mí. Mi sistema de alerta se activó. Caminó con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa comedida en el rostro. Ay, qué guapo era el condenado.

—Anda, vamos a la cama. Será mejor que te des una ducha antes de acostarte, para que se te pase —me aconsejó.

—¿A la cama contigo? Pfff... creo que paso, machote. No soy como las amigas de tu hermana.

Se detuvo de golpe y su expresión se endureció.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero —le guiñé un ojo—. Eres un semental. No sé de dónde sacas las fuerzas, tío duro.

Héctor se me quedó mirando durante un buen rato, hasta que al final asintió de mala gana.

—Ya veo que has estado hablando con Lorena.

—Con Lorena, Carla, Marta, Pilar... —enumeré, con la voz trabada a causa del alcohol—. Las tienes contentas a todas.

—¿Se supone que debo darte algún tipo de explicación? —preguntó irritado.

—¡Nooooooooooooo! ¡Para nadaaaaaaaa! —exclamé, alargando las vocales con teatralidad—. Explicaciones las justas, por favor. Si ya me ha quedado bastante claro. Además, no soy tu novia. A mí, plin.

—Cualquiera lo diría.

Lo fulminé con la mirada. Verlo allí, tan sereno mientras a mí se me llevaban los demonios comenzó a enfurecerme.

—¿Cualquiera diría qué? —repliqué, acercándome a él hasta tenerlo muy cerca.

—Que te importa mucho mi pasado.

—No se le puede llamar pasado a tu estilo de vida. ¡Qué no soy quién para juzgarlo, oye! Pero podrías haberme avisado. Teresa, ven conmigo a la boda de mi hermana. Por cierto, me tiré a todas sus damas de honor. Yo soy así, un semental de la cabeza a los pies —mi voz destiló rabia.

Él apretó la mandíbula y se pasó las manos por el pelo.

—Bueno, sí, ¿y qué? ¿Tengo que pedir perdón por lo que hice cuando estaba soltero? —masculló.

A pesar de todo, agachó la cabeza y pude ver cierto aire de vulnerabilidad. Como si en el fondo, no se sintiera tan orgulloso de que yo lo hubiera descubierto.

—Para nada, ¡cómo si te tiras a otra mañana en la boda! —lo empujé para dirigirme a la entrada—. ¡Haz lo que te dé la gana!

Noté que me seguía.

—Así es como solucionan las cosas los adultos... —ironizó.

Me volví hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Los adultos que piensan con la polla? —le solté sin poder contenerme.

Héctor pareció dolido. Apartó la mirada y la clavó en el suelo.

—Baja la voz —me pidió en un susurro.

—Como quieras. Olvidaba que tenemos que seguir fingiendo a ojos de todo el mundo para que crean que el mujeriego de la familia por fin ha sentado la cabeza —murmuré en voz baja.

Fui a subir los escalones del porche, pero estaba tan borracha que me tropecé. Cuando intenté ponerme en pie, Héctor me tendió una mano y yo la rechacé.

—Puedo sola —mascullé.

Me agarré a la barandilla y logré recuperar el equilibrio.

—Estás sangrando.

Héctor señaló mi rodilla, donde brillaba un rastro carmesí.

—No es nada.

Sin darme opción a réplica, me cogió la mano y me arrastró hacia la cocina. Luego sacó un taburete y me empujó para que me sentara. Lo miré como si fuese una niña enfurruñada. Él se limitó a buscar en los cajones hasta que encontró agua oxigenada y tiritas.

—¿Te duele?

—No.

Se arrodilló a mis pies para limpiarme la herida. Dejó una mano sobre mi muslo mientras me curaba con la otra. Intenté disimular lo mucho que me afectaba su contacto. Era ridículo.

—No creo que deba pedirte perdón por... haberme acostado con otras mujeres antes de haberte conocido —comenzó, aprovechando que no tenía escapatoria.

—Pues no lo hagas.

—Pero... no me gusta que pienses que soy la clase de hombre en el que no se puede confiar.

—Es lo que pienso —admití, incapaz de contenerme gracias al alcohol.

Héctor suspiró. Me colocó la tiritas sobre la herida y luego dejó su otra mano sobre el muslo. Apreté las piernas y me humedecí los labios.

—¿Hay algo que pueda hacer para cambiar tu opinión? —preguntó, y fue casi una súplica.

Agaché la cabeza para mirarlo a los ojos. No quería ser ingenua. No debía permitir que volvieran a hacerme daño.

—No —musité.

A mis pies, Héctor pareció confundido y devastado. Me acarició los muslos y me miró a los ojos.

—¿Sabes por qué te pedí que me acompañaras?

—Porque necesitabas a alguien, y me tenías al lado —respondí convencida.

—No. Fue porque me gustaste desde el primer momento en el que te vi. Eso es verdad, Teresa. Puede que nuestra relación y todo lo demás fuese una farsa. Pero lo que me haces sentir... las ganas que tengo de tocarte... lo bien que me lo paso contigo... joder, eso es verdad. Es tan real que si alguien me preguntara qué eres para mí, le diría sin lugar a dudas que eres mi novia.

—No lo soy —murmuré, afectada por sus palabras y el alcohol.

—Sí, vale, no lo eres. Pero si tú quisieras... es decir, si nosotros...

—Hace unas horas no querías ni oír hablar del tema —le recordé con aspereza.

Me levanté del taburete, pero tuve que agarrarme a sus hombros para no perder el equilibrio.

—Hace unas horas tenía miedo. Y lo sigo teniendo. Es difícil para mí —me contó agobiado.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Esa... esa no es una respuesta.

Tiró de mi mano cuando intenté escaparme. Tampoco ofrecí demasiada resistencia. Estaba deseando rendirme a él. Cada parte de mi cuerpo palpitaba de deseo.

—No, no lo es. Pero es lo mejor que tengo en este momento.

—¿Y me darás una respuesta de verdad otro día? —pregunté esperanzada.

—Sí —dijo sin vacilar.

Puso sus manos en mis mejillas y me atrajo hacia él. Primero me acarició la barbilla con la boca. Temblé de emoción y apoyé las manos en su pecho. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Hasta que los abrí de golpe y sacudí la cabeza. No, no podía hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿He hecho algo mal?

—¡No, tú no! Soy yo —le confesé, y rompí a llorar.

—¿Qué?... —Héctor intentó tocarme, pero me aparté compungida.

—¡Tengo el clítoris estropeado! Soy... soy un horror en la cama.

Ay, madre mía. ¿Acababa de decir yo eso?

Por la expresión descompuesta de Héctor, fue evidente que sí. Durante unos segundos, se me quedó mirando sin saber qué decir.

—Eso no es verdad.

—¡Y tú qué sabes! —exclamé moqueando.

—Obviamente no lo sé, pero tengo mis sospechas al respecto. No creo que a tu ... ejem... no creo que a ti te pase nada en absoluto. No eres tú, sino las parejas que has tenido. El placer es cosa de dos.

De pronto se me iluminó la expresión.

—¿Tú podrías arreglármelo? —le pregunté de golpe.

Héctor parpadeó alucinado, como si tratara de discernir si estaba de broma.

—Yo... esto... a ver...

Cuando intenté besarlo, Héctor se echó hacia atrás. Fue tan humillante que estuve a punto de echar a correr, de no ser porque él me detuvo. Me abrazó mientras intentaba zafarme, hasta que me apretó con suavidad.

—Eh... eh... no creas que no me apetece. Dios, en este momento no hay nada que desee más que llevarte a la cama y demostrarte que puedo darte tanto placer como tú a mí.

—Mentiroso —rompí a llorar.

—Estás borracha.

—Solo un poquito.

—Lo suficiente para que no me aproveche de ti.

—Te doy permiso.

Ay, Teresa. ¿Por qué no te callas la boca?

En la boca de Héctor aflojó una sonrisa. Me pasó los brazos por encima de los hombros y me besó en la frente. Fue un beso que me amansó, como si de verdad fuese la fierecilla que él se empeñaba en creer.

—Anda... vamos a la cama —me llevó escaleras arriba sin dificultad.

—Pero, ¿me vas a arreglar el clítoris o no?

—Sssshh... —dijo, temblando de risa.

Me detuve de pronto y me tapé la boca.

—Creo que voy a vomitar.

Eso es lo último que recuerdo.

25. ¿Qué ocultas?

Le vomité a Héctor en los zapatos. Por si pedirle que me arreglase el clítoris no había sido suficiente, me coroné echando la pota. No recordaba que hubiésemos dormido juntos —normal teniendo en cuenta las circunstancias—. Todo lo que sé es que me levanté cuando ya era de día y con un considerable dolor de cabeza.

Dios, qué vergüenza.

¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de aquello?

No lo hagas. Huye.

De no ser porque lo habría dejado tirado en la boda de su hermana, es lo que habría hecho. Habría recogido mi ropa como la gran cobarde que era y pedido un taxi hasta Sevilla.

Le había suplicado que me diese un orgasmo. Madre mía.

Me fui directa al cuarto de baño y me metí bajo la ducha. Mientras el agua se llevaba la resaca, cavilé la opción de fingir que no me acordaba de nada. Podía hacerlo, ¿por qué no?

Me estaba vistiendo cuando escuché voces en el pasillo. La cotilla que hay en mí obró de las suyas y me dispuse a escuchar detrás de la puerta. Eran Héctor y su hermana, que discutían en voz baja para que nadie los oyera.

—Solo digo que me parece fatal —le soltó ella—. Que utilices a otra pobre mujer, esta vez para hacer feliz a mamá. ¿Y qué hay de ella? ¿De verdad te gusta?

—No es asunto tuyo.

—¡Oh, cómo no! En cuanto hablamos de sentimientos, sales corriendo.

—Sigo aquí.

—Ya sabes a lo que me refiero. Lo que no me explico es por qué has decidido sentar la cabeza de buenas a primeras. Teresa no es... tu tipo.

Me vine abajo al oír el veredicto de su hermana.

—¿Y cuál es mi tipo, si se puede saber? —la voz de Héctor sonó molesta.

—Pues... ya sabes, como Lorena.

Argh, otra vez esa mujer. Así que ese era el prototipo de Héctor, ¿no? Atractiva, despampanante... y no alguien como yo, normalucha.

—Haz el favor de no nombrarme a esa bruja.

—Le hiciste daño —le recriminó Julia.

—No es precisamente una santa. Seguro que se ha puesto de acuerdo con todas tus amigas para asustar a Teresa. Ella es así. Le importa una mierda herir a los demás si consigue lo que quiere.

—¿Y lo que quiere eres tú?

—Lo que quiere es vengarse. A estas alturas ya deberías conocerla. ¿Por qué todos os empeñáis en echarme a mí la culpa? —le recriminó irritado.

—Porque te comportas como si fuese un juego para ti. Llevas toda la vida huyendo del amor.

—No huyo, qué cosas dices —respondió esquivo.

—¡Qué no! Te comportas como si esta boda fuese una locura. Desde que papá nos...

—Ni lo menciones —la cortó con dureza.

—¿Lo ves? —comprobó con amargura su hermana—. Solo espero que esta sea la definitiva. Joder, Héctor... cualquiera con dos dedos de frente podría ver que está loca por ti. Si vieras la cara que puso cuando se enteró de que te habías follado a todas mis damas de honor...

Retrocedí conmovida y me senté en la cama. O sea, que así era como todos me veían. La pobre ingenua a la que Héctor daría la patada tarde o temprano.

¿Qué clase de relación había tenido con Lorena? ¿Por qué le costaba tanto hablar de su padre? ¿Iba a tener un hijo? Uf, demasiados interrogantes a los que enfrentarse con semejante resaca.

Cuando abrió la puerta de golpe, me alegré de haberme alejado de allí. Lo noté bastante afectado por la discusión con su hermana, pero se le pasó en cuanto me vio. Hubo una alegría espontánea en su expresión.

—¿Qué tal estás?

—Pues... bien. Creo que anoche te vomité encima —le dije abochornada.

—Da igual —le restó importancia—. ¿Te encuentras mejor?

Asentí con las mejillas ardiendo.

—Físicamente sí. La vergüenza me durará para los restos. Respecto a lo de mi ... ejem... ya sabes, eso —un brillo divertido asomó a sus ojos verdes—. No lo decía en serio, de verdad que no.

—Vaya... y yo que empezaba a hacerme ilusiones.

Le arrojé un cojín.

—Creo que anoche te dije cosas que estaban fuera de lugar. No me sienta bien beber. Y no tengo por qué meterme donde no me llaman —le dije.

Héctor asintió muy serio.

—Las amigas de mi hermana no deberían haberte asustado. Porque es lo que pretenden. Lo sabes, ¿no?

—¿Te refieres a que no te las has tirado a todas? —traté de bromear.

—Esa parte es verdad. Me refiero a la otra. La que dice que no puedo cambiar y que siempre seré un infiel por naturaleza.

—Ah.

Héctor se sentó a mi lado. Parecía pensativo y frustrado.

—Confía en mí, Teresa.

—No sé si puedo —admití en un susurro—. Tengo miedo. No es fácil para mí.

—Ya somos dos.

Lo miré sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué parte de la conversación has oído? —me preguntó muy tranquilo.

Ajá. Así que sabía que yo lo sabía. En fin, para qué seguir fingiendo lo contrario.

—Casi todo. ¿De verdad le tienes pánico al amor? ¿Qué pasó entre Lorena y tú? ¿Qué clase de relación tienes con tu padre? —le solté sin poder contenerme.

Parpadeó varias veces, como si tratara de asimilar todas mis preguntas y pensara cuál de ellas iba a responder primero.

—Me cuesta creer que el amor está hecho para mí. Lo que sucedió entre Lorena y yo forma parte del pasado, hace muchos años. Cuando ambos íbamos a la universidad. Te prometo que no es importante para mí, pero me temo que ella aun me guarda rencor. Mi padre y yo no tenemos ninguna relación —todo fueron verdades a medias. Lo justo para dejarme casi satisfecha por el momento.

Me froté el rostro, incapaz de guardarme aquello por más tiempo. Si de verdad quería confiar en él, necesitaba saberlo.

—¿Vas a ser padre?

Héctor me miró sorprendido.

—¿Qué?

—Vi los papeles que había en tu sofá. No debería haberlo hecho, pero lo hice.

—¿Y llegaste a la conclusión de que voy a ser padre? —replicó, casi gritando.

—Creí... que tal vez habías dejado embarazada a una mujer.

Soltó un bufido. Un leve temblor se apoderó de su cuerpo antes de que se levantase de un salto para apartarse de mí.

—¿Te crees que soy la clase de hombre que va dejando embarazadas a todas las mujeres con las que se cruza? —me recriminó dolido.

—A todas no... pero quizás un accidente...

—Genial, Teresa. Únete al club de mi hermana. Ese en el que soy un cabrón sin sentimientos —masculló fuera de sí.

Le dio una patada al cojín y yo me sobresalté. Era la primera vez que lo veía tan alterado. Aunque más que alterado, la palabra correcta era dolido.

—Vale, me he equivocado. Pero, te guardas tantas cosas para ti que es muy difícil conocerte.

—Mucho más útil pensar lo peor de mí. Así te vas previniendo, ¿no?

—No lo sé, Héctor.

—¿No sabes qué? ¿Dejar de creer a la menor oportunidad que soy un mierda?

—¡No sé qué pensar! —estallé, repentinamente enfadada—. Me traes aquí, y me dejas claro que por el momento no hay nada entre nosotros. Luego me pides que confíe en ti, pero esquivas mis preguntas cuando intento conocerte. ¿Qué se supone que debo pensar?

Apartó la mirada y la clavó en un punto fijo de la pared. Estaba perdido, ambos lo sabíamos.

—No lo sé.

Fue hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—A dar una vuelta. Necesito pensar.

Salió de allí y me dejó más confundida que antes.

Por si mi algarabía de sentimientos fuera poca, Javi me escribió aquella mañana para dejarme hecha un lío. Estaba demasiado agobiada por mi relación con Héctor como para pensar en mi amigo. De repente, era como si mis sentimientos por Javi hubiesen pasado a un segundo plano. Como si lo que sentía por Héctor fuera demasiado intenso para dejarle espacio.

¿Por qué me tenía que meter en aquel berenjenal? ¿Por qué no podía pasar el luto amoroso como cualquier persona normal? Ya sabes; chocolate, helado, películas ñoñas... ¡Pero no! Yo tenía que colarme por el tipo más atractivo, enigmático e inaccesible del mundo. Justo lo que necesitaba para olvidar a mi amigo, jajaja.

Javi: *ey, ¿por dónde andas? No hay quien te vea el pelo. Lo de tener una conversación iba en serio. Dime cuando te viene bien. Te necesito, peque.*

Yo: *estoy en una boda (fuera de la ciudad). Vuelvo el lunes. Nos vemos entonces, ¿vale? ??*

Me guardé el teléfono en el bolsillo y eché a caminar por los alrededores de la casa. Lo hice con la intención de despejarme, o al menos poner en orden mis sentimientos. Era evidente que los mensajes de Javi ya no me emocionaban como antes. Y Héctor... puf... qué decir de Héctor.

—¡Hola!

—¿A dónde vas?

Miré a los dos renacuajos que tenía delante. Los sobrinos de Héctor me contemplaron a su vez con esa curiosidad infantil que roza lo maleducado.

—Estoy dando un paseo.

—Ah.

—¿Buscas al tito Héctor? ¿Quieres que te dé clases de natación? —inquirió la niña.

Ambos soltaron una risilla cómplice.

—No, nada de volver a nadar en el estanque. En realidad, no estoy buscando a nadie. Solo quería dar un paseo.

—¿Los enamorados dais paseos cuando os enfadáis? —quiso saber el niño.

—Pues... supongo que es una forma de relajarse —respondí.

—Entonces el tío Héctor debe de estar muy enfadado, porque ha pasado de nosotros cuando lo hemos llamado. Está aquí al lado, ¿te llevamos? —sugirió el niño, encantado de ser de utilidad.

—No, gracias —lo último que quería era volver a ver a Héctor—. Prefiero seguir caminando.

Cogieron mis manos y comenzaron a tirar de mí.

—¡Síguenos!

—¡Pero si he dicho que no! —me resistí.

—¡Qué sí! ¡Tenéis que hacer las paces! Tito Héctor no puede discutir con la única novia que ha tenido —me explicó enfurruñada la niña.

—Me parece que quiere estar solo... —intenté frenar con los pies.

Prácticamente me empujaron contra Héctor, que pareció tan descolocado como yo.

—¡Taaaaaachaaaaaan! —exclamó el niño.

—Eh... hola —murmuró Héctor, que no parecía muy contento de verme allí.

—Hola —le devolví el saludo con frialdad—. Me han traído ellos.

—¡Sí, somos los mejores!

—Danos veinte euros, tito Héctor —le pidió la niña, extendiendo la mano.

—¿Y eso por qué? —replicó su tío.

—Por haberte reunido con el amor de tu vida —respondió en tono sabiondo.

Héctor le chocó los cinco.

—Anda, largo de aquí antes de que se lo cuente a tu madre.

Los niños se quejaron, pero al final echaron a correr y nos dejaron a solas. Casi los eché de menos, porque lo que menos me apetecía era enfrentarme a Héctor. Él pareció tan incómodo como yo.

—Te dejo que sigas con tu paseo —repuse, dispuesta a irme de allí.

—No, espera.

No me moví del sitio. Me crucé de brazos y soplé un rizo que me caía sobre la frente. Héctor alargó la mano para colocármelo tras la oreja. El contacto me estremeció.

—Supongo... que en parte tienes razón —murmuró de mala gana.

—¿Supones? Cuando la tengo, la tengo.

Se apoyó contra el árbol y sonrió de medio lado.

—No me lo vas a poner fácil, ¿no? —intuyó.

Me encogí de hombros.

—Eres tú el que se empeña en hacer las cosas difíciles.

—Puede ser —admitió, esa vez muy tranquilo—. Pero en mi defensa diré que no me lo esperaba.

Lo miré sin entender.

—¿Qué no te esperabas?

—A ti.

Intenté hacerme la indiferente, pero no coló. Intenté no emocionarme, pero tampoco dio resultado. Allí estaba, la parte de mí que quería saltar a sus brazos y permitirle hacer lo que quisiera conmigo. Y era una parte muy poderosa, por cierto.

—No esperaba volverme loco por la vecina de al lado. Replantearme mis prioridades. Comprender que mi vida estaba vacía hasta que tú llegaste —dijo sin vacilar.

Cuando me atrajo hacia él, no hice nada por remediarlo. Dejé que me abrazara mientras me deshacía como un flan. Metió la cabeza en el hueco de mi cuello y pegó la boca contra mi piel.

—Y eso que ni siquiera hemos follado.

Le arreé un sopapo. Él se echó a reír, con su risa amortiguada contra mi piel.

—Eres lo peor —siseé indignada, y me aparté de él.

—¿Por admitir que te deseo con todas mis fuerzas? —un brillo travieso se apoderó de su mirada.

—Por llevártelo todo a tu terreno.

Asintió con expresión adusta y se sentó bajo la espesa sombra del árbol.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Significa eso que vas a contármelo todo? —pregunté emocionada, y me senté a su lado.

—Todo no. Solo algunas cosas.

—Algo es algo.

Me apreté contra él. Su olor era contagioso, y el tacto de su piel acogedor. Solo hizo falta que me pasara un brazo por encima de los hombros para que me sintiese como en casa.

—No voy a ser padre, eso que quede claro —comenzó, algo crispado—. Si encontraste esos papeles fue porque me he estado informando de las diversas opciones que hay para ser padre soltero.

Me lo quedé mirando con la boca abierta. Eso no entraba en mis planes.

—Algún día me gustaría formar una familia. Y puesto que no había encontrado a nadie para que la formara conmigo, me pareció la opción más correcta. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? —replicó a la defensiva.

—Porque... es raro.

—¿Es raro que quiera ser padre? —pareció avergonzado.

Le toqué la mano con dulzura.

—No, no lo es. Yo también quiero ser madre. Y si no surge la persona adecuada, también he pensado serlo yo sola. En realidad, es raro que yo piense así. Lo siento.

Se quedó más tranquilo.

—Respecto a Lorena, me gustaría decir que no tiene motivos para estar cabreada conmigo, pero en el fondo sé que no hice las cosas bien. Íbamos a la misma universidad y era la mejor amiga de mi hermana. Tuvimos una de esas relaciones de principiantes, intensas y bastante dramáticas. No podía salir nada bueno de allí.

—Ella quiso más —adiviné.

Suspiró.

—Aunque hubiera querido lo mismo que ella, no hubiese salido bien. Años después coincidimos en la misma empresa, y volvimos a tener un lío. Cuando me di cuenta de que ella pensaba que podíamos ir en serio, pedí el traslado. Todavía no me lo ha perdonado.

Asimilé aquella información. Si bien había esperado que fuera algo más breve, me di cuenta de que Héctor hablaba de ello con total indiferencia. No sabía si aquello me tranquilizaba o no.

—Hace años de eso, Teresa. Te lo prometo —insistió, al ver mi reacción.

—¿Qué pasa con tu padre?

Héctor se tensó.

—Pasa que es un cabrón. ¿De verdad tenemos que hablar de él?

—No. Si no quieres, no.

Suspiró aliviado.

—Mejor.

Acto seguido me besó. No me di cuenta de lo mucho que lo había echado en falta hasta que nuestros labios se tocaron.

26. Sí, quiero

Que a Héctor no le hacía ninguna gracia la boda de su hermana ya me había quedado claro. Pero el sábado a medio día, cuando apenas quedaban unas horas para que llevase a su hermana del brazo hasta el altar, me di cuenta de que estaba tan nervioso que era incapaz de ocultarlo. Así que me acerqué a él y le hice el nudo de la corbata.

—¿Todo bien? —le pregunté con suavidad.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque te va a dar algo. Cualquiera diría que eres tú el que se casa.

Se pasó las manos por el pelo y se estropeó el peinado. Cuando hizo el amago de repetir el gesto, lo detuve.

—¿No te gusta su futuro marido?

La pregunta lo sorprendió.

—Sí. Es decir, está colado por mi hermana. Es solo que...

—Temes que le haga daño —adiviné—. Pero no puedes hacer nada por evitarlo. Así que disfruta de este día y deja de amargarte por el futuro. Ella es feliz, y eso es lo único que debería importarte.

—¿Cómo lo haces? —inquirió maravillado.

—Ah... te refieres a por qué sigo siendo tan ingenua después de que me hayan roto el corazón tantas veces —ironicé, aunque en el fondo me dolió que él me viera así—. Supongo que soy una romántica empedernida. Lo mío es un caso perdido.

—No. Me refería a cómo lo haces para estar tan preciosa y no ser consciente de ello. Por si no lo sabes, ese es uno de tus muchos encantos.

Me atrajo hacia él y me acarició el pómulo con el pulgar. Me mordí el labio y me perdí en sus ojos verdes. Cuando quise darme cuenta, me había tirado en la cama y me estaba metiendo la mano por dentro del vestido.

—Héctor... —susurré, excitada y a la vez agobiada por el momento que había elegido para dejarnos llevar.

—No es culpa mía. Es tu vestido, que enseña demasiado.

Solté una carcajada y él se lo tomó como una invitación. Con una mano fue directo a mi ropa interior, y con la otra comenzó a bajar la cremallera lateral. Se me aceleró el pulso y pensé que aquello era una locura, pero no logré decirle que no. De mi boca escapó un gemido cuando sus labios se posaron en mi canalillo. Luego su lengua hizo un recorrido erótico por dentro de la tela y yo clavé las uñas en la colcha.

—Otro de tus múltiples encantos es el sonido de tu risa... —murmuró con voz ronca, y me bajó la cremallera del todo—. Como una cascada. Liberadora, sincera... contagiosa...

El bulto de su entrepierna se apretó contra mi vientre. Me mordí los labios y entrecerré los ojos, presa de un deseo demasiado intenso para ignorarlo. Metió la mano por dentro de mi tanga y deslizó los dedos por mi hendidura. Estaba tan húmeda que él soltó un gruñido de satisfacción. Separé los muslos y deseé que me penetrara con los dedos. Que metiese la cabeza entre mis piernas y me follara con la lengua. Que me diese todo el placer que nunca había experimentado. Su boca alcanzó el lóbulo de mi oreja y me susurró como una caricia oscura:

—Y tu otro encanto es lo salvaje que puedes llegar a ser cuando te tocan las manos adecuadas. Pero tú aún no lo sabes, Teresa... —me mordió el cuello con una mezcla de posesividad y cuidado, como si no quisiera hacerme daño y al mismo tiempo deseara marcarme—. Aún no has entendido que me tienes en tus manos... y que podrías hacer conmigo lo que quisieras... cumplir todas tus fantasías y tus deseos más ocultos... si me lo pides. Si me suplicas que te toque como estás deseando que haga.

Me quedé en shock. Pasaron varios segundos hasta que logré reaccionar y lo golpeé con todas mis fuerzas. Héctor me agarró las muñecas y me zarandeó con suavidad. Lo miré indignada y furiosa. La humillación y la frustración crecieron en mi interior con fuerza.

—¡Eres un idiota! —le chillé, a escasos centímetros de la cara.

Él no se inmutó.

—¿Por animarte a ser valiente?

—Por creer que tu orgullo vale más que el mío.

Lo aparté de encima de mí con un manotazo y comencé a subirme la cremallera.

—No es una cuestión de orgullo, sino de sinceridad —me dijo.

Estaba temblando por culpa de la impotencia. Sentía que había jugado conmigo hasta ponerme demasiado cachonda. Joder, era lo peor. Y no él, sino yo. Mi ingenuidad era digna del patetismo.

—¿Sinceridad? Mis ganas de arrancarte la cabeza —mascullé con rabia.

—No lo dudo. Pero ten en cuenta que no me voy a acostar con una mujer que no es capaz de decirme lo que quiere, lo que le gusta, o lo que desea. En la cama busco equidad, querida.

Me tapé el rostro con las manos. De repente tuve muchas ganas de echarme a reír.

—¡Oh, sí, qué generoso por tu parte, Héctor!

—No se trata de generosidad. Maldita sea, Teresa. ¿Tanto te cuesta entender que tengo muchas ganas de acostarme contigo? Pero no así, cuando ni me miras a la cara ni me tocas. Podría hacerlo, pero ¿qué ganaríamos los dos? Probablemente algo desastroso y que no se volvería a repetir.

Empecé a sentirme más confundida que avergonzada.

—¿Es porque te dije que soy mala en la cama?

Arrugó la frente.

—¿Qué? ¡No! Es porque me gustaría que te dejases llevar... lo que intento decirte es que...

—Crees que soy una frígida —supuse malhumorada.

—No.

Intentó tocarme, pero me aparté. Cuando lo hizo de nuevo, me apretó los hombros y me besó en la nuca. Fue desconcertante e íntimo. Estaba enfadada con él, y a la vez necesitaba que me reconfortara. Ni yo misma me entendía.

—Rotundamente no. Te doy mi palabra. Pero necesito saber que no vas a coartarte cuando tú y yo nos acostemos. Que me dirás lo que quieres, que me dirás cómo te gusta que te toque... que siempre serás sincera conmigo. Es la única manera de que funcione.

—¿Y si no puedo? —musité asustada.

Sabía que era un crack en la cama, ¿cómo se enfrentaba una negada como yo a eso? Él tenía el listón muy alto. Por lo visto, tenía muchas expectativas conmigo. Pero yo la cagaría, como siempre.

Héctor fue a decir algo, pero llamaron a la puerta.

—¡Héctor, hijo, que la boda no se puede hacer sin ti! —exclamó su madre.

Puso una mano sobre mi espalda.

—Sí que puedes —me dijo convencido.

Fue una boda bonita, emotiva y familiar. De pocos invitados, reunidos en el jardín de la casa de la madre de Héctor. Rodeados de una familia que se quería a todas luces, la complicidad de los amigos de la pareja y los mellizos haciendo de las suyas. Y a pesar de que no era la novia de Héctor, disfruté de verdad. No lo hice por compromiso, y me alegré de haberlo acompañado en un día tan importante para él.

Héctor incluso llegó a emocionarse con la lectura de los votos nupciales. Él jamás lo admitiría, claro está. Pero nos dedicamos una mirada cómplice después de aquello. Bailamos, nos besamos, parecimos una pareja de verdad. Con algunas copas de más y muchas ganas de meterse mano.

—Ahora vuelvo —me excusé, para ir al servicio.

Tiró de mi mano, como si no quisiera dejarme escapar.

—Hay algo que quiero decirte.

—¿Justo ahora, no puede esperar?

—Puede, pero me apetece decírtelo ahora. Creo... no, estoy convencido. Estoy convencido de que no podría haber elegido a alguien mejor para que me acompañara hoy.

—Quizá has bebido demasiado.

—He bebido demasiado. Pero recuerda lo que dicen de los niños y los borrachos, que siempre dicen la verdad.

Sonreí como una idiota. Si la verdad significaba que lo que había empezado como una farsa, de repente se había convertido en algo real y maravilloso, no me importaba que me la dijese un hombre un pelín achispado.

Cuando llegué al servicio, tuve que esperar bastante. Estaba emocionada por las palabras de Héctor, por nuestras caricias furtivas, por todo lo que implicaba dejarme llevar con un hombre como aquel. A quién quería engañar; estaba deseando entregarme a él. Y luego... luego que fuese lo que Dios quisiera. Que se acabase allí, o no. ¿Acaso podía hacer algo al respecto?

Al regresar, no lo encontré en la pista de baile, así que di una vuelta por el jardín hasta que lo divisé junto a Lorena, con la que parecía mantener una conversación bastante tensa. Una parte de mí sacó sus propias conclusiones y me dijo que estaba fatal escuchar conversaciones ajenas. La otra me animó a esconderme en la esquina y escuchar los fragmentos que me llegaban.

—¡Eres un mamón! Presentarte con esa... en la boda de tu hermana... solo para fastidiarme.

—Deja de darte importancia, Lorena.

—¡Oh, venga ya, no esperes que me crea que te gusta! No te pega nada...

—Me da igual lo que creas.

—En el fondo tú y yo somos iguales, Héctor. Lo sabes de sobra. ¡Por eso nos ha ido así en la vida! Estamos condenados a estar solos. Cuando te des cuenta, la dejarás por otra. Y a esa otra por otra. Tú funcionas así.

Saqué mi teléfono de la cartera cuando emitió un sonido. *Poca batería*. Temí que Héctor me descubriera, así que me alejé de allí y llamé a Nati. Ese era la clase de momento en el que necesitaba un consejo de mi amiga. Alguien que me pusiera los puntos sobre las *ies* y me dijera que aquello era una locura. Me respondió al segundo pitido.

—¡Ey! ¿Qué tal la boda?

—¡Me quiero acostar con Héctor! —ladré agobiada.

Silencio durante unos segundos.

—Dime algo que no sepa...

—Dios... Nati... ¡dime qué se supone que tengo que hacer! —le supliqué angustiada.

—¿De verdad me estás pidiendo permiso para tirártelo? —su voz sonó escéptica.

—No, sí... ¡No lo sé! Estoy confundida, me gusta muchísimo y ya no sé qué pensar. Por una parte, siento que podría confiar en él, y en todo lo que he descubierto. Y por otra... bueno... ¿qué clase de hombre se acuesta con todas las amigas de su hermana? —le narré de manera atropellada.

—Ay...

—¿Eso qué significa? —chillé.

—Significa que ya has tomado una decisión, y que vas a follártelo diga lo que yo diga. Por lo que más quieras, tíratelo de una vez. Lo vas a tener en la puerta de al lado pase lo que pase.

—¡Qué clase de consejo es ese!

—Uno sincero, supongo. Mira, fue una mala idea desde que empezaste a salir con él. Pero... si existe la mínima posibilidad de que me equivoque... no quiero ser yo quien te haya alejado de ese hombre.

—O sea, que te lavas las manos. Gracias, ¡con amigas así...!

Me colgó. ¡Me colgó!

No pude dar crédito. Miré la pantalla bastante ofuscada. ¿Cómo podía hacerme eso? Estaba en una situación muy crítica. Una emergencia total. Suspiré aliviada cuando recibí un mensaje suyo.

Era una nota de voz.

—Venga ya, no necesitas que yo te diga lo que tienes que hacer. Pero te diré una cosa: si ese hombre te rompe el corazón, luego no me vengas llorando a mí... —dijo irritada mi amiga.

Se escucharon voces y un forcejeo.

—¡No le echés cuenta a esta amargada! O sea, ¿vas a dejar escapar el polvo de tu vida por un ataque de pánico? ¿Cómo sabrás si merece la pena si no te atreves a dar el paso? —me animó Tana.

Me apoyé en un árbol. Metí el móvil dentro del bolso y calculé mis opciones. Luego lo volví a sacar y le escribí un mensaje apresurado a mi amiga.

Yo: está bien, ¡voy a hacerlo! Y no me importa que me digas que soy una ingenua. Porque lo soy, obviamente. Pero Héctor me vuelve loca. Y me muero de ganas de follármelo, ¿qué pasa? Sí, he caído hechizada bajo sus ojos verdes... sus abdominales y todo lo demás, ¡y no me lo puedo quitar de la cabeza! ¡Necesito echar un polvo o me saldrán telarañas en el chichi!

Pulsé enviar y suspiré aliviada. Ya estaba. Para bien o para mal, acababa de tomar una decisión. Hasta que vi a quién había enviado el mensaje por error. Porque no se lo había enviado a Nati, sino a Héctor.

No, no, no, no...

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! —grité, presa del pánico.

Borré el modo: *tirarme a Héctor* por el modo: *recuperar su teléfono a toda costa*. Tenía que borrar ese mensaje antes de que él lo leyera.

27. Por un mensaje equivocado

Héctor se había dejado el teléfono en la habitación, así que aproveché que la mayoría de los invitados se estaban marchando para escaquearme dentro de la casa y borrar el mensaje antes de que él se diera cuenta. No era tan difícil. Borraba el mensaje que le había enviado por error, regresaba a la fiesta y decía que había tardado tanto porque el servicio estaba lleno de gente.

No vi su teléfono por ninguna parte, así que lo llamé. El sonido provenía de debajo de un cojín, y suspiré aliviada cuando lo tuve en mis manos.

—¿Qué haces con mi teléfono? —la voz de Héctor me sobresaltó.

Me lo escondí detrás de la espalda.

—¿Qué teléfono? —me temblaron las aletillas de la nariz y me puse más roja que un tomate.

—El que te acabas de esconder.

—No sé de qué me hablas —insistí, al borde de sufrir un infarto.

Esto... no... podía... estar... pasando...

—Teresa, que te he visto —insistió molesto.

Vamos, ¡busca una salida! Mi mente trabajó a la velocidad de la luz para encontrar una excusa. Pero no lo hizo. Me quedé bloqueada y apreté el teléfono con todas mis fuerzas cuando él alargó el brazo para que le devolviera el móvil.

—Vale... uhm... sí, pero no es lo que parece.

Se cruzó de brazos en actitud expectante.

—De acuerdo, te escucho.

—Yo... verás... —no sabía ni cómo decírselo. Casi prefería enseñarle el teléfono y que él juzgara lo fatal que estaba de la cabeza—. Te he enviado un mensaje por error, y pretendía borrarlo antes de que tú lo vieras.

—Tiene un patrón de desbloqueo. No podrías.

Se me cayó el alma a los pies. No había pensado en esa posibilidad. Se lo entregué de mala gana, pero antes de hacerlo lo sostuve con firmeza. Dejó su mano sobre la mía y nos miramos a la cara.

—Déjame cuando lo desbloquee, por favor. Solo será un segundo.

—¿Tan malo sería que leyera ese mensaje?

—Sí —musité.

Se lo pensó durante unos segundos que se me hicieron eternos, hasta que al final aceptó mi petición y le devolví el teléfono. Cuando vi que tardaba más de lo normal en desbloquearlo, intenté arrebátárselo.

—¡Lo estás leyendo! —le recriminé.

—No me ha dado tiempo.

Puso el móvil en alto e intentó leer el mensaje, así que lo empujé y se cayó en la cama. Lo cogimos a la vez y tiramos hacia el lado contrario.

—Me pica la curiosidad. Si no lo leo, estaré toda la vida preguntándome qué me escribiste.

—Cómo lo leas, no te vuelvo a hablar en la vida. ¡No seas capullo!

Cuando creí que iba a hacerme caso, Héctor me arrebató el móvil antes de que pudiera reaccionar y rodó hacia el lado contrario. Me subí encima de su espalda e intenté por todos los medios alcanzar el teléfono, pero fue imposible. Temblé de ira cuando comprendí que había leído el mensaje. Me senté en el colchón con toda la dignidad que pude reunir y clavé los ojos en la pared. Héctor me miró de reojo, pero no dijo nada. No me podía creer que aquel mensaje tan humillante hubiese llegado a él.

—¡Tenías que hacerlo! ¡Idiota! —estallé cabreada.

Me alejé de él cuando se acercó a mí. Me puse de pie y comencé a dar vueltas por la habitación. Ni siquiera me atrevía a mirarlo.

—Vaya...

¿Eso era todo lo que tenía que decir? Podía imaginar lo que se le estaba pasando por la cabeza, pero al menos podía tener el valor de decírmelo a la cara. Algo así como: *sí que estás desesperada, Teresa. Conque telarañas, eh...*

—¿De verdad no me piensas hablar más?

No respondí. Todo lo que se merecía era mi silencio. Había sido un egoísta y un insensible.

—Porque quizá te interesa escuchar lo que tengo que decir al respecto —añadió.

—No me interesa —zanjé. Al darme cuenta de que acababa de romper mi voto de silencio, apreté la mandíbula.

— Yo creo que sí —insistió él.

—¡Qué no! —chillé, fuera de mis casillas. Me abracé a mí misma y tuve ganas de esconderme en algún rincón donde él no me viera—. ¿No podemos hacer como si nada de esto hubiera sucedido? Hazlo por mí. Ya me siento lo suficiente avergonzada de que lo hayas leído como para que me lo restriegues por la cara. Hoy duermes en el suelo, por cierto.

—En efecto, podríamos ignorarlo.

—Gracias —respondí algo aliviada.

— Pero... —dijo, y temblé de nervios—. Te interesaría saber algo antes de correr un tupido velo.

— ¡No me interesa! —repuse, perdiendo la compostura.

No me interesaba en absoluto. Quería que él no volviera a hablar del tema. Que hiciéramos como si no hubiese sucedido.

— Es mutuo.

—¿Qué? —mi voz sonó débil.

— Que me muero de ganas de tumbarte en esa cama, desnudarte, tocarte y hacer que te corras para mí. Y ahora dime, fierecilla. ¿De verdad sigues queriendo ignorar ese mensaje? Porque de ser así dormiré en el suelo como me has pedido y no volveré a sacar el tema nunca más. Puedo hacerlo, te lo prometo. No es exactamente la clase de noche que deseo pasar contigo, pero... si es lo que tú quieres...

El impacto de sus palabras fue tal que comencé a balbucear, sin ser capaz de emitir algún sonido. Héctor estaba sentado en la cama, frente a mí. Tiró de mí hasta colarme entre sus piernas. Noté que la vergüenza inicial daba paso a otro tipo de estupor. Íbamos a hacerlo. Me daba miedo no estar a la altura.

—Podemos olvidar lo que decías en ese mensaje, o podemos ir un paso más allá. Todo depende de ti —me animó.

—¿De que te lo pida por favor? —ironicé.

Héctor colocó sus manos en mis caderas.

—No, de que me digas que lo que decías en ese mensaje iba en serio.

Me tapé el rostro con las manos.

—Me quiero morir —susurré avergonzada.

—Todavía no, Teresa. No me dejes con las ganas.

Cuando nuestras miradas se encontraron, la llama de la pasión se encendió de golpe. Héctor me miró como si me pidiera permiso, y yo no pude soportarlo más. Asentí con un nudo en la garganta.

—¿Serás sincera conmigo si algo de lo que hago no te gusta? —preguntó.

—Sí.

—¿Me dirás lo que quieres que te haga?

—No lo sé.

Enarcó las cejas.

—¿No lo sabes?

—Es que no sé lo que quiero que me hagas.

Sonrió como un lobo.

—Yo tengo un par de ideas —murmuró, metiendo las manos por dentro de mi vestido.

Se me erizó el vello del cuerpo cuando sus manos entraron en contacto con mi piel. Aguanté la respiración cuando fue subiendo hacia arriba y llegó a mis bragas. Las agarró con delicadeza y las fue bajando poco a poco, desnudándome con las manos y los ojos. Cuando cayeron al suelo, separé las piernas por inercia y él metió una mano entre mis muslos.

—¿Quieres que te toque?

Asentí con la vista nublada por el deseo. Héctor recorrió mi pubis con sus dedos. Lo hizo con sutileza, sin prisas. Su dedo índice se acercó a mi hendidura y me mojé los labios.

—Quítame la camisa —me pidió.

Le desabroché los primeros botones, y un intenso placer me recorrió todo el cuerpo cuando sus dedos recorrieron mi hendidura. Le quité la camisa a trompicones y le acaricié los hombros. De repente, Héctor se arrodilló a mis pies y se aferró a mis piernas. Me puse cardiaca al comprender lo que estaba a punto de hacer. Fue subiéndome el vestido con tanta lentitud que me volvió loca.

—No sé si... —me temí, incapaz de decirle abiertamente que mis experiencias con el sexo oral habían sido desastrosas.

Dejó las manos sobre mis caderas. Cualquier otro hombre se hubiera sentido aturdido o decepcionado por la interrupción, pero él parecía tener todo el tiempo del mundo.

—¿No sabes si te gustará?

—Nunca me ha gustado mucho... —me atreví a confesar.

—Podemos intentarlo... —me besó las pantorrillas y me produjo un calor muy placentero—. Guíame tú. Dime cómo te gusta.

Al principio no lo entendí, hasta que noté que llevaba mi mano hacia mi sexo. Abrí los ojos de par en par, consciente de lo que pretendía. Nunca me había tocado delante de un hombre. Aquello me resultaba más íntimo que el sexo. Pero por alguna extraña razón, no me resultó tan intimidante como creía cuando Héctor me empujó con suavidad en la cama.

Separé mis piernas y me acaricié. Los ojos de él se oscurecieron y se desabrochó la bragueta. Jadeé excitada cuando comenzó a masturbarse delante de mí. Eché la cabeza hacia atrás y apoyé los pies en el colchón. Él se recostó de lado y llevó su mano libre hasta mi sexo. Le enseñé como me gustaba que me acariciaran, y Héctor lo pilló a la primera. Entrecerré los ojos cuando apoyó su pulgar contra mi clítoris y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me levantó el vestido sin previo aviso y metió su cabeza entre mis muslos. Clavé las uñas en la colcha y me temí lo peor, hasta que su lengua me acarició de una manera que...

—Oh... joder... —gemí sorprendida.

Arqueé la pelvis para que el contacto fuera más intenso. Enredé las manos en su pelo y marqué el ritmo, hasta que él se acopló perfectamente a lo que necesitaba. Un estallido de sensaciones se apoderó de todo mi cuerpo cuando su lengua comenzó a penetrarme.

—Ah... sí... justo así... no pares... —supliqué, volviéndome loca.

Sus manos se aferraron a mis nalgas mientras su boca me follaba tal y como a mí me gustaba. Pegó sus labios a mi clítoris y chillé de placer. Estuve a punto de llegar al orgasmo cuando él salió de entre mis muslos y me quitó el lazo del vestido que se anudaba a mi cuello. Le dediqué una mirada decepcionada, pero él sonrió de medio lado.

—Aún no —me dijo.

Me besó con tanta fuerza que me arrancó un suspiro. Probar mi sabor en su boca fue algo erótico y sucio. Luego me sacó el vestido por la cabeza y me arrancó el sujetador. Comenzó a devorar mis pechos mientras yo me retorcí de placer y abría las piernas para que se tumbara encima. Fue como si se tratara de la última pieza de un puzle que llevaba demasiado tiempo armando.

Me mordió los pezones y bajó una mano para seguir acariciándome. Estaba a punto, y él lo sabía.

—Estás tan mojada... joder... cómo me pones —susurró contra mi oreja—. Tócame, lo necesito.

Forcejeó con los pantalones hasta que logró quitárselos. Alcancé su polla, dura y caliente. Al principio la acaricié con timidez, hasta que los gemidos de Héctor y la forma en la que me apretaba me convencieron de que iba por el buen camino. Nos frotamos. Nos acariciamos mutuamente. Fue delicioso.

—¿Tienes un preservativo? —me temí que aquel momento fuese a acabarse por la poca cabeza de los dos.

Fue hacia sus pantalones, que estaban tirados en el suelo, y sacó un preservativo de la cartera. Fue a ponérselo, pero algo se apoderó de mí cuando me arrodillé para chupársela. Héctor entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. De su boca escapó un gemido que me enloqueció. Me agarró del pelo y comenzó a penetrarme mientras con la otra mano me acariciaba los pechos.

—Para... no voy a aguantar mucho más —me ordenó con voz tensa.

Ver como se colaba el preservativo fue demasiado para mí. Me tumbé boca arriba y separé las piernas. Lo quería dentro de mí, y saber que yo había sido la causante de que estuviera a punto de perder la cordura me ponía a cien. Frotó su polla contra mi hendidura y suspiré.

—Héctor... —le supliqué, incapaz de aguantar más esa deliciosa tortura.

Se introdujo en mi interior de una estocada. Le clavé las uñas en la espalda y me quedé paralizada por el dolor. Hacía tanto tiempo de mi última relación sexual que me costó acostumbrarme a él. No se movió. Esperó a que la presión cediera y me llenó de besos cortos y húmedos, hasta que comencé a ceder. Al principio se movió con lentitud, saboreando el momento. Hasta que sus movimientos se hicieron más rápidos y salvajes. Estuve a punto de tocarme cuando él lo hizo por mí. Me acarició justo donde lo necesitaba y sentí que se me nublaba la razón.

Joder, lo estaba sintiendo. Me estaba gustando. Era maravilloso.

—Ponte encima. Me vuelven loco tus pechos —me pidió.

No sé si fue lo que dijo, o el cómo lo dijo, pero a mí también me volvió loca.

Rodamos por la cama hasta que me senté a horcajadas encima de él. Lo cabalgué como una fiera, y él me agarró las tetas. Ambos estábamos a punto, podía notarlo. Héctor me rodeó la espalda con los brazos y me pegó a él. Arqueó la pelvis y la unión fue devastadora. Mi orgasmo estaba terminando cuando él se corrió con un grito ronco. Me dejé caer sobre su cuerpo con un suspiro de satisfacción. Él me acarició la espalda y sonreí como una gatita satisfecha.

No recuerdo cuándo me quedé dormida. Acoplada al cuerpo de Héctor, que me acariciaba la espalda. No dijimos nada después de aquello, tampoco es que fuera necesario. Yo no sabía lo que se le pasaba por la cabeza, pero era lo suficiente inteligente para saber que había disfrutado. Su forma de estrecharme entre sus brazos, de murmurarme cosas sucias al oído y de gemir me lo dejó bastante claro. Me había entregado a él y no podía estar más satisfecha. Dios, era la primera vez que no fingía un orgasmo delante de un hombre. Que no me lo daban mis manos, y llegaba a la conclusión de que a mí no me pasaba nada malo.

Había sido tan... tan... bueno.

Me desperecé y una sonrisa tonta acudió a mi rostro. Los primeros rayos de sol se colaban en la habitación. La barba de Héctor me arañó los muslos. Era un sueño maravilloso del que no quería despertar.

—Oh...

—¿Te gusta, nena?

—Uhm...

—Me lo tomaré como un sí.

Un momento. Abrí los ojos de par en par y me lo encontré entre mis piernas. Me costó varios segundos hacerme a la idea de que me había despertado de aquella manera. Ronroneé y me tembló todo el cuerpo.

—Ah...

Héctor me folló con la lengua, y cuando creí que me moriría de placer, introdujo dos dedos. Arqueé la pelvis y entrecerré los ojos. Su boca se posó sobre mi clítoris y succionó con suavidad. Jo-der.

—Sigue... sigue... —le ordené excitada.

Me penetró con los dedos mientras su lengua hacia maravillas en mi sexo. Y no se detuvo hasta que me retorcí de placer y me enredé en las sábanas. Con una mirada le dije lo que quería. Lo necesitaba dentro de mí y abrí las piernas para recibirlo, pero Héctor me dio la vuelta sin demasiados miramientos. Apoyó la boca contra mi oreja y susurró:

—Te quiero follar así. Me quiero correr en tu culo, Teresa. Llevo soñándolo mucho tiempo.

Sus palabras me encendieron de golpe. Pegué la mejilla contra la almohada y exhalé un suspiro cuando fue dejando un reguero de besos en mi espalda. Entonces me soltó un cachete y di un respingo.

—Te mato, te lo juro —le advertí, demasiado floja por sus caricias para llevar a cabo tal tarea.

Héctor me tiró del pelo y me mordió el cuello.

—Lo de anoche fue sexo amateur. ¿Preparada para el de verdad?

—¿En plan esposas y látigo? Como me pegues te las verás conmigo.

La risa de Héctor tembló contra mi nuca. Enredó su mano en mi pelo y tiró de él.

—En plan sexo duro y salvaje que te provoca agujetas. Es mi especialidad, ¿no lo sabías?

—A donde fueres... —murmuré divertida.

Héctor soltó una carcajada atónita, envolvió un brazo bajo mis pechos y con la mano libre me acarició la vulva hinchada. Jadeé y le agarré el pene. Lo masturbé y oí que gruñía. Nos tocamos así, como dos animales. Frotándonos y besándonos con hambre. Le mordí el labio y él me dio un cachete.

—Di que no te ha gustado —me provocó.

—Idiota presuntuoso... —un gemido traicionero escapó de mis labios.

El sonido de nuestra risa reverberó en la habitación. Héctor agarró la almohada y la colocó bajo mi vientre. Entendí lo que pretendía cuando se colocó un preservativo y me folló en aquella posición. La penetración fue intensa, y él aprovechó mi momento de enajenación para tirarme del pelo. En aquella postura, con los codos apoyados sobre la cama, los pechos balanceándose sobre las sábanas, miré

de reojo hacia el espejo y vi su silueta penetrándome de rodillas. Con una mano me sostenía el pelo y con la otra me agarraba la cintura. Aquella visión me excitó tanto que tiré la almohada al suelo y me coloqué a cuatro patas. Héctor me observó fascinado y me penetró con más fuerza. Sus gruñidos se mezclaron con mis jadeos.

—¡Más! —le exigí.

El cabecero rebotó contra la pared.

—Joder... Teresa...

—¿El sexo duro no es tu especialidad? —me burlé sofocada.

Me agarró los pechos y se hundió en mí. Me mordió el hombro y murmuró algo sucio. Algo que me puso tan cachonda que le agarré la mano y la llevé a mi sexo para que me acariciara.

—Dime cómo te gusta —me pidió, acariciando a tientas mis pliegues.

—Lo sabes muy bien.

Deslizó sus dedos por mi sexo mientras me follaba como un verdadero salvaje. Estiré el brazo hacia atrás para rodear su cuello. Enterré la mano en los pelos de su nuca y susurré su nombre. Lo gemí. Lo hice tan mío que me entregué a él por completo. Sin vergüenza y con plenitud.

El orgasmo fue tan intenso que me dejó laxa. Héctor se quitó el preservativo, me empujó sobre el colchón y se corrió encima de mi culo. Era incapaz de moverme, así que esperé a que él fuera al cuarto de baño y me limpiara. No sentí ni una pizca de pudor. Fue natural. Me había gustado tanto, y me había desinhibido de tal manera que sospechaba que lo de las agujetas iba a ser verdad.

Luego se recostó a mi lado, con la cabeza apoyada en una mano. Me miró de una manera indescifrable y volví a sentir ese calor abrasador por todo el cuerpo.

—Al final no está estropeado.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Tu clítoris. Doy fe de que no le pasa nada.

Lo ahogué con una almohada mientras él lloraba de la risa. Era lo peor. ¿Cómo podía tener tan poca vergüenza? Cuando al final me di por vencida, él respiró aliviado y con los ojos rebosantes de diversión.

—Será mejor que nos demos una ducha —sugirió, saliendo de la cama—. Pero te advierto que no soy un hombre fácil. Solo una ducha.

—No me digas... ¿qué te hace pensar que quiero algo más?

—No lo sé. Eso depende de la clase de mensaje que vayas a enviarle a tu amiga, supongo.

Le tiré una almohada. Cre- ti- no.

—¿Me lo vas a estar restregando toda la vida? Pensé que eras un caballero.

Me agarró sin previo aviso y me acercó a su cuerpo. Temblé de emoción, ante las múltiples posibilidades que nos granjeaba la ducha.

—No lo soy. Un caballero no te folla como lo he hecho yo. Y una dama no hace esas cosas en la cama. Me tenías engañado, no eres ninguna damisela virginal que no sabe lo que hace.

Esbocé una sonrisa.

—¿Y entonces qué soy?

—Una fiera —concluyó convencido—. Una fiera insaciable y peligrosa que me tiene a sus pies.

28. ¿Qué somos?

Nos despedimos de la familia de Héctor antes de emprender el viaje de regreso a Sevilla. Cuando abracé a su madre, ella me susurró al oído que se sentía

muy afortunada de tenerme como nuera. No sé si esa sería la palabra exacta, pero lo cierto era que toda su familia me había caído genial. Y para qué engañarme, estaba deseando que Héctor y yo nos sentáramos a hablar las cosas. Que me dijese de una vez qué clase de relación manteníamos, para que así no me hiciera ilusiones. Aunque ya me las había hecho, para ser sincera. Y después de haberme acostado con él tenía claro que me gustaba. O quizá algo más. El tiempo le pondría nombre a unos sentimientos que por el momento me confundían.

Pasamos todo el camino de vuelta acompañados por el sonido de la radio. Recibí un mensaje de Javi y lo leí con apatía. No es que mi amigo ya no me importara, pero de repente entendía, como un fogonazo, que llevaba toda la vida forzando las cosas entre nosotros. Que pensaba que él era la clase de hombre que podría hacerme feliz. Y de pronto, Héctor había entrado en mi vida para ponerla patas arriba. No era para nada lo que esperaba, ¿pero acaso la vida no está llena de sorpresas?

Javi: *peque, ¿cuándo llegas a Sevilla? Háblame en cuanto tengas un momento. Sé que no vas a entender lo que te encuentres cuando llegues... pero déjame que sea yo quien te lo explique.*

¿Qué me iba a encontrar cuando llegara? ¿A qué se refería?

—Es Javi, ¿no? Siempre pones esa cara cuando se trata de él —dijo Héctor, y algo en su tono de voz me informó de que no le hacía ninguna gracia.

—Sí, es él —respondí muy calmada, pues no tenía razones para mentirle—. ¿A qué cara te refieres?

—Olvídalo.

—No, adelante. Me encantaría saber qué cara pongo cuando me escribe mi amigo.

—¿Ahora es solo tu amigo? —hubo una sutil ironía en sus palabras que no me pasó desapercibida.

—Quizá siempre lo ha sido, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

—Qué momento tan oportuno. Justo después de que nos hayamos acostado.

Estaba furioso. Y celoso. No me atreví a mencionar esa última palabra por si se cabreaba más.

—No, Héctor. No hagas eso —me froté el rostro—. No aproveches mi relación con Javi para alejarte de mí.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —preguntó desconcertado.

—O es eso, o eres más tonto de lo que pensaba. Creí que te había dejado claro, aquel día en tu apartamento, que ya no quería darle celos a Javi. Que... que él que me gusta eres tú —me atreví a decir.

—Bien.

—¿Bien? —no le pegué porque iba conduciendo—. ¿Me montas el numerito y, cuando te digo que ya no siento nada por Javi, te limitas a seguir conduciendo?

—Puedo parar el coche si quieres, pero estamos en mitad de la autopista.

Me apoyé en la ventanilla.

—No, déjalo.

—¿Qué hubieras querido que te dijera?

—Si te lo tengo que explicar no tiene sentido —resoplé. No me pude quedar callada, así que añadí—: pero hubiera estado bien que me mostraras tus sentimientos de una vez por todas. No espero una declaración de amor, pero...

—Haces bien. No es mi estilo —me cortó con voz fría.

Lo asesiné con la mirada. ¿En serio se iba a comportar de esa manera después de lo que habíamos compartido?

—Tenía que habérmelo imaginado —mascullé dolida.

—¿El qué?

—Que me darías la patada en cuanto me follaras. Es eso lo que querías de mí, ¿no? Pues enhorabuena, ya lo has conseguido.

Héctor pisó el freno y el coche se detuvo a un lado del arcén. Se volvió para mirarme y sacudió la cabeza.

—No estoy cortando contigo, Teresa.

—Tienes razón. Para cortar conmigo deberíamos ser una pareja de verdad, y no lo somos.

—No, no lo somos —me dio la razón.

—¿¡Y para eso paras el coche!? —le grité estupefacta.

—No.

Lo miré expectante. Héctor se limitó a contemplarme fijamente, como si yo fuera capaz de leerle el pensamiento. Pareció luchar consigo mismo durante un largo minuto.

—No quiero que esto se acabe —determinó.

—Ni yo. Pero... no sé si estamos buscando lo mismo.

—No sé si puedo darte lo que tú quieres, Teresa —me fue franco.

—No sé si puedo ser la clase de persona que se acuesta contigo sin más. No soy así. No quiero sufrir. No quiero que te acuestes con otras mujeres —le dije sin vacilar.

—No voy a acostarme con otras mujeres. Te quiero a ti. Solo a ti. A todas horas, Teresa. Es la primera vez en mi vida que me siento así de vulnerable. No sé lo que me pasa. No creas que soy la clase de hombre que se escaquea del compromiso porque sí. Para mí es complicado —me confesó, y hubo un dolor palpable en su expresión.

—¿Entonces qué? ¿Qué somos? Deberíamos definirlo, Héctor. No puedes no querer nada serio, pero cabrearte cuando Javi me escribe un mensaje. Es incompatible.

—Mis sentimientos van por libre —se excusó.

Me mordí el labio. En ocasiones como aquella me resultaba encantador y frágil.

—Me da miedo que me hagan daño —admitió en un susurro quebrado.

Así que era eso. Me quité el cinturón y me incliné hacia él. Le acaricié la barbilla con suavidad y él sostuvo mi mano, como si yo fuese lo único a lo que podía aferrarse en ese momento.

—Ya somos dos. Al menos tenemos algo en común.

—Nunca te haría daño a propósito, te lo juro —me prometió.

—Eso es lo que más miedo me da.

Esboqué una sonrisa tímida. Él también.

—Somos un par de locos que no se atreven a mencionar la palabra *novios* en mitad de una autopista —bromeó.

—Habla por ti. A mí no me resulta tan difícil.

—Olvidaba que eres la valiente de los dos.

Se quitó el cinturón y me robó un beso. Luego otro. Y otro. Nos besamos hasta que se tornó en algo más oscuro y tuvimos que separarnos, conscientes de que no podíamos empezar algo así en un lugar como aquel.

—Novios —repitió contra mis labios, haciéndome sonreír—. Tampoco suena tan mal.

—No lo digas como si fuera algo malo —le pedí asustada.

Héctor rozó su nariz contra la mía.

—No lo es. Cuando tú estás dentro de la ecuación, es imposible que sea algo malo —me dijo, antes de volver a besarme.

29. Lo que me encontré al llegar.

Esperé una invasión de preguntas en cuanto pusiera un pie en mi apartamento, pero ni Nati ni Tana se abalanzaron sobre mí. En lugar de ello, me encontré con unos sollozos que provenían del salón. Dejé la maleta en el pasillo y fui directa hacia el llanto de mujer, y miré sorprendida a las dos mujeres que trataban de consolar en vano a la tercera. Stella tenía el maquillaje hecho un gurrño y lloraba a mares,

mientras que Nati y Tana intentaban calmarla.

—¿Qué ha pasado? —pregunté asustada.

—Que el idiota de mi hermano la ha dejado —me explicó enfadada Nati.

Mi amiga estudió mi expresión al milímetro, y al ver que no había ni pizca de alegría, se quedó entre desconcertada y aliviada.

—Lo siento mucho, Stella —me arrodillé frente a ella y le cogí la mano—. Creí que estabais bien.

Ella contuvo otro sollozo y me miró con sus ojos azules anegados de lágrimas.

—Me too! Pero... llevaba unos días muy raro y distante. Y de pronto... ¡me dijo que hay otra mujer! —rompió a llorar.

La miré sin dar crédito.

—¿Javi te ha estado engañando? —pregunté confundida.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—Not really. Dice que está enamorado de otra persona, y que no puede ignorar sus sentimientos —soltó una serie de improperios en su idioma—. This must be a joke! Lo dejé todo por él, ¿a dónde voy a ir?

—Ya te he dicho que no te preocupes por eso —la tranquilizó Nati—. Puedes quedarte con nosotras el tiempo que necesites. Y el periodo de prueba ya lo has pasado, así que el empleo es tuyo.

Nos abrazó emocionada.

Una vez que la instalamos, compartiendo habitación con Nati, mi amiga me agarró del brazo y me arrastró hacia mi cuarto. Cerró la puerta y se cruzó de brazos.

—Estarás contenta —me recriminó.

—No es culpa mía —me defendí, sintiéndome cada vez más culpable.

—Sabes de sobra que Javi la ha dejado por ti. Lo sabes, ¿no?

—Eso... eso no lo sabemos.

Recordé los imperiosos mensajes de mi amigo. ¿Cabía la posibilidad de que quisiera una oportunidad? Comencé a marearme.

—¡Oh, venga ya! Tú fuiste la que empezó a salir con Héctor para darle celos a mi hermano —me recordó malhumorada.

—Al principio sí. Pero hace unas semanas todo cambió. Me gusta de verdad —le confesé en un susurro.

Nati me miró alucinada.

—¿Os habéis acostado?

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Vamos a intentarlo. Solo sé que desde que lo conozco mis sentimientos por Javi se evaporaron.

Nati se sentó en la cama y se rascó la barbilla.

—Bueno, algo es algo.

—Lo siento mucho por Stella, de verdad —lamenté.

No había pretendido que mi plan hiriera a terceras personas. Sobre todo, cuando ya no tenía ningún sentido y había dado carpetazo a lo mío con Javi.

—No es culpa tuya. Es mi hermano, que de repente se ha dado cuenta de que eres la mujer de su vida.

—Eso no lo sabemos, Nati. Quizá se ha enamorado de alguien.

—¡Ja! —lo puso en duda—. Los hombres son así, ¿sabes? Persíguelos y huirán despavoridos. Pasa de ellos y volverán con el rabo entre las piernas.

Me pregunté por qué razón mi amiga pensaba de esa forma. Jamás le habían partido el corazón, que yo supiera. Sin embargo, su alergia al compromiso era digna de ser analizada.

—¿No vas a decirme que Héctor no me conviene? ¿Qué se le ve venir de lejos? Y bla, bla, bla... —me temí.

—No. En el fondo estoy deseando equivocarme —me dio un codazo y me puso ojitos—. ¿Cómo la tiene de grande? ¿Te lo ha hecho bien? ¿Del uno al diez, qué puntuación le das en la cama?

Puse los ojos en blanco. Cuando quise darme cuenta, Tana había abierto la puerta y ambas empezaron a bombardearme a preguntas.

30. Cayetana

Lo reconozco. Los días posteriores estuve en una nube. Apenas pasaba tiempo en mi casa porque Héctor reclamaba toda mi atención. Pasábamos la mayor parte del tiempo juntos, dando rienda a una pasión que parecía inagotable. El resto del tiempo hacíamos cosas de pareja. Salíamos a cenar juntos, veíamos la tele, dábamos paseos por la playa...

A mí la vida jamás me supo tan dulce. Encontré en Héctor a un hombre inteligente, con un gran sentido del humor y un apetito sexual insaciable. Alguien que bebía los vientos por mí y al que le interesaba de verdad. Mientras tanto, evitaba como podía a Javi, por si acaso la persona de la que estaba enamorada era yo. La realidad era que no me veía con fuerzas para plantarle cara. Y no porque no tuviera claros mis sentimientos, que los tenía, sino porque no sabía si sería capaz de decirle todo lo que llevaba tanto tiempo callándome.

Héctor estuvo con la mosca tras la oreja cuando se enteró de que Stella se había mudado con nosotras. Me dijo que tarde o temprano tendría que mantener una conversación con mi amigo, pero por el momento lo dejó estar.

Estábamos viendo Juego de tronos cuando Adolfo me llamó por teléfono. Comprobé la hora y supe que algo no iba bien. Mi padrastro no me llamaría de noche a no ser que fuese una emergencia.

—Tessa, perdona la hora. No quiero que te asustes, cariño. Pero hay algo que tengo que contarte.

—¿Mamá está bien? —me asusté.

—Sí, a tu madre no le ha pasado nada. Es Cayetana, la tienen que operar de urgencia. Su corazón ha fallado y...

El teléfono se me cayó al suelo. No podía ser. Aquella vieja bruja no se podía morir. Era fuerte y testaruda. Tenía que seguir atropellándome con su silla de ruedas y criticándome a la menor oportunidad.

Héctor cogió el teléfono y habló con mi padrastro, mientras un temblor se apoderaba de todo mi cuerpo. No fui capaz de reaccionar. Cuando él me sostuvo el rostro, me sobresalté por el contacto.

—Tenemos que ir al hospital, pero antes tenemos que avisar a tu hermana —me alentó.

No me moví.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupó.

Sacudí la cabeza y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No se puede morir. Es una señora insoportable, pero no se puede morir. Nunca le he dicho que la quiero. ¡Nunca la llamé abuela!

—Eh... eh...

Me abrazó con fuerza y me acarició el pelo.

—Cuando la veas tendrás la oportunidad de decirle todo lo que sientes. Tú me has enseñado que las oportunidades no hay que desaprovecharlas. Eres más fuerte de lo que piensas, ¿no lo sabías?

Hice un puchero, y él me secó las lágrimas. No era fuerte, era una idiota. Una desagradecida que jamás había aceptado el cariño de Adolfo ni del resto de mi familia. Tana tenía razón. Toda la culpa era mía. ¿Cómo me iban a querer si yo no dejaba que lo hicieran?

—¿Y si... y si ella...? —me asusté, incapaz de acabar la frase.

—No pienses en eso.

Conseguí llegar hasta mi apartamento, donde tuve que explicarle a mi hermana la situación. Para mi sorpresa, ella no se vino abajo. Me apretó la mano y me dijo que todo iría bien. Deseé que Tana no se equivocara.

Cuando llegamos al hospital, mi madre y mi padrastro ya estaban allí. El resto de la familia iba de camino. Nos explicaron que a Cayetana le había fallado el corazón y que estaba en el quirófano. No pude soportarlo, así que salí a fumar porque los nervios podían conmigo. Adolfo me acompañó y me pidió un cigarrillo.

—Se supone que lo estoy dejando —le expliqué.

Ambos dimos una calada.

—Un día es un día —le restó importancia.

—Sí, supongo.

Fumé a su lado sin saber qué decir. Siempre me pasaba lo mismo. Cuando estaba con él, no era capaz de decirle lo que sentía.

—¿Qué tal te van las cosas, hija? —se interesó con amabilidad.

—Pues... bien. La cafetería ha doblado la clientela, y hemos contratado a una persona para que nos ayude.

—Lo tuyo con Héctor va en serio, por lo que veo. A mí me gusta, y a tu madre también.

—Sí, eso creo —le respondí con timidez—. ¿Qué le dijiste antes de que nos fuéramos?

—Que cuidase de ti. Como a mí no me dejas, quizá él tenga más suerte.

Lo miré asombrada. Mi padrastro sonrió con tristeza, y de repente rompí a llorar. Cuando me acogió entre sus brazos, lo abracé como llevaba toda la vida queriendo hacer desde que era una niña. Fue un abrazo reconfortante y repleto de cariño.

—Lo siento mucho —musité, abrazada a él.

Adolfo me frotó la espalda.

—Anda... anda... ¿por qué?

—Por no haberte llamado nunca papá.

—No tienes por qué hacerlo —repuso muy tranquilo.

—Pero tú siempre me llamas hija.

—Porque para mí lo eres —me pellizcó la mejilla.

—¿Soy una tonta? Siempre he sentido que no era parte de la familia.

Suspiró con pesadez y me pasó un brazo por los hombros.

—Lo sé. Al principio pensé que era porque echabas de menos a tu padre, o porque tuviste celos cuando nació Tana.

—Ninguna de las dos. Supongo... que siempre he tenido miedo de no encajar.

—Es que no hace falta que encajes. Te queremos por ser tú. ¿Cuándo te vas a dar cuenta?

—¿Ahora es buen momento? —inquirí esperanzada.

Lo abracé y me fundí en su olor. Aquel que llevaba acompañándome desde que era una niña. Adolfo era mi padre, aunque me hubiera dado cuenta de ello a mis treinta años. Pero nunca es tarde para admitir que quieres a alguien, ¿no?

—Te quiero, papá. Siento haber tardado diecinueve años en decírtelo.

A él se le iluminó la expresión. Comprendí que llevaba demasiado tiempo esperando oírlo.

—Algunas personas son más lentas que otras —bromeó.

La operación de Cayetana fue todo un éxito. Nos tuvimos que turnar para hacerle una visita, pues se encontraba muy débil y no podíamos alterarla. Fui la última en entrar, y no porque no tuviese ganas de abrazar a aquella vieja huraña. Antes de pasar, asomé la cabeza por la puerta y ella me fulminó con la mirada.

—¡Entra! ¿O te vas a quedar ahí para siempre? —me ordenó.

—No, abuela.

Cuando caí en cómo la había llamado, me quedé de piedra. Esperé su reacción y me temí lo peor, pero Cayetana soltó un suspiro de satisfacción.

—Pensé que nunca te atreverías a llamarme así.

Enarqué las cejas.

—Pensé que me matarías si lo hacía.

—Ese es tu problema, que eres una cobarde.

Puse los ojos en blanco. Ya empezábamos.

—Has estado al borde de la muerte, ¿y todavía sigues con ganas de guerra?

—¡Me queda mucha vida por delante! —estalló.

Apoyé una mano sobre la suya para calmarla.

—Por si acaso, no tentemos a la suerte.

Me miró de reojo y puso mala cara.

—Tienes buen aspecto —me halagó.

—Gracias.

—Solo digo la verdad. No me des las gracias por nada. ¿Y tu novio?

—En la sala de espera. No se ha separado de mí —le conté orgullosa.

—Como tiene que ser. A este no lo dejes escapar. No seas tonta, niña.

—No pretendo dejarlo escapar.

—Haces bien. ¿No vas a preguntarme por qué llevo toda la vida siendo tan dura contigo?

Así que por fin lo admitía. Me sorprendió que lo hiciera sin ningún miramiento.

—Pues... sí. Estaría bien saberlo —respondí con curiosidad.

—Todavía recuerdo la primera vez que te vi. Con esos ojillos llenos de miedo y escondida tras la falda de tu madre. Me recordabas mucho a mí en otros tiempos, cuando no creía en mí misma y me dejaba engatusar por el primero que me diera un poco de cariño.

La miré alucinada. Cayetana siempre me había parecido una mujer fuerte, seria y decidida. La clase de matriarca a la que todos respetaban y temían a partes iguales.

—Cuando me casé con el padre de Adolfo, la vida comenzó a enderezarme. Me llevé algunos palos, y tuve que luchar para hacerme un hueco. En la familia de mi marido, en la vida... ¿No creerás que siempre he sido una anciana con cara de mustia?

Sonreímos a la vez. Me apretó la mano con cariño y por primera vez en la vida no se apartó de inmediato.

—Me gusta verte feliz. Así es más fácil cogerte cariño.

—¿Y antes qué era? —fruncí el ceño.

—Un conejillo asustado y que huía despavorido a la menor oportunidad —concluyó convencida—. Ahora sí puedes llamarme abuela. Pero como faltes algún domingo a la comida, te retiro la palabra.

No tuve duda de que decía la verdad.

31. Secretos

Ahora que en casa teníamos poco espacio, las noches las pasaba en el apartamento de Héctor. No habíamos hablado de ello, pero siempre me quedaba hasta las tantas con él y al final me arrastraba a la cama. Antes de que me diera cuenta, nos habíamos quitado la ropa y nos veíamos envueltos en una vorágine de sexo salvaje que nos dejaba agotados.

Comprendí que el sexo con Héctor era buenísimo por dos razones: teníamos una química brutal y era un hombre tremendamente generoso en la cama. Disfrutaba otorgándome placer, y cada vez conocíamos mejor el cuerpo del otro. Sabía cómo debía tocarme para llevarme al orgasmo, y la confianza que empezábamos a sentir hacía el resto.

La confianza. En la cama nos sobraba, pero en nuestra relación a veces brillaba por su ausencia. Sabía de sobra que Héctor me ocultaba parte de su corazón. Que lo tenía a buen resguardo y que se negaba a mostrarse del todo. En ocasiones tenía sus pesadillas, como sucedía en ese momento.

—Basta... ¡basta! —comenzó a dar sacudidas—. ¡Déjala en paz!

Tumbada a su lado, encendí la lámpara de la mesita de noche y le toqué el hombro.

—Héctor, estás soñando.

—¡No! ¡Basta! —tenía la frente perlada de sudor y su expresión denotaba pánico.

Lo zarandeeé con suavidad.

—Tranquilo, es una pesadilla...

Héctor me agarró del cuello y me quedé sin respiración. Lo contemplé asustada. Le costó reaccionar, como si siguiera en su pesadilla. Hasta que abrió los ojos de par en par y me miró aterrorizado. Me soltó y se echó hacia atrás. Se peinó el cabello con las manos y sacudió la cabeza.

—Yo... lo siento, no sé qué me ha pasado. Lo siento muchísimo, joder. Perdóname, por favor —me rogó angustiada.

Cuando le toqué la espalda, Héctor se sobresaltó y se apartó de mí. Me dolió verlo así.

—No pasa nada. Estabas soñando, no ha sido culpa tuya —lo tranquilicé.

—No me puedo creer que te haya puesto las manos encima. Soy un mierda. No deberías dormir conmigo. No soportaría hacerte daño sin ser consciente de lo que hago. Me pasa a menudo.

Salió de la cama y se tapó el rostro con las manos. Estaba completamente aterrado. Me pareció que era muy injusto consigo mismo. Me dio pena no ser capaz de consolarlo, y me rompió por dentro verlo así de abatido.

—Héctor, ya ha pasado. No te tengo miedo. No me has hecho daño —intenté calmarlo.

—¿Qué no me tienes miedo? —preguntó con amargura, sin ser capaz de mirarme—. Pues deberías, joder. Si no soy capaz de controlarme...

Se quebró. Ocultó sus lágrimas con las manos y comprendí que estaba llorando. Me incorporé y fui hacia él. No supe qué hacer, así que me limité a abrazarlo. Héctor ocultó su rostro en mi cabello y tembló. Me dijo mil veces que lo sentía mientras a mí se me partía el alma.

—No me dejes, por favor. No sé qué haría sin ti —me suplicó angustiado.

Lo miré sin dar crédito. ¿De verdad creía que iba a dejarlo por aquel episodio? Me puse de puntillas y le acaricié el rostro.

—No me pienso separar de ti —le aseguré.

Él me apretó una mano contra su mejilla y suspiró aliviado.

—¿Aunque no sea bueno para ti? No es justo lo que te pido.

—Lo injusto sería que me largara porque tú tienes miedo.

—¿Y tú no tienes miedo? —sonrió con tristeza y me besó la mano.

—Por supuesto. Me da miedo ver que no confías en mí. Me da miedo que pienses que voy a huir a la menor oportunidad.

—Teresa, no es que no confíe en ti, es...

—Complicado —imaginé que diría.

Asintió con la frente arrugada y el cuerpo en tensión. Sabía de sobra que Héctor arrastraba un pasado que lo atormentaba, del mismo modo que sospechaba que su carga sería menor si la compartía conmigo.

—Voy a darme una ducha. Lo necesito.

—Déjame que te frote la espalda —me ofrecí.

—No tengo ánimos para nada. No te lo tomes a mal, es solo que... necesito estar solo.

—Necesitas que alguien cuide de ti. No hay que ser fuerte todo el tiempo. Tú también cuidaste de mí cuando yo lo necesité.

Antes de que pudiera replicar, agarré su mano y tiré de él hacia el cuarto de baño. Primero me desvestí yo, y luego le quité la ropa. Abrí el grifo del agua caliente y nos metimos dentro de la ducha. Noté que se estremecía. Enjaboné el cuerpo de Héctor y me costó horrores resistirme a hacerle otras cosas. Pero en aquel momento, solo era un ser humano cuidando de otro. El jabón resbaló en su piel cuando le acaricié los antebrazos. Echó la cabeza hacia atrás y el agua le mojó la cara.

Jamás lo había visto tan desvalido. Así que me sorprendió cuando envolvió mi espalda con sus brazos y me estrechó contra su pecho.

—No quiero que pagues tu dolor con el sexo —le dije.

—Te necesito.

Me besó con urgencia y fui incapaz de resistirme. Su boca acarició la mía y sentí toda su necesidad y reclamo. Era un animal herido que buscaba sanarse. Me empujó contra la pared de la ducha y envolví mis piernas alrededor de su cintura. Nuestros cuerpos resbaladizos encajaron a la perfección cuando me penetró.

Héctor gruñó. Yo gemí. Le clavé las uñas en la espalda y él me folló casi con rabia.

—Ah...

Héctor levantó la cabeza de entre mis pechos y me miró confundido.

—¿Te duele?

—No. Es solo que...

Asintió como si me entendiera. Alcancé su boca y lo besé. Nuestras lenguas se enredaron en una catarsis de emociones descontroladas. A mí se me fue la cabeza, y Héctor parecía perdido del todo. Me bajó y apoyé los pies en el suelo. Antes de que me lo pidiera, me di la vuelta y puse las manos sobre la pared. Mis pechos se apretaron contra los azulejos cuando Héctor me folló por detrás. Llevó una mano a mi vulva y me frotó como sabía que me volvía loca. Separé las piernas y eché la cabeza hacia atrás para encontrar su boca. Sus embestidas se hicieron más rápidas y rocé el cielo con los dedos.

Nos dijimos tantas cosas sin palabras que acabamos exhaustos y rendidos. Me di cuenta de que nos habíamos olvidado del condón cuando se corrió dentro de mí. Héctor apoyó la boca sobre mi nuca y se quedó un rato largo dentro de mí, abrazado a mi cuerpo y sin decir una palabra. Luego salió de la ducha y me tendió una toalla. De repente, lo sentía más lejos que antes. Como si el sexo hubiera sido su mecanismo de defensa. Como si jamás pudiese llegar al hombre que se escondía bajo aquella máscara.

No podía dormir, así que me quedé en el sofá para no molestar a Héctor. Me sorprendió recibir un mensaje de Javi a esa hora, pero supe que llevaba demasiado tiempo postergando nuestra conversación.

Javi: *estoy en tu portal. Sé que debería haber avisado antes, pero no me he atrevido a llamar con Stella en tu casa.*

Yo: *voy a bajar.*

No me lo pensé demasiado cuando me vestí a toda prisa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me pareció escuchar ruido, pero supuse que era Héctor moviéndose en la cama. Esperaba que su recurrente pesadilla no lo estuviera molestando de nuevo.

Cuando abrí la puerta del portal, Javi me estaba esperando con expresión desolada. Me costó reconocer al amigo de gesto risueño al que estaba acostumbrado. En cuanto lo vi, lo abracé y él me recibió encantado.

—Ey, ¿qué haces aquí a estas horas? —le pregunté desconcertada.

Él me pellizcó la mejilla.

—Te echaba de menos.

—¿Tanto para presentarte aquí a las dos de la mañana? —dije sin acritud.

—Llevas tiempo rehuyéndome —me recriminó.

—No es verdad.

Sí que lo era, pero ¿qué otra cosa podía decirle?

—¿Qué tal está Stella? —se interesó.

—Mejor, aunque sigue dolida. Y tienes sus motivos.

—Lo sé. No he sido precisamente bueno con ella. La he llamado varias veces, pero no me coge el teléfono.

—¿Y qué esperabas? Se ha mudado de un país siguiendo tus pasos, para que luego la dejes tirada.

—No la he dejado tirada.

Entorné los ojos.

—La he dejado, pero no la he dejado tirada. Fue ella quien se marchó de mi casa —se justificó.

—¿Qué esperabas, Javi?

—No lo sé —admitió compungido—. No quería hacerle daño.

—Eso será mejor que lo hables con ella.

Sacó las manos de los bolsillos y asintió.

—Sí, y de todos modos no venía a hablar de ella. Te echo de menos.

—Yo también —admití con naturalidad, pues era lo que sentía.

—Tessa... lo que quiero decir es que ya no puedo soportarlo más. Llevo demasiado tiempo callando lo que siento por ti.

El corazón me dio un vuelco.

—Javi...

Me calló con un beso. Me sostuvo con firmeza de los hombros y me besó con dulzura. Al principio no logré reaccionar. Cerré los ojos y me quedé bastante aturdida. Hasta que apoyé las manos sobre su pecho y nos separé. Mi amigo me miró sorprendido y decepcionado.

—¿No sientes lo mismo? —preguntó desilusionado.

Me mordí el labio y me froté el rostro. Había soñado muchas veces con un beso como aquel. Y sin embargo, allí estaba la demostración más evidente de que mis sentimientos habían cambiado. La que me gritaba que ya no sentía nada por él. Porque amaba a Héctor, ahora lo veía muy claro.

—Sé que todo habría sido muy distinto entre nosotros si aquella noche, en ese portal, te hubiera sido sincero respecto a mis sentimientos —me confesó él.

Así que admitía que se acordaba de todo. Apenas me inmuté. En el fondo siempre lo había sospechado.

—Y cuando estuve en Nueva York, me dio tanto miedo que lo nuestro no funcionara que me encapriché de Stella. Pero fue eso, peque —me cogió las manos y tuve que hacer un gran esfuerzo para no retirarlas—. Un capricho. Tú eres la mujer de mi vida. La que ha estado siempre a mi lado. Mi mejor amiga. Si nunca me he atrevido a cruzar la línea ha sido porque me daba pánico estropear lo que tenemos.

—Dios, Javi... —solté sus manos y sacudí la cabeza—. Llegas con mucho tiempo de retraso.

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué siempre estuve enamorada de ti? —
temblé de rabia.

—No... bueno, lo sospechaba. Pero... tú tampoco dabas el primer
paso.

—¡Porque tú siempre te alejabas!

—Eso no es verdad —respondió molesto.

—Sí que lo es. Y de todos modos, ya no tiene mucho sentido hablar de
esto. Tú no me quieres. Lo que quieres es la titularidad sobre mí. Te da miedo
perderme cuando un hombre aparece en mi vida.

A él se le heló la expresión.

—¿De qué demonios hablas?

—De que algún día llegará la mujer de tu vida, pero esa no soy yo.
Como también sé que tú no eres el hombre de mi vida. Ahora lo veo con tanta
claridad que me duele no haberlo entendido antes.

—Habla por ti —respondió molesto—. Yo sí te quiero. Y creo... creo
que ahora lo que habla es tu rencor.

—No, para nada. Confundí tu amistad con el amor porque estaba muy
necesitada de cariño. Y creo que llevas toda la vida aprovechándote de esa
carencia que tengo. Puede que lo hagas sin darte cuenta, pero me acaparas
cada vez que crees que puedo separarme de ti.

Se quedó atónito.

—Eso no es...

—Somos amigos, eso es todo lo que importa.

—Sí que te ha dado fuerte con ese tío —farfulló, cegado por el
despecho.

—Se llama Héctor.

—¿Estás enamorada de él?

—Sí —respondí sin vacilar.

Javi suspiró. Se apoyó contra la pared y fijó la vista en el horizonte. Parecía perdido, como si yo acabase de desbaratarle sus planes.

—Ojalá te haga feliz. Lo digo de verdad.

—Lo sé.

Entrelacé nuestros dedos, y Javi sonrió con tristeza.

—Qué afortunado es —murmuró.

32. ¿Por qué?

Regresé de madrugada tras hablar con Javi. Cuando me acosté junto a Héctor, tuve la impresión de que estaba despierto. Lo llamé, pero se hizo el dormido. Supuse que estaba demasiado conmocionado por lo sucedido como para entablar una conversación, así que lo dejé estar.

Cuando me desperté por la mañana, él ya se había marchado. Me extrañó que lo hiciera sin despedirse, pero me fui pitando a mi apartamento porque llegaba tarde a trabajar. La mañana sucedió sin demasiados contratiempos. Nati, Stella y yo formábamos un gran equipo. Quién lo hubiera dicho. La barbie neoyorkina había sido una gran incorporación para la cafetería. Quizá las cosas suceden por alguna razón, al fin y al cabo.

Le envié un mensaje a Héctor para preguntarle si le apetecía ir esa noche a la inauguración de un restaurante japonés que nos pillaba de paso. Tardó un par de horas en responderme, algo completamente extraño viniendo de él.

Héctor: *no me apetece.*

Fruncí el celo al leer su respuesta. ¿Qué mosca le había picado?

Yo: *lo dejamos para otro día. Si quieres, puedo esperarte con la cena preparada para cuando vengas.*

Héctor: *saldré muy tarde de trabajar. Nos vemos otro día.*

¿Nos vemos otro día? ¿Qué demonios le pasaba? Sabía de sobra que la pesadilla de la otra noche lo había dejado bastante tocado. Pero si pensaba que podía alejarse de mí con una excusa barata lo llevaba claro. Éramos una pareja, y las parejas se apoyan en los momentos más delicados.

Lo llamé porque utilizar Whatsapp para comunicarnos me resultaba bastante frío. Me quedé de piedra cuando Héctor me colgó. Inspiré y traté de tranquilizarme. No era justo que me tratara así, pero sabía de sobra que lo sucedido le había afectado bastante.

Yo: *¿estás bien? Deberíamos hablar. Da igual que llegues a las tantas, te esperaré despierta.*

Su respuesta llegó casi una hora más tarde.

Héctor: *otro día.*

Apreté la mandíbula. Qué cerrado era cuando le daba la gana. Decidí dejarlo estar y hablar con él al día siguiente, cuando viera las cosas con más claridad. Como no estaba del todo satisfecha conmigo misma por la conversación que mantuve con Javi, decidí quedar con mi amigo para explicarle aquello que me había callado.

Nos conocíamos desde hace demasiados años para que yo no fuese sincera. En el fondo, la culpa de que la situación hubiese estallado la tenía yo por haberme trazado aquel plan B para darle celos. Cuando llegó a recogerme, Stella lo fulminó con la mirada y comenzó a lanzar improperios en su idioma. La convencí para que charlara con él e hicieran las paces, lo que aceptó a regañadientes después de insistir bastante. No sé de lo que hablaron, pero cuando regresó lo hizo más tranquila.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté a mi amigo, cuando nos quedamos a solas.

—La verdad. Que lo sentía mucho y que me comporté como un egoísta al pedirle que dejase Nueva York para venirse conmigo a España.

—Al menos parecía más calmada.

—Sí. Sé que me va a costar ganarme su perdón, pero lo intentaré todos los días. Me lo merezco, como tú dijiste. Nati dice que soy un egoísta, ¿tú crees lo mismo? —se temió.

—En parte todos somos egoístas cuando queremos conseguir algo.

Antes de que pudiera rebatir mi opinión, me armé de valor y se lo conté todo. Le expliqué que al principio empecé a salir con Héctor para darle celos. Que me había hecho ilusiones pensando que cuando volviese de su viaje me declararía sus sentimientos. Y que al final, las tornas se habían cambiado y me había enamorado de Héctor.

Javi me contempló ojiplático. Me mordí el labio, imaginando que se levantaría indignado y me gritaría que había jugado con sus sentimientos. Pero en vez de eso, de repente se echó a reír. Lo observé entre aliviada y desconcertada.

—Somos un caso perdido —bromeó, con lágrimas en los ojos.

—¿No estás enfadado?

—No. Fui yo quien volvió de Nueva York con Stella. Ninguno de los dos fue valiente. Quizá somos demasiado parecidos para ser pareja.

Suspiré. Me acababa de quitar un peso de encima. Pero por si acaso, le dije:

—Me harías un favor si no se lo contaras a Stella. Cada vez que la oigo llorar por vuestra ruptura, me siento bastante culpable.

—Pero eso es culpa mía, Tessa. He sido yo quien la ha dejado. El motivo no importa.

Me apretó la mano con cariño.

—Descuida, no se lo voy a contar. Ya es suficiente con que dirija todo su rencor hacia mí —me tranquilizó.

Después de una charla repleta de anécdotas del pasado, Javi me deseó de corazón que fuera feliz con Héctor y me llevó a mi casa. Antes de salir de su coche, miré por la ventanilla y vi a Héctor asomado a la ventana. Nuestras miradas se cruzaron y acto seguido él corrió la cortina. Observé el reloj de mi muñeca y comprobé que eran las once y media de la noche. ¿Por qué me había mentido?

Me despedí de Javi y fui directa hacia su apartamento. Me debía una explicación. No iba a tolerar ese distanciamiento repentino por vete a saber qué. Cuando llamé a su puerta, nadie me abrió. Sabía de sobra que estaba allí y que seguía despierto. ¿De qué iba?

—¡Héctor, abre! —le pedí.

Me sentí estúpida llamando a su puerta. Si quería cortar conmigo, al menos podía decírmelo a la cara. Volví a llamar a su puerta sin obtener respuesta. La puerta de mi apartamento se abrió y Nati asomó la cabeza.

—Tessa... —me llamó aturdida.

—No, es que me va a oír.

Mi amiga salió en pijama y me arrastró contra mi voluntad. Cuando me zafé de su agarré, ella me abrazó con suavidad. Noté que tenía los ojos llorosos y odié a Héctor por ser tan ruin.

—Ey... venga, vámonos.

—No me da la gana. Me voy a sentar delante de su puerta y lo esperaré a que abra. No puede hacerme esto —me empeñé como una cría.

—No des ese espectáculo. Hazlo por ti. Qué le den.

Asentí compungida y dejé que me metiese dentro de casa. Tenía razón. Héctor no se merecía que me arrastrase de esa forma. Aunque dolía. Dolía tanto que no pude pegar ojo en toda la noche. Tenerlo en la pared de al lado tampoco me ayudó.

33. Se veía venir

Ni Nati me dijo aquello de *te lo dije*, ni Tana me hizo preguntas. Me vieron tan devastada por la ruptura, o por lo que sea que fuera aquello, que decidieron apoyarme sin mencionar el tema. Incluso Stella intentó animarme con su peculiar spanglish. Pero todo era en vano, en parte porque no entendía nada. Héctor me evitaba a toda costa y no respondía a mis mensajes y llamadas. Hasta me asomé al balcón para encontrármelo, lo que fue en vano.

¿Había cortado conmigo? No tenía ni idea. Todo me resultaba ridículo, hasta que empecé a recordar las conversaciones que tuve con las amigas de Julia.

A mí me dejó sin darme ninguna explicación.

¿Así que ya estaba? Me dejaba regalándome su silencio. Supongo que esperaba que tarde o temprano pillara la indirecta.

En un ataque de furia, me puse a aporrear la pared de su dormitorio a las tantas de la madrugada. Tana, que dormía a mi lado, se despertó con los ojos abiertos de par en par.

—¡Qué te den, cabrón asqueroso! —le grité a la pared, con la esperanza de que Héctor lo oyera—. ¡No debería haber confiado en ti! ¡Se veía venir!

—Tessa... —mi hermana me rodeó con los brazos y me estrechó—. Olvídate de él. No te hagas más daño...

—¡Es que no puedo! ¡Lo tengo justo al lado!

Las mañanas las pasaba como una zombie porque no lograba conciliar el sueño. Odiaba a Héctor con todas mis fuerzas. ¿Cómo había podido hacerme eso? Se suponía que lo que teníamos era especial. O al menos, yo había sido lo suficiente ingenua para creérmelo.

Tres días después, las chicas me sacaron a rastras del apartamento para llevarme a una fiesta. Acudí de mala gana y volvimos a las tantas. Me hubiese

gustado decir que me lo pasé bien, pero no fue así. Para colmo, cuando entramos al portal me crucé con una mujer a la que conocía de sobra.

Lorena.

Me quedé bastante sorprendida al verla, y ella me dedicó una sonrisa triunfal.

—¡Qué sorpresa! —me saludó, encantada de la vida.

¿Qué diantres hacía ella allí?

—Vivo aquí, sorpresa ninguna —le respondí con frialdad.

—Ay... sí, ya. Pero como venía de casa de Héctor... qué apuro.

Sentí que los celos se abrían paso dentro de mí. ¿Cómo qué venía de casa de Héctor? ¿Qué significaba que ella estuviera allí? Intenté calmarme, pero sentí que me carcomía la ira. Tana me puso un brazo sobre el hombro y me empujó dentro del portal, mientras clavaba sus ojos azules en aquella condenada arpía.

—Apuro ninguno. Ella ya no está con Héctor, así que, si a ti te apetece comerte las sobras de otro, adelante —le espetó.

—Pues no me parecía muy afectado cuando estábamos en la cama —ronroneó Lorena.

Tuve que agarrarme a la puerta. Ya estaba. La confirmación de que Héctor era un mujeriego sin remedio. Noté que el despecho hacía mella en mí, y tuve que contenerme para no arrastrar a Lorena del pelo por toda la calle. Le dediqué una sonrisa vacía.

—Enhorabuena, qué te aproveche —le espeté, y fui directa hacia las escaleras.

Nati, Tana y Stella supieron de sobra hacia donde me dirigía e intentaron detenerme, pero les fue imposible. En menos de treinta segundos me planté delante de la puerta del malnacido de Héctor y pulsé el timbre. Me daba igual quemárselo, porque esa vez sí que me iba a oír.

—Meteos dentro, esto es entre él y yo —les dije.

—Pero... —dudó Nati.

Ninguna de las tres se movió del sitio. El vecino de en frente abrió la puerta y la cerró cuando le lancé una mirada airada. Nadie iba a interponerse entre Héctor y

yo. Mantuve el dedo sobre el timbre hasta que oí un ruido detrás de la puerta.

Héctor la abrió de par en par y me observó con una mirada vacía. Tenía un aspecto desaliñado y me pareció más delgado. Se cruzó de brazos y resopló. Le di tal empujón que Tana intentó detenerme, pero no se lo permití.

—¡Te mereces estar solo! —le chillé, fuera de mí—. ¡Eres un hombre despreciable por el que no voy a derramar ni una lágrima más! ¿Quieres follarte a Lorena? ¡Adelante! Algún día te darás cuenta de que perdiste la oportunidad de ser feliz a mi lado, pero entonces yo no querré escucharte. Tienes una vida tan vacía que en el fondo me das pena. ¡Adiós!

Fui hacia mi puerta y las tres me siguieron. Ni siquiera miré a Héctor antes de cerrar la puerta. Fui directa a la nevera, cogí una cerveza y me bebí la mitad de un trago. Nadie se atrevió a decirme nada. ¿Para qué?

34. Un viaje sorpresa

Cuando Nati plantó la maleta delante de mi cara, la miré como si se hubiera vuelto loca. Sentada en el sofá a mi lado, Stella puso cara de sorpresa al ver que Tana también ponía otra maleta a sus pies.

—¿Nos estáis echando? —pregunté descolocada—. Ya sé que no somos la mejor compañía en este momento, pero esto es pasarse un poco...

—No, tonta. Os estamos regalando unas vacaciones por tiempo indefinido. Tú estás demasiado cerca de Héctor como para olvidarlo. Y esta ciudad solo le trae malos recuerdos a Stella —nos informó Tana.

—¿Y a dónde se supone que vamos a ir? —cogí la maleta y me di cuenta de que ya estaba llena. Al parecer, habían tomado esa decisión por las dos.

—A Nerja, a la casa de verano de mi abuela. En esta época todavía está vacía. Ya está todo arreglado —Nati me tendió la llave, ante mi estupor. Cuando no la cogí, comenzó a impacientarse—. Venga ya, largaos antes de que me arrepienta de quedarme aquí con Tana.

—¡Oye, qué a mí también me toca aguantarte! —se quejó mi hermana.

—¿Y la cafetería? —me temí.

Era la segunda vez que me escaqueaba de mis obligaciones, y no me parecía justo.

—Tana se ha ofrecido a ayudarme.

Por la expresión que puso mi hermana, comprendí que “ofrecerse” no era la palabra correcta.

—No sé yo... —no estuve del todo convencida. Es cierto que lo que más me apetecía en ese momento era alejarme de Héctor. Si ponía tierra de por medio, me sería más fácil olvidarlo—. Me da miedo que vayas a llamar a un cliente *momia decrepita*.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Qué noooooooo —me aseguró

—Anda, largaos ya. Teneros en casa es un completo coñazo, de verdad. No paráis de llorar por las esquinas y atiborraros de helado. Es por vuestro bien —nos dijo Nati.

En ocasiones como aquella, mi amiga demostraba el mismo tacto que un puma. Aunque sabía de sobra que aceptaba quedarse con Tana porque me quería.

Al final, acepté aquel viaje inesperado porque sabía de sobra que se habían tomado muchas molestias ideando ese plan. Les aseguré que solo estaríamos un par de días, y que volveríamos muy pronto. Al contrario que yo, Stella se sentía muy ilusionada por cambiar de aires. Decía que una escapada era justo lo que necesitaba.

Me crucé en el portal con Héctor, que me dedicó una mirada inquieta cuando me vio con las maletas. Levanté la barbilla y caminé decidida hacia la puerta, dispuesta a demostrarle que ya no sentía nada por él. Pero en cuanto pasé por su lado y aspiré su olor, sentí que me temblaban las piernas.

—¿A dónde vas?

—No es asunto tuyo —le espeté.

—¿Te mudas?

Hubo cierto temor en su voz. Una tontería teniendo en cuenta que era él quien había pasado de mí. Decidí ignorarlo y me dirigí hacia el coche. Stella todavía estaba en el piso metiendo cosas en su maleta que seguro que no utilizaría. Total, iban a ser un par de días.

Cuando cerré el maletero, me di cuenta de que Héctor había salido a la calle y me observaba con el ceño fruncido. Fingí que no lo veía y me senté en el asiento del conductor.

Venga ya, Stella...

No soportaba tenerlo tan cerca. Nati y Tana tenían razón. En cuanto pusiera un pie en Nerja vería las cosas de otro modo. La distancia me ayudaría a olvidarlo, porque cada vez que lo tenía cerca mis defensas flaqueaban.

De repente, la puerta del copiloto se abrió y me sobresalté al ver que Héctor tomaba asiento a mi lado.

—¿Qué coño haces? —le grité.

Puso las manos en alto, como si eso pudiera protegerlo de mi ira. Desde tan

cerca pude observar las sombras oscuras bajo sus ojos. Estaba más demacrado que la última vez que lo vi.

—¿A dónde vas?

—¡Te he dicho que no es asunto tuyo!

—Ya sé lo que has dicho. ¿Te vas a vivir a otro sitio? No soportaría que te mudaras por mi culpa.

—Más quisieras. Me voy para perderte de vista, cosa que me estás haciendo muy difícil si te metes en el coche. Y ahora, si no te importa...

Me incliné sobre él para abrirle la puerta. Rocé su cuerpo y me estremecí por completo. Maldito Héctor y maldito todo lo que me hacía sentir. Al ver que no llegaba, volví a mi asiento y me di por vencida.

—Será mejor que te bajes tú. No tengo todo el día.

Héctor no se movió del sitio.

—¿Te das cuenta de que todo esto es absurdo? Llevas ignorándome desde hace días. Y ahora te subes en mi coche justo cuando me voy. ¿Exactamente para qué?

—¿Y qué quieres? —replicó, con el rostro encendido—. Si no hubieras besado a Javi, nada de esto habría pasado.

—¿Qué?

—Os vi. Imaginé que os estabais mandando mensajitos y bajé para verlo con mis propios ojos —me reclamó dolido—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Me lo quedé mirando con cara de póquer, hasta que solté una carcajada atónita. No podía ser cierto. El ruido que había escuchado fue él.

—¿En serio? ¿Todo esto es por culpa de que sacaste tus propias conclusiones? —pregunté anonada.

—No saqué mis propias conclusiones. Os vi con mis propios ojos —su voz tembló de rabia.

—Piensa lo que te dé la gana —le solté, porque no iba a explicarle algo que ya no tenía sentido.

No me podía creer que Héctor se hubiera alejado de mí sin ni siquiera pedirme una explicación. Que hubiera desaparecido de mi vida y se hubiera follado a Lorena por despecho. Eso lo hacía peor ante mis ojos.

—No lo niegas —murmuró furioso.

—Ya te he dicho que pienses lo que te dé la gana. No soy tu novia, lo has dejado bastante claro. Y ahora, si no te importa...

—Teresa.

—¡No me llames así!

Stella comenzó a golpear como una loca su ventanilla.

—¡Sal de ahí, maldito cabrón! ¡Déjala en paz! ¿No le has hecho ya bastante daño? —y a continuación, le dedicó toda una sarta de insultos en su idioma.

Héctor me miró a mí. No vi ni rastro del hombre bromista, provocador y seductor que me volvía loca.

—Increíble. Joder, esto es increíble —masculló.

Abrió la puerta y salió de allí echando humo por las orejas. Apreté el volante con todas mis fuerzas.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada Stella.

—Lo estaré cuando nos larguemos de aquí.

Lo último que vi antes de poner el coche en marcha fueron los ojos verdes de Héctor escrutándome desde la distancia.

35. La verdad.

Dame alcohol y te contaré todos mis secretos. En un momento de la noche debió parecerme una idea estupenda contarle la verdad a Stella, así que se lo desvelé todo. Le expliqué que había empezado a salir con Héctor para darle celos a Javi, pero que por el camino me había enamorado de Héctor. Y que mi amigo, ahora su ex novio, la había dejado por mi culpa.

—¡Tú eres la mujer de la que él está enamorado! ¡Cómo pudiste hacerme esto! ¡Creí que eras mi amiga! —se llevó las manos a la cara y rompió a llorar—. Me lo imaginé cuando estuvimos en casa de Héctor... pero... pero nunca creí...

—Lo siento mucho. No sé qué decir... —balbuceé abochornada.

—You're a bitch! —me escupió, con los ojos inyectados en sangre.

Eso había sucedido por la noche. A la mañana siguiente, no se dignó a dirigirme la palabra. Sabía de sobra que tenía todo el derecho del mundo a sentirse traicionada, pero le había cogido tanto cariño que me daba mucha pena que las cosas acabaran así entre nosotras.

—Me voy esta tarde. Cogeré el primer bus hasta Cádiz. Y luego me mudaré de vuestro piso —me informó con voz fría.

—Pero... Stella...

—Don't touch me!

Dejé caer el brazo que había alargado para tocarla.

—Ya sé que no sirve de nada lo que voy a decirte, pero sabes que en el fondo Javi no te dejó por mí.

A ella se le tiñó el rostro de rabia, pero no dijo nada. Lo asumí como una oportunidad para continuar.

—Te dejó porque no te quería como te mereces. Y... y me dolería mucho que después de que ambas hayamos perdido a un hombre, nos perdiéramos mutuamente. Así que la que se va soy yo. Y espero que cuando vuelvas al piso decidas quedarte, porque me gustaría mucho que siguiéramos siendo amigas.

—¡Las amigas se cuentan la verdad!

—Lo sé, por eso lo he hecho ahora.

Nos sumimos en un tenso silencio. Minutos después, ella se cambió de ropa y se fue a la playa. Esperé un tiempo prudencial antes de seguirla hasta la cala en la que estaba enclavada la casa. Extendí la toalla a su lado, y me tomé como buena señal que no se apartara, así que me senté.

—Lo siento mucho —me disculpé de nuevo.

—Eso ya lo has dicho.

—No sé qué más decir.

—Pues no digas nada.

Opté por hacerle caso y quedarme callada. No sé durante cuanto tiempo estuvimos allí sentadas, observando el mar. Solo que Stella, en un momento dado, se acurrucó a mi lado y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—¿Sigues enfadada? —le pregunté con cautela.

—No.

Sonreí aliviada.

—¡Pero no más secretos!

—Te lo prometo —le aseguré.

Así que no tuve más remedio que enseñarle el mensaje de Héctor cuando éste me escribió. Me sorprendió que después de nuestra tensa despedida en el coche se animara a escribirme. Pero, quién lo entendía.

Héctor: *Nati y Tana se niegan a decirme dónde cojones te has ido. Necesito hablar contigo, lo digo en serio. Todo ha sido un malentendido. Déjame que te lo explique.*

—Deberías escuchar lo que tiene que decirte —me aconsejó Stella.

—Ni de coña. Él no quiso escucharme a mí. ¿Por qué tendría que hacerlo yo?

—Porque estás enamorada de él.

Touché.

—Ya, pero...

—Si Javi me quisiera como él te quiere a ti, me encantaría escuchar lo que tiene que decirme.

—¡Héctor no me quiere!

Apagué el teléfono para que no siguiera incordiándome. Si había conducido hasta Nerja era para poner distancia entre nosotros. No era justo. Héctor había pasado olímpicamente de mí. Y en el momento en el que me largaba, decidía que era la hora de hablar las cosas.

¡Pues no!

Por la noche salimos a tomar unas copas por el centro de Nerja. Se nos acercaron algunos hombres, pero yo no tenía ánimo para nada. Le perdí la pista a Stella cuando se largó de la mano de un atractivo moreno de ojos azules. Como me daba miedo que no recordara el camino de vuelta a casa, encendí el teléfono para mandarle la ubicación.

Stella: *no problema!*

Sonreí por su dominio del español y regresé andando a la casa. De camino, fui leyendo los mensajes que me habían llegado. Tenía uno de Tana en el que me preguntaba qué tal me encontraba, pero ninguno de Héctor. Me sentí desilusionada, cosa totalmente absurda.

¿Pero no quería que me dejase en paz?

Si y no.

Quería crearme lo suficiente fuerte para no echarlo de menos. Y al mismo tiempo, necesitaba que él me aclarase aquel malentendido. Pero no podía olvidar que se había acostado con Lorena. La traición me dolía tanto que...

Escuché un ruido detrás de mi espalda. Asustada, me clavé las llaves en la palma de la mano y me abalancé hacia el desconocido que me estaba siguiendo. Le clavé las llaves en el dorso de la mano y él gritó. Abrí los ojos de par en par al ver que se trataba de Héctor.

—¡Aaaaaah! ¿Qué haces aquí? —chillé aterrorizada.

Se tapó el rastro de sangre que le bañaba la mano.

—Te he visto cruzar la esquina y...

—¡Podría haberte matado!

—No eres lo suficiente alta para alcanzarme la cara.

Bufé.

—¿Estás bien?

—¿Puedo pasar a limpiarme? —me pidió.

Lo miré dubitativa.

—¿Cómo me has encontrado? —quise saber.

—Déjame pasar y te lo explico.

A regañadientes, pues me sentía un pelín culpable, abrí la puerta y lo dejé entrar. Le dije donde estaba el cuarto de baño, y Héctor regresó al cabo de varios minutos con la mano cubierta de papel.

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó.

36. Malentendido

—Empieza por el principio —claudiqué.

Ya que estaba allí, y teniendo en cuenta que me moría de curiosidad, no tenía ningún sentido hacerme la difícil.

—Me ha costado bastante que tu hermana me diese la dirección. A Nati la dejé por imposible cuando me amenazó con un cuchillo con cortarme lo que tú ya sabes.

Me aguanté la risa. Conocía de sobra a mi amiga para saber que era capaz de eso y mucho más.

—Después de explicarle a Tana mis motivos para comportarme como lo hice, ella me entendió y me dio tu dirección.

—Deben de ser unos buenos motivos —mascullé irritada.

—Júzgalos tú.

Señalé su mano con la cabeza.

—¿Te duele?

—Un poco —admitió.

Fui hacia la cocina para buscar algo con lo que desinfectarle la herida. Regresé con agua oxigenada y vendas y le hice un gesto para que me diera la mano.

—¿Lo has hecho a propósito? —se burló.

Le limpié la herida y comencé a vendarle la mano de manera mecánica. Intenté ignorar el ramalazo de deseo que me sobrevino por el contacto.

—Esto de las curas se va a convertir en una constante entre nosotros...

—Espero que no —repuse molesta.

Terminé de vendarlo y me aparté de él.

—Pues tú dirás.

—Sé que rechazaste a Javi.

—No me digas. ¿Y para eso has venido? ¿Para decirme algo que yo ya sabía?

—Yo no lo sabía cuando os vi. Pensé... pensé lo peor, ¿vale? Supuse que habías caído rendida a sus pies en cuanto él se declaró —me confesó avergonzado.

—Eso dice muy poco de ti y de la imagen que tienes de mí —le recriminé—. ¿Por eso te acostaste con Lorena?

—No me he acostado con Lorena —respondió sin vacilar.

—Mentiroso.

—Es la verdad.

Le tiré el paquete de vendas vacío a la cara.

—¡Mentiroso!

Cuando intentó acercarse a mí, le golpeé el pecho con las dos manos y él me agarró las muñecas.

—¡Suéltame, traidor! —le chillé llorando.

—Para... por favor... escúchame.

—¡No quiero!

Intenté zafarme, pero Héctor me abrazó sin ningún esfuerzo. Me revolví durante varios minutos, hasta que me fui derritiendo como la mantequilla y me acoplé a su cuerpo.

—No me acosté con Lorena —repitió con voz serena, y tomó mi rostro con sus manos—. Te juro, Teresa, que ni siquiera le abrí la puerta. Estaba dolido y lo último que quería era a otra mujer en mi vida. Y mucho menos a ella.

—¡Júramelo! —le pedí desconsolada.

Héctor me acarició las mejillas.

—Mírame a los ojos y dime qué es lo que ves.

—No lo sé —titubeé.

—Sí que lo sabes. Ves a un hombre completamente enamorado de ti. A un hombre que perdió la cabeza cuando creyó que lo habías traicionado, que se comportó como un cobarde y que se encerró en sí mismo.

El corazón me palpité de emoción. ¿Enamorado? ¿Lo había escuchado bien?

—Pero no ves a un hombre que se acostó con otra mujer, porque eso nunca sucedió. Sé que he sido un idiota por negarme a hablar contigo. Pero mírame a los ojos y dime que no sientes lo mismo que yo. Que no sientes que te duele todo el cuerpo desde que ya no estás a mi lado.

—Eso es amor —musité emocionada.

—Sí, pero para alguien que no lo ha sentido nunca es difícil de razonar. Dime que me perdonas, por favor. Déjame estar a tu lado y te prometo que jamás volveré a marcharme.

—No lo sé, Héctor. ¿Y qué hay de todo lo que me ocultas? ¿De tus pesadillas? —me temí.

Me arrastró hacia el sofá y me sentó encima de él. Sé que le costaba hablar de ello, así que le ofrecí todo el tiempo del mundo para que encontrara las palabras. Para que se armara de valor y me enseñara lo que había bajo aquella coraza de miedo y dudas.

—Cuando te vi por primera vez no tenía ni idea de lo mucho que ibas a cambiar mi vida. Fue... inesperado. Y de pronto me vi renunciando a todas las promesas que me hice a mí mismo porque tú me dabas esperanza, Teresa.

—Sigue —le pedí en un susurro.

Héctor arrugó la frente y durante unos minutos luchó contra sus demonios personales.

—Llevo toda la vida teniendo miedo del amor. Sé que te parecerá absurdo, pero cuando te crías con un hombre como mi padre, que trató fatal a una mujer maravillosa como mi madre, crees que el amor es cosa de ingenuos —tomó aliento y continuó con la voz empañada por el dolor—. Jamás he hablado de esto con nadie. No sabes lo difícil que es para mí.

—Significa mucho para mí que lo hagas. Y creo... creo que te quitarás un peso de encima —lo animé.

Apretó mi mano para encontrar el valor que necesitaba.

—Mi padre era un mal hombre, ¿sabes? El día que le cogiste el teléfono por accidente, me dio tanto miedo enfrentarme a él, a los recuerdos que llevo toda una vida enterrando, que me puse hecho una furia. Durante muchos años pegó a mi madre. Yo era un crío que no podía defenderla, y eso me llenó de impotencia.

—Héctor... —susurré horrorizada.

—Lo que vi en mi casa fueron palizas y miedo. Y cuando por fin mi madre se atrevió a dejarlo, él se encerró con mi hermana y conmigo en el cuarto de baño y le juró que nos mataría si se atrevía a dejarlo.

No di crédito a lo que acababa de oír.

—Por suerte, la policía llegó antes de que él hiciera lo que había prometido. Pasó bastante tiempo encerrado en la cárcel, pero yo jamás logré quitarme de encima esa sensación. El terror, la rabia de sentir que mi propio padre habría sido capaz de hacernos eso... —sacudió la cabeza con el rostro plagado de dolor—. Durante mucho tiempo creí que no era merecedor de cariño. Vi a mi madre hundida, y a mi hermana pasarlo fatal con todas sus relaciones. Empecé una relación autodestructiva con Lorena, que me enseñó la peor cara del amor. O de lo que creí que debía ser el amor. Nos hicimos mucho daño, Teresa. Y mientras tanto, mi padre salió de la cárcel y comenzó a reclamar mi perdón, como si yo me viera obligado a dárselo por el simple hecho de que ya había pasado bastante tiempo. Pero las pesadillas seguían allí, y mi única forma de fingir que no pasaba nada era pagándolo con el sexo. Creí que lo tenía todo hasta que te conocí.

No pude más. Acallé sus miedos y los míos con un beso. Quise sanar sus heridas. Asegurarle que el amor, cuando es amor, no duele. Que a veces el orgullo hace de las suyas y separa los corazones, pero que cuando se quiere de verdad el rencor sobra.

—Te quiero —le dije—. No lo dudes ni por un segundo.

Héctor sonrió. Me resultó la sonrisa más hermosa del mundo. Me reflejé en sus ojos verdes y supe que su amor era mío.

—Por si acaso, repítemelo de vez en cuando —bromeó, y comenzó a quitarme la ropa.

—Y el plan B se convirtió en el plan A... —murmuré, acariciando su piel desnuda.

A él se le iluminó la expresión. Regresó el Héctor descarado que me volvía loca. Pero venía acompañado de alguien más. Del hombre que ya no tenía secretos y se había rendido.

—Siempre fui tu plan A... —dijo juguetón, y me guiñó un ojo—. Lo sabes de sobra.

Epílogo

Carlos, o tal vez se llamara Jaime, era de sobresaliente en la cama. De esos a los que les iba el sexo salvaje y susurrar guarradas al oído. Vamos, lo que a mí me ponía. Pero ahí se acababa nuestra relación. Empezó un viernes de madrugada y acabó un sábado por la mañana, justo en ese momento.

Me vestí a toda prisa y evité hacer ruido. Era mejor así. Con el paso de los años, había aprendido a escaquearme en silencio. Evitaba las explicaciones. El responder a preguntas tipo: ¿tan mal ha estado? ¿Cuándo volveremos a vernos?

Las relaciones no iban conmigo. Puede que Tessa no me entendiera, o que mi hermano me juzgara a la menor oportunidad. Pero, sinceramente, ¿a quién le importa lo que opinen los demás cuando tiene una vida como la mía?

No tenía que darle explicaciones a nadie, hacía lo que me venía en gana y era libre. Completamente libre. ¿Alguien da más?

Recogí mis zapatos y salí de allí de puntillas. Regresé a mi apartamento con una jaqueca considerable. Nada que un buen puchero y un ibuprofeno no pudieran paliar. Cuando abrí la puerta, me los encontré haciéndose carantoñas en el sofá.

Quién lo hubiera dicho. El mujeriego de Héctor al final había resultado ser un buen tipo. Me alegré por Tessa, que al fin había encontrado al hombre con el que llevar esa vida que tanto anhelaba. La echaría de menos, por mucho que se mudara al piso de al lado.

—¡Nati! —me llamó aquella mocosa con la que acababa de verme obligada a compartir piso—. ¡No pienso echar horas extras hoy! ¡Es mi día libre!

Desde que Stella se había enamorado perdidamente en Nerja, tuvimos que contar con Tana para que nos ayudara en la cafetería. Vaya con el amor y los finales felices. No sé qué mosca le picaba a la gente, la verdad. ¡Con lo bien que está una sola!

—Tu día libre son todos los días de la semana —respondí irritada.

—¡Tessa, dile algo! —le suplicó a su hermana.

Héctor y ella comenzaron a hacer manitas en el sofá. Demasiado tarde. Ya casi podía imaginar su futuro. Uno plagado de niños, y con tita Nati consintiéndolos a la menor oportunidad. Contemplé a mi amiga y durante un leve segundo la envidié, hasta que sacudí la cabeza.

¿Amor? Brrr, creo que paso.

NOTA DE LA AUTORA

Si te estás preguntando si Nati y Tana tendrán su propia historia, he de decirte que sí. Dentro de muy poco volveremos a saber de ellas. Pero si te puede la impaciencia, escíbeme al email para recibir en exclusiva el primer capítulo de la historia de Nati

¡No olvides dejar tu opinión en amazon! Gracias por leerme.

Becca Devereux